

EL AMOR
EN TODOS LOS TIEMPOS



GREGORIO MARIN RODRIGUEZ

El Amor En Todos los Tiempos

¿Cómo era el Amor
en la más remota antigüedad?

¿Cómo era en China, en
Egipto, en la Gran Bretaña,
en Grecia y en Judea?

¿Cómo era en la Roma de
los Césares?

¿Cómo era el Amor del
hombre hacia Dios?

¿Cómo era en las Cortes
de Europa?

¿Qué es el Amor?

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S. L. P. 1993.

SAD 8028¹
Inv. 98

SISTEMA DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE
SAN LUIS POTOSÍ

M864.44

M3A4

ISBN-968-6194-53-3
0309-93011-A 0045

Editorial Universitaria Potosina

INDICE

PROLOGO	9
I El Principio	13
II Eros	25
III Pandora	39
IV El Amor y la Biblia	49
V Historias de Herodoto	69
VI Helena de Troya	77
VII Alcestes	85
VIII Dido	95
IX Alejandro Magno	103
X Dafnis y Cloe	111
XI La Roma de los Césares	123
XII Afrodita	137
XIII Cleopatra	147
XIV Orlando Furioso	159
XV Los Tiempos Merovingios	165

XVI	El Amor y la Hospitalidad	173
XVII	Dante . Petrarca	179
XVIII	Ejemplos del Conde Lucanor	187
XIX	El Amor del Hombre Hacia Dios	199
XX	Amores Traviosos	231
XXI	Amor por Agradecimiento	249
XXII	Lucrecia Borgia	261
XXIII	El Amor Sufrimiento	273
XXIV	María Estuardo	283
XXV	El Amor Realidad	293
XXVI	El Amor Fantasia	301
XXVII	Don Juan Tenorio	309
XXVIII	Amor Perplejo	315
XXIX	El Amor Vicio	325
XXX	Los Celos	333
XXXI	El Amor en las Cortes de Europa	339
XXXII	Rasputín	359
XXXIII	Amor Amor Amor	371
	Bibliografía	391

GREGORIO MARIN RODRIGUEZ

Nació en la ciudad de San Luis Potosí, S. L. P.

Estudió lo que en aquel tiempo se llamaba Carrera Comercial, equivalente a la de Contador Privado.

Siendo tipógrafo, se inició en el periodismo a los 17 años, en el semanario "El Informador", que dirigía Heliodoro Jiménez. En 1952 es invitado por Juan Muñiz Silva, jefe de redacción de "El Heraldo", a trabajar en ese Diario como reportero. En ese mismo año es llamado por Ignacio Rosillo para fundar "El Sol de San Luis" de la Cadena García Valseca.

Con otros potosinos, entre quienes figuran el propio Muñiz y Benjamin Wong, funda "El Sol del Norte", en Saltillo, Coahuila, en el año de 1955.

En 1956 reorganiza "El Heraldo de Aguascalientes" y en 1957 se reintegra a "El Heraldo" de San Luis. En ese mismo año desempeña las funciones de Secretario de Redacción. El director es Antonio Estrada Salazar y la jefatura de Redacción está a cargo de Leandro Martínez Bernal. Desde 1958 se convierte en el primer periodista potosino que escribe una columna política y destaca como reportero cubriendo la información del movimiento, que culminó con la caída del cacicazgo de Gonzalo N. Santos.

Con la participación de todos los periodistas, caricaturistas y fotógrafos de la capital potosina, en 1959 funda y es el primer presidente de la Asociación Potosina de Periodistas. Se relaciona con Armando Parelló y Antonio Sáenz de Miera y con los principales caricaturistas de México. Hace estrecha amistad con Francisco Martínez de la Vega, Mario Álvarez, Alberto Peniche Blanco y otros.

Por intempestiva renuncia de Estrada Salazar, se hace cargo de la dirección de El Heraldo en 1959, sin nombramiento.

En 1960 viaja a Cuba y a su regreso publica entrevistas con líderes de la revolución cubana. Dicta conferencias en la Universidad Autónoma Potosina y en el Centro de Cultura Hispánica. En 1961 cubre la secuela del movimiento navista.

Por encargo de sus superiores funda "El Heraldo" de Zacatecas, en el año de 1963.

En 1965 Ignacio Rosillo lo invita a reingresar a El Sol de San Luis. En 1967 ocupa por segunda vez la presidencia de la Asociación Potosina de Periodistas y es el editorialista del periódico donde presta sus servicios. Continúa escribiendo columnas políticas.

Se separa del diario y emprende la aventura de publicar un periódico bise-manario al que titula "La Hora". La aventura dura diez meses. Luego es el corresponsal de la agencia de Noticias Amex.

En 1970 se reintegra a El Sol y en 1975 la Dirección General de la Organización Editorial Mexicana, a cargo de Benjamín Wong, lo designa sub-director de El Sol de San Luis, pero no llega a tomar posesión. En cambio, es enviado a Zacatecas en 1977, después de desempeñar su nuevo cargo sin reconocimiento oficial. Para entonces, Rosillo ha dejado la Dirección.

Reingresa a El Sol en 1979 y permanece allí como reportero y columnista hasta fines de 1985, cuando es llamado a colaborar en el Gobierno del Estado como Director de Información y Relaciones Públicas. Entre tanto, ha sustentado varias conferencias en la Universidad y en ciclos de Orientación Vocacional.

Publica a fines de 1988 su libro "Tiempo de Hablar", con relatos de experiencias relacionadas con el Periodismo. En 1992 concluye su segundo trabajo literario: "El Amor en Todos los Tiempos".

Prólogo



Este es un libro de entretenimiento.

En su mayor parte está formado por una recopilación de sucesos que registran los libros, o de historias nacidas en la imaginación de grandes autores. Muchos de estos relatos son bien conocidos de los lectores, bien por su afición a la literatura, bien por estudios obligatorios en la escuela preparatoria. En todo caso, su lectura les traerá bellas remembranzas. La recopilación es tan completa, que algunos relatos les serán desconocidos.

Como por su propia naturaleza algunos temas pudieran parecer nada más que chismes, se tuvo la precaución de citar la fuente, por si acaso un lector curioso deseara confirmar la veracidad de un asunto determinado.

Y dado que el libro abarca todos los amores, no quisimos desentendernos del amor de Dios. Algunos capítulos son atrevidos, ciertamente, pero ello se debe a que el amor es un sentimiento estrechamente relacionado con todas las emociones humanas, principalmente con la sensualidad y el sexo. Sin embargo, en ningún momento pasó por la mente del autor la intención de escandalizar. Para decirlo pronto, en este libro no hay ninguna intención.

Comienza con una referencia a los orígenes de la civilización, sólo para que el lector se forme un marco en la imaginación acerca de cómo se ha ido desarrollando el amor como emoción humana y no con el propósito de filosofar o de meterse en el terreno de la ciencia. En lo posible, se sigue una secuencia más o menos cronológica, con objeto de conducir al lector en el tiempo y en el espacio que corresponden a la evolución de la humanidad, y al enriquecimiento de su acervo cultural.

En última instancia, si hubiera algún propósito en el ánimo del autor, sería precisamente éste: el de contribuir con su grano de arena a una mejor comprensión del amor como elemento inseparable y necesario de todas las culturas.

Y, siendo copia de copias, este trabajo no tiene ningún valor histórico.

El Autor



I
El Principio



La Tierra se formó hace unos cinco mil millones de años y es un ser vivo. Lo ha sido siempre. Y como todos los seres vivos, la Tierra sufre convulsiones y cambios bruscos cada cierto tiempo. En sus etapas normales registra alteraciones esporádicas tales como congelaciones parciales, erupciones volcánicas locales, deshielos, inundaciones, reacomodo de sus placas tectónicas, hundimiento de montañas y surgimiento de islas. Como es bien sabido, la Tierra no se ha detenido nunca en sus movimientos de rotación y de traslación y, siendo uno de los componentes del sistema solar, tampoco ha podido sustraerse a los desórdenes planetarios que suceden de tiempo en tiempo. Dicen que en alguna ocasión cambió tanto la posición de su eje, que la estrella Alfa Centauro quedó prácticamente en el lado opuesto. Era antes la Estrella Polar. Pero es de suponerse que fenómenos como éste han ocurrido otras veces, muchos miles de años antes de la que registra la tradición más antigua de los indostanos y de otros pueblos cuyas tradiciones guardan memoria de que el sol ha salido varias veces por donde antes se ocultaba.

Por estos y otros fenómenos, la Tierra ha pasado sucesivamente por etapas de enfriamiento y de sobrecalentamiento y lo que una vez se halla cubierto de exuberante vegetación, pasa a ser, miles o millones de años más tarde, zona gélida o inhóspito desierto, y viceversa. Estos mismos cambios han dado lugar a formas de vida diferentes y a organismos que se ven obligados a adaptarse a cada ecosistema. Es válido suponer que cuando el cambio ha sido demasiado brusco, las formas de vida y organismos que logran sobrevivir sufren, a su vez, modificaciones a veces aberrantes, de las que surgen seres monstruosos y entes repulsivos. Puede ocurrir también que ese cambio sea beneficioso: en el período pérmico, que comenzó hace 220 millones de años y tuvo una duración de veinticinco millones de años, los peces desarrollaron la cola de abanico que les permite desplazarse direccionalmente y con mayor rapidez. Antes de esa mutación sus movimientos eran torpes y lentos. En otros casos, la especie simplemente desaparece.

Dice F. Clark Howell que " . . . el hombre existe desde hace dos o tal vez tres millones de años . . . ". Pero no siempre ha sido el mismo. Como ocurre con otros seres vivos, el hombre evoluciona hacia un mejor desarrollo físico y mental y aunque lleva más de un millón de años sobre la Tierra, al principio no tenía la forma que ahora tiene. Sin embargo, antes de seguir adelante es muy importante dejar claramente establecido que el hombre no desciende del mono. Como algunos científicos entendieron equivocadamente de la teoría darwinista sobre la evolución de las especies. No vamos a negar un parentesco evidente, pero sí, rotundamente, la paternidad. Para ser justos y realistas, todos los seres vivos participamos de la misma naturaleza y los monos vienen siendo primos nuestros. Inclusive, para decirlo pronto: algunos de ellos son más inteligentes y sensatos que muchos de nuestros amigos y conocidos.

Los monos, por ejemplo, han sabido desde siempre cuál es el terreno que pisan, en tanto que nosotros, los díque humanos, tenemos la cabeza llena de confusiones; hace apenas dos siglos que los pensadores discutían entre sí, unos negando y otros afirmando la posibilidad de que la mujer tuviera alma; Galileo fue obligado por la Inquisición a retractarse de sus propios descubrimientos científicos y a retirar su apoyo a las teorías de Copérnico; Cristóbal Colón murió convencido de que había encontrado otro camino para llegar a la India y jamás se enteró de que había descubierto otro continente; Calvino quemó vivo a Miguel Servet porque consideró como herejía su descubrimiento de la circulación de la sangre; la Iglesia católica excomulgó a Martín Lutero porque éste denunció la simonía y las supercherías de algunos clérigos abusadores; también excomulgó a Miguel Hidalgo por encabezar la revolución independentista de México; en nuestros días, estando ya a las puertas del Siglo XXI, millones de personas de mentalidad sencilla aún creen en el diablo. Hace cien años, los clérigos obligaron a Eugenio Dubois a encerrarse él mismo y a esconder el cráneo del Hombre de Java, porque su descubrimiento echaba por tierra la versión de que la humanidad entera desciende de Adán.

El hombre primitivo ignoraba la existencia del diablo y de Dios, pero temía a los fenómenos de la naturaleza porque le resultaban incomprensibles y porque no sabía cómo defenderse de sus terribles efectos; pero esto fue ya en el paleolítico porque, en el verdadero principio, los primeros seres no sentían el calor, ni el frío, eran transparentes y podían flotar; poseían una extraordinaria capacidad de percepción y la más pura inocencia. No tenían que alimentarse ni eran víctimas de ninguna de las pasiones que a nosotros nos atormentan. No conocían el sexo.

Los seres primitivos eran muy diferentes de aquellos a quienes nos describen los hombres de ciencia en sus "audaces" teorías. Ninguna de ellas abarca suficiente imaginación para tocar siquiera la punta de la verdad, una verdad que era ya conocida

por los sabios maestros de la India y del Oriente Medio, y que se muestra velada en algunas obras al alcance de investigadores metódicos y de buena fe, inspirados por un propósito sano de encontrar al Dios anterior al Verbo.

En tanto que el mundo, la Tierra, tiene cerca de cinco mil millones de años de existencia, la antropología y la arqueología se instalaron como ramas del conocimiento humano hace apenas dos siglos; y debe tenerse en cuenta que las primeras décadas fueron muy accidentadas y titubeantes.

Las investigaciones realizadas hasta ahora prueban que el hombre, tal como lo conocemos ahora, es el resultado de un proceso evolutivo realizado a lo largo de cientos de miles de años, desde una condición francamente de bruto.

Hyman Levy, refiriéndose al hombre primitivo y desde el limitado punto de vista de la ciencia moderna, basada exclusivamente en lo comprobable y experimentable, dice que "La cultura empieza con las más tempranas fases de la vida consciente sobre la tierra. Al sobrevivir, los hombres primitivos 'aprendían de la experiencia' y lo aprendido, pese a su inexactitud, era ya un saber. Intentemos describir al hombre primitivo que vivió hace unos 500,000 años. . . Los más antiguos eran meros brutos, agrupados en pequeños núcleos familiares para defenderse del hambre y la inseguridad, que habitaban las cavernas y bosques frondosos y se alimentaban de peces, pájaros, insectos y raíces. Difícilmente cabría distinguir en ellos el pensamiento del sentimiento. . . Con manos y garras cazaban los animales salvajes de la selva, pero eran más astutos que las bestias". Ved como el sabio sólo usa su imaginación para exponer una teoría tan delicada; pero una imaginación muy pobre, por cierto; en diez líneas describe una historia del hombre que abarca cientos de miles de años, desde la condición de bruto hasta que aprende a vivir en familia y a ser más astuto que sus compañeros de habitat. ¡La historia de Un Millón de Años! como quien dice, el tiempo que tarda una mujer en arreglarse para salir a cenar, o para ir al teatro.

Es más, mucho más inteligente e imaginativo el autor de las líneas que siguen: "Surge aquí una importante pregunta: ¿Son las razas presentes de la humanidad simples proyecciones dentro de las actuales, o son idénticas (o casi idénticas) a las razas que vivieron en el pasado remoto? ¿Las razas que nos describen ahora los antropólogos, han existido siempre en más o menos la misma forma? (Collier's Encyclopaedia, Vol. 2, página 306).

Paleontólogos, antropólogos, arqueólogos, biólogos, historiadores y otros hombres de ciencia, están de acuerdo en que el hombre gregario ha existido sobre la faz de la tierra por lo menos durante medio millón de años; y es fácil imaginar que antes de

éste vivió el nómada solitario y dueño apenas de una mente elemental, totalmente desprovisto de lenguaje y de habilidades para garantizar su propia supervivencia, obligado a disputar su comida con los animales y con otros hombres tan primitivos como él mismo.

Podría decirse que la Tierra acaba de estabilizarse, porque hace apenas sesenta millones de años que tiene la forma y distribución de tierras y aguas que nosotros conocemos; y eso, más o menos, porque en el paleozoico comenzaron las grandes glaciaciones que terminaron en algunas regiones geográficas hace unos diez o doce mil años. En el interin, hubo tremendos cataclismos provocados por desórdenes cósmicos, por alteraciones orbitales en el sistema planetario, por la demasiada proximidad de un cometa, o por los cataclismos que sacuden periódicamente al globo terráqueo, provocados por la precesión de los equinoccios o por el reacomodo natural de las masas superiores o inferiores del planeta. Si existió la Atlántida (y nosotros creemos que sí), debe haber sucumbido a uno de estos cataclismos, lo mismo que otros continentes y otras civilizaciones. Sería tonto y muy presuntuoso suponer que con esta humanidad comenzó y terminará el mundo, teniendo a la vista restos de otras culturas y de otras civilizaciones. A lo largo de tantas decenas de miles de años, deben haber surgido y una vez cumplido su tiempo, desaparecido muchas civilizaciones y estilos de vida que nosotros ni siquiera somos capaces de imaginarnos. Por algo se dice que éste es el quinto sol y nosotros la quinta raza, de siete que han de completar el ciclo de esta humanidad que comenzó hace un millón de años o, según otros, hace medio millón de años. Leamos una opinión autorizada:

“Es casi seguro que han habido otras especies humanas además del hombre moderno (*Homo Sapiens*), que han tenido una cultura. Se sabe más allá de toda duda, que el hombre de Neandhertal fue culto, en el sentido antropológico de la palabra. Aún más, es muy probable que el aún más primitivo hombre, el “*Pitecantropus*”, alcanzó una cultura simple. Algunos antropólogos están convencidos de que esto mismo puede aplicarse a esos humanoides todavía más primitivos, de los que no sabemos nada, los “*australopitecos*” del sureste de Africa. Por lo tanto, hacer un estudio de la cultura puramente, como un aspecto del estudio del hombre, tal como éste se concibe por la palabra “*Antropología*”, es, para empezar, un error”.

Y, más adelante: “Tal parece que el hombre de Java es más viejo que el hombre de Pekín; pero no estamos seguros de la edad de cada uno, aunque ésta puede fijarse probablemente entre 400,000 Y 500,000 años.

“La distribución conocida de las creaturas pitecantropoides se ha extendido en años recientes por un hallazgo conocido como *Atlántropo*, en Ternifine, cerca de Orán,

en Argelia, y por otro hallado en 1962 en Kenya. Hay también otros pocos fósiles que pueden ser finalmente reconocidos como pitecantropoides, incluyendo el llamado "Hombre de Heidelberg", cuya quijada completa fue encontrada cerca de Mauer, en Alemania. De confirmarse todos estos hallazgos, podría demostrarse que el Pitecantropo ocupó una amplia extensión sobre la tierra, y probablemente podrá asegurarse su posición como ancestro del hombre moderno". (Collier's, Vol. 2, p. 300)

Los restos del Hombre de Java fueron encontrados por el médico holandés Eugene Dubois, en octubre de 1881, precisamente en la isla de Java, que hace miles de años estuvo unida al continente y formaba parte de Sumatra. El Hombre de Pekín fue hallado en las cuevas de Chou Kou Tien, cerca de la capital de China, por el equipo de científicos encabezado por el doctor en Geología, Davidson Black, de origen canadiense. Los otros miembros del equipo eran: el doctor Franz Weidenreich, de Alemania; el doctor Roy C. Andrews, de los Estados Unidos, y el doctor Byrgir Bohlin, supervisor de campo. Su hallazgo tuvo lugar el 2 de diciembre de 1929.

Y, confirmando lo que decíamos al principio acerca del parentesco, escuchamos otra opinión autorizada: "Sinantropo (el Hombre de Pekín) fue un ser humano muy primitivo, no un eslabón entre simios y hombres" (Evolución, Time-Life, p. 134).

Luego incluye al Hombre de Java y tras de señalar que ambos "conocían el fuego", asienta: "Estos antepasados no eran lo que sus descendientes esperaban, sino seres rudos, primitivos y de frente estrecha. Pero caminaban como hombres, eran inteligentes y prosperaron hace cientos de miles de años. Eran hombres, no formas de transición entre ellos y los demás mamíferos". (Evolución, p. 136).

Hay que vaciar la memoria .

Es necesario borrar todos nuestros conocimientos.

Es indispensable despojar nuestra mente de toda noción de cosa, de objeto, de idea .

No sabemos nada . no conocemos nada .

Nada pueden decirnos . nada podemos comunicar . Se nos olvidaron las palabras . no sabemos hablar .

La Tierra está casi vacía .

Hace poco recomenzó la vida .

Todo está quieto .

No sopla el viento. . . Ningún ruido se escucha. . . Reinan la soledad y el silencio. . . el más completo silencio, en la mitad del día.

¿El tiempo? No existe. . . Aquí sólo hay espacio dilatado. . . amarillento etéreo.

Unos cuantos mezquites. . . aguazales. . . esos matorrales y este risco. . . aquella nopalera entreverada de magueyes. Todo lo demás: llanura inmóvil, silenciosa y reseca, como una gran costra gris con algunas rocas negruzcas a ras del suelo; un pedregal yermo hasta donde alcanza la vista hacia todos los rumbos. Por aquí se respiran todavía, a veces, leves residuos de los gases venenosos resultantes de las últimas erupciones volcánicas, ocurridas hace pocos años.

Entre el mezquital y el risco, junto al aguazal sin salida, casi ciénaga, un hombre devoraba a puñados los frutos del mezquite, con huesos y vaina. Era un hombre cobrizo, musculoso, de ojos oscuros y estatura regular. Estaba desnudo.

Docientos cincuenta millones de años atrás según cuenta Octaviano Cabrera Ipiña en su Historia de San Luis Potosí, este territorio, junto con la mayor parte de lo que es hoy la República Mexicana, emergió de las aguas por última vez y comenzó a estabilizarse muy lentamente. Por su parte, Vito Alessio Robles deja bien establecido con documentos elaborados por científicos estadounidenses, que del actual territorio mexicano lo único que sobresalía de las aguas a fines del jurásico y principios del cretácico, era una península formada por lo que es actualmente casi todo el territorio de Coahuila y una franja que correspondería a toda la porción este de Chihuahua. Todo lo demás quedaba bajo las aguas del mar de Tetis.

El hombre que comía mezquites moviase torpemente, aunque erecto. Tenía el pelo largo y apelmazado. No usaba pintura en ninguna parte del cuerpo. Miraba a su alrededor como un animal desconfiado y toda su actitud era la de un bruto. Su cuerpo entero estaba cubierto de mugre. Hacía muchos días que vagaba por aquí, a donde llegó solo, huyendo de la temperatura gélida de los deshielos del norte. Es el único sobreviviente de su pequeño grupo. Después de comer se ha echado en un hueco del peñascal, con el cuerpo encogido y un pedruzco en la mano. Ha tomado el arma por instinto, pues no sabe todavía discurrir. Ahora se ha quedado dormido y no se oye el más leve ruido en muchos kilómetros a la redonda.

A media tarde lo despertó un ruido de lucha y tardó mucho rato en darse cuenta de lo que ocurría: un lobo hambriento atacaba a un potrillo que seguramente fue sorprendido cuando bebía agua de la gran charca. Finalmente sucumbió el potrillo y el

feroz lobo se puso a comer. Ya ahito, arrancó todavía un buen trozo de pierna y llevándola en el hocico se perdió con ella entre los matorrales.

El hombre esperó un buen rato hasta asegurarse de que el lobo estuviera bien lejos. Luego salió de su escondrijo y comenzó a comer ávidamente. Estaba en la etapa lenta, casi satisfecho, cuando escuchó pisadas de caminantes cansados, casi desfallecientes, que no podían verse porque venían de detrás del peñascal, pero en cuanto asomaron por un lado del risco olisquearon la comida y se reanimaron hasta el punto de correr y precipitarse sobre los restos del potrillo. Nadie pareció reparar en la presencia del hombre solitario, quien sólo al principio hizo algunos movimientos como tratando de proteger su comida. Había para todos.

Los recién llegados venían también del norte, como a su tiempo lo hizo el solitario. Eran ocho o diez entre hombres, mujeres y niños, pero no actuaban como una familia, sino como un grupo de salvajes unidos por el instinto de la protección mutua. También ellos estaban desnudos y sucios, con el cuerpo cubierto por las costras del polvo del camino y grietas en la piel, producidas por el quemante sol. Los cabellos largos y sucios, la piel morena y los ojos negros. No hablaban entre sí, pero emitían sonidos guturales y completaban la comunicación con gestos elementales. Sin embargo, eran seres humanos, aunque primitivos.

Ya habían terminado de comer, pero siguieron estando en cuchillas alrededor de los restos. Pardeaba la tarde cuando se miraron por primera vez a los ojos el solitario y una de las mujeres.

—Uug —pronunció él.

—Aaj —respondió ella.

—Ooooeegh —agregó el macho.

—Hiiij'nc —asintió la mujer.

Al cabo de un poco más de "conversación" y torpes movimientos con las manos y los músculos de la cara, ambos se aparearon delante de los demás.

Así era el amor-instinto entre hombres y mujeres primitivos, hace muchos miles de años.

¿Cuándo se humanizó el amor?

¿Cuándo dejó de ser mero instinto animal para convertirse en una de las manifestaciones más bellas del alma?

“No es posible fijar la fecha de la primera aparición de la cultura. La más remota referencia en el tiempo es la aparición de la “herramienta-guijarro” en el sur y en el este de Africa, y la que utilizaba huesos, dientes, cuernos y madera, en Australia. Dos clases de herramientas estandarizadas aparecen, quizás, hace 500,000 o más años, mientras que un tercer tipo aparece un poco después, en el bajo Paleolítico: es la hoja o piedra afilada. Herramientas de este tipo fueron encontradas en la cueva Niah, en la isla de Borneo, en un estrato geológico de hace 40,000 años, según la prueba de carbono 14”. (Collier's, Vol. II, página 313).

Por su parte, la Enciclopedia Británica señala: “Se cree que la vida en familia se inició durante el periodo musteriense, hace unos 70,000 años, como parecen indicarlo los restos neandertalenses encontrados cerca de Gibraltar”. (Vol. 12, Pág. 90).

Los sabios coinciden en que en el paleolítico florecieron las culturas: mousteriana, graveciiana, aurinaciana, solutrense y magdalenense, en lugares tan remotos entre sí como los que son ahora la Rusia central y la región cantábrica de España, Africa del Sur y Africa del Norte, Australia y la región donde se unen los territorios actuales de Francia, Alemania y Suiza, o Siria, Libia y Palestina comparadas con un sitio tan alejado de ellas como el sur de las islas británicas. Los arqueólogos europeos creen que el uso de la flecha comenzó en los Balcanes y en la Alta Germania, aunque hay datos indicadores de que los escitas eran inigualables en el manejo del arco (*escita* significa, en su mismo idioma, flechador, ballestero. = Herodoto, Lib. IV). Los guerreros de las tribus que los enfrentaban decían que esos hombres tenían nada más un ojo, y bien abierto. No pensaban que el otro estaba tapado con la mano de apuntar.

Los arqueólogos de Collier's explican que los hombres del paleolítico superior no siempre hallaban cuevas o altas rocas para guarecerse y esta dificultad era más extremada en las llanuras dilatadas como, por ejemplo, en el sur de Rusia, donde los primeros refugios artificiales eran tiendas cónicas, de cuero, con un hueco excavado entre la tierra y el piso de la vivienda para efectos de ventilación. Restos de estos asentamientos humanos han sido encontrados en las riberas de los ríos. Las tiendas estaban protegidas por un mismo cobertizo de unos cuarenta metros por lado.

Se cree que los gravecianos fueron los primeros en construir este tipo de refugio en los últimos diez mil años de la era glacial. Hay huellas de su existencia en Ucrania, junto al Don y el Dnieper, con restos de la cultura aurinaciana, que pudo adaptarse a

los bruscos cambios climáticos del final de la edad del hielo y que se tradujeron en cambios muy importantes en la flora y la fauna del norte y el oeste de Europa.

Ya en el neolítico fueron domesticados por primera vez los animales y se cultivaron las primeras plantas. Es decir: se formalizó e institucionalizó la vida en familia. El amor entre los seres humanos.

Pero nótese que sabemos casi nada de la presencia y los sentimientos del hombre primitivo sobre la tierra. Los arqueólogos, biólogos, etnólogos, antropólogos, historiadores y geólogos nos hablan de grandes civilizaciones antiguas cuyos principales centros estuvieron en Egipto, en Machu Pichu, en Teotihuacan, en Yucatán, en Guatemala, en Pompeya y Herculana, en las ruinas de Baalbeck, en Babilonia, en Roma, la India y Atenas. Otros sabios dicen que miles de años antes de que florecieran esas civilizaciones vivieron hombres con un alto grado de progreso y un considerable cúmulo de conocimientos.

Robert J. Braidwood, de la Universidad de Chicago, sostiene que Irak, Irán y el Kurdistan, figuran como centros importantes de la cultura neolítica. Por su parte, Kathleen Kenyon, del Colegio Británico de Arqueología de Jerusalén, opina que el Centro principal de esa cultura es Jericó, en la Palestina, según evidencias de huellas de cultivos agrícolas por ella encontrados en las cuevas Natufian del Monte Carmelo. Inclusive, la arqueóloga señala concretamente el año 7770 antes de nuestra Era, como el del apogeo de su florecimiento.

A nuestros sabios los hace brincar de gusto del descubrimiento de que hace 6,000 años ya se había inventado la alfarería.

Es explicable si parten de las muestras de herramientas de la edad del hielo encontradas en las costas del Perú; en África; en las estepas siberianas y en Alaska; donde ha sido necesario descongelar los hallazgos con soplete. Grahame D. Clark, por ejemplo, es feliz con sus hallazgos y las Investigaciones realizadas sobre las pinturas rupestres de las cuevas de España, de Francia, del sur de Italia y de algunas islas en las proximidades de esos países. No sabe de las de Bonampak, ni de las que hay en otras cuevas del territorio mexicano, incluidas las del Gran Tunal en San Luis Potosí y que Octaviano Cabrera reproduce en su obra.

Clark habla también de las huellas dejadas por los cazadores y pescadores del mezolítico a lo largo de la costa norte de Europa, desde el este de Inglaterra hasta los litorales de Estonia y del noroeste de Rusia, así como en la región del Báltico occidental. Según el investigador, esos eran los hombres de la cultura maglemosiana, que

vivían de la caza y cortaban árboles con la ayuda de hachas de pedernal, ocho mil años antes de nuestra Era. Los maglemosianos dejaron muchas muestras de su material y equipo en los pantanos de Aamosen, Dinamarca. La madera fue aprovechada por ellos para propósitos diversos, desde la fabricación de mangos de hacha y varillas de flecha, hasta para construir barcos.

Pero ¿qué nos dicen los sabios acerca del Amor en tantas decenas, centenas de miles de años antes de nuestra cuenta actual? ¿Cómo era hace diez mil años? ¿Y hace cinco mil años? ¿Cuándo comenzó el hombre a sentir el amor como lo conocemos ahora? ¿Para describirlo tendremos qué dar, como los antropólogos, saltos de medio millón de años?

Para desgracia nuestra, la civilización occidental ha reducido todas sus ideas, conceptos, conocimientos y escala de valores, a la medida de estrechos casilleros prefabricados con fines meramente prácticos y utilitaristas. El ya citado Robert J. Braidwood escribe: "La verdadera civilización no se habría desarrollado nunca sin contar con las bases de una efectiva producción alimentaria. Una vez conseguida la producción alimentaria la civilización avanzó con notable rapidez, en contraste con el precedente medio millón de años de salvajismo. Hay evidencia convincente del establecimiento de colonias agrícolas en las laderas de las colinas de la llamada "Creciente Fértil", que abarca porciones importantes de lo que hoy es Irán, Irak, Turquía, Líbano e Israel, alrededor del año 7000 antes de nuestra Era, y que la civilizada ciudad-estado de Mesopotamia surgió más o menos en el año 3500 A.C".

Es decir, el resultado acumulado de un millón de años de lucha del hombre contra los elementos de la Naturaleza por su supervivencia; el esfuerzo acumulado de un millón de años hasta alcanzar el grado actual de desarrollo físico, mental y cultural, sometido al dominio de la materia sobre el espíritu.

Para los sabios esa es "la verdadera civilización", pero, sin Amor, la civilización se niega a sí misma, y niega a su Creador.

II
Eros



“Los antiguos representaron dos clases de amor, para simbolizar que no existe nada en el mundo que sea bueno en sí. . . hacían al primero hijo de Venus Urania, para simbolizar que no hay nada tan espiritual y tan puro como el Amor. Considerándolo bajo este punto de vista creían que este poderoso dios era fuente inagotable de gracias y de beneficios. Concedía el bien y la honestidad, ponía en paz a los hombres, trocaba las rústicas maneras en los más finos modales, aplacaba las discordias, uniendo los corazones, inclinaba a la dulzura, consolaba a los afligidos, devolvía la energía a las almas abatidas y hacía, en una palabra, que la vida fuera dichosa y agradable a los mortales. Zenón le llama dios de paz y de amistad, de libertad, de concordia, de dicha y consolación y, por último, de la ciencia y de la virtud, afirmando, en conclusión, que este dios es un tesoro perfecto que posee todas las virtudes. Se le hacía hijo del Cielo y de la Tierra para simbolizar que es necesario que el Cielo inspire el amor de nuestros corazones, o para expresar el poderío de esta irresistible inclinación que unos han buscado en los otros, y otros en Dios mismo. Se le representaba bajo la figura de un hermoso niño, para hacer ver que todo debe empezar por él, porque el amor es el primer paso que abre el camino de todas las grandezas, así como la infancia es la primera edad de la vida. Se halla desnudo, para simbolizar que no necesita nada para llegar a la consecución del objeto que se promete, y que le bastan su simplicidad y sus fuerzas para la realización de todas sus empresas. Se le pone una venda delante de los ojos para demostrar que es inmortal, y que únicamente se debe a sí mismo todo lo que inventa; y por último, su antorcha nos enseña que el amor ilumina todas las cosas, así como sus flechas enseñan esa elocuencia irresistible con que atrae los corazones y los conduce a la fe.

El otro Amor, hijo de Venus Afrodita, según los antiguos, es el que corrompe y arruina a la sociedad, haciendo fracasar todo cuanto hay de loable en este mundo. Se le representa también como emanado de la disención y siempre seguido del dolor, de las enemistades y de la fiebre, para simbolizar que este amor es manantial de desórdenes, del que nace el error, que no sólo es una enfermedad sino también el conjunto de

toda clase de males. El simbolismo en este caso nos enseña elocuentemente que está desnudo, porque el enamorado inconsciente da todas las cosas, se desprende de todos sus bienes, descubre sus secretos y llega a ser el verdadero hijo de la indigencia y de la indiscreción; era niño porque carece de razón y de discernimiento. Le pintan ciego para simbolizar su imprevisión y su ignorancia, que no le permiten ver los defectos del objeto amado; sus alas simbolizan su inconstancia y ligereza; su antorcha le denuncia como incendiario y, por último, su arco y las flechas indican claramente los ataques de las pasiones que tiranizan las almas de los mortales a quienes llegan a herir". (Dicc. Enc. de la masonería).

De acuerdo con estas definiciones, el Amor, pues, tiene dos formas de expresión y es "un sentimiento necesario e inherente a la naturaleza humana... ciego, es incapaz de labrar la felicidad, legítimo, no puede ser nunca vituperable".

¿Sólo dos formas de expresión?

Ya André Maurois nos describía, explicándolos, cinco rostros del amor, y tomaba tres ejemplos de las novelas de Stendhal, uno de Proust y el otro de Flaubert

También se quedó corto, y con mucho.

Además del amor-heroico, del amor-pasión, del amor-placer, del amor-físico y de amor-vanidad, existen el amor-sacrificio, el amor-deseo, el amor-gratitud, lo mismo que el amor-juego y el amor-enfermedad.

También el amor-apache, el amor-a-destajo, el amor-perverso, el amor-frivolidad, el amor-desgraciado, el amor-clandestino y el amor-imposible. Y pueden añadirse el amor-ideal, el amor-locura, el amor-senil, el amor-comunión, el amor-doméstico, el amor-perverso y el amor-libre.

No pueden faltar ejemplos del amor-casto, el amor-egoísmo, el amor-delirio, el amor-deporte, el amor-negocio, el amor-por-razones-de-estado, el amor-de-madre, el amor-sordidez y el amor-de-lejos.

Y, aunque parezca mentira, existe el amor-travesura.

Hablamos del amor humano.

El otro, el Amor con mayúscula, se quedó en la Edad de Oro.

El Amor es eterno, como Dios y la vida, pero si lo reducimos a sentimiento se convierte en una pasión mundana, en emoción pasajera y en sensaciones cambiantes y caprichosas, que lo mismo nos hacen trascender hasta los más elevados valores del espíritu, que descender a las simas más sórdidas de la perversión.

Eso y no otra cosa, son los contradictorios estados de ánimo que nos hacen experimentar la más completa sensación de felicidad, o el desasosiego más torturador.

En el primer caso es cuando el amor alcanza un cierto grado de perfección que, desdichadamente, nunca es duradero; por fortuna la sensación angustiosa de la duda y los celos tampoco nos atormenta por mucho tiempo, aunque a las víctimas de una y de otros nos parezca que duran una eternidad.

La verdad es que todos los amores atraviesan por diferentes etapas y, de este modo, participan de perturbaciones que los inducen a cambios a veces imperceptibles, pero que los llevan del juego más inocente a la locura más enfermiza, o de la castidad más edificante a un erotismo francamente perverso. Para desembocar en tales deformaciones, han pasado por el amor-pasión, el amor-físico, el amor-placer, el amor-vanidad, el amor-tirano, el amor-capricho, el amor-juego y el amor-enfermedad. Quizá, algunos pasaron por el amor-comunión y el amor-felicidad.

No hay amor más casto y más puro que el de dos jóvenes que se gustan mutuamente y cuya caricia más atrevida es tomarse de la mano con los dedos entrelazados. Pasará un tiempo razonable antes de que lleguen a darse un tímido beso en la mejilla. El suyo es un amor niño, salpicado de rubores y sobresaltos adolescentes. Irán a escuelas diferentes y, quizá, a ciudades distintas, en otra etapa de su educación, y sólo quedará en sus almas el bello recuerdo de las delicias de un amor sin mancha.

Estos mismos jóvenes, ya adultos, conocerán los vericuetos de los amores otros, de los amores manchados con las pasiones humanas, tantas y tan mezquinas. Los afortunados enlazarán sus vidas a los amores buenos, a los amores honestos gratos, a la divinidad. Los desafortunados experimentarán amores pasionales, sórdidos, enfermizos y como seres humanos, creerán haber encontrado por ese camino la felicidad.

Lo dijo M. de La Rochefoucauld: "El placer del amor es amar, y se es más feliz por la pasión que se siente, que por la que se inspira".

Nosotros, los occidentales, nacimos con tremendas deformaciones culturales. Y no es exageración al decir que nacimos con ellas porque equivalen a malformaciones congénitas, aunque subjetivas.

Así, tenemos una tabla de valores tergiversada y con frecuencia irreal: concebimos a un Dios antropomorfo, irascible y vengativo; el mundo está lleno de tentaciones, peligros y pecados; nuestra moral es una moral cristiana; el amor es falso y engañoso y está rodeado de peligros; el concepto de caridad es el de dar limosna, nuestra idea de la fe es la de creer sin analizar ni reflexionar; la conducta social está condicionada por actitudes y fórmulas hipócritas y superficiales; cerramos los ojos a la injusticia en tanto no nos afecta personalmente; disimulamos la mentira si sus efectos dañinos no nos alcanzan, y aceptamos la opresión o la disminución de libertades inalienables y naturales, si pensamos que somos capaces de sobrellevarlas.

El egoísmo, la mentira y la codicia son los valores máximos de esta segunda mitad del siglo veinte. Y como estos valores son estrictamente prácticos y no requieren del uso de la inteligencia, hemos dejado de pensar. En una palabra, ya nadie se entretiene en reflexionar.

Las costumbres difieren en función de la historia, la geografía, la cultura, la tradición, la educación, el medio ambiente, los intereses y la religión. Hasta el modo de vestir tiene que ver con el amor. Los escritores occidentales han tratado de tender un velo sobre un detalle tan trivial como inocente: durante miles de años las personas jamás usaron ropa interior. Sin embargo, los antiguos no tomaron ventaja de esta circunstancia, porque carecían de la malicia que nosotros tenemos de sobra.

En los albores de la civilización, las complicadas ceremonias, leyes y ritos del matrimonio eran completamente desconocidos. No obstante, las parejas se unían para toda la vida, aún en los casos en que el hombre tuviera muchas esposas, como dicen que tuvo Salomón y como era la costumbre en muchos países del oriente y aún en Grecia, esa Grecia cuya cultura y avanzada civilización tanto aplaudimos los modernos. En su drama "La Orestíada", Esquilo relata el regreso de Agamenón a su palacio, después de la guerra de Troya. Era costumbre que los generales victoriosos se repartieran a las mujeres del país vencido, como botín de guerra. La parte que nos interesa dice así: "Agamenón presentó a su esposa (Clitemnestra) una hermosa cautiva que traía consigo. Era Casandra, la princesa hija de Príamo que estaba dotada del don de profecía. Era una joven hermosísima, y aunque Clitemnestra no amaba a su esposo, al verla se sintió llena de cólera, pensando que tal vez Agamenón pudiese llegar a compararla con ella".

¡Imagináos! Una matrona bien entrada en los cuarentas, temerosa de quedar en desventaja ante una hermosa doncella veinteañera.

Otra mujer troyana, Andrómaca, quien había sido esposa de Héctor, muerto en la

misma guerra, correspondió como botín, a Neoptolemo y, según el mismo autor: "En sus primeros tiempos, los helenos acostumbraban tener varias esposas, y Neoptolemo se enamoró de Andrómaca, estando ya casado con Hermione, la hija de Menelao".

En "Las Mil y una Noches" nos cuentan muchos ejemplos de serrallos y harenes; pero vamos por partes.

El rumano Eugen Relgis escribió una Historia Sexual de la Humanidad, en la que confunde muchas cosas. Habla, por ejemplo, de incesto, libertinaje, promiscuidad y prostitución, al referirse a cuestiones tan serias como el Génesis, la Biblia y la Mitología. Un estudioso con medianos conocimientos, sabe que es imprescindible tener algunas nociones de la cábala judía, de teosofía, de numerología y de astronomía, para entender el profundo significado de lo que muchísimos autores de buena fe encasillan como meras leyendas de la antigüedad. Algunos pasajes de la Biblia tienen tres o más velos para cubrir aspectos trascendentes del conocimiento, cuya revelación y divulgación serían ciertamente peligrosos en poder del vulgo o de personas irresponsables y ambiciosas. Para comprenderlos cabalmente es necesario saber Numerología y conocer el significado del Zohar.

La Mitología, por su parte, tiene una estrecha relación con la Astronomía, la Creación y el Hombre, verdades que Relgis ignora.

En cambio, hace alarde de sobrada imaginación cuando describe la vida sexual del hombre de las cavernas, aunque confunde a éste con los faunos y a las hembras con las ninfas. El se los imagina de la siguiente manera:

"Los sátiros eran, pues, antropoides, considerados como antepasados de la especie llamada hoy día humana. Las ninfas era las hembras más hermosas de aquellos tiempos. La tradición idealizó las ninfas mientras que a los machos los describió como figuras horribles, con barba, cuernos y pezuñas. Es ésta una exageración hasta cierto punto natural, porque los sátiros eran muy lascivos. Disponiendo de abundante alimentación, eran constantemente acicateados por el instinto sexual. Cuando encontraban una hembra, se avalanzaban sobre ella. Siendo por su naturaleza menos sensuales, las hembras, las "ninfas", se cuidaban de la brutalidad de los sátiros. Se ocultaban en la selva espesa, en las cavernas, cuando oían los gritos de los machos. Estos las acechaban en los manantiales, se subían a los árboles para verlas venir y las perseguían hasta alcanzarlas por las trenzas revoloteantes. La posesión era bestial; igual que en la mayor parte de los mamíferos, el macho saltaba sobre la espalda de la hembra, la mordía y la ensangrentaba. Semejantes encuentros eran naturales. En aquel entonces, el pudor era ignorado; la castidad no tenía importancia alguna. En los

primitivos paraísos, los gemidos de las hembras y los aullidos de los machos no llamaban la atención de ningún 'guardián de la moral pública' que es un producto de la época moderna. La promiscuidad sexual de la época prehistórica es confirmada por los diseños que adornan los vasos etruscos. Esta promiscuidad explica también los incestos de toda índole, que se manifestaban en las familias primitivas. . . En los tiempos de los sátiros y ninfas no podía hablarse de prostitución y libertinaje. Estos conceptos son aplicables solamente a los hombres''.

Y continúa: ''Cuando apareció la especie humana, el varón se dio rápidamente cuenta de que él es el sexo fuerte. De acuerdo con la naturaleza de cada uno, ellos solicitaban a las mujeres que cedían o se resistían a sus requerimientos. Mas el hombre ha sabido ser astuto y para satisfacer los deseos corporales, aprovechó las debilidades y anhelos de la mujer. Le ofrecía las frutas que ella no podía alcanzar, una pieza cazada o un pez. De esta manera, siendo la mujer tentada por alimentos sabrosos, se entregaba al hombre a cambio de éstos''. En seguida, el autor habla de prostitución y sostiene que el amor, resultado de la vida edénica, era puro sexo. Nos atrevimos a copiarlo porque, a pesar de sus exageraciones y equívocos, nos presenta una imagen muy aproximada de lo que debió ser el amor en los tiempos más remotos, cuando los primeros habitantes de la Tierra no sabían distinguir entre el instinto y el sentimiento; y menos aún, entre el instinto y emociones más humanas.

Estamos hablando del hombre primitivo, anterior a la Edad de Piedra y, muy anterior al paleolítico. Recordemos que el planeta Tierra tiene una existencia de unos cinco mil millones de años. Ubiquemos, pues, la descripción de Relgis, unos sesenta mil años atrás. Es decir: muchos miles de años antes de la prehistoria; miles de años atrás de la guerra de Troya y miles de años antes de las civilizaciones de las que oyeron hablar los primeros hombres-dioses conocidos, y de las que nos llegaron trasuntos por conducto de Hermes, Platón, Zoroastro y los brahmanes.

El escritor romano añade: ''El amor estaba, pues, dominante; las parejas se perdían en delicias constantemente renovadas. Los demás deseos, necesidades y afectos eran limitados. El amor llenaba la vida de los hombres, que nacían y morían en un sueño semiconsciente''. El autor no puede evitar el hablar de ''pareja'', porque, como dijimos antes, nacimos y vivimos con deformaciones que forman parte de nuestra mecánica de pensamiento.

Ese mismo defecto nos induce a pasar en unas cuantas líneas, como sobre ascuas, por encima de miles y miles de años, de civilizaciones que alcanzaron la cúspide en lo más luminoso de su florecimiento, y que luego se apagaron como la luz de las estrellas cuando han cumplido su ciclo. Sin embargo, es válido suponer que la etapa

primitiva del hombre sobre la Tierra tuvo una duración de cientos de miles de años, antes de llegar a la primera civilización, entendida ésta como forma integrada y organizada de la vida en común, aún cuando hubiera sido de un gregarismo de mera supervivencia.

Es necesario dejar establecido, también, que antes de la humanidad adámica existió otra, en la cual los seres eran diferentes a nosotros y el grado de inocencia era infinitamente más elevado.

En la humanidad que nos ocupa y que constituye la raíz de la que nosotros mismos formamos parte, los seres seguían andando desnudos y ya conocían el amor; el amor humano, que es el tema predominante de este trabajo.

El Amor, supremo don por el que Dios se retrató en el hombre, y que nosotros hemos convertido en una triste, dolorosa caricatura.

Una cosa es el mundo, y otra, el principio del mundo; así como una cosa es el hombre, y otra, el acto de amor que se resuelve en la concepción del hombre.

Un amigo nuestro, maestro normalista, se enteró de que estamos componiendo un libro sobre el Amor.

Aficionado a las cuestiones filosóficas y religiosas, ese amigo muy dilecto nos hizo llegar sus argumentos, en favor de la tesis que dice sostener desde hace mucho tiempo: que La Creación es un acto de Amor.

“La idea no es originalmente mía”, dice el estimado maestro, “sino que me vino a la mente observando una fotografía de la famosa pintura de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, en la cual representa precisamente a La Creación”.

Nosotros no entendemos algunos de los argumentos en que el maestro apoya su tesis y, en otros, simplemente no estamos de acuerdo, pero por un elemental respeto a la libertad de expresión y a la inquietud intelectual de nuestro amigo, aceptamos su aportación desinteresada, sobre todo porque estamos persuadidos de que su trabajo cubre un aspecto importante, que nosotros habíamos dejado a un lado por carecer de los conocimientos necesarios.

Por modestia de sabio, nos pidió mantener su identidad en el anonimato.

EROS.—“Dios del Amor . . . esposo de Psiquis. Primitivamente, fue la potencia que introdujo orden y cohesión en el Caos” — Hesíodo.

EROS.—“ . . . como Ser preexistente, es el origen de los dioses inmortales y de todo lo creado” Dicc. Mitológico.

“La Causa de la Causa contiene en sí misma su coeterna y coeva emanación que, al convertirse en la potencia andrógina se extiende en el universo manifestado, moviéndose sobre las aguas primordiales y se transforma en la sustancia concreta, que ahora viene a ser el Verbo o Logos manifestado” —Helena Blavatsky.

“Lo uno existe, está vivo, es fecundo, participa de todas las cosas, así como todas las cosas participan de él, desciende a la multiplicidad como la multiplicidad se eleva a la unidad; y esta unidad múltiple es el verdadero Dios; y esta multiplicidad una es el verdadero mundo”. Diálogos de Platón. —Parménides.

“Dios es un fuego misterioso, vivo; y los eternos testigos de esta Presencia invisible son la Luz, el Calor y la Humedad”. Hay una doctrina muy anterior a nuestra Era que sintetiza así la idea de la Existencia Una”, es “La doctrina que distingue el mundo del principio del mundo”. H. Blavatsky.

“Porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. . . el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, éste, como sea Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos de manos, ni es honrado con manos de hombres, necesitado de algo; pues él da a todos vida, y respiración, y todas las cosas”. —Hechos: 23-25.

Al llegar a este punto, cuando Pablo dirige dirige la palabra a los griegos en el Agora, el maestro normalista establece su hipótesis de que la Creación es un acto de amor. Pero dejemos que él nos lo diga.

“La Creación es y continúa siendo la obra ordenada de la Suprema inteligencia y la Ley Eterna . . . Dios, Poder creador, Ser esencial, está por esencia, presencia y potencia, en todo el Universo y en toda Vida; es inmanente y trascendente a la vez, no vive fuera de la Naturaleza, ni fuera del hombre, sino en la Naturaleza y en el hombre. Dios es la única vida esencial; ninguna vida puede estar separada de él”. Trine: “En Armonía con el Infinito”

Y Pablo dice: “Porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas; de modo que son inexcusables”. —Romanos: 1,20.

Y a los Colosenses: "Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la suerte de los santos en luz, . . . el cual es la imagen del Dios invisible (esto es, el Padre, el Dios de los cristianos, es la imagen del Dios invisible, del Dios no conocido), el primogénito de toda creatura, porque por él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles. . . todo fue creado por él y para él; y él es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten". —Col. 1:12-17.

Ovidio, por su parte, después de hablar del arreglo del Caos, agrega: ". . . y para que a ninguna región faltasen sus propios animales, las estrellas y los dioses ocuparon el cielo, los plateados peces habitaron las aguas, las fieras poblaron la tierra y las aves el aire.

"Faltaba aún en el mundo un animal más perfecto que todo esto, el cual, dotado de un espíritu más sublime, fuese capaz de mandar a los otros. Fue hecho el hombre, sea que le formase de su divina semilla el autor de la Naturaleza, origen del mundo más excelente, o que la nueva tierra, separada poco antes del sublime éter, encerrase dentro de su seno algunas partículas del cielo, nacido al mismo tiempo que ella, y Prometeo, amasándola con las aguas de los ríos, le dio una forma semejante a los dioses que todo lo gobiernan". —Metamorfosis.

"Algo distinto del hombre, infinitamente superior a él, lo colocó en la Vida, para hacerle cumplir un luminoso y magnífico destino; y ese Ser, la Única y Verdadera Existencia, que Es y Vive por sí mismo, en virtud de su propia esencia, es el Pensamiento Divino Absoluto, que empapa a todas las entidades que en él viven, se mueven y tienen su ser". —Matías Usero.

Así como el Sol es reflejado en el Océano, y en cada pequeña gota del Océano si están separadas, así es el Absoluto: Dios, reflejado en el seno de la gran Mente Universal, y en cada manifestación individual de esa Mente, como una Alma.

"Aquel que ve el reflejo de la gota, ve la forma y la luz del Sol y, sin embargo, el Sol está en los cielos; y aunque está en los cielos, está en la gota también". Ramacharaca (de la Sabiduría oriental).

Volvamos a Pablo y a los griegos del Agora: "Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habitase sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los términos de la habitación de ellos; para que buscasen a Dios, si en alguna manera, palpando, le hallen; aunque cierto no está lejos de cada uno de nosotros: porque en él vivimos, y nos movemos, y somos". Hechos: 17, 26-28.

La Naturaleza, nos dice el maestro normalista, es ritmo y armonía; si a estos atributos añadimos el de la Bondad, es fácil concluir que la Naturaleza es Amor. Ahora bien, "Las estrellas, los planetas, el Sol, son meros resplandores del poder infinito de Dios. Y Eros, según las antiguas cosmogonías, es la fuerza creadora que anima el mundo y hace que todas las cosas se presten mutuo encanto y armonía".

Al cabo de largas y profundas reflexiones, cuatrocientos años antes de nuestra era, los amigos de Platón habían llegado a una de sus célebres definiciones: Dios es Amor. Tocaba el turno a Sócrates, maestro de Platón, quien enriqueció sus propias ideas trayendo a la memoria el diálogo que sostuvo tiempo atrás con la extranjera Diotima, de Mantinea. Juntos, habían definido uno de los aspectos de la divinidad con las bellas palabras que se citan a continuación:

"El que en los misterios del amor se haya elevado hasta el punto en que estamos, después de haber recorrido en orden conveniente todos los grados de lo bello, y llegado por último al término de la iniciación, percibirá como un relámpago una belleza maravillosa... belleza eterna, increada e imperecedera... belleza que no tiene nada de sensible como el semblante o las manos, y nada de corporal... que no reside en ningún ser diferente de ella misma... sino que existe eterna y absolutamente por sí misma y en sí misma".

Diotima dice a Sócrates: "Voy a hablar con más claridad. Todos los hombres, Sócrates, son capaces de engendrar mediante el cuerpo y mediante el alma, y cuando han llegado a cierta edad, su naturaleza exige el producir... la Belleza, Sócrates, no es, como tú te imaginas, el objeto del amor

— ¿Pues cuál es el objeto del amor?

— Es la generación y la producción de la belleza.

— ¿Pero por qué el objeto del amor es la generación?

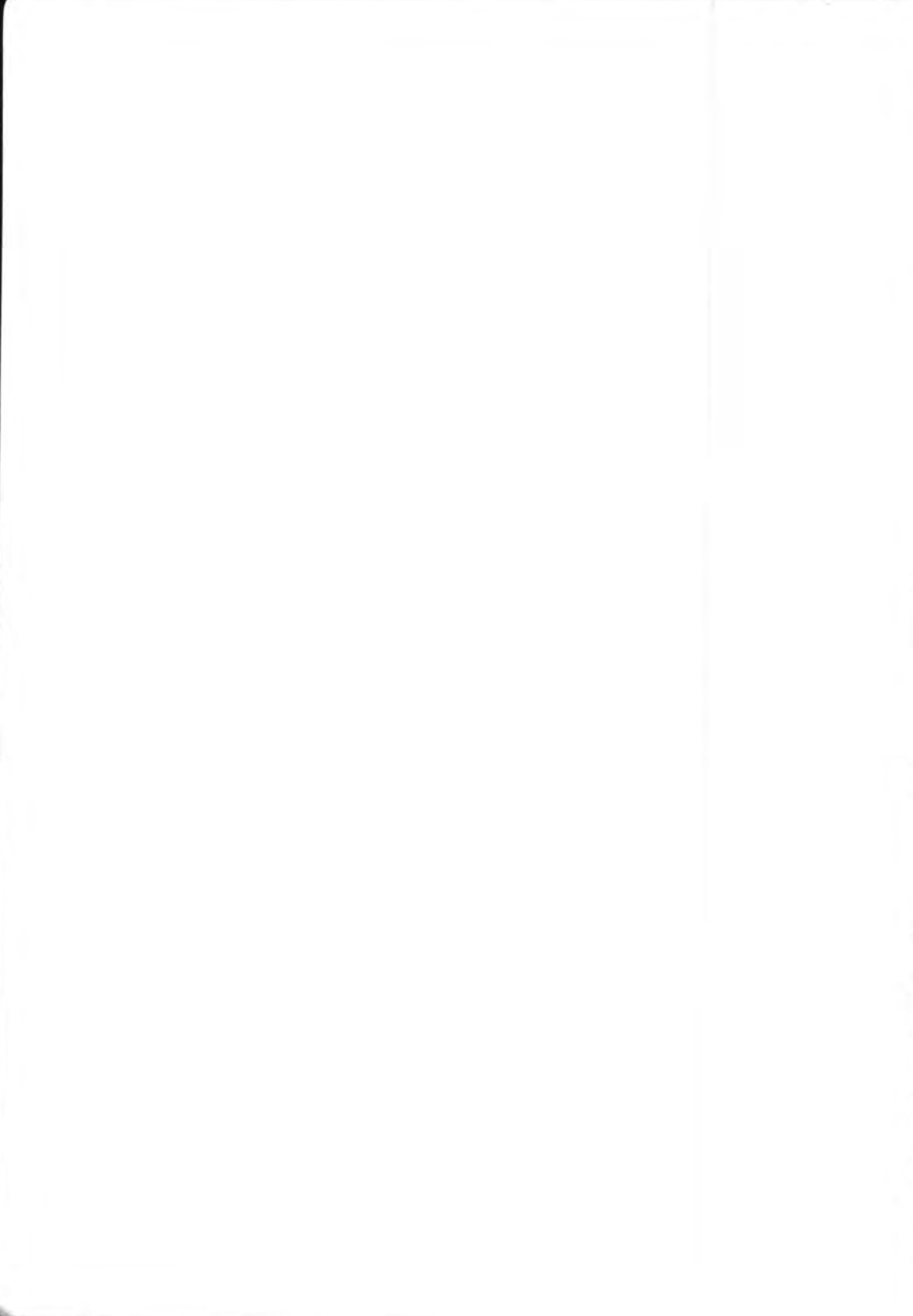
— Porque es la generación la que perpetúa la familia de los seres animados, y le da la inmortalidad que conciente la naturaleza mortal. Pues conforme a lo que ya hemos convenido, es necesario unir al deseo de lo bueno el deseo de la inmortalidad, puesto que el amor consiste en aspirar a que lo bueno nos pertenezca siempre. De aquí se sigue que la inmortalidad es igualmente el objeto del amor".

Para terminar, y siempre en apoyo de su tesis, el maestro normalista trae a la me-

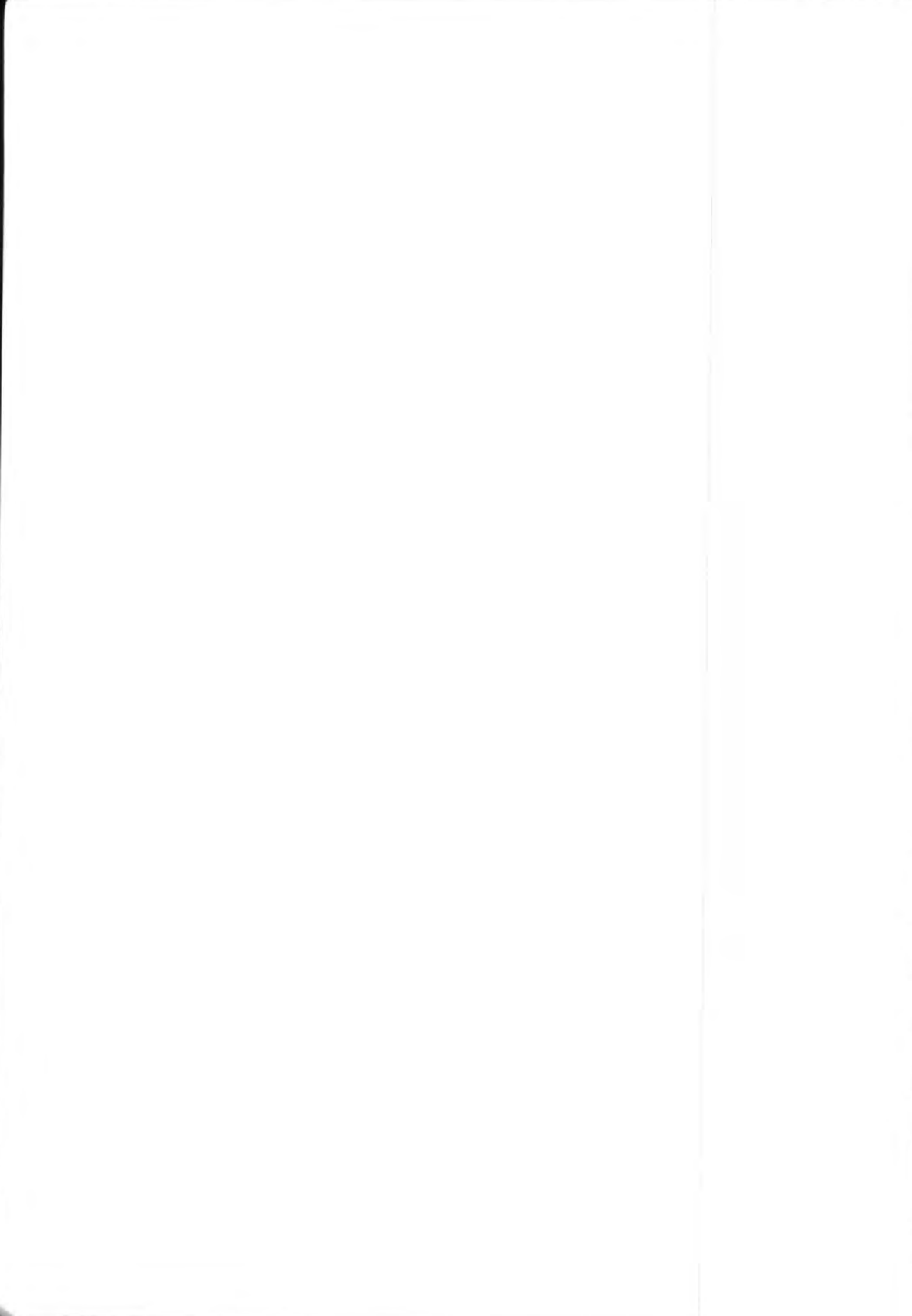
moria las siguientes palabras, tomadas de la primera epístola universal de San Juan Apóstol.

“ . Y este es el mensaje que oímos de él, y os anunciamos: Que Dios es luz, y en él no hay ningunas tinieblas. El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor. . En esto consiste el amor: no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

Nosotros le amamos a él porque El nos amó primero”.



III
Pandora



“... Y abrazarán su propio azote” Zeus.

Si hemos de atender a lo que enseñan los libros más antiguos de la Humanidad, que la cultura occidental ha encasillado cómodamente en la palabra Mitología, pero que encierran una profunda enseñanza religiosa, filosófica y moral, llegaremos a la conclusión de que la mujer es un castigo divino, pero tan bien hecho, tan perfectamente planeado, que en nuestra ceguera y necedad caemos en el extremo de adorar a la mujer como a una diosa y, cuando nos muestra su lado malo, esa misma mujer se convierte en el ser más nocivo y malvado del mundo. La verdad es que, al igual que el hombre, la mujer reúne en sí misma las fuerzas del bien y del mal, aunque su naturaleza tiende más a lo pernicioso, como lo prueba sin lugar a dudas su conducta en el Paraíso.

Según la Biblia, la mujer fue creada después que el hombre, para que le hiciera compañía, y nada más. Pero esa mujer se las ingenió para enseñar al hombre a quebrantar la ley, provocando la ira y el castigo de Dios. ¿Qué es lo que dicen otros libros?

Los historiadores modernos muestran una clara tendencia a descalificar lo que no entienden, o no quieren entender. Así, llaman poetas a aquellos que nos legaron enseñanzas muy antiguas envueltas en simbolismos arcaicos. Tal es el caso de Hesíodo, quien escribió hace unos dos mil ochocientos años una versión de la historia entonces conocida, sobre la creación de la mujer, obra ordenada por Zeus a Hefestos, dios del Fuego y forjador del Hierro (precisamente en la Edad del Hierro, en la cual vivimos), para castigar a los hombres porque Prometeo había robado el fuego divino y, habiendo enseñado a los hombres a usarlo, casi consiguió igualarlos a la divinidad.

Mucho ojo con esto que sigue: Hefestos era hijo del Cielo, sin intervención de nadie más; es decir, no fue el producto de la unión de una pareja, y el pobre amigo nació contrahecho: cabezón, chato, con un sólo ojo y un poco jorobado. Por si fuera poco, casi todo su cuerpo estaba cubierto por un grueso vello hirsuto. Al verlo Zeus tan

horroroso, lo arrojó desde el Olimpo con tan mala suerte para el pobre dios que se rompió las piernas, quedando cojo para toda su vida. A pesar de todo, salió muy trabajador y se la pasaba siempre en la fragua, sudoroso, manejando fuelles y martillo para mantener el fuego vivo y el yunque echando chispas. Este señor recibió la encomienda de hacer a la mujer pero, "en casa del herrero azadón de palo", es decir, que la hizo de barro. Dejemos que nos lo cuente Hesíodo:

"Los dioses, en efecto, ocultaron a los hombres el sustento de la vida; pues, de otro modo, durante un sólo día trabajarías lo suficiente para todo el año, viviendo sin hacer nada. Al punto colgarías el mango del arado por encima del humo, e interrumpirías el trabajo de los bueyes y de las mulas pacientes. Pero Zeus ocultó este secreto irritado en su corazón porque el sagaz Prometeo le había engañado. Por eso preparó para los hombres males lamentables, y escondió el fuego que el excelente hijo de Japeto robara en una cañaheja abierta para dárselo a los hombres, engañando así a Zeus, que disfruta del rayo. Entonces, Zeus, que amontona las nubes, dijo indignado:

"—Más sagaz que ninguno, te alegras, o Japetónido, de haber hurtado el fuego y engañado a mi espíritu; pero eso constituirá una gran desdicha para ti, así como para los hombres futuros. A causa de ese fuego, les enviaré un mal del que quedarían encantados, y abrazarán su propio azote.

"Habló así; y el padre de los dioses y de los hombres rió y ordenó al ilustre Hefestos que mezclara en seguida la tierra con el agua y de la pasta formara una bella virgen semejante a las diosas inmortales, y a la cual daría voz humana y fuerza. Y ordenó a Atenea que enseñara a esta virgen las labores de las mujeres y a tejer la tela. Y ordenó a Afrodita que esparciera la gracia sobre su cabeza y le diera el áspero deseo y las inquietudes que enervan los miembros. Y ordenó al mensajero Hermes que le inspirara la impudicia de la perra y las costumbres licenciosas. Ordenó así, y los aludidos obedecieron al rey Zeus.

"Al punto, el ilustre Cojo de ambos pies, por orden de Zeus, modeló con tierra una imagen semejante a una virgen venerable. La diosa Atenea, la de los ojos claros, la vistió y la adornó; las diosas Cárites y la venerable Pito colgaron a su cuello collares de oro; las Horas, de hermosos cabellos, la coronaron de flores primaverales. Palas Atenea le adornó todo el cuerpo; y el mensajero matador de Árgos le inspiró las mentiras, los halagos y las perfidias. Y el mensajero de los dioses le dio un nombre, y llamó a esta mujer Pandora, porque todos los habitantes de las moradas olímpicas le habían hecho cada uno un don para convertirla en azote de los hombres lujuriosos.

"Tras de concluir esta obra perniciosa e inevitable, el padre Zeus envió hacia

Epimeteo al ilustre matador de Argos (Hermes), veloz mensajero de los dioses, con tal presente; y Epimeteo no pensó en que Prometeo le había recomendado que no aceptara nada de Zeus Olímpico y le devolviera sus presentes, para que no trajese desgracia a los mortales. Y aceptó el obsequio, y no sintió el mal hasta después de haberlo recibido.

“Antes de aquel día, las generaciones de hombres vivían sobre la tierra exentas de males y del rudo trabajo, y de las enfermedades crueles que la vejez acarrea a los hombres. Porque con la aflicción los mortales envejecen pronto.

“Y aquella mujer, levantando la tapa de un gran vaso que tenía en sus manos, esparció sobre los hombres las miserias horribles. Únicamente la Esperanza se quedó en el vaso, detenida en los bordes y no echó a volar porque Pandora había vuelto a cerrar la tapa por orden de Zeus tempestuoso, que amontona las nubes.

“Y he aquí que se esparcen innumerables males entre los hombres porque la tierra está llena de males y el mar está lleno de ellos; noche y día abruman las enfermedades a los hombres, trayéndoles en silencio todos los dolores, porque el sabio Zeus les ha negado la voz. Y nadie puede evitar la voluntad de Zeus”

Es importante hacer algunas observaciones: el trabajo de Hesíodo fue traducido por primera vez en el año de 1471 y, como ha sucedido con muchas otras obras, quienes utilizan ese material en subsecuentes ocasiones, repiten los errores del primero. Así se ha traducido durante siglos una palabra por otra, de modo que la voz “pithos” (recipiente pequeño, caja), fue aplicada en lugar de “pyxis” (jarrón, vasija grande). Aunque este reparo no es tan importante como el siguiente: ¿cómo es que un dios se enoja porque alguien le hace una travesura, y no encuentra venganza mejor que la de castigar a todo el género humano? Como quien dice: “Pedro la hace, y Juan la paga”. Otra cosa: Prometeo le había ganado al Viejo en buena lid. Se la jugó como los héroes modernos de la mitología americana para robarle el fuego divino, y fue a Prometeo a quien envió primero a la vieja esa con la famosa caja, pero Prometeo la rechazó, aunque era machito, porque agarró la onda y no se dejó seducir por los encantos de la mujer y los adornos de sus vestidos y collares. Ni los aretes ni las pulseiras le llamaron la atención. Es más, Pandora ha de haber llegado con su sonrisa coqueta y la mirada de borrega desvalida, la palabra melosa y el gesto displicente, pero Prometeo ni por esas dio su brazo a torcer, porque le importaba más impedir la desgracia de los mortales. Fue entonces cuando el Viejo jugó sucio y ordenó que le mandaran el regalito al menso de Epimeteo. (Prometeo quiere decir “el que prevé, el que mira a futuro, el precavido”; en tanto que Epimeteo significa: “el que se da cuenta después de ocurrido, cuando ya sucedió”, o lo que es lo mismo: “Ya para qué”). Y ahora aquí

estamos todos pagando las consecuencias, aunque son muy pocos aquellos capaces de comprender lo que ocurre porque, como dijo el señor Zeus, y dijo bien: "abrazarán su propio azote".

Para confirmarlo, nada más hay que escuchar lo que dice don Diego José Abad:

"El sol, la luna y los candiles del cielo son hermosos, por cierto. Pero los hombres neciamente deslumbrados y presos por el esplendor de su hermosura, los tuvieron por dioses. Debían haber reconocido cuánto más hermoso que el sol debe ser el que prende sus lumbres.

"No sigas ya con eso, me dirás; siglos hace que necesidad tamaña se dispó casi del recuerdo. Voy en ello: los hombres no adoran ya ni el sol ni las estrellas. Pero ¿qué mejoran, si peores dioses que el sol, la luna y los luceros los hombres se labran? Para ellos, dios es la mujer que place, y más bella que la luna, el sol y los astros, más bella que el lucero que anuncia la mañana. A ella ¡oh, Dios Santo! con increíble desprecio de tí, rinden adoración, y esto ni lo disimulan ni lo callan. Lo que tú separaste como tuyo, lo que para tí reclamabas, los obsequios cabales de nuestro corazón y pensamiento, una mujer los roba y arrebata, y erije frente al tuyo sus altares sacrilegos, donde se otorgan a la carne casi divinos honores. Una mujer fue el principio de los males, el comienzo del duelo. Una sola mujer nos derrocó a la perdición a todos los mortales. Jamás estrago ni peste tan amarga devastó el orbe, ni consumió tantas ciudades y pueblos. Más criminal y dañosa fue para el mundo Venus, que el riguroso Marte, que refresca su gozo en los hervideros de la sangre. La belleza de las cosas, con esplendores de luz alternativa, halaga y convida; en todos los hombres se afina y arraiga el mismo deseo y el mismo amor de la hermosura; pero vivimos a ciegas, y no acertamos a discernir lo que de verdad es hermoso.

"Vengamos a la experiencia. A esta doncella de hermosura y deleite, quítale el alma. ¿Qué resta? Un cadáver informe. Mira cómo se apaga la lumbre de sus ojos, cómo desmayan las flores de su rostro, cómo se visten de amarillez enferma sus mejillas, y el coral de sus labios se tiñe de sombra y hace gestos de muerte. Junto con el alma se alejó toda aquella belleza y compostura . . ." (Poema Heroico, Pág. 295).

Pues bien, esta Pandora, mortal, antojadiza, veleidosa, caprichosa, enredosa, mentirosa, perversa, coqueta, astuta y malvada, es la rival de Zeus en el pensamiento y el corazón del hombre.

Una de las más grandes deformaciones culturales que nos han sido impuestas es la de una pareja perfecta en cuanto a belleza corporal, habitando en el Paraíso.

Los lectores imaginativos y con un aceptable grado de cultura, serán capaces de percibir la realidad: seres desnudos, con la pelambre hirsuta y la mirada turbia, desaseados y torpes en sus movimientos; no del todo erectos, sino con los hombros figeramente echados hacia adelante; incapaces de articular una palabra y emitiendo apenas sonidos guturales o breves chillidos. Los hombres peludos y con la mandíbula prominente, parecida a los orangutanes que todos conocemos. (Recuérdese que se han encontrado pinturas rupestres con representaciones de rinocerontes peludos, y aún restos de esos mamíferos en algunas regiones del norte de Francia y de España). Las mujeres no muy diferentes: la frente angosta, el cabello largo y apelmazado, la mirada estúpida, los movimientos hombrunos, el cuerpo musculoso, sucias, y de pies anchos y de uñas crecidas, por las necesidades mismas de la supervivencia.

Vivían de la recolección de frutos y hierbas y lo hacían por mero instinto, pues al principio no sabían cazar y vivían en el campo abierto. Debieron pasar miles de años antes de que aprendieran a cazar y se inventaran los utensilios indispensables para utilizar la caza como alimento. El primer fuego usado para cocinar debe haber sido fuego natural, o sea: aquel producido por un rayo o por un incendio forestal.

Por otra parte, había tanta diferencia de "paraísos" como de sistemas ecológicos y regiones geográficas, pues se ha demostrado que habitaron "adanes y evas" en Australia, Africa, Asia, Europa, Indonesia y lo que hoy conocemos como Inglaterra. Además, todos sabemos que cuando Colón llegó al continente americano, ya éste se hallaba habitado de sur a norte y de este a oeste. Lógicamente, desde el principio existieron las diferencias en el contenido de melanina, derivadas de las diversidad de climas y sistemas ecológicos.

De esto resulta que los "paraísos" eran, a veces, simples zonas pantanosas con sus inevitables arenas movedizas, manglares y aguas infestadas de cocodrilos o caimanes. Otros tendrían demasiados dinosaurios, brontosaurios, ictiosaurios y pterodactilos, sin faltar una buena población de mamuts, mastodontes y búfalos. Y si la región de la India no ha cambiado mucho, el "paraíso" de allí tenía más leones, tigres, elefantes y gatos, que seres humanos. En Australia reinarian las aves de plumaje multicolor y cantos de mil tonalidades, los canguros, los reptiles y las avestruces.

Muy diferentes serían los "paraísos" de los glaciares, donde los medios de supervivencia eran tan escasos y los hombres debían exponerse a muchos y graves pe-

ligros para conseguir alimento, consistente sólo de pescado y algunas hierbas silvestres crecidas en las laderas de la montaña.

Imagináos el "paraíso" en lo que hoy es Brasil, con un calor infernal, lluvias incabables, selvas espesísimas y ríos rugientes y caudalosos. Un "Paraíso" habitado por toda clase de reptiles, peces, monos, aves, arácnidos y otras alimañas ponzoñosas.

Echemos un vistazo ahora a los "paraísos" de las regiones equivalentes a los montes Himalaya, a las estepas siberianas, al Gran Cañón de El Colorado, a los desiertos de Sonora, en México, y del Sahara, en África; a la cordillera de Los Andes y a la zona montañosa de Mongolia; los "paraísos" donde se carece de agua y en donde el hombre vive, aún en nuestros días, en condiciones de atraso semejantes a la de los primeros siglos de la Creación.

Los artistas del Renacimiento, inspirados en una interpretación poética de pasajes bíblicos, inventaron un Paraíso, que no tiene ninguna relación con la realidad histórica.

La realidad histórica, determinada por los estudios más avanzados de expertos paleoantropólogos, establece sin lugar a dudas que hace por lo menos tres millones de años ya existían homínidos erguidos sobre la faz de la Tierra, y que éstos anduvieron desnudos hace apenas unos doce mil años. Es más: todavía existen, en el umbral del Siglo XXI, numerosas tribus en Australia, África, Ecuador y otros lugares, en donde hombres y mujeres andan desnudos y, como dice la Biblia: "no se avergüenzan".

Poco antes del Renacimiento y aún en el Siglo XVI, había en Europa una secta religiosa cuyos miembros andaban desnudos y explicaban su actitud diciendo que para ellos es un pecado cubrir hipócritamente el cuerpo que Dios nos ha dado a su imagen y semejanza.

En México, muchas tribus siguieron la costumbre de andar sus gentes desnudas, más de medio siglo después de la conquista.

En muchos autores leemos ejemplos actuales de pueblos enteros que habitan en las indias orientales, en algunas partes de África, en Sumatra y en Borneo y en algunas islas del Pacífico, donde las gentes andan todavía desnudas. ¿No han leído acerca de las costumbres de las nativas de la Isla de Pascua, que nadan desnudas hasta los barcos?

Don Alfonso Reyes nos ha permitido conocer los versos que reproducimos a conti-

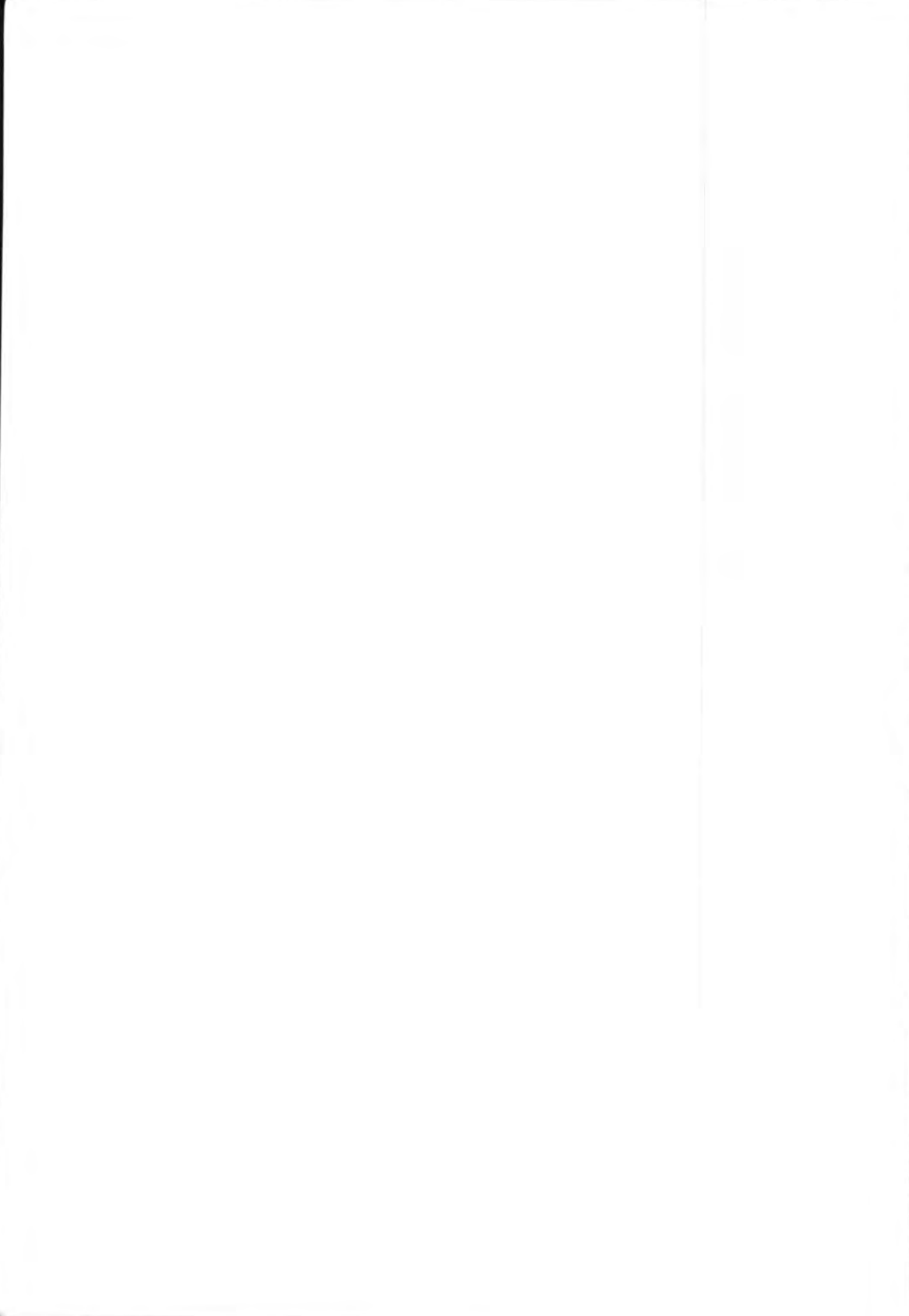
nuación, nacidos de la inspiración de Garci Sánchez de Badajoz, hace más de quinientos años.

LA FARSA DE LOS DOCTORES

Pastor ——Ora ¿no fuera mejor
andar los hombres en cueros,
con sus hatos verdaderos,
cual los dió nuestro señor?
Si bien miráis alrededor
y notáis aquesta cuenta,
todo animal se contenta
con su pelle y su collar
Sólo el hombre, más hacino
que todos los animales,
sayales sobre sayales,
y aún no guarece el mezquino,
Yo no sé tomalle el tino,
que desnudo nace y muere,
y en la vida siempre quiere
más cobijas que un palmino.
Desde que el hombre fue engañado,
de la mujer abatido,
luego procuró el vestido,
que desnudo fue criado.
Parece que abergoñado
de ver cuán mal empleó
el cuerpo que Dios le dió,
procuró ser cobijado.
Véis aquí, por esta vía
cubrió el hombre, en fin, en fin,
su carne por ser rüin,
Si hallase, por vida mía,
que mejor cuerpo tenía
de antes, y mejor peleja
que la lana de la oveja
que ora traí por fantasía,
¡Oh, qué pasatiempo fuera
andar todos en pellejas,
ver las mozas y las viejas

desnudas todo de fuera!
Maldito el engaño hubiera
cuando el hombre se casara,
que ora engañan con la cara
y el cuerpo de otra manera.
¿Vistes tan grosera cosa
ni disparate tamaño?
¡Tapar de color extraño
nuestra carne tan preciosa!
Sí, qué tez es más hermosa
la de los cuerpos humanos,
que babas de gusanos
o de la lana roñosa.
Pero en fin, en fin, acierta;
que nuestra pelleja viva,
desque a muerte fue cautiva
cúbrese de cosas muerta.

IV
El Amor y la Biblia



Considerado como uno de los más bellos cantos de amor entre los seres humanos, el Cantar de los Cantares figura desde hace tres mil años entre las páginas de la Biblia judía, fuente principal del cristianismo.

He aquí esa muestra de dulce erotismo y exaltada pasión, condensados en un poema escrito más de novecientos años antes de nuestra Era.

(Tomada de "La Santa Biblia", versión Reina-Valera, Ed. Evangélica S. Antonio Tex., 1979).

EL CANTAR DE LOS CANTARES

CAPITULO 1

CANCION DE CANCIONES, LA CUAL ES DE SALOMON

- 2 ¡Oh, si él me besara con ósculos de su boca!
Porque mejores son tus amores que el vino.
- 3 Por el olor de tus suaves ungüentos,
(Ungüento derramado es tu nombre),
Por eso las doncellas te amaron.
- 4 Llévame en pos de tí, correremos.
Metiome el rey en sus cámaras:
Nos gozaremos y alegraremos en tí;
Acordaremos de tus amores más que del vino:
Los rectos te aman.

- 5 Morena soy, oh hijas de Jerusalem,
Más codiciable;
Como las cabañas de Cedar,
como las tiendas de Salomón.
- 6 No miréis en que soy morena,
Porque el sol me miró
Los hijos de mi madre se airaron contra mí,
hiciéronme guarda de viñas;
Y mi viña, que era mía, no guardé.
- 7 Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma,
Dónde repastas, dónde haces tener majada al medio día:
Porque ¿por qué había yo de estar como vagueando
Tras los rebaños de tus compañeros?
- 8 Si tú no lo sabes, oh hermosa entre las mujeres,
Sal, yéndote por las huellas del rebaño,
Y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores.
- 9 A yegua de los carros de Faraón
Te he comparado, amiga mía.
- 10 Hermosas son tus mejillas entre los pendientes,
Tu cuello entre los collares.
- 11 Zarcillos de oro te haremos,
Con clavos de plata.
- 12 Mientras que el rey estaba en su reclinatorio,
Mi nardo dió su olor.
- 13 Mi amado es para mí un manojito de mirra,
Que reposa entre mis pechos.
- 14 Racimo de copher en las viñas de Engadí
Es para mi amado.
- 15 He aquí que tú eres hermosa, amiga mía;
He aquí que eres bella: tus ojos son de paloma.
- 16 He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y suave:
Nuestro lecho también florido.
- 17 Las vigas de nuestra casa son de cedro,
Y de ciprés los artesonados.

CAPITULO 2

- Yo soy la rosa de Sarón.
Y el lirio de los valles.
- 2 Como el lirio entre las espinas,
Así es mi amiga entre las doncellas.
- 3 Como el manzano entre los árboles silvestres,
Así es mi amado entre los mancebos.
Bajo la sombra del deseado me senté,
Y su fruto fue dulce a mi paladar.
- 4 Llevóme a la cámara del vino,
Y su bandera sobre mí fue amor.
- 5 Sustentadme con frascos, corroboradme con manzanas;
Porque estoy enferma de amor.
- 6 Su izquierda esté debajo de mi cabeza,
Y su derecha me abrace.
- 7 Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalem,
Por las gamas y por las ciervas del campo,
Que no despertéis ni hagáis velar al amor.
Hasta que quiera.
- 8 ¡La voz de mi amado! He aquí él viene
Saltando sobre los montes, brincando sobre los collados.
- 9 Mi amado es semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos
Hélo aquí, está tras nuestra pared,
Mirando por las ventanas,
Mostrándose por las rejas.
- 10 Mi amado habló, y me dijo:
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente.
- 11 Porque he aquí ha pasado el invierno,
Hase mudado, la lluvia se fue;
- 12 Hânse mostrado las flores en la tierra,
El tiempo de la canción es venido,
Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola;
- 13 La higuera ha echado sus higos,
Y las vides en cierne
Dieron olor;
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vente.

- 14 Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes,
Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz;
Porque dulce es la voz tuya, y hermoso tu aspecto.
- 15 Cazadnos la zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas;
Pues que nuestras viñas están en cierne.
- 16 Mi amado es mío, y yo suya;
El apacienta entre lirios.
- 17 Hasta que apunte el día, y huyan las sombras,
Tórnate, amado mío; sé semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos,
Sobre los montes de Bether.

CAPITULO 3

- Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma
Busquélo, y no lo hallé.
- 2 Levantaréme ahora, y rodearé por la ciudad;
Por las calles y por las plazas.
Buscaré al que ama mi alma:
Busquélo, y no lo hallé.
 - 3 Halláronme los guardas que rondan la ciudad,
y díjeles: ¿Habéis visto al que ama mi alma?
 - 4 Pasando de ellos un poco,
Hallé luego al que mi alma ama;
Trabé de él, y no lo dejé,
Hasta que lo meti en casa de mi madre,
Y en la cámara de la que me engendró.
 - 5 Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalem,
Por las gamas y por las ciervas del campo,
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,
Hasta que quiera.
 - 6 ¿Quién es ésta que sube del desierto como columnita de humo,
Sahumada de mirra y de incienso,
Y de todos polvos aromáticos?
 - 7 He aquí es la litera de Salomón:
Sesenta valientes la rodean,
De los fuertes de Israel.

- 8 Todos ellos tienen espadas, diestros en la guerra;
Cada uno su espada sobre su muslo,
Por los temores de la noche.
- 9 El rey Salomón se hizo una carroza
De madera del Líbano.
- 10 Sus columnas hizo de plata,
Su respaldo de oro, su cielo de grana,
Su interior enlosado de amor,
Por las doncellas de Jerusalem.
- 11 Salid, oh doncellas de Silón, y ved al rey Salomón
Con la corona con que le coronó su madre el día de su desposorio,
Y el día del gozo de su corazón.

CAPITULO 4

He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí que tú
eres hermosa;

Tus ojos entre tus guedejas como de paloma;

Tus cabellos como manada de cabras,

Que se muestran desde el monte de Galaad.

- 2 Tus dientes, como manadas de trasquiladas ovejas,
Que suben del lavadero,
Todas con crías mellizas,
Y ninguna entre ellas estéril.
- 3 Tus labios, como un hilo de grana,
Y tu habla hermosa;
Tus sienes, como cachos de granada
A la parte adentro de tus guedejas.
- 4 Tu cuello, como la torre de David, edificada para muestra;
Mil escudos están colgados de ella,
Todos escudos de valientes.
- 5 Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama,
Que son apacentados entre azucenas.
- 6 Hasta que apunte el día y huyan las sombras
Iréme al monte de la mirra,
Y al collado del incienso.
- 7 Toda tú eres hermosa, amiga mía,
Y en tí no hay mancha.

- 8 Conmigo del Líbano, oh esposa,
Conmigo ven del Líbano;
Mira desde la cumbre de Amana,
Desde la cumbre de Senir y de Hermón,
Desde las guaridas de los leones,
Desde los montes de los tigres.
- 9 Prendiste mi corazón, hermana, esposa;
Has preso mi corazón con uno de tus ojos,
Con una gargantilla de tu cuello.
- 10 ¡Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa!
¡Cuánto mejores que el vino tus amores,
Y el olor de tus ungüentos que todas las especias
aromáticas!
- 11 Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa,
Miel y leche hay debajo de tu lengua;
y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano.
- 12 Huerto cerrado eres, mi hermana, esposa;
Fuente cerrada, fuente sellada.
- 13 Tus renuevos paraíso de granados, con frutos suaves,
De cámpforas y nardos,
- 14 Nardo y azafrán,
Caña aromática y canela, con todos los árboles de
incienso,
Mirra y áloes, con todas las principales especias.
- 15 Fuente de huertos,
Pozo de aguas vivas,
Que corren del Líbano.
- 16 Levántate, Aquilón, y ven Austro;
Sopla mi huerto, despréndanse sus aromas.
Venga mi amado a su huerto,
Y coma de su dulce fruta.

CAPITULO 5

Yo vine a mi huerto, oh hermana, esposa
Cogido he mi mirra y mis aromas;
He comido mi panal y mi miel.

- Mi vino y mi leche he bebido.
Comed, amigos;
Bebed, amados, y embriagáos.
- 2 Yo dormía, pero mi corazón velaba:
La voz de mi amado que llamaba:
Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía,
Porque mi cabeza está llena de rocío,
Mis cabellos de las gotas de la noche.
- 3 Heme desnudado mi ropa ¿cómo la tengo de vestir?
He lavado mis pies ¿cómo los tengo de ensuciar?
- 4 Mi amado metió su mano por el agujero,
Y mis entrañas se conmovieron dentro de mí.
- 5 Yo me levanté para abrir a mi amado,
Y mis manos gotearon mirra,
Y mis dedos mirra que corría
Sobre las aldabas del candado.
- 6 Abrí yo a mi amado;
Más mi amado se había ido, había ya pasado:
y tras su hablar salió mi alma:
Busquélo, y no lo hallé;
Llamélo, y no me respondió.
- 7 Halláronme los guardias que rondan la ciudad:
Hiriéronme, llagáronme,
Quitáronme mi manto de encima los guardas de los muros.
- 8 Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalem, si halláreis a mi amado,
Que le hagáis saber cómo de amor estoy enferma.
- 9 ¿Qué es tu amado más que otro amado,
Oh la más hermosa de todas las mujeres?
¿Qué es tu amado más que otro amado,
Que así nos conjuras?
- 10 Mi amado es blanco y rubio,
Señalado entre diez mil
- 11 Su cabeza, como oro finísimo;
Sus cabellos crespos, negros como el cuervo.
- 12 Sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas
Que se lavan con leche, y a la perfección colocados.

- 13 Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como fragantes flores:
Sus labios, como lirios que destilan mirra que trasciende.
- 14 Sus manos, como anillos de oro engastados de jacintos:
Su vientre, como claro martil cubierto de zafiros.
- 15 Sus piernas, como columnas de mármol fundadas sobre basas de fino oro:
Su aspecto como el Líbano, escogido como los cedros.
- 16 Su paladar, dulcísimo: y todo él codiciable.
Tal es mi amado, tal es mi amigo,
Oh doncellas de Jerusalem,

CAPITULO 6

- ¿Dónde se ha ido tu amado,
Oh la más hermosa de todas las mujeres?
¿Adónde se apartó tu amado,
Y le buscaremos contigo?
- 2 Mi amado descendió a su huerto, a las eras de los aromas,
Para apacentar en los huertos, y para coger los lirios.
- 3 Yo soy de mi amado, y mi amado es mío:
El apacienta entre los lirios.
- 4 Hermosa eres tú, oh amiga mía, como Tírsa;
De desear, como Jerusalem,
Imponente, como ejércitos en orden.
- 5 Aparta tus ojos de delante de mí,
Porque ellos me vencieron.
Tu cabello es como manada de cabras,
Que se muestran en Galaad.
- 6 Tus dientes, como manada de ovejas
Que suben del lavadero,
Todas con crías mellizas,
Y estéril no hay entre ellas.
- 7 Como cachos de granada son tus sienes
Entre tus quedejas.
- 8 Sesenta son las reinas, y ochenta la concubinas,
Y las doncellas sin cuento.

- 9 Mas una es la paloma mía, la perfecta mía;
 Unica es a su madre,
 Escogida a la que la engendró.
 Viéronla las doncellas, y llamáronla bienaventurada,
 Las reinas y las concubinas, y la alabaron.
- 10 ¿Quién es ésta que se muestra como el alba:
 Hermosa como la luna,
 Esclarecida como el sol,
 Imponente, como ejércitos en orden?
- 11 Al huerto de los nogales descendí
 A ver los frutos del valle,
 Y para ver si brotaban las vides,
 Si florecían los granados.
- 12 No lo supe: hame mi alma hecho
 Como los carros de Amminadab.
- 13 Tórnate, tórnate, oh Sulamita;
 Tórnate, tórnate, y te miraremos.
 ¿Qué veréis en la Sulamita?
 Como la reunión de dos campamentos.

CAPITULO 7

- ¡Cuán hermosos son tus pies en los calzados, oh hija de príncipe!
 Los contornos de tus muslos son como joyas,
 Obras de mano de excelente maestro.
- 2 Tu ombligo, como una taza redonda,
 Que no le falta bebida.
 Tu vientre, como montón de trigo,
 Cercado de lirios.
- 3 Tus dos pechos, como dos cabritos
 Mellizos de gama.
- 4 Tu cuello, como torre de marfil,
 Tus ojos, como las pesqueras de Hesbón junto a la puerta de Bat-rabbim.
 Tu nariz, como la torre del Libano,
 Que mira hacia Damasco.

- 5 Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo;
Y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey
Ligada en los corredores.
- 6 ¡Qué hermosa eres, y cuán suave,
Oh amor deleitoso!
- 7 Y tu estatura es semejante a la palma,
Y tus pechos a los racimos!
- 8 Yo dije: Subiré a la palma,
Asiré sus ramos;
Y tus pechos serán ahora como racimos de vid,
Y el olor de tu boca como manzanas;
- 9 Y tu paladar como el buen vino,
Que se entra a mi amado suavemente,
Y hace hablar los labios de los viejos.
- 10 Yo soy de mi amado,
Y conmigo tiene su contentamiento.
- 11 Ven, oh amado mío, salgamos al campo,
Moremos en las aldeas.
- 12 Levantémonos de mañana a las viñas;
Veamos si brotan las vides, si se abre el cierno,
Si han florecido los granados;
Allí te daré mis amores.
- 13 Las mandrágoras han dado olor,
Y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas,
nuevas y añejas,
Que para ti, oh amado mío, he guardado.

CAPITULO 8

- ¡Oh quién te me diese como hermano
Que mamó los pechos de mi madre;
De modo que te halle yo fuera, y te bese,
Y no me menosprecien!
- 2 Yo te llevaría, te metiera en casa de mi madre:
Tu me enseñarías,
Y yo te hiciera beber vino
Adobado del mosto de mis granadas,

- 3 Su izquierda esté debajo de mi cabeza,
Y su derecha me abrace.
- 4 Conjurados, oh doncellas de Jerusalem,
Que no despertéis, ni hagáis velar al amor.
Hasta que quiera.
- 5 ¿Quién es ésta que sube del desierto,
Recostada sobre su amado?
Debajo de un manzano te desperté:
Allí tuvo tu madre dolores.
Allí tuvo dolores la que te parió.
- 6 Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre
tu brazo:
Porque fuerte es como la muerte el amor,
Duro como el sepulcro el celo:
Sus brasas, brasas de fuego,
Fuerte llama,
Las muchas aguas no podrán apagar el amor,
Ni lo ahogarán los ríos.
Si diese el hombre toda la hacienda de su casa por este amor,
De cierto lo menospreciarán.
- 8 Tenemos una pequeña hermana,
Que no tiene pechos:
¿Qué haremos a nuestra hermana
Cuando de ella se hablare?
- 9 Si ella es muro,
Edificaremos sobre él un palacio de plata:
y si fuere puerta,
La guarnecéremos con tablas de cedro.
- 10 Yo soy muro, y mis pechos como torres,
Desde que fui en sus ojos como la que halla paz.
- 11 Salomón tuvo una viña en Baal-ammon,
La cual entregó a guardas,
Cada uno de los cuales debía traer mil monedas de plata por
su fruto.
- 12 Mi viña, que es mía, está delante de mí:
Las mil serán tuyas, oh Salomón,
Y doscientas, de los que guardan su fruto.

- 13 Oh tú la que moras en los huertos,
Los compañeros escuchan tu voz:
Házmela oír.
- 14 Huye, amado mío:
Y sé semejante al gamo, o al cervatillo,
Sobre las montañas de los aromas.

'' Y descendió Abraham a Egipto para peregrinar allá; porque era grande el hambre en la tierra. Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, dijo a Sarai su mujer: He aquí, ahora conozco que eres mujer hermosa de vista; y será que cuando te habrán visto los egipcios, dirán: su mujer es; y me matarán a mí, y a ti te reservarán la vida.

'' Ahora pues, di que eres mi hermana, para que yo haya bien por causa tuya, y viva mi alma por amor de ti.

'' Y aconteció que, como entró Abraham en Egipto, los egipcios vieron la mujer que era hermosa en gran medida. Viéronla también los príncipes de Faraón, y se la alabaron; y fue llevada la mujer a casa de Faraón: e hizo bien a Abraham por causa de ella; y tuvo ovejas, y vacas, y asnos, y siervos, y criadas, y asnas y camellos.

'' Más Jehová hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai mujer de Abraham. Entonces Faraón llamó a Abraham y le dijo: ¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿Por qué no me declaraste que era tu mujer? ¿Por qué dijiste: es mi hermana, poniéndome en ocasión de tomarla para mí por mujer? Ahora pues, he aquí tu mujer, tómala y vete''. (Génesis: 12: 10-19).

'' Y Sarai, mujer de Abraham, no le paría; y ella tenía una sierva egipcia, que se llamaba Agar. Dijo, pues, Sarai a Abraham: Ya ves que Jehová me ha hecho estéril: ruégote que entres a mi sierva; quizá tendré hijos de ella. Y atendió Abraham al dicho de Sarai. Y Sarai, mujer de Abraham, tomó a Agar su sierva egipcia, al cabo de diez años que había habitado Abraham en la tierra de Canaan, y dióla a Abraham su marido por mujer. . . Y parió Agar a Abraham un hijo, y llamó Abraham el nombre de su hijo que le parió Agar, Ismael. (Génesis: 16: 1-3, 15).

'' Llegaron, pues, los dos ángeles a Sodoma, a la caída de la tarde. . . Y viéndolos Lot, Levantóse a recibirlos. . . Y antes que se acostasen, cercaron la casa los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo junto, desde el más joven hasta el más viejo. Y llamaron a Lot y le dijeron: ¿Dónde están los varones que vi-

nieron a tí esta noche? sácanoslos, para que los conozcamos. . . Y al rayar el alba, los ángeles daban prisa a Lot, diciendo: Levántate, toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, porque no perezcas en el castigo de la ciudad. . . Entonces llovió Jehová sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego. . . Y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades. . . Empero Lot subió de Zoar, y asentó en el monte, y sus dos hijas con él, porque tuvo miedo de quedar en Zoar, y se alojó en una cueva él y sus dos hijas. Entonces la mayor dijo a la menor: nuestro padre es viejo, y no queda varón en la tierra que entre a nosotras conforme a la costumbre de toda la tierra: Ven, demos a beber vino a nuestro padre, y durmamos con él, y conservaremos de nuestro padre generación. Y dieron a beber vino a su padre aquella noche: y entró la mayor y durmió con su padre; más él no sintió cuando se acostó ella, ni cuando se levantó. El día siguiente dijo la mayor a la menor: He aquí yo dormí la noche pasada con mi padre; démosle a beber vino también esta noche, y entra y duerme con él, para que conservemos de nuestro padre generación. Y dieron a beber vino a su padre también aquella noche; y levantóse la menor, y durmió con él. . . Y concibieron las dos hijas de Lot, de su padre''. (Génesis: 19: 1, 4, 5, 15, 24, 30-36).

. . . ''Y Bethuel engendró a Rebeca. Estos ocho parió Milca a Nachor, hermano de Abraham. Y su concubina, que se llamaba Reúme, parió también a Teba, y a Gaham, y a Taas, y a Maacha''. (Génesis: 22: 23-24).

. . . ''Y cuando Esaú fue de cuarenta años, tomó por mujer a Judith hija de Beeri Hetheo, y a Basemath hija de Helón Hetheo''. (Génesis: 26, 34). Y fuése Esaú a Ismael, y tomó para sí por mujer a Mahaleth, hija de Ismael. . . además de sus otras mujeres''. (Gen. 28; 9). . . ''Y viendo Raquel que no daba hijos a Jacob, tuvo envidia de su hermana, y decía a Jacob: Dame hijos, o si no, me muero. Y Jacob se enojaba contra Raquel y decía: ¿Soy yo en lugar de Dios, que te impidió el fruto de tu vientre? Y ella dijo: He aquí mi sierva Bilha; entra a ella, y parirá sobre mis rodillas. Así le dió a Bilha su sierva por mujer; y Jacob entró a ella. Y concibió Bilha, y parió a Jacob un hijo. . . Y viendo Lea que había dejado de parir, tomó a Zilpa tu sierva, y dióla Jacob por mujer. Y Zilpa, sierva de Lea, parió a Jacob un hijo''. (Gen. 30: 1-5, 9-10).

. . . ''Y salió Dina la hija de Lea. . . Y violó Sichem, hijo de Hamor, príncipe de aquella tierra, y tomóla, y echóse con ella, y la deshonoró. . . Y sucedió que al tercer día. . . los dos hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, tomaron cada uno su espada. . . y mataron a todo varón. . . Entonces dijo Jacob a Simeón y a Leví: Habéisme turbado con hacerme abominable a los moradores de aquesta tierra. . . juntarse han contra mí y me herirán, y seré destruído yo y mi casa. Y ellos respondieron: ¿Había él de tratar a nuestra hermana como a una ramera?''. (Gén. 34: 1-2; 25, 30).

“Y llevado José a Egipto, comprólo Putifar, eunuco de Faraón, capitán de los de la guardia, varón egipcio, de mano de los ismaelitas que lo habían llevado allá . . . Y aconteció que, desde cuando le dio el encargo de su casa, y de todo lo que tenía, Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José . . . Y era José de hermoso semblante y bella presencia, Y aconteció que la mujer de su señor puso sus ojos en José y dijo: Duerme conmigo. Y él no quiso. . . Y fue que hablando ella a José cada día, y no escuchándola él para acostarse al lado de ella, para estar con ella, Aconteció que entró un día en casa para hacer su oficio, y no había nadie allí en casa, Y asíólo ella por su ropa, diciendo: Duerme conmigo. Entonces dejóle él su ropa en las manos y huyó, salióse fuera . . . Y ella puso junto a sí la ropa de él, hasta que vino su señor a su casa. Entonces le habló ella semejantes palabras, diciendo: El siervo hebreo que nos trajiste, vino a mí para deshonorarme; y como yo alcé mi voz y grité, él dejó su ropa junto a mí y huyó fuera . . . así me ha tratado tu siervo. Y tomó su señor a José y púsolo en la cárcel. Mas Jehová fue con José y extendió a él su misericordia” (Génesis: 39: 1, 5, 6, 7, 8, 10-21).’

ECLESIASTICO

Las mujeres

No tengas celos de tu propia mujer, para no enseñarle a hacerte mal.

No te entregues del todo a tu mujer, no sea que te llegue a dominar.

No vayas al encuentro de una mujer prostituta, no sea que caigas en sus redes.

Con cantadora no frecuentes trato, para no quedar prendido en sus enredos.

No te quedes mirando a doncella, para que no incurras en su propio castigo.

A prostitutas no te entregues para no perder tu herencia.

No andes fisgando por las calles de la ciudad, ni divagues por sus sitios solitarios.

Aparta tu ojo de mujer hermosa, no te quedes mirando la belleza ajena.

Por la belleza de la mujer se perdieron muchos, junto a ella el amor se inflama como fuego.

Junto a mujer casada no te sientes jamás, a la mesa con ella no te huelgues con vino, para que tu corazón no se desvíe hacia ella y en tu ímpetu te deslices a la ruina.

Cualquier herida, pero no herida del corazón!

Cualquier maldad, pero no maldad de mujer!

Prefiero convivir con león o dragón, a convivir con mujer mala.

La maldad de la mujer desfigura su semblante, oscurece su rostro como un oso.

En medio de sus vecinos se sienta su marido, y sin poder contenerse suspira amargamente.

Toda malicia es poca junto a la malicia de mujer; que la suerte del pecador caiga sobre ella!

Cuesta arenosa bajo los pies de un viejo, así es la mujer habladora para un marido pacífico.

No te dejes llevar por belleza de mujer; por mujer no te apasiones.

Blanco de ira, de deshonra y gran vergüenza, eso es la mujer que mantiene a su marido.

Por la mujer fue el comienzo del pecado y por causa de ella morimos todos.

No des salida al agua, ni a mujer mala libertad de hablar.

Si no camina como marca tu mano, de tu carne córtala.

Dolor de corazón y duelo es una mujer celosa de otra, látigo de lengua que con todos se enzarza.

Yugo mal sujeto es la mujer mala, tratar de dominarla es como agarrar un escorpión.

Blanco de gran ira es la mujer bebedora, no podrá ocultar su ignominia.

La lujuria de la mujer se ve en la procacidad de sus ojos, en sus párpados se reconoce.

Guárdate de ir tras ojos descarados, no te extrañes si te llevan al mal.

Cual caminante sediento abre ella la boca, y de toda agua que se topa bebe; ante toda clavija de tienda, impúdica, se sienta, y a toda flecha abre su aljaba.

Yo me acuerdo de tu amor cuando eras joven ...
Desde hace largo tiempo quebrantaste tu yugo,
Rompiste tus coyundas,
y dijiste: Yo no quiero ser más esclava;

Mas al pie de todo collado alto
Y debajo de todo árbol frondoso
Te has encorvado como una prostituta.

Jeremías II, 2, 20

Iré en pos de mis amantes
Que me dan mi pan y mi agua,
Y mi lana y mi lino,
Y mi aceite y mi vino.

Oseas, II, 7

Cómo dirías: Yo no estoy contaminada,
Nunca anduve tras los Baales.
Mira tus pasos en la llanura,
Reconoce lo que has hecho,
Dromedaria desatinada, asna silvestre,
Sin aliento y siempre enardecida.
¿Quién te impedirá satisfacer tu deseo?
Todos los que la buscaren no se cansarán;
hallaránla en su mes.

Jeremías, II, 23, 24

Ella ha sido cortesana en Egipto,
Ella ha enloquecido de amor por los impúdicos
Cuyo miembro es como el de los asnos
Y el semen como el de los caballos.

Te has acordado de los crímenes de tu
juventud en Egipto.

Cuando te apretaban los senos porque
eran tan tiernos.
Ezequiel, XXIII, 17-21

Hecho está: ya han desnudado, se la han llevado,
Sus sirvientas gimen como palomas,
Y se golpean el pecho.

Nahum, III, 8

OSEAS

“Mi pueblo a su madero pregunta, y su palo le responde: porque espíritu de fornicaciones le engañó, y fornicaron debajo de sus dioses. Sobre las cabezas de los montes sacrificaron, e incensaron sobre los collados, debajo de encinas y álamos y olmos que tuviesen buena sombra: por tanto, vuestras hijas fornicarán, y adulterarán vuestras nueras.

No visitaré sobre vuestras hijas cuando fornicaren, ni sobre vuestras nueras cuando adulteraren: porque ellos ofrecen con las rameras, y con las malas mujeres sacrifican”, Cap. 4; 12-14.

ECLESIASTES

“Joven, goza en tu juventud, entrega tu corazón a la alegría, sigue las sendas de tu corazón y las visiones de tus ojos, antes que te vayas a la morada eterna y que recorran la calle los gemidores; antes que la cuerda de plata se rompa, que la lámpara de oro se quiebre, que el cántaro se estrelle en la fuente y que la polea se destroce en el pozo, antes que el polvo vuelva a la tierra de donde ha salido” (XII: 1, 8-9)

PROVERBIOS: Cuando entre la sabiduría en tu corazón y la ciencia sea dulce para tu alma, velará sobre tí la reflexión y la prudencia te guardará, apartándote del mal camino. Ella te apartará de la mujer ajena, de la extraña de melosas palabras, que ha dejado al amigo de su juventud y ha olvidado la alianza de su Dios. Su casa está inclinada hacia la muerte, hacia las sombras sus tortuosos senderos. Nadie que entre por ella volverá; no alcanzará las sendas de la vida. Para librarte de la mujer perversa, de la lengua suave de la extraña, no codicies su hermosura en tu corazón. No te cautive con sus párpados. (Capítulo 6).

“Porque los labios de la extraña destilan miel, y su paladar es más blando que el aceite; más su fin es amargo como el ajeno, agudo como cuchillo de dos filos.

Sus pies descienden a la muerte; sus pasos sustentan el sepulcro: sus caminos son inestables, no los conocerás si no considerares el camino de vida. Aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa; porque no des a los extraños tu honor. Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu mocedad. Como cierva amada y graciosa corza. Sus pechos te satisfagan en todo tiempo; y en su amor recreáte siempre. ¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la ajena, y abrazarás el seno de la extraña?

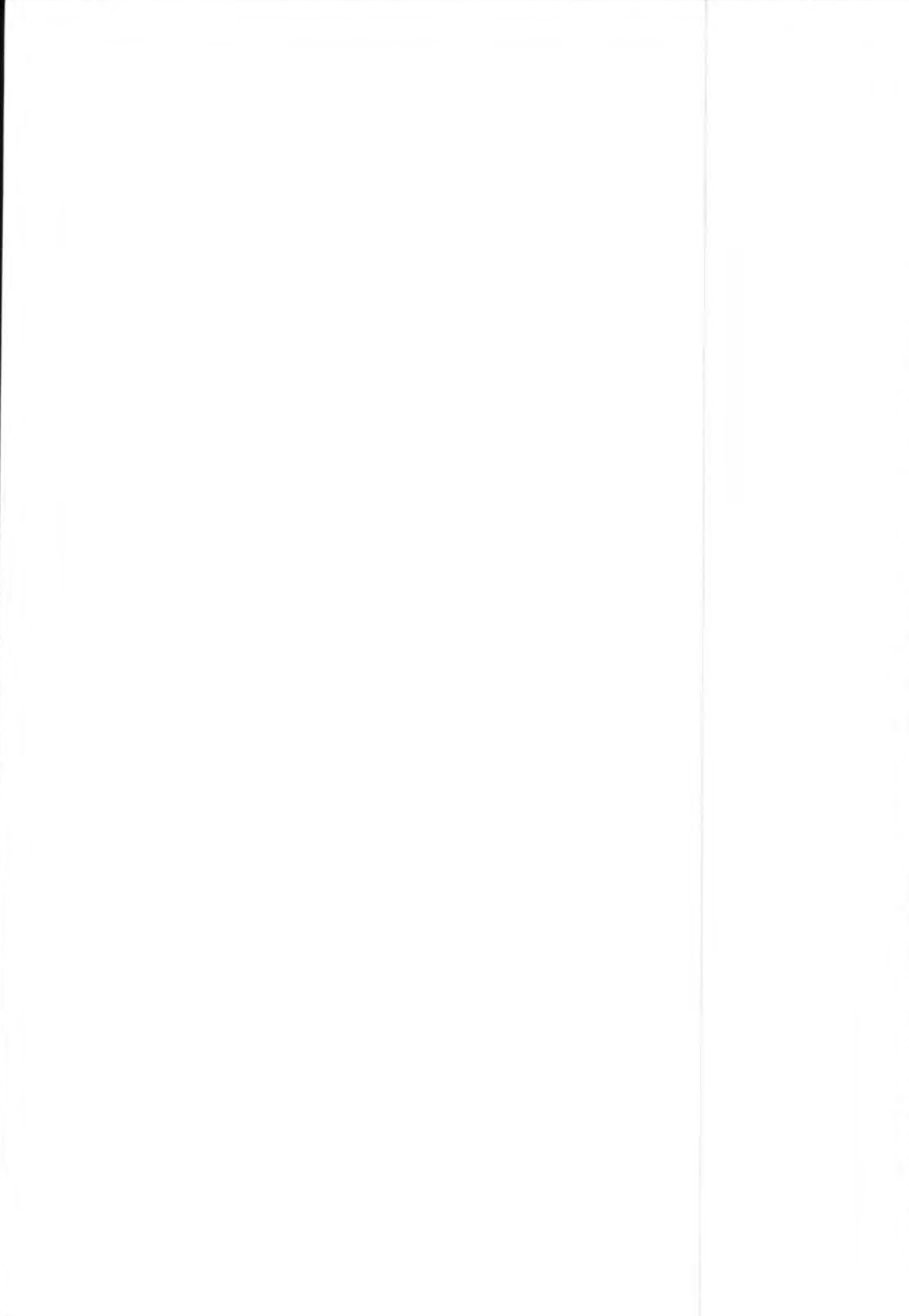
“Porque a causa de la mujer ramera es reducido el hombre a un bocado de pan, y la mujer caza la preciosa alma del varón. ¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos se quemen? ¿Andará el hombre sobre las brasas sin que sus pies se abrasen? Así el que entrare a la mujer de su prójimo; no será sin culpa cualquiera que la tocare. . . . el que comete adulterio con la mujer es falto de entendimiento. Corrómpete su alma el que tal hace. Plaga y vergüenza hallará. Porque los celos son el furor del hombre. . . . Dí a la sabiduría: tú eres mi hermana; y a la inteligencia llama parienta para que te guarden de la mujer ajena y de la extraña que ablanda sus palabras. . . .” (Proverbios: Capítulos 5, 6 y 7, versículos saltados).

“La mujer loca es alborotadora; es simple e ignorante. Siéntase en una silla a la puerta de su casa, en lo alto de la ciudad, para llamar a los que pasan por el camino, que van por sus caminos derechos. Cualquiera simple, dice: venga acá. A los faltos de cordura dijo: las aguas hurtadas son dulces, y el pan comido en oculto es suave. Y no saben que allí están los muertos; que sus convidados están en lo profundo de la sepultura”. (Prov. 9: 13-18).

“Zarcillo de oro en la nariz del puerco es la mujer hermosa y apartada de razón”.

“La mujer virtuosa corona es de su marido, más la mala, como carcoma en sus huesos. La mujer sabia edifica su casa; más la necia con sus manos la derriba. . . . Mejor es vivir en un rincón de Zaquizamí, que con la mujer rencillosa en espaciosa casa. . . . Mejor es morar en tierra del desierto, que con la mujer rencillosa e iracunda. . . . Porque sima profunda es la ramera, y pozo angosto la extraña. También ella, como robador, acecha, y multiplica entre los hombres los prevaricadores. . . . Gotera continua en tiempo de lluvia y la mujer rencillosa, son semejantes. El que pretende contenerla arresta el viento; o el aceite en su mano derecha. . . . Tres cosas hay que nunca se hartan: el sepulcro y la matriz estéril, la tierra no harta de aguas, y el fuego, que jamás dice: basta. . . . Tres cosas me son ocultas: el rastro del águila en el aire, el rastro de la culebra sobre la peña, el rastro de la nave en medio del mar, y el rastro del hombre en la mujer. Tal es el rastro de la mujer adúltera: come y limpia su boca, y dice: no he hecho nada”. (Prov. 11-30).

V
Historias de Herodoto



Unos quinientos años antes de nuestra Era, Herodoto de Halicarnaso se convirtió en uno de los primeros hombres en escribir la historia. Es posible que él mismo no supiera entonces cuánto iba a contribuir con su trabajo para que las generaciones que le siguieron conocieran los modos de vida de muchos pueblos del Asia menor y del Oriente medio.

Para nuestros fines, entresacaremos sólo aquello que se refiere a las costumbres relacionadas con el amor y lo que pudiera llamarse el matrimonio entre los seres humanos de esos tiempos y de aquellas latitudes. Recuérdese que hablamos de las costumbres de hace unos tres mil años.

''Muerto Sesostris, tomó el mando del reinado su hijo Ferón (Furón o Ferón, en cóptico antiguo, que tal parece que quiere decir " herrero" y que, en hebreo, se convierte en Faraón, nombre genérico con que se designa a los reyes egipcios), quien tuvo la desgracia de quedar ciego.

''Bajaba el Nilo con una de las mayores avenidas que por entonces acostumbraba, llegando su creciente a dieciocho codos y arrojando además sobre los campos a impulsos de un viento impetuoso, se encrespaba como el mar y levantaba sus olas. Viéndolo el rey, dicen que enfurecido tomó su lanza con impetu temerario e impío y la arrojó enmedid de las ondas arremolinadas del río. Allí mismo recibió su castigo: enfermó de los ojos y perdió la vista.

''Diez años hacía que vivía ciego el monarca, cuando de la ciudad de Butona le llegó un oráculo en que se le anunciaba el término de su pena y castigo, y que iba a recobrar la vista con lavarse los ojos con la orina de una mujer tan continente que, sin comercio con ningún hombre extraño, sólo fuese conocida de su marido. Quiso empezar su tentativa con su mujer, pero no surtiendo efecto, siguió haciendo la prueba en la orina de muchas otras, hasta que por fin recobró la vista.

Mandó entonces que todas las mujeres en cuya orina había probado remedio, excepto aquella que se lo había dado, fuesen conducidas a cierta ciudad que se llama al presente Eritrebelos, y allí todas fueran quemadas de una vez; y no menos agradecido que severo, quiso tomar por esposa a aquella a quien debía el haber recobrado la vista.

Los masagetas tienen algunas costumbres particulares. Cada uno se casa con la que eligió por su mujer; pero el uso de las casadas es común para todos, pues lo que los griegos cuentan de los escitas en este punto, no son los escitas, sino los masagetas, quienes lo hacen, entre los cuales no se conoce el pudor; y cualquier hombre, colgando del carro su aljaba, puede juntarse sin reparo con la mujer que le acomoda. No siembran cosa alguna, y viven solamente de la carne de sus rebaños y de la pesca que el Araxes les suministra en abundancia. Su bebida es la leche. No veneran otro dios que al Sol, al que sacrifican caballos.

Los agatirsos son unos hombres afeminados y dados al lujo, especialmente en los ornatos de oro. El comercio y uso de las mujeres es común entre ellos, con la mira de que, siendo todos hermanos y como de una misma casa, no tengan lugar allí la envidia ni el odio de unos contra otros. En las demás costumbres son muy parecidos a los tracios.

Los nasamones, nación muy numerosa, son los comarcanos de los ausquisas, yendo hacia Poniente. Dejando en verano sus ganados en las costas del mar, suben a un territorio que llaman Augila, para recoger las cosechas de los dátiles, pues allí hay muchas y muy grandes palmas y todas fructíferas. Van a caza de langostas, las que muelen después de secas al sol, y mezclando aquella harina con leche se la beben. Es allí costumbre tener cada uno muchas mujeres, haciendo que el uso de ellas sea común a todos, pues del mismo modo que los masagetas, plantando delante de la casa su bastón, están con la que quieren. Acostumbran, asimismo, que cuando un nasamón se casa la primera vez, todos los convidados a la boda conozcan aquella primera noche a la novia, y que cada uno de los que la conocieren la regale con alguna presea traída de su casa.

Comarcanos de los macas son los gindanes, cuyas mujeres llevan cerca de los tobillos sus ligas de pieles, y las llevan, según corre, porque por cada hombre que las goza se ciñen en su puesto la señal indicada, y la que más ligas ciñe esa es la más celebrada por haber tenido más amantes.

Los maclles y los auses, que habitaban en las orillas de la laguna Tritómida, sin cohabitar particularmente con sus mujeres, usan no sólo promiscuamente de todas, sino que se juntan con ellas en público, como suelen las bestias. Después que los ni-

ños han crecido algo en poder de sus madres, se juntan en un lugar los hombres cada tercer mes, y allí se dice que tal niño es hijo de aquel a quien más se asemeja. Estos son los libios nómadas de la costa del mar.

Siempre que un marido babilonio tiene comunicación con su mujer, se purifica con un sahumero, y lo mismo hace la mujer sentada en otro sitio. Los dos, al amanecer, se lavan en el baño y se abstienen de tocar alhaja alguna antes de lavarse. Esto mismo hacen cabalmente los árabes.

CXCIX. La costumbre más infame que hay entre los babilonios es la de que toda mujer natural del país se prostituya una vez en la vida con algún forastero, estando sentada en el templo de Venus. Es verdad que muchas mujeres principales, orgullosas por su opulencia, se desdeñan de mezclarse en la turba con las demás, y lo que hacen es ir en un carruaje cubierto y quedarse cerca del templo, siguiéndolas una gran comitiva de criados. Pero las otras, conformándose con el uso, se sientan en el templo, adornada la cabeza de cintas y cordoncillos, y al paso que las unas vienen, las otras se van. Entre las filas de las mujeres quedan abiertas de una parte a otra unas como calles, tiradas a cordel, por las cuales van pasando los forasteros y escogen la que les agrada. Después que una mujer se ha sentado allí, no vuelve a su casa hasta tanto que alguno le eche dinero en el regazo, y sacándola del templo satisfaga el objeto de su venida. Al echar el dinero debe decir: "Invoco en favor tuyo a la diosa Millitta", que éste es el nombre que dan a Venus los asirios; no es lícito rehusar el dinero, sea mucho o poco, porque se le considera como una ofrenda sagrada. Ninguna mujer puede rechazar al que la escoge, siendo indispensable que le siga, y después de cumplir con lo que debe a la diosa, se retira a su casa. Desde entonces no es posible conquistarlas otras vez a fuerza de dones. Las que sobresalen por su hermosura, bien presto quedan desobligadas, pero las que no son bien parecidas, suelen tardar mucho tiempo en satisfacer a la ley, y no pocas permanecen allí por espacio de tres y cuatro años. Una ley semejante está en uso en cierta parte de Chipre."

Describe Herodoto, en otra parte de su Historia, la región de las orillas del río Eúfrates, en donde está Nino. Habla de los armenios diciendo:

CXCVI. Entre sus leyes hay una, a mi parecer muy sabia, de la que, según oigo decir, usan también los enetos, pueblos de la Iliria. Consiste en una función muy particular que se celebra una vez en el año en todas las poblaciones. Luego que las doncellas tienen edad para casarse, las reúnen todas y las conducen a un sitio, en torno del cual hay una multitud de hombres en pie. Allí, el pregonero las hace levantar de una en una y las va vendiendo, empezando por la más hermosa de todas. Después que ha despachado a la primera por un precio muy subido, pregona a la que sigue en

hermosura, y así las va vendiendo, no por esclavas, sino para que sean esposas de los compradores. De este modo sucedía que los babilonios más ricos y que se hallaban en estado de casarse, tratando a porfía de superarse unos a otros en la generosidad de las ofertas, adquirían las mujeres más lindas y agraciadas. Pero los plebeyos que deseaban tomar mujer, no pretendiendo ninguna de aquellas bellezas, recibían con una buena dote algunas de las doncellas más feas. Porque así como el pregonero acababa de dar salida a las más bellas, hacía poner en pie la más fea del concurso, o la contrahecha, si alguna había, e iba pregonando quién quería casarse con ella recibiendo menos dinero, hasta entregarla por último al que con menos dote la aceptaba. El dinero para estas dotes se sacaba del precio dado por las hermosas, y con esto las bellas dotaban a las feas y a las contrahechas. A nadie le era permitido colocar a su hija con quien mejor le parecía, como tampoco podía ninguno llevarse consigo a la doncella que hubiese comprado, sin dar primero fianza por la que se obligase a cohabitar con ella; y cuando no quedaba la cosa arreglada en estos términos, les mandaba la ley desembolsar la dote. También era permitido comprar mujer a los que de otros pueblos concurrían con este objeto. Tal era la hermosísima ley que tenían, y que ya no subsiste. Recientemente han inventado otro uso, a fin de que no sufran perjuicio las doncellas ni sean llevadas a otro pueblo. Como después de la toma de la ciudad muchas familias han experimentado menoscabo en sus intereses, los particulares faltos de medios prostituyen a sus hijas, y con las ganancias que de aquí les resultan proveen a su colocación¹¹

Refiriéndose al Túmulo de Aliates, padre de Creso, que por su belleza y munificencia el mismo Herodoto considera como una de las maravillas del mundo, señala que es fama en la región que fue construido con aportaciones de los diferentes gremios productivos de la ciudad: los vendedores de plaza, los artesanos, los constructores y las cortesanas. "Lo que no es de extrañar, porque ya se sabe que todas las hijas de los lidios venden su honor ganándose su dote con la prostitución voluntaria, hasta tanto que se casan con un determinado marido, que cada cuál por sí misma se busca¹²

El hombre considerado como "el padre de la Historia" nos cuenta que la famosa cortesana Ródope no floreció en el reinado de Micerino, sino en el de Amasis, muchos años después de muertos aquellos reyes que dejaron las pirámides. Esta mujer fue natural de Tracia, sierva de Jadmón de Samos, hijo de Efestópolis, y compañera de esclavitud del fabulista Esopo (quien vivió entre los años 620 y 560 a. de C.), esclavo de Jadmón

¹¹En cuando a la bella Ródope, pasó a Egipto en compañía de Xantes, natural de Samos; y aunque su destino en aquel viaje era el de enriquecer a su amo con la ganancia

cia que le granjease su belleza, fue puesta en libertad mediante una gran suma de dinero pagada por un hombre de Mitilene llamado Caraxes, hijo de Escamandrónimo y hermano de la poetisa Safo. Quedóse Ródope libre y suelta en Egipto, donde juntó muchos caudales como linda y graciosa cortesana, caudales grandes, sí, para una mujer de su profesión, pero no tantos que pretendiera con ellos levantar una pirámide, como cuentan algunos. Sin embargo, "queriendo ella dejar un monumento suyo a Grecia, dio una ofrenda que nadie jamás había hecho ni aún pensado y la dedicó en Delfos como una memoria particular. Mandó que la décima parte de sus haberes se empleara en la fabricación de unos asadores de hierro, destinados a servir en los sacrificios de los bueyes. Es ya antigua costumbre que sienten su tienda en Naucratis las cortesanas más insignes por su donaire y belleza. ningún griego había que por lo menos de nombre no conociese a la hermosa Ródope; y allí mismo residió después otra cortesana llamada Arquídice. . . Caraxes, libertador de Ródope, fue por este motivo zaherido amargamente por Safo en muchas de sus canciones".

Esta señora, Safo, ha pasado a la historia como una mujer de costumbres equivocadas. Hay quienes dicen que fue casada y que tuvo una hija. Lo cierto es que por su mala conducta, sus conciudadanos la desterraron de Mitilene y fue a dar a Sicilia. Doña Safo es autora de los poemas que transcribimos para los lectores curiosos.

A UNA MUJER AMADA

Como los dioses me parece aquella
que está sentada frente a ti escuchando
tu risa amable y tu palabra dulce;

 Cuando los oigo
dentro del seno el corazón me late;
la voz no llégame a los labios; siento
resquebrajarseme la lengua; un tenue

 fuego discurre
bajo mi carne, con presura extrema;
quedan mis ojos como en negra noche;
con violencia mis oídos zumban;

 un sudor frío
me va inundando; de mi cuerpo todo
va apoderándose un temblor intenso;
quedo más verde que la misma hierba,
creo morirme.

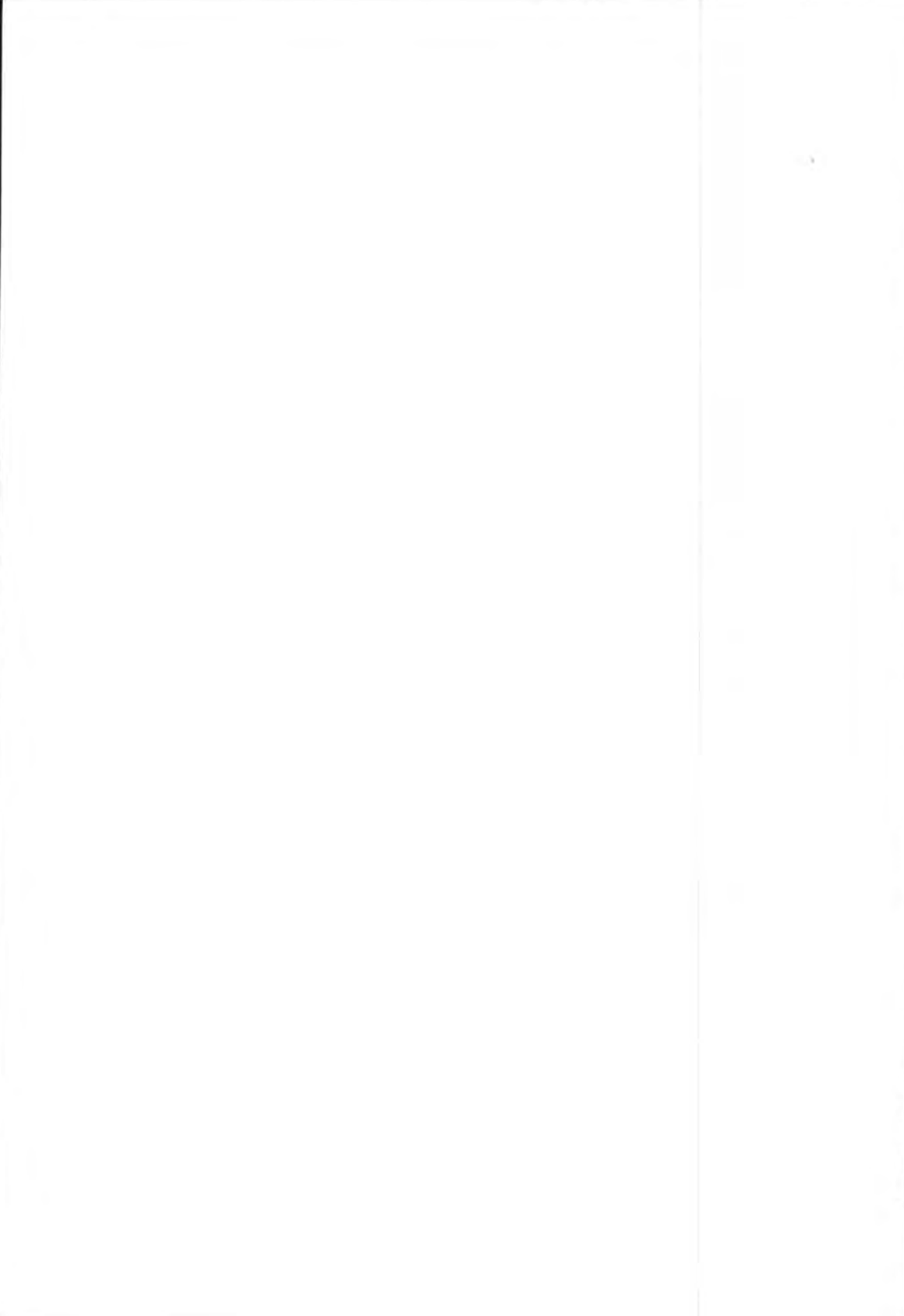
Dedicó el poema siguiente

A AFRODITA

Tú que te sientas en radiante trono
bella inmortal, hija de Zeus, en lides
de amor artista; no así turbes mi alma
¡no me atormentes!
Ven a mí presto, como hiciste un día
cuando, escuchando mis fervientes ruegos,
en tu áureo carro los paternos lares
abandonaste;
a mí tus bellos gorriones, raudos,
desde los cielos, al través del aire
que estremeciera su batir de alas
te condujeron.
Sonriente, ¡oh diosa!, tu inmortal
presencia,
me preguntastes qué dolor sufría,
qué me esforzaba a demandar tu apoyo;
qué inmenso anhelo
me conmovía el corazón, qué ansiaba
con mi amor loco encadenar. Dijiste:
¿Quién osa, Safo, desdeñarte? Si huye
de tí, bien pronto
vendrá a buscarte, si tus ricos bienes
rehúsa, el mismo te vendrá a ofrecerlos,
si no te ama, te amará, aunque entonces
tú no le ames''
Ven hoy de nuevo y de mis hondas penas
líbrame en breve. Realiza, oh diosa!
lo que mi pecho con ardor ansía.
¡Sé mi aliada!

Se piensa que Safo murió en el año 625 antes de nuestra Era. En uno de sus poemas trató de hallar una definición del Amor y dijo de él que ''sacude el alma como el viento que viene de la montaña azota las encinas''

VI
Helena de Troya



La que sigue es la verdadera historia de una mujer por la que murieron miles de hombres, mujeres, niños y ancianos. Su liviandad provocó una guerra que duró diez años, y hasta los dioses entraron en el pleito, favoreciendo a uno y otro bando.

Ella se llamaba Helena.

Nació en Esparta, un lugar perteneciente a la actual Grecia, pero como el pleito tuvo su escenario en Troya, la gente la conoce mejor como Helena de Troya. La leyenda sobre su nacimiento es bien chistosa, pero probablemente es un mero invento de los antiguos griegos, quienes a toda costa pretendían que todos sus héroes fueran hijos de dioses.

Decían, por ejemplo, que el mismo Zeus engendró a Helena pero, con el fin de no echarse malas con el marido, llamado Tindaro, previamente se transformó en cisne. Es claro que también convirtió a la muchacha en cisne, pues de otra forma hubiera resultado muy incómodo el apareamiento. Como resultado de esa unión, la cisne, llamada Leda, puso dos huevos, y explicó que uno correspondía a Zeus y el otro a Tindaro, (porque la sociedad hubiera visto muy mal que el marido quedase fuera de la jugada).

Pues bien, de uno de los huevos nacieron Cástor y Helena, y del otro Pólux y Clitemnestra. Y Helena les salió tan hermosa a los enamorados papás, que era todavía púber cuando la raptó Teseo y se la llevó al Atica. (En ese tiempo ya había Don Juanes, y Teseo era uno de ellos. Un cronista de la época afirma que fue el amante de Ariadna y que también sojuzgó por amor a la reina de las amazonas). El caso es que los hermanos de Helena, Cástor y Pólux, fletaron una nave y fueron a rescatar a su carnala de las garras del rey de Atenas, quien ya era cincuentón.

De regreso en su casa, y a pesar de que la muchacha ya no estaba completa, todos los príncipes de Esparta la asediaban y le llevaban serenatas y regalos, con excep-

ción de Agamenón, quien se había casado con Clitemnestra y, por lo tanto, no podía echarle los perros a su cuñada.

La competencia se puso tan reñida que don Píndaro, el rey, decidió platicar con su hija y ambos decidieron cortar por lo sano; la muchacha escogería a uno de los pretendientes y los perdidosos se comprometerían, bajo juramento, no sólo a respetar su decisión, sino también a unirse como un sólo hombre en defensa del elegido en cualquier caso que éste lo solicitara.

No lo hubieran hecho.

Los raptos de mujeres eran uno de los deportes favoritos en esos países y en aquellos tiempos. Ya hemos visto que los dioses y los reyes ponían el mal ejemplo.

Herodoto nos cuenta que unos comerciantes fenicios que llegaron con sus mercaderías al puerto de Argos y acabaron con todo lo que llevaban, para no regresar "de vacíos" —como dicen los camioneros— cargaron con algunas mujeres del lugar. Así fue como raptaron, muchos años atrás, a la hija de Inaco, el rey de Argos. En represalia, unos griegos que aportaron en la ciudad de Tiro ofendieron a los vecinos de ese lugar llevándose a Europa (así se llamaba la mujer), y les mandaron decir que estaban a mano.

En otra ocasión, los griegos se robaron a Medas, hija del rey de Colcos y famosa por sus amplios conocimientos de magia. De los raptos de hijas de vecino, es decir, de las plebeyas, no se llevaba récord, porque el papiro estaba muy escaso y resultaba asaz trabajoso hacer apuntes en las tabletas de barro, que se rompían con gran facilidad y no siempre voluntariamente.

Moisés, por ejemplo, rompió las Tablas de la Ley furioso porque, habiéndose ausentado temporalmente del pueblo para cumplir con un mandato del Señor, a su regreso andaban todos hasta las chanclas de borrachos, bailando, cantando, haciendo destigueros y adorando al becerro de oro. Claro está que no hubiera destruido las Tablas, sino un bat, o sus palos de golf, o la raqueta de tenis ¡pero eran las Tablas lo que traía en la mano y, ni modo! Volviendo a nuestro relato: dicen que Alejandro, hijo de Priamo, el rey de Troya (en aquel tiempo cada ciudad tenía su rey, en lugar de presidente municipal), había oído hablar de la tal Helena y de su peregrina belleza, o sea que ya la traía entre ojos y, como vivía enfrente de su casa, mar de por medio, estuvo vigilándola y así pudo enterarse de que Menelao, el marido escogido por la muchacha, había salido de viaje. Con todos sus movimientos fríamente calculados, Alejandro se apersonó en el hogar de Helena y en un dos por tres se pusieron de acuerdo. (Dicen

los poetas que Venus le debía un favor a Alejandro, a quien llamaban también Paris; en la bodas de Peleo y Tetis, los novios olvidaron invitar a Eris, la diosa de la Discordia. Grave error. Esa malvada mujer logró colarse entre la gente sin ser reconocida y en un momento dado, arrojó una manzana de oro entre las mujeres, al mismo tiempo que gritaba: "¡A la más bonita!" Naturalmente, cada una reclamaba para sí el codiciado trofeo y en un ratito se armó la grande. Al cabo de muchas disputas y gritos en medio de los cuales las invitadas parecían más bien verduleras o chismosas de vecindad, por los insultos que se lanzaban unas a otras inventándose supuestos defectos, el público eligió varias semifinalistas y, por último, tres finalistas, que eran: Juno, Minerva y Venus.

Todavía hubo algunos manoteos y gestos despectivos entre ellas, pero finalmente lograron ponerse de acuerdo en un punto: nombrarían a un juez y se someterían incondicionalmente a su veredicto. El cargo recayó en Alejandro, quien seguramente estaba ahí nada más de mirón y con la cara de idiota, pues aunque era hijo del rey, sus conocimientos, ocupación y experiencia se reducían a lo que pudo haber asimilado como pastor en el monte Ida, a donde lo llevó Hécuba, su madre, a tirarlo recién nacido, asustada porque durante el embarazo soñó que daría a luz a una tea que con el paso del tiempo incendiaría la ciudad. Un pastor lo recogió y allá lo traía, de ayudante. Pues bien, este muchacho declaró que Venus era la más bonita y a ella entregó la manzana. Ya se imaginarán que mal quedó con las otras dos. El caso es que Venus le metió el hombro y por ella consiguió el flechazo de amor que le hizo el rapto más fácil).

Pero, aunque se enamoraron locamente, no perdieron la cabeza, porque, aprovechando que el barco de Alejandro venía vacío, lo cargaron con los muebles, la vajilla, las cortinas, los jarrones, la jupa, las alfombras y las estatuillas de la casa de Menelao, que era, también, la casa de Helena. No eran pocas las joyas de la mujer, siendo esposa de príncipe, lo cual nos induce a pensar que también pusieron entre el menaje de casa algunos cofrecillos de oro y marfil, así como sus lociones, perfumes y cremas. Sin embargo, nadie es perfecto, porque con las prisas se olvidaron de Hermione, la hija del matrimonio.

Por su parte, Alejandro estaba casado con la ninfa Oenone, pero ella se quedó en la casa, cuidando a los niños.

Herodoto estaba en Asia Menor cuando los persas le contaron acerca de los raptos de lo, de Europa y Medea, de los que ya nos pasó copia. Ahora añade: "Refieren además que en la segunda edad que siguió a estos agravios, fue cometido otro igual por Alejandro, uno de los hijos de Príamo. La fama de los raptos anteriores, que habían quedado impunes, inspiró a aquél joven el capricho de poseer también alguna mujer

ilustre robada de Grecia, creyendo sin duda que no tendría que dar por esta injuria la menor satisfacción. En efecto, robó a Helena, y los griegos acordaron enviar luego embajadores a pedir su restitución, y se les pagase la pena del rapto''

Sigo copiando: ''Los embajadores declararon la comisión que traían, y se les dio por respuesta, echándoles en cara el robo de Medea, ocurrido el año 2771 del mundo (según el Calendario Galván, estamos en el año 7.192), que era muy extraño que no habiendo los griegos satisfecho por su parte la injuria anterior, ni restituido la presa, se atreviesen a pretender de nadie la debida satisfacción para sí mismos''

El reportero del Halicarnaso añade: '' esto de robar las mujeres es a la verdad una cosa que repugna a las reglas de la justicia; pero también es poco conforme a la cultura y civilización el tomar con tanto empeño la venganza por ellas, porque bien claro está que si ellas no lo quisiesen de veras, nunca hubiesen sido robadas''

Las mujeres saben que ésta es la pura verdad.

Volvamos con los novios, a quienes dejamos cargando el barco con los tesoros de Menelao ¡perdón! de Helena.

En esos tiempos la navegación era muy difícil, y se carecía de los instrumentos y la tecnología actualmente disponibles hasta para una lancha deportiva. Por eso fue que los fugitivos, arrastrados por los vientos, ''del mar Egeo fueron a dar a las Tariqueas, situadas en la boca del Nilo que llaman Cenóbica''.

Proteo, el rey del país (recuérdese que cada ciudad era un reino), fue informado por su comandante de policía: ''Acaba de llegar un extranjero, príncipe de la familia real de Teucro, que ha cometido en Grecia una impía y temeraria violencia, viniendo de allí con la esposa de su mismo huésped, furtivamente seducida, y trayendo con ella inmensos tesoros, arribó a tierra arrojado por la tempestad''. Interrogado Alejandro por la autoridad, negó su delito, pero como el raptor se había echado malas con la tripulación por quedar bien con la vieja, sus servidores lo echaron de cabeza. El periodista griego lo relata así: ''A ese hombre, sea quien fuere, que tal maldad y perfidia contra su mismo huésped ha cometido, prendédmelo sin falta y traédle a mi presencia para oír qué razón dá de sí y de su crimen'', ordenó el rey Proteo quien, teniendo a Alejandro en su presencia, le preguntó quién era, de dónde venía y con qué ley navegaba. ''Insta Proteo preguntándole de dónde hubo a Helena; Alejandro buscaba etugios cautelosamente para no descubrir la verdad; pero los que venían con él como esclavos y que se habían acogido a la protección del templo de Hércules, dieron cuenta puntual de su atentado y no lo dejaron mentir. Proteo, entonces, habló en estos términos:

"A no tener tomada anteriormente mi resolución de no ensangrentar mis manos en ninguno de los pasajeros que arrojados por los vientos aporten a mis dominios, os aseguro que vengara al griego en vuestra cabeza, y que hiciera en vos un castigo ejemplar ¡hombre el más vil y malvado de cuantos viven! Pues recibido y regalado como huésped, correspondisteis con el más enorme agravio, convertido en adúltero con la esposa de vuestro amigo, que en su casa os acogía; y no contento con el horror del tálamo violado, huís con la adúltera furtivamente robada a su marido"

Ya entrado en gastos, el increpador continuó: "Aún más, como si el agravio, adulterio, rapto, todo fuera poco para vos, cargásteis con los tesoros de vuestro huésped, que saqueásteis. Con todo, no mudo de resolución, lo repito, ni me contaminaré con la sangre extranjera; pero tampoco sufriré que os llevéis impunemente esa mujer con los tesoros robados, sino que de una y otros quiero ser depositario en favor de vuestro huésped griego hasta que él, informado, quiera recobrarlos"

Nada más que doña Helena y Alejandro, a quien también llamaban Paris, consiguieron llegar a Troya con todos sus tesoros. Allá pusieron su nidito de amor y tuvieron una hija a la que llamaron Helena, como la madre. Se ignora si heredó también los cascos ligeros.

Entre tanto, y como los embajadores de Tíndaro fueron despachados por los troyanos con cajas destempladas, Menelao convocó a los príncipes griegos para que lo ayudaran a rescatar a su vieja, conforme al juramento que todos hicieron antes del casorio.

Diez años duró la guerra en la que griegos y troyanos se dieron hasta con la cubeta. Hubo miles de muertos de uno y otro bando. Los agarrones de los dioses eran incruentos porque ellos se peleaban nada más "de lengua", pero bien que se echaban en cara las preferencias de unos y otros y las buenas o malas artes con las que intervenían en las batallas. De este modo, mientras que sus protegidos mortales se daban "una recia" y sucumbían o triunfaban en los campos de batalla, los dioses se echaban la viga como verduleras allá, en las alturas.

Murieron muchos grandes capitanes. Uno de ellos fue el culpable de todo: Alejandro, a quien atinó Filoctetes con una de las flechas envenenadas que Hércules heredóle, junto con su arco. No hay problema, la otra responsable del pleito, la casquivana Helena, se arrojó de inmediato con su cuñado Deifobo, sin importarle lo feo del nombrecito. La verdad es que ella amaba a su nueva familia y que de Menelao y de Esparta ya ni se acordaba, o casi, según se desprende de su lamento por la muerte de otro de sus cuñados: Héctor, lamento reproducido fielmente por el maestro Homero:

“Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el divino Alejandro, me trajo a Ilión ¡Ojalá me hubiera muerto antes! Y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas o de las esposas de aquellos, o la suegra —pues el suegro fue siempre cariñoso—, contenías su enojo, aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido, lloro a la vez por tí y por mí, desgraciada: que ya no habrá en las vasta Ilión quién me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan”.

(Pero, señora ¡y qué esperábais! si por culpa vuestra hay miles de viudas, huérfanos y mutilados en la infeliz Ilión, también llamada Troya. Si por coqueta y facilita habéis acarreado la desgracia sobre ciudades y gentes. Y no para aquí el asunto).

Se produce una gran batalla final cuando los griegos introducen su caballote de madera en la ciudad, con la panza llena de soldados escogidos por su destreza y valentía. Matan al rey Príamo, ya anciano, y a muchos de su familia. Se llevan a Hécula, su esposa, como botín de guerra, junto con otras mujeres. El marido ofendido, Menelao, se entera de que su vieja duerme ahora con Deífobo y se lo reprocha acremente, pero doña Helena, que es “una fichita”, le jura con el rostro bañado en lágrimas que el abusivo cuñado la toma por la fuerza. Para probar su dicho, conduce a Menelao (esta palabra deriva de Menso) hasta donde se halla Deífobo y lo induce al homicidio para vengar la afrenta. Hasta ese día vive el pobre cuñado.

De Troya no quedan más que cenizas y cadáveres regados por todas partes, pero Menelao recupera su prenda.

Muchas veces, desde el viaje de regreso y mientras viven en medio de “sus” gentes, en Esparta, Menelao debió preguntarse si valió la pena tanto derramamiento de sangre por una mujer ya cuarentona, gorda, con arrugas en el rostro y una hija de más. ¿Cómo hicieron para soportar en su ánimo el rencor de un pueblo que sufrió tanto por la ausencia de padres, hermanos y esposos, ausencia que en muchos casos fue para siempre? Esquilo nos cuenta en La Orestíada que Clitemnestra dió muerte a su esposo Agamenón el mismo día de su regreso, dolida por el abandono de tantos años.

Para Helena, la situación era francamente insostenible: al morir Menelao, ella tuvo que huir de Esparta.

Fue a dar a Rodas, donde reinaba Polixo, la viuda de Tleptolemo, muerto en la Guerra de Troya.

Prolixo mandó colgar a Helena de un árbol.

VII
Alcestes

Para que no se diga que todas las mujeres son malas, como pretenden hacernos creer algunos malvados, vamos a contarles la historia de la señora Alceste, esposa de Admeto, rey de Feras, en la Tesalia. Aunque el suceso tuvo lugar hace unos tres mil años, todavía sirve de ejemplo para las mujeres amorosas y abnegadas, que son capaces de sacrificar su propia vida por salvar la del viejo. Ojalá que en este tiempo millones de esposas llevaran a la práctica tan bello sacrificio, para la mayor gloria, provecho y honra de esta generación pacifista, generosa y veraz, tan preocupada por alcanzar pronto aquí, en la Tierra, un reino de justicia y amor que cubra con su manto protector a todos los seres humanos.

Eurípides hace una narración muy padre de estos hechos.

Esta es la dulce, amarga, conmovedora y muy verídica historia:

Júpiter, el padre de todos los dioses, lanzó un rayo al pecho de Esculapio, el dios de la medicina, y lo dejó tirado allí mismo. Fue un asesinato por encargo, solicitado por Hades, el rey de los infiernos, debido a que el médico era muy bueno en su oficio y no sólo curaba a los enfermos aunque tuvieran cáncer, sino que cuando alguno estiraba la pata a pesar del tratamiento, Esculapio lo resucitaba y perjudicaba el negocio de Hades. Como quién dice: ya nadie iba al estadio porque todos se quedaban a ver el juego por televisión.

Nada más que Júpiter, como todos los tiranos, no midió las consecuencias: Esculapio era hijo de Apolo, por lo que éste, justamente indignado, cobró venganza dando muerte a los ciclopes encargados de la fábrica de rayos del viejo, con lo cual dejólo sin parque, por lo menos mientras adiestraba nuevos operarios.

El enojo de Júpiter se volvió ahora en contra de Apolo, a quien condenó a llevar el

grillete de la esclavitud y a trabajar de pastor en el rancho de algún terrateniente hasta que no se le pasara a Júpiter el coraje.

Como Apolo la llevaba muy bien con Admeto, allá se fue a prestar su servicio social.

Ahora bien: Admeto estaba muy enamorado de Alcestes, hija de Pelias, rey de otro pueblo de la Tesalia, pero no sabía cómo llegarle, así es que Apolo puso en práctica sus buenos oficios para ayudarlo y la boda se hizo. No es necesario decir que Apolo se la pasaba de peluche, como si fuera un miembro de la familia y con más influencia que un asesor presidencial. ¿Qué iba a trabajar como pastor? ¡Já!

Pasaron los años, y los esposos felices ya tenían dos niños: una mujercita y un varón, posiblemente de unos siete u ocho años. Pero, "no hay mal que dure cien años", dice el refrán. Y la felicidad, ¡menos! Mucho menos. Un día se enfermó Admeto y el cuadro clínico no dejaba lugar para duda. El diagnóstico era: "Grave". Para colmo de males, que llegán las Parcas hasta el lecho del enfermo. Si como dicen, una mujer es mala, imagínense tres ¡y juntas!

Pero Apolo había desarrollado mucho su sentido político y hasta es probable que hubiera aprendido demagogia, porque puso en juego sus argucias ante las Parcas peleando por los derechos civiles de su cliente y amigo. Resultó tan eficaz que por poco sale triunfador y limpio, pero en el último momento a una de las viejas se le ocurre una estratagema para no regresarse a casa con las manos vacías: "Está bien —le dijeron a Apolo—, te dejamos a tu compadre, que está más muerto de miedo que de la enfermedad, pero dános a otro para que no vayan a echarnos allá la aburridora por haber venido de balde". (Palabras más, palabras menos, es así como se lo entendimos a Eurípides).

Y aquí fue donde la puerca torció el rabo, porque ninguno de los cuates del rey quiso jalar. ¿Morir por otro? ¡N' hombre! Ni los parientes quisieron.

Admeto miró entonces a sus jefecitos con ojos de borrego moribundo. Sus padres estaban ya muy ancianos y el enfermo pensó que con mucho gusto se ofrecerían a morir en su lugar. ¡Nones! Nadie quería bajar a la oscura morada de Plutón. Todos temían a la muerte.

Y fue entonces cuando sucedió el milagro.

De entre todos los que rodeaban al enfermo y que esperaban pasar a mejor vida

junto con su muerte, fue la esposa abnegada, la compañera fiel y amorosa, todavía joven y bella, la piadosa Alceste, quien ofreció su vida por la del padre de sus hijos.

Las Parcas aceptaron de inmediato y los demás aplaudieron y gritaron: "¡Bravo!"

Atropos, que es de las Parcas la encargada de cortar con sus tijeras el hilo de la vida, había estado todo el rato con el ceño fruncido, pensando que nunca iba a jalar del gatillo, pero ahora sonreía complacida y movía disimuladamente la mano, calentando la muñeca.

Admeto curó en seguida, pero casi al mismo tiempo se enfermó su mujer, tan gravemente, que cuando sube el telón ya está ella moribunda en los brazos de su esposo. Recuérdese que se trata de una tragedia griega, y éstas son tan tristes como los tangos, o como la vida de millones de mexicanos pobres.

Ella estaba muy hermosa. Sabía que su marido iba a llevarla al teatro y se vistió por eso sus mejores galas. Según Eurípides, una sirvienta que se asomó al atrio del palacio y tenía la puerta entornada, contó apresuradamente a los curiosos que se arremolinaron frente a ella, deseosos de saber cómo seguía la reina, que cuando Alceste sintió que se aproximaba su hora "...lavó su blanco cuerpo en el agua viva, y sacando de los cofres de cedro su traje más precioso se atavió ricamente, y de pie ante el hogar oró así a Vesta: '¡Señora! Voy a ir pronto bajo tierra, y al venerarte por última vez te pido que protejas a mis hijos huérfanos. Dale a él una esposa digna, y a ella un marido de buenos sentimientos. ¡Que mis niños no mueran antes de tiempo, como yo, y que lleven hasta el fin una vida dichosa!' Después, acercándose a los altares que hay en la morada de Admeto, los coronó arrancando las hojas de los ramos de mirto, y oró sin lamentaciones ni gemidos".

Ahora la pareja está frente al espectador, a la mitad del escenario, ella en los brazos de Admeto (como en La piedad, de Miguel Angel, pero con los papeles al revés). Ella mira un pedazo de cielo y el sol "esplendoroso y más brillante que nunca", se asoma por una abertura que dá al patio inmediato. Se acuerda de su patria y exclama: "¡Tierra! ¡Techos de mi palacio natal! ¡Cámaras de mi morada de lolcos!"

El marido, con los ojos bañados en lágrimas, le ruega: "¡No te dejes morir, desventurada! ¡No me abandones! ¡Suplica a los dioses que se apiaden de ti!"

Ella murmura, con los bellos ojos entrecerrados:

"—Ya veo la nave de dos remos; la Estigia; y Carón el barquero, con su pérfiga

en la mano, que me llama. '¿Por qué te retrasas?', me dice— ¡Date prisa, me estás haciendo esperar demasiado!'

Pero usando las últimas fuerzas que le quedan, y para no dejar pendiente lo más importante, Alcestes se incorpora y dice a su marido: "Admeto, ya ves a qué extremo me encuentro reducida, pero antes de morir deseo comunicarte mi voluntad. Escogí el morir por tí, respetándote y dando mi vida para que tú veas la luz, cuando era libre de no hacerlo y, después de quedarme viuda, escoger un marido entre los tesalios y una venturosa morada regia. Pero no quise vivir sin tí y con mis hijos privados de su padre, y por ello sacrifiqué los dones de la juventud, de que aún podía gozar. Si en algo aprecias mi sacrificio, te lo suplico, ya que quieres a mis hijos tanto como yo, si tienes buenos sentimientos ¡haz que sean dueños de mi morada! No los entregues a una madrastra que les ponga la mano encima. Un hijo tiene en su padre un baluarte seguro, pero a mi hija ¿quién la educará honestamente antes que tenga edad de casarse?"

Admeto le jura cumplir su última voluntad, menos en el punto que se refiere a la madrastra, pues asegura que le guardará luto por toda la vida y que ni siquiera saldrá de la casa. Además (y esto sin dejar de llorar), ordenará que cuando muera pongan su cadáver en el mismo ataúd donde estará lo que de ella quede. ¡Qué lindo pelao!

El coro, excelente recurso del teatro de la Grecia antigua, que tanto contribuye a dramatizar la obra de los poetas, interviene aquí con esta imponente declamación a cincuenta voces, dirigida a la moribunda Alcestes:

"Te cantará la multitud de los poetas con la tortuga montés de siete cuerdas en las moradas de Hades, ignoradas del sol. (Se refieren a una especie de guitarra de siete cuerdas que se fabricaba, precisamente, con un caparazón de tortuga de monte, como caja de resonancia). Sepa Hades el de la negra cabellera, y tú también, barquero, viejo conductor de los muertos, que ella es la mejor de las mujeres que han cruzado el lívido río de Aqueronte. ¡Qué inagotable materia para cantos dejas a los aedos al morir!

¡Oh! ¿Por qué no estará en mi mano el poder para volver a sacarte fuera, a la luz, lejos de la morada de Hades, de las negras corrientes del Cócito? Sólo tú, amada entre las mujeres, te atreviste a salvar de las tinieblas a tu marido al precio de tu propia vida. Séate leve la tierra. Si él pusiese sus ojos en otra, me sería odioso".

"Ni la madre ni el anciano padre de Admeto han querido esconder su cuerpo bajo la tierra por su hijo. No se han atrevido a salvar al que dieron el ser aunque tienen cabellos blancos. ¡Admeto! ¡Qué raro heroísmo el de tu esposa!"

Mientras todo esto pasaba, Apolo discutía con Thanatos (La Muerte) a las puertas del palacio de Admeto. La plática era un mero truco para atajarle el paso y retardar, así, la muerte de Alcestes. Estando en esto, Apolo divisó a lo lejos que llegaba a la ciudad un visitante muy distinguido y sumamente notable, aunque no para el común de los mortales. Lo reconoció por la piel de león con que cubría su cuerpo y por la formidable clava que recargaba sobre el hombro. Al verlo, Apolo sonrió maliciosamente y Thanatos le dijo colérica: "Algo estás tramando. Pero por mucho que te esfuerces no obtendrás de mí nada más".

En eso pasó Hércules con su paso reposado, indiferente y completamente despreocupado. Iba silbando la melodía de: "Alouette, gentil Alouette; Alouette, you are a pretty gal".

Hércules era uno de esos fortachones de buen corazón, dispuestos a partírsela con uno o con ciento, por su rey y por su dama, por la amistad o por simple gitanería. Iba de paso, a cumplir con uno de los doce trabajos que le encomendó el rey Euristeo, su hermano, quien de ese modo trataba de mantenerlo ocupado por algunos años, para que no pudiera reclamar el trono. Se dirigía a domesticar los caballos de Diomedes, el tracio, temibles porque, según se decía, comían carne humana.

Más fuerte que sabio, Hércules se hace bolas cuando su amigo, Admeto, trata de explicarle por quién lleva el luto que viste, y por qué ha cortado su cabello. Pregunta si murió alguno de sus hijos. No. Entonces, alguno de sus ancianos padres. No. Entonces, ¿es acaso Alcestes la que ha muerto?

Admeto no quiere entristecer al amigo, mas tampoco soporta que rechace su hospitalidad y vaya a otra casa por un explicable respeto a su dolor. Por lo tanto, disfraza la respuesta: "Ha muerto una extranjera, y sin embargo, afecta a mi morada", confiesa.

El bueno de Hércules acepta la hospitalidad y, tanto la disfruta, que se huelga comiendo y bebiendo a placer, coronado de laurel por sí mismo y cantando destempladamente un día tras otro, en tanto que Admeto se mantiene recluido en sus habitaciones y llorando la muerte de su esposa Alcestes.

En una ocasión, sentado Hércules a la mesa del banquete y servido por los esclavos como desde el primer día, cuando alzaba con ambas manos una copa doble, sorprende llorando a una de las sirvientas, y no sólo le pregunta por la causa de su llanto, sino que la regaña porque aparece triste ante los huéspedes, siendo de su deber mostrarse alegre y dar buena acogida al visitante. Sin poderlo soportar y, sobre to-

do, sin saber con quién habla, la sirvienta le pone mala cara. "Nunca he visto un huésped más inoportuno y brutal —piensa—. En medio de la desgracia que nos hiere, no recibe con moderación los bienes de la hospitalidad; se harta de comer y de beber y canta como si estuviese en una taberna."

Hércules le dice que no debe afligirse tanto, ni ella ni su amo, por la muerte de una extranjera. Discuten un rato, porque la muchacha ha recibido instrucciones de no revelar la verdad al huésped, pero finalmente explota ella y entonces el visitante se pone de pie y, furioso, derriba de un manotazo todo lo que hay en la mesa. Luego, con voz formidable, jura que arrancará a Alcestes de los brazos de la misma muerte. No dirá Admeto que albergó en su palacio a un ingrato.

Los esclavos que lo escuchan piensan que está loco, pero el fortachón se viste su piel de león y toma su clava y sale como una tromba. Caronte lo reconoce cuando salta en su barca que conduce a los muertos y el perro Cerbero, al verlo, se adelanta hacia él dispuesto a seguirlo como un mastín a su amo, pero Hércules pasa de largo sin mirarlo y se pierde en las densas tinieblas del averno.

Admeto no se ha dado cuenta de nada, ocupado como está en llorar de noche y de día la muerte de su amada y fiel compañera.

Por fin, al cuarto día, sus amigos le persuadieron a que comiese y se reunieron a celebrar el banquete fúnebre. Con todo gusto cedemos la palabra a Eurípides:

"A deshora, cuando casi habían terminado las viandas y las plañideras entonaban los trenos, apareció Hércules llevando de la mano a una mujer cubierta con un velo. Admeto no había vuelto a acordarse del héroe, y entonces recordó que hacía cuatro días le había dado hospitalidad en su palacio, y creyendo que aún estaba Hércules en él hospedándose, se avergonzó de haberle ocultado tanto tiempo la noticia, y quedó confuso.

"Hércules avanzó hacia el centro de la sala donde estaba la mesa del rey y, llevando siempre de la mano a la tapada, dijo:

"Hay que hablar con libertad a los amigos, Admeto, y no reprimir, callando, los dolores del corazón"; y por ahí... Le echa en cara que por su silencio cometió desmanes e hizo desfiguros, ignorando que en el palacio se lloraba. Le entrega a la muchacha velada y le advierte que la cuide, porque no la ha adquirido con astucia, sino por la fuerza.

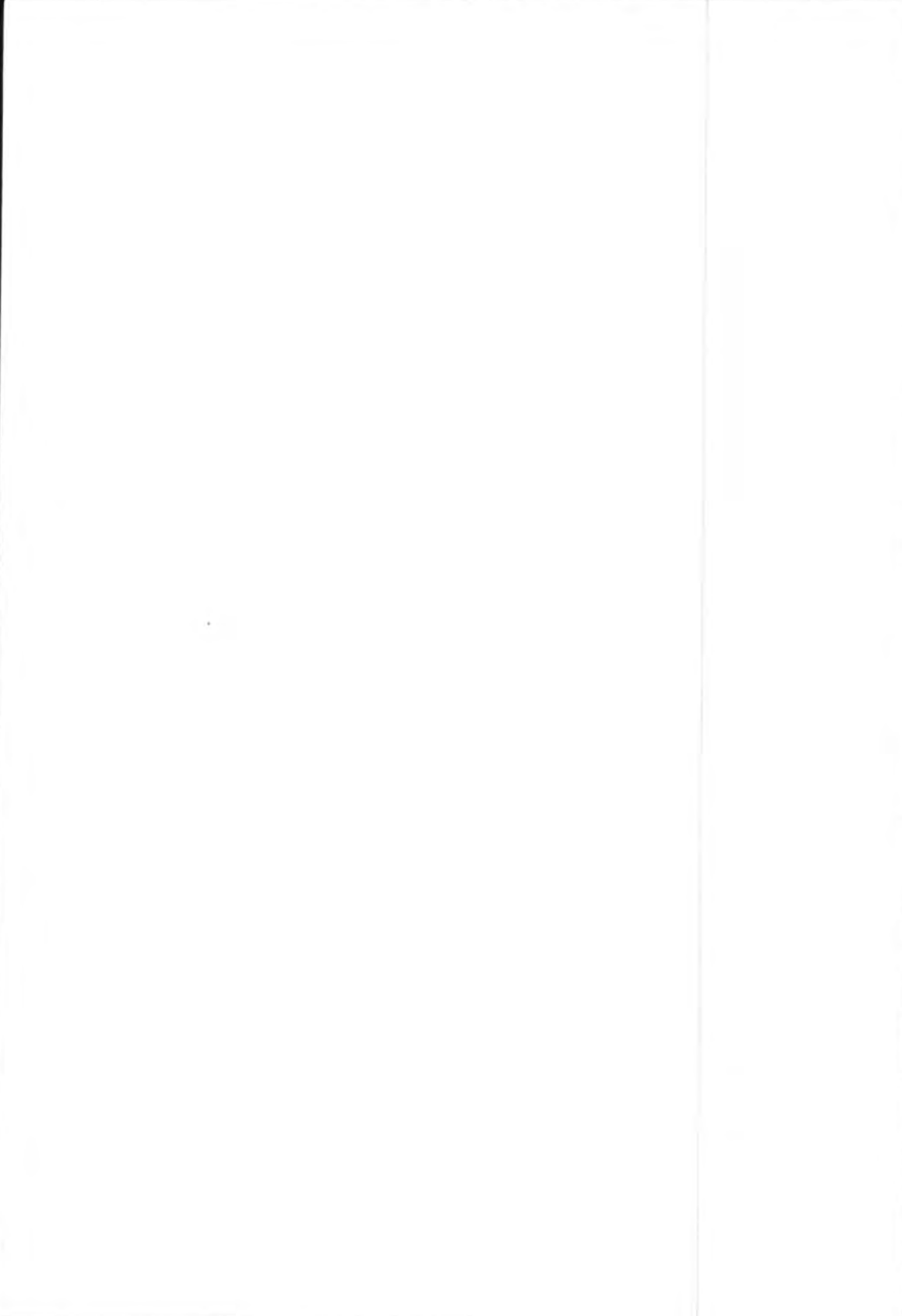
Admeto le dá amplias explicaciones, pero rechaza a la mujer y revela su juramento al amigo, en el sentido de que no recibiría en su palacio a ninguna, con excepción de las sirvientas. Se enfrasca en una discusión: Hércules ofreciendo y el otro denegando. Al fin cede Admeto, pero ordena que la lleven adentro los criados.

‘‘No, Has de ser tú mismo’’ —ordena el héroe.

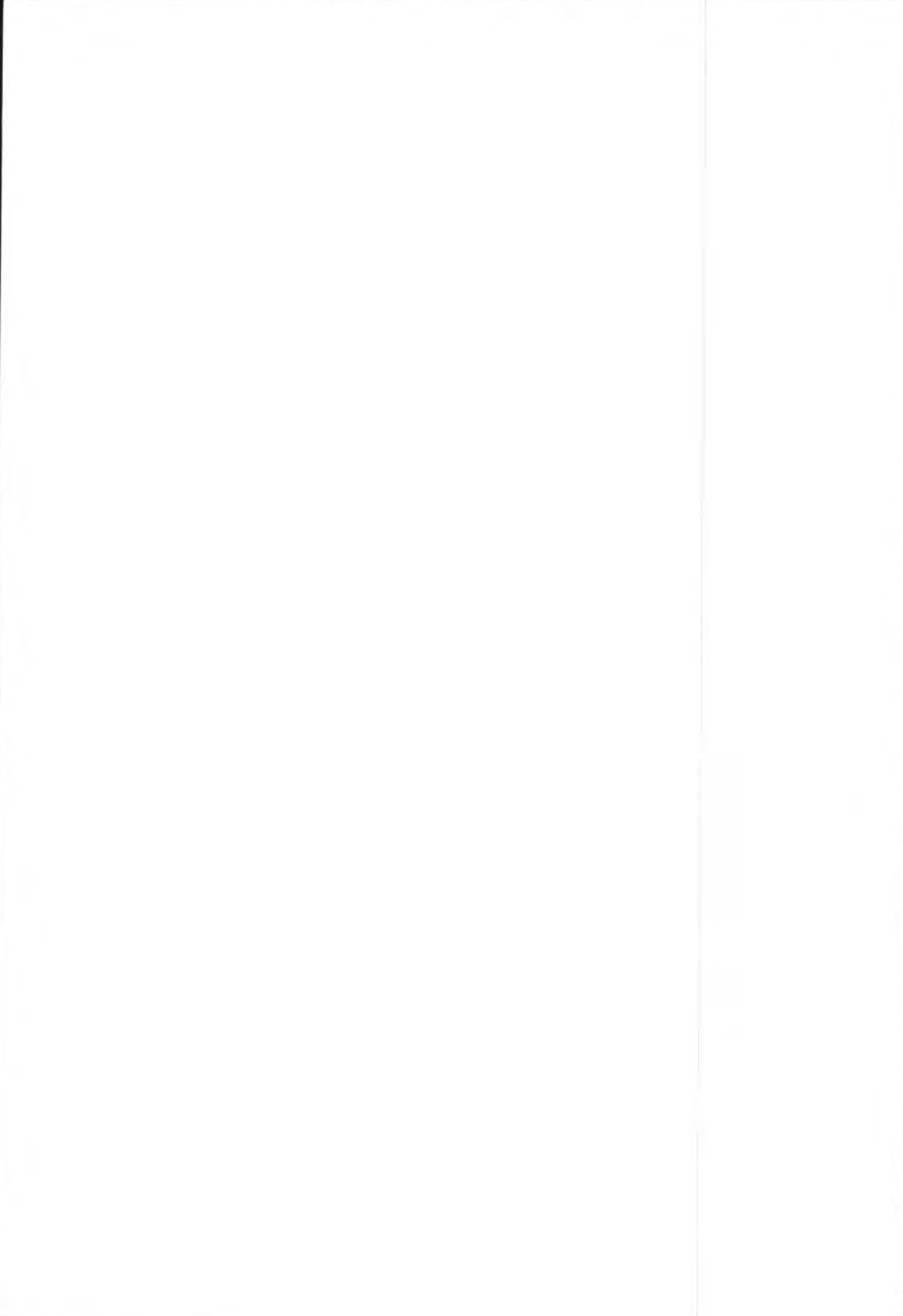
Admeto litubea y entonces Hércules le hace tomar de la mano a la mujer, al mismo tiempo que con un movimiento rápido de la otra mano, tal como hacen los magos, le quita el velo del rostro. El rey queda estupefacto y no puede creer lo que sus ojos ven. Ella no habla, pues deberán pasar tres días para quedar purificada de su contacto con las tinieblas de Plutón, contacto que seguramente la dejó turulata, como le sucedió a Lázaro después de cuatro días en el infierno.

Juntos otra vez, vivieron una vejez tranquila y vieron nacer a los nietos de sus hijos.

Un día la muerte se los llevó al mismo tiempo, en un mismo instante, no fuera a ser que regresara al atrabancado fortachón y le echara a perder el negocio.



VIII
Dido



Un año después de la caída de Troya, al comienzo de la primavera, Eneas, hijo de Venus y de Anquises, se hizo a la mar en veinte grandes naves, obedeciendo un oráculo que le mandaba fundar otra ciudad en tierras de Italia. Digamos el bello relato de Virgilio:

Casado con Creusa, hija de Priamo, el rey de Troya, Eneas se distinguió durante la guerra por su valor y prudencia. Se enfrentó a Diomedes, a Orisoclo, a Cretón y al mismo Aquiles. Cuando, al cabo de diez años, fue tomada Troya, Eneas se contaba entre los últimos defensores de la ciudad y vio morir a su suegro bajo la espada de Neoptolemo. Al capitular, hizo un trato con los griegos: los sobrevivientes podrían partir, pero sólo con aquello que pudieran cargar. Eneas escogió sin titubear: echó sobre sus hombros a su padre, viejo y ciego.

Durante 7 años anduvieron de aquí para allá; unas veces arrastrados por las tempestades, otras veces siguiendo una ruta predeterminada. Así, estuvieron en playas del Quersoneso, en Tracia; luego en Delos, en Creta y en Sicilia. Buscan a Hesperia por consejo del Oráculo de Delos. Desembarcan en el Epiro y vuelven a consultar en el Oráculo. Prosigue la navegación. A la vista de Italia, vista primero por Acates, Anquises corona una gran crátera, la llena de vino y puesto de pie en la elevada popa, invoca a los dioses. Desde el mar divisan el templo de Minerva, y el de Juno. Les espanta el Etna en erupción. Eluden Escila y Caribdis pero, llevados por los vientos, hacen escala en las playas de Drepani "Y aquí, acosado por tantas marinas tempestades ¡ay, dolor! pierdo a mi padre Anquises, consuelo único mío en mis cuitas y en mis trances", —quéjase Eneas.

Han enfrentado incendios, guerras, tormentas y epidemias. Al fin llegan arrastrados por una tempestad a las playas de Libia. Ya sólo quedan siete bajeles al intrépido Eneas. Dolida por tantos y tan duros trabajos, Venus va a quejarse a Júpiter por las desgracias de su hijo. Aquel que gobierna a los dioses y a los hombres la consuela y le

revela la gloria futura de Eneas y de los romanos, una vez cumplido su destino. Por lo pronto, ésta es sólo una etapa más en la vida del héroe.

Confortada, la misma diosa se hace la encontradiza con su hijo, cuando éste vaga en una espesa selva después del naufragio. Venus, en traje de cazadora tibia, le informa que se halla en el reino púnico, gobernado por Dido, la viuda de Siqueo, el fenicio. La reina de Cartago es famosa por su discreción y virtud pues, fiel a la memoria de su esposo, ha rechazado a muchos pretendientes que por eso son ahora enemigos suyos.

Dido, hermana de Pigmalión, el asesino de su esposo, reinaba felizmente en la ciudad que ella misma fundó después de vengar la muerte de Siqueo. Recibe a Eneas con gran amabilidad y mutuamente se colman de presentes. El héroe troyano envía al fiel Acates a la playa, donde quedaron las maltrechas naves, por su hijo Ascanio.

Nadie sabe que Venus, recelosa de una treta de Juno, ha resuelto inflamar de tal modo el corazón de Dido, que sienta un amor sin freno por su hijo Eneas. Para conseguir este objetivo, la diosa trueca a Ascanio por Cupido, después de instruir a éste sobre lo que debe hacer.

Después de la opípara cena, los criados retiran los manteles y vuelven a llenar las cráteras de vino. La música inunda el palacio; la reina pide que le llenen de vino una gran copa de oro y pedrería y brinda luego por tirios y troyanos. Convida a Bitias de la misma copa y en seguida a los demás patricios. Avanza la noche, pero Dido no parece darse cuenta y, como si quisiera detener el tiempo, ruega a Eneas que le cuente todas sus aventuras "y los trances de los tuyos", desde el comienzo.

Sigue contando Publio Virgilio Marón que, a la siguiente aurora, la enferma de amor habla así a su hermana: "Anna ¿qué son estas aterradoras visiones que me tienen suspensa? ¿Quién es este huésped nuevo que ha entrado en mi palacio? ¿Qué gallardo es su continente! ¿Qué fuerte de pecho y qué valiente de armas! Yo creo que es de linaje de dioses". Pero inmediatamente después se acuerda de sus votos de amor a Siqueo y de su propósito de ser fiel a su memoria.

Anna le responde sabiamente: "¿En juventud desamparada y triste te habrás de marchitar? ¿Ni dulces hijos has de conocer ni el galardón de Venus? ¿Crees que de esto se preocupan los manes y las cenizas sepultadas?" Le confiesa que está de acuerdo en que la fiel viuda haya rechazado a varios pretendientes; "pero ¿aún repugnarás a un amor grato?" Le hace ver que los dioses trajeron las naves aquí. Algo hay de eso: Venus y Juno se conciertan para provocar una tempestad cuando la reina de

Cartago y Eneas andan de cacería en el bosque. Ambos irán a refugiarse a la misma cueva y allí se consuma el matrimonio.

Pero el rey Yarbas, uno de los pretendientes rechazados por Dido y quien había erigido cien templos a Júpiter, pide al dios castigo para la que ha llevado a un extranjero a su lecho. El omnipotente Júpiter accede y manda decir a Eneas que su trabajo está en Italia. Asustado, el héroe obedece y da órdenes de aparejar las naves.

Pero la reina, presintió el engaño. Enfurecida, inflamada y fuera de sí, recorre toda la ciudad. Y, al fin, va a Eneas, y con estas palabras le increpa:

“¡Traidor! ¿Imaginaste que podrías encubrir tamaña maldad y salir de mi tierra clandestinamente? ¿No te retiene aquí ni mi amor, ni esta mano mía que te fuera dada, ni Dido, que habrá de sucumbir a una muerte fiera? . . . ¿Huyes de mí? Pues yo, por estas lágrimas, por la diestra tuya . . . por nuestro connubio, por el himeneo nuestro . . . compadécete, te ruego, de mi casa en ruina . . . Por culpa tuya los pueblos líbicos y los tiranos de los nómadas me han cobrado odio; por culpa tuya tengo hostiles a los tirios; por culpa de tí mismo yo apagué mi pudor y aquella pura fama primera que me elevaba hasta las estrellas. . . . Si al menos, antes de tu huida, hubiese concebido hijo alguno de tí, al menos jugase en mi palacio algún pequeño Eneas en que tu rostro fuera reproducido, ciertamente que no me vería así traicionada y abandonada así”

El héroe le explica que Júpiter mismo le ha enviado mensaje por conducto de Mercurio, ordenándole marchar a Italia y fundar allí una ciudad con lo que quedó de Troya. La hija de Belo, iracunda lo insulta y, entre otras cosas que él sea hijo de la diosa Venus. Por el contrario “en sus duros riscos te engendró el Cáucaso feroz y ofrecióronte sus ubres las tigres de Hircania . . .” Blasfema, Dido, al negar veracidad al mensaje divino: “Otro trabajo ya no tienen los dioses”, y lo amenaza con seguirlo como una sombra después de muerta. Luego se desmaya y sus doncellas la conducen a su lecho.

Pero ninguna mujer se dá por vencida fácilmente. Una vez repuesta de su primer dolor, pide a su hermana que interceda por ella ante el amado “Vé a él, hermana, y habla con humildad al enemigo fiero”. Quiere ganar tiempo. Le manda decir que espere el viaje fácil, es decir, cuando los vientos le sean propicios. “Pido un poco de tiempo y un poco de reposo y de espacio para mi frenesí”

Anna va y viene con sus embajadas “Pero él de ningún llanto se conmueve y no escucha apaciblemente ninguna súplica”, pues continúa con los preparativos para el viaje, aparejando sus naves. Vencida por el dolor, Dido se resuelve a morir. Hace creer

a su hermana que una sacerdotisa le ha ordenado destruir todos los recuerdos "de este hombre nefando" y le ordena levantar una pira en uno de los patios del interior del palacio y colocar encima de ella el retrato y los despojos abandonados por Eneas en el lecho conyugal. "La palidez invade todo su rostro". Levantada la pira, la misma reina engalana con flores frescas el recinto y lo corona con ramajes lúgubres: coloca encima los despojos y la espada abandonada y la efigie de Eneas.

Este, entre tanto, se halla dormido en la popa de su nave y el mismo Mercurio le advierte del peligro, pues ella está resuelta a todo y piensa incendiar los barcos. Lo incita a precipitar la fuga. El héroe despierta asustado y llama con urgencia a sus remos. En seguida él mismo corta las amarras de su nave con la espada y, a fuerza de remos, en pocos minutos abandonan la playa en medio de la oscuridad.

Por la mañana, apenas despierta la aurora, Dido descubre que el infiel se le ha escapado y, fuera de sí, lanza sobre él y su pueblo todas las maldiciones; pide a los dioses que envíen sobre la cabeza de Eneas todos los males, que no encuentre buena acogida en ninguna parte y que inspiren odios implacables entre su propia estirpe, en esa y en las generaciones venideras. A continuación, pide a su hermana que haga traer a la nodriza de Siqueo, su esposo muerto, africana también, y le da instrucciones de ayudar a la realización del sacrificio.

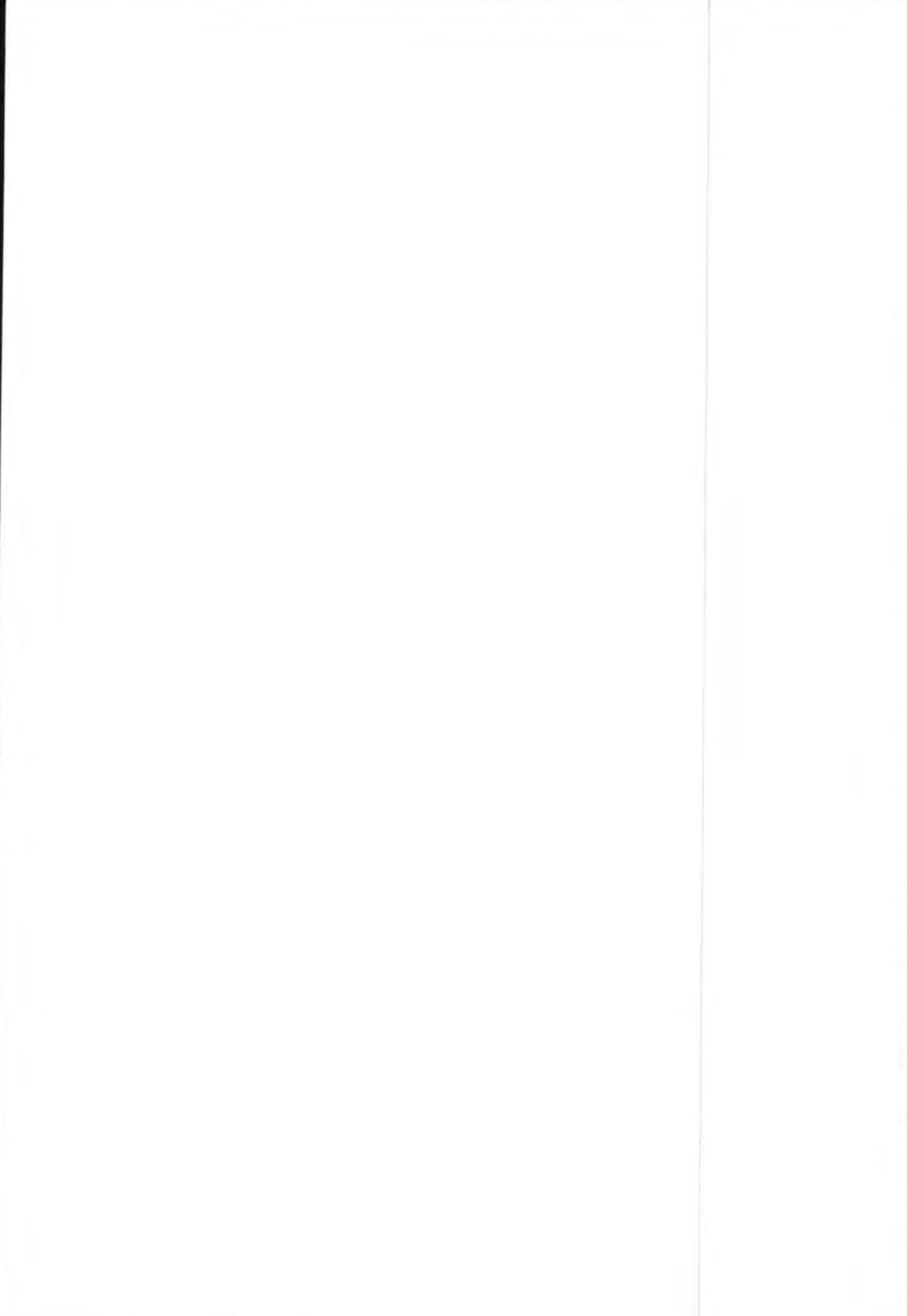
"Mas Dido, temblando toda y feroz en su monstruosa determinación, envolviendo sus centelleantes ojos inyectados en sangre, manchadas y trémulas sus mejillas, pálida de la muerte futura, lánzase al interior de su palacio y en brazos del turor sube a la alta pira y desenvaina la espada dardania". Durante unos momentos contempla las vestiduras troyanas y el conocido tálamo, dá algún espacio a sus lágrimas y exclama:

"Oh, dulces prendas, cuando los hados y el dios lo querían, recibid esta alma mía y hacedme libre de estos afanes. . . ¡Dichosa ¡ay! dichosa en demasía, si jamás por jamás los bajeles dardanos hubiesen llegado a las riberas mías! . . . ¡Que el dardo cruel, desde alta mar, se lleve en el fondo de los ojos esta hoguera y, con ella, el augurio de mi muerte!"

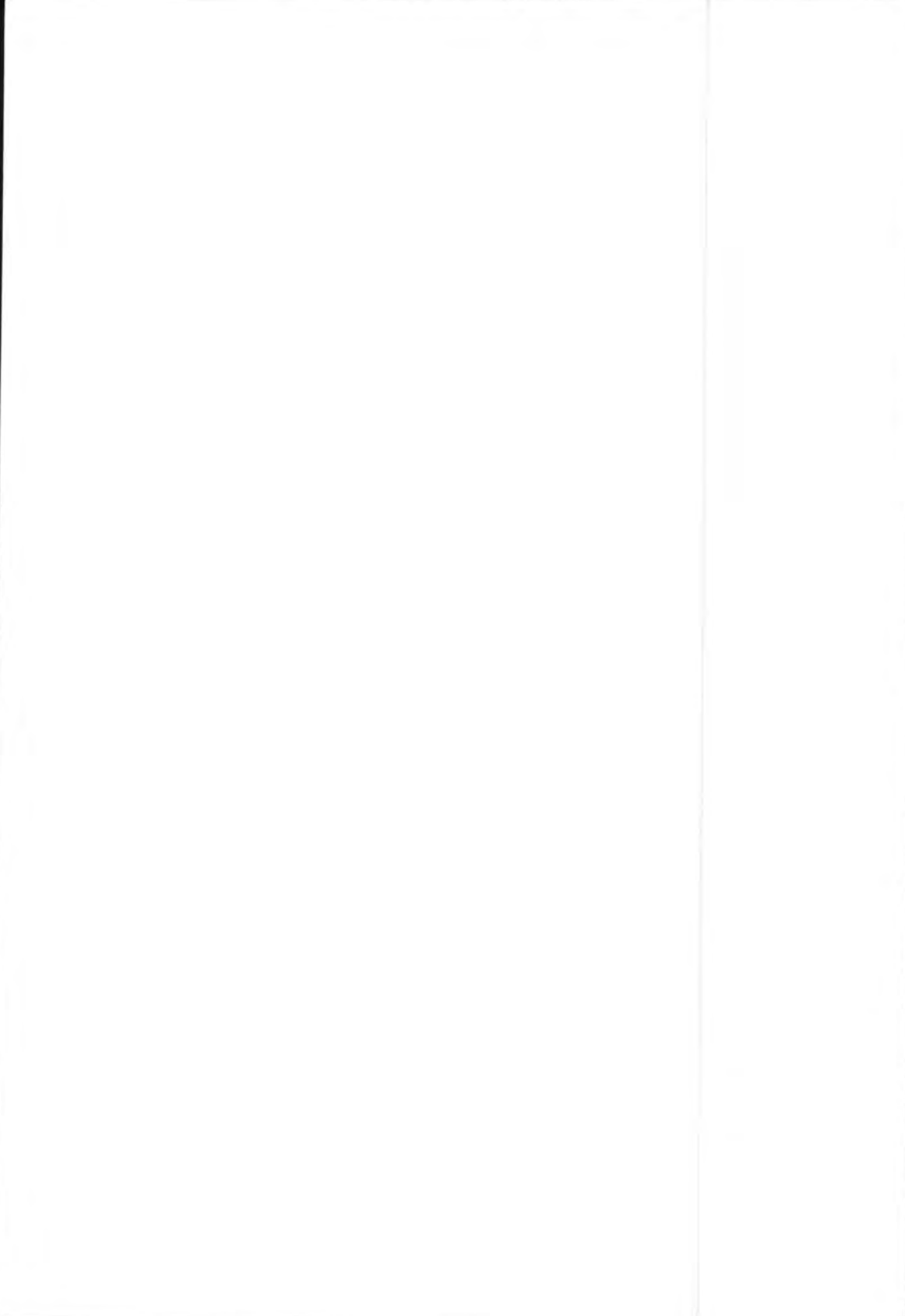
"Y mientras tales palabras decía, sus doncellas le ven caída sobre el hierro, y ven la espada teñida en espumosa sangre, y bañadas en sangre sus manos"

Revuélvese la suicida en una dolorosa agonía y acude Anna a tratar de salvarla. Dido entreabre los ojos y vuelve a cerrarlos, desmayada. Síbale la herida profunda bajo el seno y continúa fluyendo la tenebrosa sangre. Tres veces trata Dido de incorporarse apoyada en el codo y tres veces vuelve a caer con los ojos errantes. Compadeci-

da, la todopoderosa Juno envía a Iris para ayudar a morir a la despechada reina; le corta el cabello y, en seguida, "disípase todo el calor, y la vida desvanécese en los vientos".



IX
Alejandro Magno



En los tiempos de Alejandro, a quien apodan "El Grande", la gente era muy supersticiosa y temía a lo desconocido tanto como las generaciones actuales. Rendían culto a muchos dioses, igual que lo hacemos nosotros con muchos santos; y creían en cosas inverosímiles y contrarias a la razón, tal como creemos nosotros todavía, a pesar de que han transcurrido más de dos mil trescientos años.

En aquel tiempo, hombres y mujeres iban a la doctrina, pero no de tan corta edad como lo hacen los fieles de algunas religiones, sino cuando estaban en la pubertad. A esas enseñanzas las llamaban "misterios órficos", o "misterios eleusianos", así como con otros nombres, dependiendo del país o la región en donde viviera la gente. La doctrina consistía en enseñarles los secretos de la generación, pero sin los tapujos de la moral cristiana. Esto no quiere decir, de ninguna manera, que ellos no tuvieran ninguna moral, sino que los griegos de la antigüedad no le añadían apodos, ni apellidos, a esa palabra.

Ya mayorcitas, las mujeres hacían una fiestas muy bonitas y muy alegres, una vez al año y generalmente en el verano. Les llamaban "orgias báquicas". Se trataba de ponerse hasta el chongo y hacer desfiguros completamente desnudas o con muy poca ropa. Como en aquellos tiempos sólo se acostumbraba llevar una túnica, decir poca ropa quiere significar que se ponían algún trapo vistoso para resaltar lo mejor de sus naturales encantos.

La referencia no es del todo ociosa ni, mucho menos, accidental, sino que es para precisar que la mamá de Alejandro era de las más entusiastas en la celebración de estos "misterios"; y como la serpiente era un símbolo del órgano masculino de la generación, ella llevaba a las fiestas un buen manojo de ofidios domesticados y con sus juguetes asustaba a las demás concurrentes, ignorantes de que los animalitos eran inofensivos, aunque midieran más de un metro. La señora hacía otras travesuras como, por ejemplo, la de permitir que un dragón la abrazara en su cama, y aficionarse tanto

al juego que ya no le importaba que su esposo no yaciera con ella. De todo esto nos habla Plutarco y, para que no digan que mentimos, vamos a copiar algunos párrafos al pie de la letra:

''Dícese que iniciado Filipo en Samotracia juntamente con Olimpia, siendo todavía jovencito, se enamoró de ésta, que era niña, huérfana de padre y madre, y que se concertó su matrimonio tratándolo con el hermano de ella, llamado Arimba. Parecióle a Olimpia que antes de la noche nupcial, habiendo tronado, le cayó un rayo en el vientre; y que del golpe se encendió mucho fuego, el cual, dividiéndose después en llamas, que se esparcieron por todas partes, se disipó. Filipo, algún tiempo después de celebrado el matrimonio, tuvo un sueño en el que le pareció que sellaba el vientre de su mujer, y que el sello tenía grabada la imagen de un león. . . Los demás adivinos no creían que aquella visión significase otra cosa sino que Filipo necesitaba de una vigilancia más atenta en su matrimonio''.

Nótese que la gente hacía mucho caso de los sueños; y de esto tenemos muchos ejemplos en la Biblia, en las historias de Herodoto, en ''Las Mil y una Noches'' y, si nos ubicamos en nuestros días, tendremos qué admitir que la comadre, la suegra y las cuñadas, hablan de sus sueños como si fueran vivencias o mensajes del más allá.

Seguimos copiando a Plutarco: ''Vióse también un dragón que estando dormida Olimpia, se le enredó al cuerpo, de donde provino que se amortiguase el amor y cariño de Filipo, que escaseaba el reposar con ella; bien fuera por el temor de que usara de algunos encantamientos y maleficios contra él, o bien porque tuviera reparo en dormir con una mujer que había ayuntado con un ser de naturaleza superior''.

Todos nacimos con habilidades especiales para una cosa y escasos de entenderas para otra: Filipo era muy bueno para la guerra, pero le faltaba seso para darse cuenta de que los dragones no existen, y que la bruja de su mujer le había puesto un sombrero de charro y todavía se lo galoneaba vistiendo de dragón al sancho.

Y no anda errado Plutarco cuando habla del miedo de Filipo a los encantamientos de la señora, pues si sabía domar serpientes, cuantimás a un pobre mortal (ibamos a decir cristiano, pero en ese tiempo no existían todavía).

El caso es que Alejandro nació en Pella, capital de Macedonia, al final del verano del año 456 antes de nuestra Era. Sólo tuvo una hermana, nacida un año después de él.

El muchacho sentía poco respeto hacia su padre; y este Plutarco, quien por lo vis-

to es bueno para el chisme, cuenta que cuando fueron a venderle el caballo Bucéfalo (que quiere decir "cabeza de buey"), Filipo fracasó en su intento de montarlo y ordenó que se lo llevaran por donde había venido. Lo que pasaba era que el cuaco ya le había echado el ojo a Alejandro y viceversa. Por eso, con algo de soberbia dijo a todos los presentes, pero especialmente a su padre: "¡Que caballo pierden sólo por no tener conocimiento ni resolución para manejarle!" El papá guardó silencio, pero como el muchacho repitió la puya, Filipo lo invitó a que respaldara con hechos su balandronada. Alejandro tomó al caballo por la rienda, lo puso de frente al sol, le acarició los lomos y le habló suavemente. Luego lo montó sin problemas.

Filipo le puso a Aristóteles como maestro y, habiendo dejado al joven a cargo del gobierno para ir a luchar con los bizantinos, rebeláronse los medos y Alejandro los metió en cintura, él solito.

Plutarco nos cuenta en sus "Vidas Paralelas" que " Filipo, con estos hechos, amaba extraordinariamente al hijo, tanto, que se alegraba de que los Macedonios llamaran rey a Alejandro y general a Filipo; pero las inquietudes que sobrevinieron en la casa con motivo de los amores y los matrimonios de éste, haciendo en cierta manera que se enfermara el reino a la par de la unión conyugal, produjeron muchas quejas y grandes desavenencias, las que hacia mayores el gran genio de Olimpiada, mujer suspicaz y colérica, que procuraba acalorar a Alejandro. Hízolas subir de punto Atalo en las bodas de Cleopatra, doncella con quien se casó Filipo, enamorado de ella fuera de su edad. Atalo era tío de ésta y, embriagado, en medio de los brindis exhortaba a los Macedonios a que pidieran a los dioses les concediera un sucesor legítimo del reino. Irritado con esto Alejandro: "Pues ¿qué —le dijo—, mala cabeza, te parece que yo soy bastardo?"; y le tiró con la taza. Levantóse Filipo contra él, desenvainando la espada; pero, por fortuna de ambos, con la cólera y el vino se le fue el pie y cayó. De resultas de esta indecente reyerta, tomando consigo a Olimpiada y estableciéndola en el Epiro, él se fue a habitar en el Ilirio".

Pero Alejandro no tocó ni conoció a ninguna mujer antes de casarse con Barsene, viuda de Memnón muerto en una batalla en Damasco.

Ya era común el comercio de esclavos bellos. El mismo Plutarco dice, en el Capítulo XXII: "Escribióle en una ocasión Filoxeno (a Alejandro), general de la armada naval, hallarse a sus órdenes un tarentino llamado Teodoro, que tenía de venta dos mozuelos de una belleza sobresaliente, preguntándole si los compraría; y se ofendió tanto, que exclamó muchas veces ante sus amigos en tono de pregunta: "¿Qué puede haber visto Filoxeno en mí de indecente y deshonesto para hacerse corredor de semejante mercadería?" Reprendió ásperamente a Filoxeno en una carta, mandándole que mandara noramala a Teodoro con sus cargamentos.

Aunque, tratándose de mujeres, la cosa era diferente: "De allí a poco, estando ya para moverse contra Darío III, sucedió que, condescendiendo con sus amigos en un banquete y francachela, llegó hasta el punto de permitir que concurriesen mujerzuelas a comer y beber con sus amantes. Sobresalía entre éstas Thais, amiga de Tolomeo, quien más adelante vino a ser rey, natural del Ática; la cual, ya celebrando cuidadosamente las dotes de Alejandro, y ya haciéndole gracias añagazas, con el calor de la bebida llegó a pronunciar una expresión que, si bien no desdecía de las costumbres de su patria, parecía, sin embargo, que no podía provenir de ella. Porque dijo que en aquel día recibía la recompensa de cuanto había padecido en sus marchas y peregrinaciones por el Asia, pudiendo tratar con el último desprecio a la orgullosa corte de los persas y, que su mayor gusto sería quemar en medio de aquel regocijo el palacio de Jerjes, que había incendiado a Atenas, siendo ella quien le diera fuego en presencia del rey, para el rey, para que corriera por todas partes la voz de que mayor venganza habían tomado de los persas, en nombre de la Grecia, una mujerzuela, que tantas tropas de mar y de tierra y tantos generales con el mismo Alejandro. Dicho esto, se levantó grande algazara y aplauso, exhortándola y acalorándola sus amigos, tanto, que inflamado el rey se levantó y echó a andar el primero, poniéndose una corona y tomando una antorcha . . ."

Era costumbre que muchas mujeres de la vida galante siguieran a los ejércitos, como ocurrió aquí mismo, en México, durante la revolución. Al término de la campaña, Alejandro decidió licenciar a los inválidos y a los ancianos " . . . y habiéndose Euriloco, de Egea, puesto a sí mismo en la lista de los enfermos, como después se descubriese que ningún mal tenía, y confesase que amaba a Telesipia y se había propuesto acompañarla en su regreso por mar, Alejandro preguntó qué clase de mujer era ésa; y habiéndole informado que era una cortesana de condición libre: "Pues me tendrás, ¡oh, Euriloco! —le dijo—, por amador contigo; mira si podremos persuadirla con dones o con palabras, puesto que es mujer libre"

Habiendo traspuesto la región de los Partos, Alejandro cruzó el río Oresortes "que él creía ser el Tanais", y luego que derrotó a los escitas los persiguió a lo largo de varios kilómetros. Fue aquí donde un escita le ofreció a su hija, una amazona, según la versión de Clitarco, Policrito, Onesicrito, Antígenes e Istro, pero son mayoría los escritores que niegan la versión, aunque Alejandro mismo habla del ofrecimiento del escita en una carta a Antipatro. Lo que nadie contradice es la boda de Alejandro con la princesa sogdiana Roxana, "bella y en edad núbil, a quien conoció en la ciudad de Coreana, durante un festín, y se enamoró inmediatamente de ella". Esto no fue óbice para que luego se casara también con Estatira, la hija mayor de Darío

Al morir Alejandro, posiblemente de malaria, a los 33 años, Roxana, quien había

quedado encinta, mandó llamar a Estatira y, cuando llegó ésta, acompañada de su hermana, ambas fueron asesinadas "y los cadáveres los arrojó a un pozo y después lo cegó", según dice Plutarco, quien añade que en el doble asesinato Perdicas fue cómplice y ejecutor. Porque Perdicas alcanzó desde luego gran poder al llevar consigo a Arrideo "como un depositario y guarda de la autoridad real, ya que era hijo de Filipo y de Filina, mujer de baja estirpe y pública, y no tenía cabal el juicio por enfermedad no natural o que le hubiese venido por sí sin causa, sino que habiendo manifestado una índole agradable y buena disposición siendo todavía niño, Olimpia le hizo enfermar con hierbas, y le perturbó la razón".

Olimpia era la mamá de Alejandro.



X
Dafnis y Cloe

WISYMA DE DISTINGUIÇÃO



DEPARTAMENTO DE MATEMÁTICA
DE
SUB-LINHA PORTUGUÊS

Imagináos una isla paradisíaca bañada por un sol bienhechor y amoroso desde las seis de la mañana, y cubierta por un cielo azul y sereno la mayor parte del año. Los vientos son suaves y cálidos. Pareciera como si su tarea consistiese exclusivamente en esparcir por toda la isla los aromas de las flores y los frutos, y los trinos juguetones y alborozados del ruiseñor y de la filomela, o el triste lloro de la paloma torcaz. Ese mismo viento empuja tierra adentro la refrescante brisa de la playa cercana, sube a la montaña y desciende retozón para ponerse a cantar entre el espeso follaje del bosque, y dentro de la bulba apretada y azul de la blanca hiedra trepadora.

Es la isla de Lesbos, situada frente a la costa de Asia Menor. Tenía cinco ciudades principales: Mitilene, Metimna, Ereso, Antisa y Tirra. Junto con Quíos y Samos, eran conocidas en la antigüedad como las "islas de los santos", por la bondad del suelo, la belleza del lugar y la mezcla de los aires, según nos cuenta Diódoro Sículo, y lo confirma Tácito. Allí nació Safo, y tanto Aristóteles como Epicuro tuvieron allí mismo su morada en el Siglo IV antes de nuestra era.

Pues bien, en ese paraíso vivían Dafnis y Cloe, de cuyos amores Longo nos dejó una historia tan bella, que todavía es imitada o sirve de inspiración a muchos artistas de nuestro tiempo. Se colige que hace unos tres mil años, Lesbos tenía escasos habitantes, pero ya existía un cierto grado de civilización y un lenguaje integrado. Los habitantes de la ciudad vestían ricas telas de púrpura y ya existía la propiedad privada, entre la que se incluye ¡ay! a las personas, exactamente igual que los animales irracionales.

Cuando se conocieron, ella tenía trece años y él quince. Ella era blanca y rubia, en tanto que él era moreno y de cabello negro.

Pero, vamos por partes.

Por el motivo más baladí (por haber tenido un sueño premonitorio, porque lo hu-

quiera aconsejado un adivino, por orden de un oráculo o de un dios, o simplemente por miedo a la pobreza), los niños eran abandonados por sus padres en el monte, en el bosque, a la orilla de un río, o a las puertas de un templo. Los libros nos cuentan muchos casos así. Innumerables héroes, grandes hombres y santos, fueron así expuestos, y de esta costumbre deriva la palabra "expósito".

Un día que el pastor Lamón cuidaba el ganado de su amo Dionisófanos, vecino de Mitilene, una ciudad situada a unos veinte kilómetros de distancia, vio que una de sus cabras abandonaba a su cría y perdíase entre unos matorrales cubiertos por una hiedra trepadora. Siguió al animal y descubrió que alimentaba a un niño grande y hermoso, envuelto en pañales finos y una mantilla púrpura con broche de oro y, entre las ropas, como seña distintiva, una espadita con empuñadura de marfil. Llevólo a su cabaña y de ahí en adelante lo crió su esposa Mirtale.

Dos años después, otro pastor vecino suyo y de nombre Drías, encontró en condiciones similares, pero en la gruta de las ninfas, a una hermosa niña que era alimentada por una oveja ocupada, al mismo tiempo, en lamer amorosamente el rostro de la pequeña. Ella tenía también prendas de reconocimiento: una diadema bordada de oro, unas sandalias doradas y unos brazaletes de oro. La llevó a su casa.

Por mera casualidad, los padres adoptivos de los expósitos decidieron al mismo tiempo mandar a los niños a cuidar los hatos. Era natural que, siendo compañeros de trabajo y compartiendo los pastizales, las fuentes de agua para que abrevaran sus bestezuelas y ellos su propia comida, pronto se hicieran buenos amigos. Ya se dijo que ella tenía trece años y el muchacho, quince.

Según Longo, el autor del cuento escrito hace unos dos mil años, fue Eros quien aconsejó en sendos sueños a Drías y a Lamón que enviaran a los adolescentes a apacentar los rebaños: ella de ovejas, él de cabras.

Cuando ella descuidaba sus ovejas por entretenerse, demasiado absorta, en tejer jaulitas para sus saltamontes, Dafnis le cuidaba el rebaño. Y si él se olvidaba del trabajo por estar muy ocupado fabricando una siringa de carrizos, ella miraba por las cabras. Así transcurría la vida plácidamente mientras los niños crecían, y los hatos también. Es probable que él tuviera ya dieciséis años y Cloe quince. Longo se limita a decir que lo que sigue fue una travesura de Eros, el dios griego del Amor.

Una loba hambrienta ella misma, y necesitada de llevar de comer a sus lobeznos, andaba haciendo estropicios en los rebaños de los alrededores. Para atraparla, los aldeanos cavaron muchas trampas por todo el campo y las cubrieron cuidadosamente

con madera seca y, encima de la madera, tierra o zacate, conforme al terreno elegido. En una ocasión pelearon fieramente dos cabríos en celo y uno de ellos, habiendo perdido un cuerno, huyó balando de dolor, pero el otro lo persiguió poseído de gran furia y Dafnis decidió parar la contienda, para lo cual tomó un cayado y persiguió al perseguidor, con tanta prisa y tan mala suerte que fue a dar en uno de los hoyos encima del animal, que cayó primero. Corre Cloe en su auxilio y pronto vé que no podrá sacarlo ella sola, por lo que llama a Dorcón, un boyero de los campos contiguos, y quitándose ella su faja se la arrojan a Dafnis y logran sacarlos a él y al cabrío, que se ha roto ambos cuernos. Se lo regalan a Dorcón en señal de agradecimiento, y en seguida se encaminan Dafnis y Cloe a la gruta de las ninfas, donde hay una fuente de agua, para que Dafnis se lave la tierra y el barro que se le pegaron en el hoyo, con el propósito de ocultar el accidente a sus padres adoptivos, Lamón y Mirtale.

"Y viniendo junto con Cloe a la gruta de las ninfas, le dio a cuidar su túnica y su morral mientras él se acercaba a la fuente y se lavaba el cabello y todo el cuerpo. Su cabellera era negra y abundante y quemado por el sol su cuerpo, . . . Dafnis parecía hermoso a Cloe que lo miraba; y como no le había parecido hermoso antes, consideraba que el baño era la causa de su hermosura. Cuando le estaba lavando la espalda, su carne blanda se hundía, así que ella, a escondidas, se apretaba muchas veces para probar si la suya resultaba más blanda".

A partir de ese momento, Cloe sólo piensa en ver a Dafnis otra vez bañándose.

Al día siguiente, mientras él toca la siringa, ella no hace sino observarlo y, al verlo hermoso de nuevo, piensa que será tal vez a causa de la siringa, así que luego la toma y la toca por ver si ella también se vuelve hermosa. Luego lo persuade a que se bañe otra vez y vuelve a apretar su cuerpo y, ese día, al despedirse, lo alaba.

Una aflicción envuelve el alma de Cloe, quien ya sólo piensa en Dafnis. Se siente enferma, pero ignora de qué. Pierde el apetito y padece insomnio . . . "se ocupaba poco del rebaño, ora rela, ora lloraba; ya se recostaba, ya se incorporaba precipitadamente. Su rostro pálido, de súbito se encendía con rubor. . . . A veces se le ocurrían pensamientos como éstos: 'Ahora estoy yo enferma e ignoro cuál sea mi enfermedad. Sufro y no tengo herida. Me aflijo, y ninguna de mis ovejas se me ha perdido. Estoy ardiendo, y en medio de tanta sombra estoy sentada. ¡Cuántos zarzales me arañaron muchas veces y no lloré! ¡Cuántas abejas me clavaron el agujón; sin embargo, seguí comiendo! Pero esto mismo que traspasa mi corazón es más lacerante que todas aquellas cosas, Hermoso Dafnis y también las flores. Su siringa canta hermosamente y también los ruiseñores. Sin embargo, no pienso en ellos. Ojalá fuera yo su siringa, para que soplara en mí. Ojalá su cabra, para ser pastoreada por él, ¡Oh agua perversa

que sólo a Dafnis embelleciste, en tanto que yo me bañé inútilmente! ¡Perdida estoy, Ninfas queridas!''.

El jovencito, entre tanto, ni cuenta se daba. En cambio, el boyero Dorcón se enamoró de Cloe desde que juntos sacaron a Dafnis de la trampa. El boyero ya tenía barba y sabía del amor mucho más que el otro. Un día se las ingenió para que ambos compitieran para ver cuál de los dos era el más hermoso. Cloe haría de juez y el vencedor obtendría un beso de ella. Cada uno se ensalza: "Yo soy blanco como la leche y mi pelo es rojo como el trigo maduro. Soy más grande que éste, que es imberbe como mujer y negro como lobo. Además, a mí me amamantó una mujer, y no una cabra, y no huelo tan feo como él", declara Dorcón. "A mí me crió una cabra, como a Zeus —replica Dafnis—, me alimento de queso, pan y vino blanco. Imberbe soy, igual que Dionisio, y negro, como el Jacinto. Pero éste es pelirrojo como una zorra y barbado como una cabra y blanco como una mujer de la ciudad. Si nos vas a besar, de mí besarás la boca, pero de éste besarás los pelos de la barba. Además —se dirige a Cloe—, recuerda que a tí te alimentó una oveja y sin embargo eres hermosa''.

La muchacha se arroja sobre Dafnis y lo besa. Dorcón se aleja, derrotado, pero Dafnis ha saboreado por primera vez la miel de unos labios de mujer; y es ahora cuando se dá cuenta de que Cloe tiene la cabellera rubia y los ojos grandes y el cutis más blanco que la leche. Ahora es él quien se vuelve inapetente y silencioso. Se pone descolorido y habla consigo mismo: "¿Qué cosa me hizo el beso de Cloe? Sus labios son más tiernos que las rosas y su boca más dulce que panales de miel. Pero su beso más punzante que el aguijón de una abeja. Muchas veces besé a los cabritos, muchas veces besé a las crías recién nacidas y a la ternera que Dorcón nos regaló. Pero este beso es algo nuevo. Escapa mi aliento, se sobresalta mi corazón, se consume mi alma y, sin embargo, deseo besarla otra vez. ¡Oh victoria pernicioso! ¡Oh enfermedad extraña de la cuál ni el nombre sé decir!''

Entre tanto, Dorcón acecha al padre de Cloe, y abordándolo en el campo, le regala unos quesos y ofrece muchos regalos si consiente en su boda con la hija. Drías recuerda que no es el padre de la muchacha y no se compromete. Entonces Dorcón decide raptarla y se disfraza de lobo, pero los perros del rebaño le arrancan la piel y arman tal alboroto que Dafnis y Cloe acuden a salvarlo ignorando sus intenciones. Hasta le curan los mordiscos y lo acompañan al camino. Un nuevo elemento une más a la pareja: asustadas por los ladridos y el ataque de los perros contra el supuesto lobo, ovejas y cabras huyen, unas trepando por las peñas y otras corriendo hacia el mar, de modo que los muchachos trabajan muy duro hasta la noche para volver a juntarlas, ayudándose mutuamente.

El verano los acicatea con sus ardores y todo el derredor es excitante: los ríos cantarinos, el soplo de los vientos entre los pinos y los encinos, el olor de la fruta madura, la llanura cubierta de mieses, el canto de las cigarras y el balido apacible de las ovejas. Dafnis se pasa el día prácticamente desnudo y metido en el río para pescar o bañarse. Cloe termina la ordena, incluidas las cabras de su compañero, y luego se pone a cuajar la leche y hacer los quesos. Al cabo se lava y corona su cabeza con ramas de pino. Clñese la piel de cierva y, llenando su escudilla de vino y leche va al río en busca del pastor.

Un día "... viendo a Dafnis desnudo por completo, cayó en la cuenta de su hermosura, y se derritió, no pudiendo censurar ninguna parte de él. Y él, viéndola con la piel de cierva y la corona de pino, cuando le alcanzaba la escudilla, pensó que veía a una de las ninfas de la gruta. Entonces quitándole el pino de la cabeza, él mismo se coronó, besando primero la corona, que ella había besado antes también. Luego ella lo besó y se puso el vestido del que se bañaba y que estaba desnudo. Enseñábase él a tocar la siringa y a veces se la arrebatava con el pretexto de que se equivocaba, pero era para recorrer después de ella todos los carrizos con sus labios, de modo que así besaba a Cloe a través de la siringa".

En otra ocasión Cloe se quedó dormida en la sombra, y una cigarra perseguida por una golondrina fue a meterse en el seno de ella, por lo que la golondrina rozó a Cloe con sus alas. Despertó ella sobresaltada y vió que Dafnis se reía porque había observado todo. La cigarra chirrió dentro del seno de Cloe y ella dio un grito que sirvió de pretexto a Dafnis para meter su mano y sacar el insecto. Cloe besó a la cigarra y volvió a meterla donde estaba.

Un mal día desembarcan en la playa unos piratas tirios llevando espadas cortas y armaduras. Atacan a Dorcón y le llevan algunos bueyes. Atrapan a Dafnis, quien vagaba por la orilla del mar, y se lo llevan como parte del botín. Cloe descendía con el rebaño y alcanza a escuchar los últimos gritos de auxilio de Dafnis, a quien trae una siringa como regalo. Ve a Dorcón quien yace desangrándose y la instruye para salvar a Dafnis y a sus bueyes, con la ayuda de su propia siringa, cuya música es tan conocida y tan amada de los animales, que acudirán a su sonido por lejos que se encuentren. Le regala la siringa y le pide un beso de despedida. En seguida expira.

Cloe toca la siringa con todas sus fuerzas y los bueyes a bordo se agolpan a un costado de la nave y la vuelcan. Los piratas se hunden en el mar con el peso de sus armaduras y Dafnis, quien andaba descalzo, nada fácilmente de regreso, aunque se cansa pronto porque hasta ahora sólo había nadado en el río. Le viene una idea y se agarra de los cuernos de dos bueyes que lo conducen a salvo hasta la playa, donde es-

tá Cloe quien al verlo ríe y llora al mismo tiempo. Se arroja en su regazo y le cuenta cómo pudo salvarlo con los consejos del boyero, a quien entierran allí mismo con todos los honores.

“Después del funeral, Cloe baña a Dafnis, llevándolo ante las ninfas. Y entonces ella, viéndola Dafnis por primera vez, se bañó el cuerpo blanco e inmaculado por su belleza”. Empezaron el regreso mientras las cabras, resoplando, como alegrándose. “Pero Dafnis no persuadía su alma a alegrarse, pues había visto a Cloe desnuda, y revelada la hermosura antes oculta. Le dolía el corazón como si hubiera sido devorado por un veneno, y su aliento, ora impetuoso, espiraba en él, como si alguien lo persiguiera; ora lo abandonaba, como exhausto de las anteriores correrías. Le parecía que el baño era más temible que el mar...”, y eso que ignoraba aún la piratería de amor.

En la vendimia, Dafnis y Cloe ayudaron como todo el mundo, y al terminar se hizo la fiesta de Dionisio. Como habían venido muchos mozos y mozas de los alrededores, las mujeres alababan la hermosura de Dafnis y una de ellas hasta se atrevió a besarlo, provocando la tristeza de Cloe. Pero cuando los muchachos festejaban la belleza de Cloe, era Dafnis quien se ponía ceñudo.

Unos días después retozaban felices de haber vuelto a sus rebaños, cuando se presentó ante ellos el anciano Filetas, quien les contó que ese mediodía había visto a Eros en su propio huerto. El niño rubio le recordó como, en su tiempo lo ayudó a conquistar a la bella Amarilis y, finalmente, le informó que ahora miraba por la felicidad de Dafnis y Cloe. Los jovencitos alegráronse mucho, pero preguntaron al anciano que quién es Eros, si niño o ave. “Eros, oh niños, es un dios, joven y bello y volátil. Por ello, se alegra con la juventud y persigue la belleza y pone sobre alas las almas. Puede tanto como ni Zeus. Domina los elementos, domina los astros y domina a sus iguales, los dioses. Las flores, todas, son obra de Eros; estas plantas, su creación. Debido a él, los ríos fluyen y los vientos soplan. Yo mismo he visto a un toro enamorado, y mugía como picado por el tábano. Y a un cabrio que, queriendo a una cabra, la perseguía también a todas partes. Porque yo mismo fui joven y estuve enamorado de Amarilis. Y ni me acordaba del alimento ni tomaba bebida ni conciliaba el sueño. Sufría en el alma, me sobresaltaba en el corazón, me enfriaba del cuerpo. Gritaba como si hubiera sido golpeado, callaba como si estuviera muerto, me metía en los ríos como si estuviera abrasado. Llamaba al dios Pan en mi ayuda, porque también él se había enamorado de Pitis. Alababa al Eco que repetía el nombre de Amarilis detrás de mí. Rompí mis siringas porque hechizaban a mis bueyes, pero no me traían a Amarilis. Porque de Eros no hay ningún remedio, ni bebido ni comido ni platicado en las odas. Sólo un beso y un abrazo y estar acostados juntos con los cuerpos desnudos”.

En adelante, Dafnis y Cloe se abrazaban y se besaban todos los días en cuanto se encontraban, y ahora se levantaban más temprano para estar más tiempo juntos, pero temían el tercer remedio, que era el estar juntos desvestidos. Ambos tenían sueños eróticos, pero ambos ignoraban lo que seguía después de los besos y los abrazos. Pasó el tiempo y aunque, un día, estando los dos sentados y abrazados en el tronco de una encina, al besarse vinieron a dar al suelo y así estuvieron mucho rato acostados juntos; "no sabiendo nada de las cosas que siguen", se levantaron y condujeron de regreso a sus rebaños.

En cierta ocasión arribaron a la playa unos jóvenes ricos de Metimna, quienes se divertían excursionando y cazando a bordo de su propio navío. Una noche, un agricultor vagaba por ahí buscando una cuerda y, no hallándola, optó por robarse la amarra del barco. Los viajeros se contrariaron y después de reñir con la gente movieron la nave y vinieron a dar a la playa donde solían caminar Dafnis y Cloe. Para fijar la nave hicieron una amarra de mimbre verde. luego soltaron a los perros, y ovejas y cabras se desbalagaron asustadas y, no hallando las cabras qué comer en la playa, devoraron la amarra de mimbre, con lo que el viento se llevó la barca. Los dueños buscaron culpables y, no hallando sino a Dafnis, lo desnudaron y golpearon a placer. Tras de un juicio sumario pretendían llevárselo, pero los aldeanos lo libertaron e hicieron huir a los visitantes. Mientras ocurría la persecución de los viajeros, Cloe lavó las heridas de Dafnis y lo colmó de besos.

Los de Metimna fueron a decir que habían sido asaltados y ultrajados por los de Mitilene y se aparejaron diez naves en son de guerra. Hurtaron rebaños y trigo y vino y, llegados a los campos de Dafnis y Cloe, secuestraron a ésta no obstante hallarse refugiada en calidad de suplicante en la gruta de las ninfas. Dafnis andaba en el bosque, procurando pastura para el invierno y, al enterarse, rompió a llorar y va a la gruta a reclamar a las ninfas por no haber protegido a su amada. Ellas le prometen conseguir la ayuda de Pan para liberarla.

El jefe de los metimnenses había dispuesto hacer alto en un promontorio ubicado a veinte kilómetros del lugar de sus tropelías. La gente disfrutaba del botín y bebía y bailaba, festejando, cuando, de pronto, la noche pareció iluminarse con fuego y escuchóse un terrible rugir de remos, como si una gran flota estuviera atacando. Por aquí y por allá parecían verse muertos y heridos y, al llegar el día, los cabrios y las ovejas aullaban como lobos. Sacudíanse las barcas y rompíanse los remos. Saltaban los delfines golpeando las naves y destrozándola. Se oían y miraban cosas increíbles hasta que el mismo Pan ordena al jefe de los metimnenses, llamado Briaxis, restituir a Cloe y los rebaños al lugar al que pertenecen. Cumplida la orden, como por arte de magia reina la calma más apacible y un delfín guía a las naves metimnenses de regreso a casa.

Dafnis divisa a Cloe desde un promontorio y corre a recibirla. Al abrazarla cae desmayado. Al volver en sí, tras el relato de Cloe, ambos atribuyen el salvamento a las ninfas y Dafnis envía a su amada por Drías y Lamón y quienes con ellos estaban, para dar gracias a los dioses todos juntos, ofreciéndoles un solemne sacrificio. Cloe cantó, Dafnis tocó la siringa. Y después de bailar, cantar, tocar la siringa y besarse mutuamente, Dafnis y Cloe se hicieron bellos juramentos de amor para toda la vida.

Un crudo invierno los mantuvo alejados uno del otro por tanto tiempo, que a ellos les pareció una eternidad y sufrían mucho hasta que, en medio de la nieve, a él se le ocurrió fingir que cazaba en las proximidades de la cabaña de Cloe. Por casualidad se asomó el padre de ella y lo invitó a pasar y a comer con ellos, de lo que mucho se alegró el muchacho y ella más. Le ofrecieron una copa de vino y Cloe, al servir, bebió primero de la de Dafnis antes de entregársela. En la sobremesa, Drías y Napé preguntaron a Dafnis por sus padres y luego lo invitaron a que se quedara esa noche, porque al día siguiente ofrecerían un sacrificio a Dionisos y querían que los acompañara. "Poco faltó para que, del gusto, Dafnis adorara a sus suegros en vez de a Dionisos". Por la noche, después de cenar, Dafnis se acostó con Drías y Cloe con su madre. Al día siguiente ellos se besaban y abrazaban mucho, a escondidas, mientras Napé hacía el pan y Drías preparaba el carnero.

En la primavera, apenas hubo pastura, Dafnis y Cloe fueron los primeros en llevar sus rebaños al campo. Apenas se encontraron, se colmaron de besos y abrazos, pero Dafnis, ahora de diecisiete años, "estaba lujurioso... y pedía a Cloe que le concediera todo cuanto quería y que desnuda con él desnudo se acostara más tiempo del que antes acostumbraban; pues que esto faltaba de las enseñanzas de Filetas para obtener el único remedio que aplacaba el amor". Ella argumentaba que ya no había más y él ponía como ejemplo "a los moruecos y a las ovejas y los cabríos y las cabras. ¿No ves que después de este acto ni aquellas les huyen ya, ni aquellos se cansan persiguiéndolas, sino que, como si disfrutasen de un placer común, pacen juntos en adelante?" Pero Dafnis no sabía cómo enseñarla.

Una mujer de por los contornos, quien estaba casada con un labrador ya entrado en años, y por eso deseaba un amor juvenil, echó el ojo a Dafnis y un día fingió que buscaba unos gansos y pidió al muchacho que la acompañase al bosque. Dijoles que Cloe podría cuidar mientras de las cabras, y ellos, sin maliciar nada, estuvieron de acuerdo. Esa mujer, llamada Licenio, llevó a Dafnis a lo más espeso del bosque y lo inició en los secretos del amor, porque ya había visto, oculta entre los árboles, cómo desesperaban de no poder llegar hasta el fin en sus caricias.

En el verano abundaban los pretendientes para Cloe y todos rivalizaban ofrecien-

do los mejores y más costosos regalos como dote. A Napé se le despertó la codicia, pero Drías aplazaba prudentemente la respuesta. Dafnis sentíase en desventaja y lloraba. Y llorando pidió ayuda a las ninfas: "Otro dios se ocupa del matrimonio de Cloe", le dijeron ellas; pero le regalaron tres mil dracmas para reducir la ventaja de sus adversarios. Drías y Napé se pusieron felices, tanto, que Drías se encaminó de inmediato a la casa de Lamón y Mirtale ¡para pedir la mano del novio! Lamón reveló entonces la verdad y dijo que, en todo caso, quien debía decidir era su amo. Por lo pronto, los padres de Cloe autorizaron el noviazgo.

Un esclavo de Dionisófanos anunció la visita de éste y Lamón comenzó los preparativos. Entre otras cosas, hizo del jardín el más bello de los contornos. En vísperas de la llegada del amo, Lampis, un boyero de los que pidieron la mano de Cloe y fue desairado, pensó enemistar al amo con los padres de Dafnis y en una noche desbarató el jardín. Eudromo, adelantado de Dionisófanos, fue informado por Lamón de este desaguisado y, sabiendo que no era su culpa, ofreció interceder en su favor, así que cuando llegó Astilo, otro hijo del terrateniente, éste consoló a Lamón al ver sus lágrimas y le anunció que diría a su padre que el jardín había sido destrozado por sus propios caballos. Pero con Astilo venía un tipo de gustos equivocados, llamado Gnatón, quien se enamoró de Dafnis y le confesó su amor. Dafnis lo rechazó y el otro fue llorando, a pedirle a su amigo que le regalara al esclavo. Astilo accedió porque el joto lo colmaba de lisonjas, pero Eudromo se dió cuenta y fue a prevenir a Dafnis, Lamón y Mirtale. Estos decidieron confesar a su amo la condición del expósito de Dafnis y resultó que, al mostrarles las prendas de reconocimiento, Dionisófanos y Clearista, su esposa, eran los padres de Dafnis, y Astilo su hermano.

Gnatón fue a ocultarse con el rabo entre las patas y mientras, el boyero Lampis, aprovechando la confusión y los banquetes de agradecimiento porque los padres de Dafnis habían hallado a su hijo, ayudado por unos agricultores va y rapta a Cloe. Alguien dá la voz de alarma y también avisan a Dafnis, pero éste se echa a llorar porque no puede salir de la casa de sus padres, siendo él el centro de atracción y el festejado principal. Además, Cloe ha quedado en total desventaja, pues mientras que ella es una simple hija de pastores, Dafnis es ahora el amo. Gnatón, quien se hallaba en el jardín y escuchó el llanto y los lamentos de Dafnis, vé la oportunidad de conseguir el perdón de éste y reclutando a un grupo de criados de Astilo, llega a la casa de Lampis en los momentos en que éste introducía a la muchacha. Dan su merecido a los cómplices y aunque Lampis ya estaba amarrado, consigue huir.

Dafnis y Cloe son inmensamente dichosos al verse otra vez juntos y en consejo de familia deciden ocultar su amor, pero Drías se decide y revela la verdadera condición de Cloe, quien ahora está peinada y bañada y más hermosa que nunca. Clearista la

acepta como novia de Dafnis y Driás recibe como premio otras tres mil dracmas, en tanto que el amo regala a Lamón la mitad de los campos y la mitad de las cabras, cuatro yuntas de bueyes y suficiente ropa de invierno, así como la libertad para él y Mirtale. Regresaron los amos y los criados a Mitilene, llevando a los novios y, habiendo causado los jóvenes muy buena impresión entre los vecinos, varios días después Dionisófanes organiza un espléndido banquete "con todas las cosas de tierra y de mar y cuantas hubiera en los ríos", al que fueron invitados todos los nobles de la ciudad. Todo esto, por una visión que Dionisófanes tuvo con las Ninfas y Eros, durante un profundo sueño.

Ya en la noche y después de brindar todos por Hermes, por orden del anfitrión un sirviente hizo circular, en charola de plata, los objetos de reconocimiento que Cloe llevaba consigo cuando fue rescatada por Driás de la gruta de las Ninfas. El más anciano de entre los asistentes, Megacles, se incorpora vigorosamente y prorrumpe en entusiastas exclamaciones de sorpresa al reconocer las prendas con que expuso a su hija en la gruta de las Ninfas, orillado por su avanzada edad y su pobreza. Una vez admitida la explicación, Dionisófanes ordenó que introdujeran a Cloe al salón y la joven hizo una entrada de reina, bellamente ataviada y muy hermosa. Megacles mandó traer a Rode, su mujer y Dionisófanes le dijo: "Toma los objetos de reconocimiento y a tu hija, y luego de tomarla, entrégala a Dafnis como novia". Así se hizo, y cuando llegó Rode, atrajo a su hija hacia su pecho y allí mismo se durmieron todos, vencidos por el cansancio y las muchas emociones. Allí estaba Dafnis también, pues había jurado que no le confiaría a Cloe ni a su propio padre.

A petición de los novios, todos se marcharon al día siguiente al campo para celebrar las bodas, pues Dafnis y Cloe dijeron que no soportaban la vida de la ciudad.

Nadie faltó a la fiesta, que se hizo completamente al estilo pastoril, según nos cuenta Longo, ni siquiera Cromis y Licenio, ni tampoco Lampis, a quien los novios otorgaron el perdón. La boda se hizo frente a la gruta de las Ninfas. Al final, todos, llevando mucha música y grandes antorchas, acompañaron a los novios hasta las puertas del tálamo. "Dafnis y Cloe, que estaban acostados juntos, desnudos, se abrazaban y besaban, manteniéndose despiertos durante la noche, como ni las lechuzas lo hacen. Y Dafnis hizo algo de lo que le había enseñado Licenio, y entonces Cloe conoció por primera vez que lo ocurrido en la selva había sido juego de pastores".

XI

La Roma de los
Césares



Cayo Julio César estaba casado desde la infancia con su mujer Consutia, hija de simples caballeros, aunque ricos, según nos lo cuenta Cayo Suetonio el Tranquilo.

A los dieciséis años consiguió un nombramiento como sacerdote de Júpiter, y lo primero que hizo fue repudiar a su vieja. En aquel tiempo, cien años antes de la era cristiana, acostumbrábase en Roma y en otras naciones civilizadas, que el hombre deshiciese el vínculo matrimonial con sólo repudiar a la mujer, y el motivo más grave, reconocido por todos, era el adulterio, aunque en este caso el famoso historiador no menciona la causa. Tal vez el motivo fue que la muchacha ya le quedaba chica, pues un sacerdote de Júpiter tenía derecho a llevar lictor, silla curul y toga pretexta.

Pero tal parece que a los casados les gusta la mala vida, porque apenas tomó posesión de su cargo se casó con Cornelia, hija de Cinna, quien había sido cónsul cuatro veces y podía ayudar en sus aspiraciones políticas al futuro conquistador. Cornelia fue la madre de Julia.

Julio César anduvo un tiempo a salto de mata porque se echó malas con el dictador Sila, pero siendo ya cónsul se casó con Pompeya, quien le puso los cuernos con un joven bonito llamado Publio Clodio. El asunto provocó un gran escándalo porque hubo muchos testigos, quienes descubrieron al muchacho dentro de la casa cuando se dirigía a la recámara de la señora disfrazado de mujer, una noche en la que por motivos religiosos no debía haber ningún hombre por ahí. Entre los testigos estaban la suegra y la cuñada de la coscolina y antojadiza Pompeya, y las sacerdotisas de la Buena Diosa, de modo que no había para dónde hacerse. Enjuiciaron a la señora y hubo un gran alboroto, enriquecido por los chismes sabrosos de la gente del pueblo. Tratándose de la nobleza, o de gente con un lugar destacado en la sociedad, para efectuar un matrimonio bastaba con que los padres se pusieran de acuerdo en lo que respecta a la dote. Luego los muchachos la chocaban y ya estaba. Tampoco había complicadas ceremonias ni pleitos para romper los lazos. Era suficiente que el marido dijera a la

mujer: "Ya no te quiero", y la señora agarraba sus cosas y se largaba a casa de su madre. Esto fue lo que hizo Julio César y en seguida pronunció ante la prensa su famosa frase: "De la mujer de César ni siquiera debe sospecharse".

Seguimos leyendo a Suetonio y ahora no nos cabe ninguna duda de que Julio César asegurábase primero de que una mujer llevaba un nombre de sirvienta tercermundista, y luego se enredaba con ella. Por ejemplo, el hombre sedujo a Postimia, aunque era la esposa de Aulio Gabino; se acostó con Tértula, sin importarle que ella estuviera casada con Marco Craso, y también tuvo amores con Muciá, la mujer de Cn. Pompeyo; pero seguramente la que mejor lo atendía y con sus caricias lo tenía más contento, era Servilia, la madre de Bruto, porque a esa le regaló una perla tan grande y tan hermosa, que le costó seis millones de sestercios; y en una ocasión influyó para que le adjudicaran a ella, a precio de regalo, las propiedades más hermosas que se vendieron en subasta. Dice Suetonio que cuando el pueblo criticó aquella baratatura, Cicerón declaró sarcásticamente: "Para que comprendáis bien la venta, se ha deducido la Tercia", aludiendo a que se decía que Servilia alcahueteaba las relaciones de César con su hija Tercia.

Julio César dio a su hija Julia, en matrimonio, a Pompeyo, cuando eran compañeros en el poder. Luego Julio César se casó con Calpurnia, cuyo nombre, por parecerle bello, tal vez escribiría dentro de un corazón atravesado por una flecha, e inmediatamente arriba del suyo.

Una de las amantes más célebres del guerrero conquistador fue nada menos que Cleopatra. Hasta hay una película en donde ella es introducida al palacio de César, envuelta en una alfombra. Ofrecía banquetes que duraban hasta el día siguiente, y una vez quiso llevarla desde Egipto a Etiopía, en un barco que había mandado aparejar especialmente para ella, pero los soldados de César se negaron a seguirlo.

"Cuando César, influido tal vez por las lisonjas de la reina-diosa de Egipto, empezó a considerarse a su vez como rey-dios y mandó erigir en un templo una estatua consagrada a su persona, con la inscripción: "Al dios invencible", avivóse la llama mortecina del republicanismo romano"—, escribe James Mainwaring en "Las Grandes corrientes de la Historia Universal". Ella dio a luz un hijo y Julio César consintió en que el muchacho llevase su nombre, según lo asienta Suetonio, pero el mismo autor señala a continuación que C. Oppio publicó un libro titulado: "No es hijo de César el que Cleopatra dice serlo". Pero de que era travieso, lo era, pues en las columnas de sociedad se maneja con ejemplar frescura la versión de que el político y militar romano se permitió ciertas libertades también con la señora Enoé, la esposa de Bagur, el rey de Mauritania. Por supuesto, la señora era de color, pero Julio César no reparaba en

esas nimiedades, ni habla en ese tiempo y en aquellas naciones la discriminación racial que caracteriza, pongamos por ejemplo, a ciertas regiones de los Estados Unidos, . . . y de Africa del sur.

Julio César era tan "pito-suelto", que cuando sometió a las Galias, los soldados entraban a las ciudades cantando: "Ciudadanos, esconded a vuestras esposas; aquí traemos al adúltero calvo".

Sin embargo, algunas personas llevan sus aficiones a excesos aberrantes, y don Julio era de este tipo, a juzgar por lo que el mismo Suetonio nos cuenta, por más que trata de disculparlo pero, como se dice vulgarmente, no se puede tapar el sol con un dedo. Para decirlo en nuestro lenguaje coloquial, como quien dice: derecha la flecha: a don Julio César le hacía agua la canoa o, lo que es lo mismo, le gustaba la coca-cola hervida. En otras palabras: bateaba zurdo, cachaba granizo, le gustaba el arroz con leche, se le caía la manita, ¡era de rosca izquierda, pues!

En su capítulo XLIX, Suetonio dice: "Su íntimo trato con Nicomedes mancha su reputación, cubriéndolo de indeleble y eterno oprobio, exponiéndole a multitud de sátiras. Omiso los conocidísimos versos de Calvo Lucinio: "Aquello de Bitinia, que tiene a César en tal predicamento. . ." Y es que, aunque César tenía a la prensa comprada, el pueblo se pasaba las noticias de boca en boca, y se publicaban libros, libelos y volantes, en los que se ponían al descubierto los vicios del dictador.

Suetonio nos lo pinta así: "Dícese que su estatura era elevada, blanca la tez, conformados los miembros, cara redonda, ojos negros y vivos, temperamento robusto, aunque en sus últimos tiempos acometíanle repentinos desmayos y terrores nocturnos que le quitaban el sueño. Dos veces también experimentó ataques de epilepsia estando desempeñando cargos públicos. Daba mucha importancia al cuidado de su cuerpo, y no contento con que le cortasen el pelo, hacíase arrancar el vello, según le censuraban, y no soportaba con paciencia la calvicie que le expuso más de una vez a las burlas de sus enemigos. Por esta razón se atraía sobre la frente el escaso cabello de la parte posterior . . . y llevaba constantemente una corona de laurel".

Dice también: "Constante opinión es que fue muy dado a la incontinencia y espléndido para conseguir estos placeres. . .".

Plutarco es más claridoso y nos relata: "En Asia hizo sus primeras armas con el pretor M. Thermo, y enviado por éste a Bitinia en busca de una flota, detúvose en casa de Nicomedes, corriendo el rumor de que se prostituyó a él, rumor que aumentó a causa de haber regresado pocos días después a Bitinia, so pretexto de hacer entregar a un liberto, cliente suyo, cierta cantidad de dinero que le debían".

Otros autores asientan que, desde el principio de la carrera de César, Cicerón y Sila descubrieron sus modales afeminados y ambos dijeron a tribunos y nobles: "¡Cuidense de ese muchacho mal fajado!". Porque era costumbre de César acicalarse demasiado y llevar el cinturón demasiado flojo.

Un traductor de Suetonio inserta una nota al pie del texto: "Más de veinte años después, cuando ya no eran secreto para nadie los proyectos de César (se refiere a la próxima dictadura), aún engañaban sus afeminados modales a Cicerón, que decía: 'Claramente veo miras tiránicas en todos sus proyectos y acciones; mas cuando contemplo sus cabellos tan artísticamente peinados, cuando le veo acariciarse la cabeza con la punta del dedo, no puedo creer que medite el espantoso designio de derribar la república'".

Cuando se supo en Roma que Julio César se había acostado con Nicomedes, Dolabella le llamó en público: "Rival de la reina y plancha interior del lecho real", y Curión padre le llama: "Establo de Nicomedes y prostituta bitiniana".

Bibulo, más discreto, se limita a apodarlo "reina de Bitinia"; pero un tipo que ni publicaba ni hacía versos, aunque sí era bien conocido por deslenguado, "llamó en público a Pompeyo rey y a César reina". Y según Plutarco, en pleno Senado, cuando César defendía la causa de Nisa, hija de Nicomedes, enumeraba los favores que debía a este rey cuando Cicerón lo atajó: "Omite, te lo suplico, todo eso, porque demasiado sabido es lo que has recibido y lo que tú le has dado".

Una canción se hizo muy popular. Entre otras cosas decía: "César sometió las Galias, y Nicomedes a César".

Ya le habían entregado la Galia Cisalpina y la Ibiza, y cuando el Senado le dio la Cabelluda "no pudo dominar su alegría y se jactó en el Senado de que, en adelante, pasaría sobre las cabezas de sus enemigos". Una voz anónima se burló: "Eso no le será fácil a una mujer". Y César, dándose por aludido, replicó: "En Siria, sin embargo, reinó Semíramis, y las Amazonas poseyeron gran parte de Asia".

Pero seguía ganando batallas "Porque con ser de complexión flaca, de carnes blandas y delicadas y estar sujeto a dolores de cabeza y al mal epiléptico, no buscó en su delicadez pretexto para la cobardía", escribe Plutarco. Y, como batea por los dos lados, Curión le llama: "Marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos".

Aulio Cecino publica un libelo ciertamente injurioso, y Phitoloao un poema difamatorio, dice Suetonio,

Y es que César, estando en provincia, tenía en Roma comisionados que cogían por la fuerza, para guardárselos, a los gladiadores más famosos, en el momento en que los espectadores iban a pronunciar su sentencia de muerte''.

En otra parte de su discreto libro, Suetonio no tiene más remedio que decirlo, oculto en un párrafo que comienza hablando de otra cosa: ''... pagaba a precios exorbitantes los esclavos bellos y diestros, y prohibía anotar estos gastos''.

A veces, el hombre desvía al amor de los espaciosos y dulces caminos de la gloria, a los angostos y tenebrosos vericuetos de la ignominia.

Suetonio asegura que Octavio se llamaba Thurino cuando niño, ya fuera por el origen de su familia, o bien porque a poco de nacer él, su padre Octavio venció en territorio de Thurinó (Torino) a los esclavos fugitivos. Mas adoptó el nombre de César Octavio y al subir al poder por decisión testamentaria de su tío Julio César, quien ya lo había adoptado legalmente como hijo suyo, cambia su nombre por el de Augusto, a sugerencia de Munacio Planco.

Dado que nosotros hablamos de la vida amorosa de nuestros personajes, limitémonos al tema: en su adolescencia, Octavio estuvo casado con la hija de P. Servilio Isáurico. Ya en el poder y después de su primera reconciliación con Marco Antonio, casó con la cuñada de éste, Claudia, hija de Fulvia y de P. Clodio y quien apenas era núbil. Se trataba de estrechar los lazos familiares por razones políticas. No obstante, Augusto tuvo un pleito con Fulvia y repudió a la muchacha sin haberla usado y de puro coraje, se casó con Scribonia, viuda de dos varones del consulado y quien tenía hijos del segundo, pero según Suetonio, ''Separóse de ella por sus perversas costumbres''. (Era muy fijado el tal Augusto ¡sí esa era la moda en la Roma de los Césares! Ó, como dice una amiga mía: ''le gustaba hacer, pero no que le hicieran'').

Algunos autores dicen que en su adolescencia Octavio tuvo tratos con su hermana, pero eso suena a chisme. En cambio, hay constancia de que Augusto contrajo nupcias con Livia Drusila; eso sí, por la vía del convencimiento y a pesar de que estaba encinta. Lo que queremos decir es que primero convenció al marido de la conveniencia de cedérsela, y hasta es probable que adujese razones de seguridad. En cuanto al embarazo, Octavio salió ganando, porque después de ése Livia no tuvo más hijos. Además, el señor ya tenía una hija de Scribonia, a la que llamó Julia como su tía. Los chismorrientos dicen que el emperador tuvo relaciones incestuosas con la muchacha pero, que quede en chisme. Lo cierto es que Augusto casó a Julia con Marcelo, hijo de su hermana Octavia, la del otro chisme, y quien era casi un niño.

Murió Marcelo y Augusto se apresuró a casar a Julia con Marcelo Agripa, no obstante que ese señor estaba casado con una hija de Octavia y tenía sus propios hijos. Hubo necesidad de recurrir otra vez al convencimiento, a fin de que la suegra cediera al yerno. Y lo que son las cosas, Agripa también se murió. Ya se imaginará el lector las sospechas y la maledicencia. Basta enterarse de que entonces Augusto ordenó a su propio yerno, Tiberio, repudiar a su esposa encinta para casarlo con doña Julia.

De Agripa y Julia, Augusto tuvo, entre otros, a sus nietas Julia y Agripina. Casó a Julia con L. Paulo, hijo del censor, y a Agripina con Germanio. Pero, de tal madre, tal hija. Las Julias salieron buenas para el amor. Ya conocemos la discreción de Suetonio, así es que cómo andarían las cosas para que se vea obligado a escribir: "Vióse obligado (Augusto) a desterrar a las dos Julias, su hija y su nieta, manchadas con toda clase de infamias". No sólo las desterró a una isla, sino que pusóles centinelas de vista y ordenó que nadie las visitase si antes no le informaban a él de quién se trataba. Y el historiador añade: "Tanto le avergonzaron sus desórdenes que estuvo mucho tiempo separado del teatro de los hombres y hasta deliberó si le daría la muerte". Se refiere a la mayor, de quien posiblemente estaba celoso. Era tanta la amargura de Augusto, que cuando hablaban en su presencia de Agripa o de alguna de las Julias, Augusto exclamaba: "Feliz el hombre que vive y muere sin esposa ni hijos!".

Octavio Augusto no escapó a la acusación de pederastia que pesa sobre muchos emperadores y nobles de los primeros años de Roma. El hermano de Marco Antonio, llamado Lucio, y el propio general romano, se lo decían en su cara o por carta, según fuera el caso. Decíase que Octavio Augusto había entregado la flor de la juventud a su tío abuelo, Julio César, quien por esta razón lo adoptó legalmente como su hijo y lo nombró sucesor. Otros afirmaban que después se vendió a A. Hircio en España, y hasta mencionaban la cantidad obtenida en el intercambio. El puro sentido común nos dice que, aunque hubiera exageraciones, algo debe haber de cierto o, como dice uno que está aquí junto: "Cuando el río suena es que agua lleva".

¿Cómo era Octavio Augusto? Leamos la descripción de Suetonio: "Dientes pequeños, claros y desiguales, el cabello y ligeramente rizado y algo rubio, las cejas juntas, las orejas medianas, la nariz agulleña y puntiaguda, la tez morena y corta estatura".

Octavio Augusto, hijo de Augusto y de Aclia, nació el 23 de septiembre del año 63 antes de nuestra Era, y murió en Nola, territorio de lo que hoy es Nápoles, el 19 de agosto del año 14. Es decir, vivió 75 años.

Del país de los sabinos llegó a Roma la familia de los Claudios, a poco de fundada

la ciudad. A esa familia, varios de cuyos antepasados se distinguieron por su valor y arbitrariedad, pertenecía Tiberio Nerón. (Según Suetonio, Nerón significa "valiente, activo", en la lengua de los sabinos). Antes de su advenimiento al imperio, estuvo casado con Agripina, nieta de Cecilio Atico, y de ella tuvo un hijo llamado Druso. Ella estaba embarazada por segunda vez cuando Tiberio la repudió por orden de Augusto para casarse con Julia, a quien tenía en poca estima porque "viviendo aún su marido, le había hecho públicamente indicaciones, hasta el punto de haberse divulgado su pasión".

Tiberio dejó de compartir su lecho con Julia cuando se enteró de la liviandades de la mujer, pero no se atrevió a repudiarla para no enemistarse con Augusto. prefirió marcharse a Rhodas y fue allí donde se enteró de que Julia acababa de ser condenada por sus desórdenes y adulterios y que el propio Augusto había proclamado el divorcio. Tiberio quiso regresar a Roma pero le aconsejaron permanecer en donde estaba y así pasaron otros ocho años. Finalmente fue llamado para asumir el gobierno y durante dos años no salió de la capital, pero luego comenzó a hacer algunos viajes a corta distancia. La muerte de sus hijos Germánico y Druso le dio un magnifico pretexto para confinarse en la isla de Capri, que le gustaba mucho. Cedamos la palabra a Suetonio para que él nos siga contando: "A favor de la soledad y lejos de las miradas de Roma, entregóse al fin sin freno a todos los vicios que hasta entonces había disimulado, aunque mal.

"En los campamentos y desde que comenzó la vida militar, se le conocía su extraordinaria afición al vino, hasta el punto de llamarlo los soldados, en vez de Tiberio, "Biberio". Pocos días después de haber apostrofado rudamente en el Senado a Sestio Galo, anciano pródigo y lujurioso, tachado de infamia en otro tiempo por Augusto, Tiberio le pidió que lo invitara a cenar con la condición de que ese día no cambiase en nada sus costumbres y de que sirvieran la cena jóvenes desnudos. Creó un nuevo cargo llamado "Intendencia de los Placeres", y encomendólo a Cesonio Prisco.

"En su retiro de Capri tenía una habitación destinada a sus desórdenes más secretos, guarnecida de lechos en derredor. Allí un grupo elegido de muchachas, de jóvenes y de disolutos, que habían inventado monstruosos placeres, y a los que llamaba sus "maestros de voluptuosidad", formaban entre sí triple cadena, y entrelazados de esta manera se prostituían en su presencia para despertar, por medio de este espectáculo, sus lánguidos deseos. Tenía además diferentes cámaras diversamente arregladas para estos placeres, adornadas con cuadros y bajorelieves lascivos, y llenas de libros de Elefantidis, con el objeto de tener modelos que imitar. Gracias a Tiberio, los bosques y las selvas no eran más que asilos consagrados a Venus, y veíase a la entrada de las grutas y en los huecos de las rocas la juventud de ambos sexos

mezclada en actitud voluptuosa, con trajes de ninfas y de silvanos. Así es que el pueblo, jugando con el nombre de la isla, daba a Tiberio el de Capriño.

''Un rico del lugar le daba a escoger entre un cuadro donde aparece Atalanta con Meleagro en un acto atrevido de amor, o un millón de sextercios. Tiberio escogió el cuadro y mandó colocarlo en su alcoba. Dícese también que un día, durante la celebración de un sacrificio, enamorado de la belleza del que llevaba el incienso, apenas esperó a que terminase la ceremonia para satisfacer ocultamente su innoble pasión, a la que tuvo qué prestarse, también un hermano del joven, que era flautista .''

Provocó el suicidio de Malonia porque, aunque pudo llevarla a su casa, ella se negó varias veces a satisfacer sus asquerosos deseos. La hizo acusar falsamente y durante el proceso le ofreció salvarla si se arrepentía de su negativa. Ella logró escapar del tribunal y se refugió en su hogar, donde ''se clavó una espada después de tratar públicamente a Tiberio de 'anciano de boca impúdica, y que, velludo como un macho cabrío, tenía también su hediondez''.

Tiberio Nerón nació en el año 42 a. C. y murió en el año 37 de nuestra era. Fue tan cruel en el gobierno que ''a la noticia de su muerte fue tanta la alegría en Roma que todos corrían por las calles gritando: Tiberio al Tiber'', porque el pueblo no quería que se le diese una sepultura entre los muertos.

Uno de nuestros primeros asombros en la vida es el que nos provoca el conocimiento de Calígula en la escuela. Qué lástima es conocer a un personaje de la historia por su apodo y no por su nombre. Cayo César fue hijo de Germánico y de Agripina; nació a fines del año 12 de nuestra era y siempre mostró su ferocidad y sus malos instintos. Sus hermanos Nerón, y Druso fueron asesinados para allanar a Cayo César el camino al poder y es sabido que Tiberio declaró en repetidas ocasiones: ''Dejo vivir a Cayo para su desgracia y para la de todos'', o bien: ''Crío una serpiente para el pueblo y otro Faetón para el Universo''. Y es que el muchacho no ocultaba su felicidad al presenciar el sufrimiento de los torturados y el último suplicio de los condenados.

Casó con Junia Claudia, hija de M. Silano. Según Dión, la mujer murió de parto y Cayo César se apresuró a buscar los favores de Ennia Nevia, esposa de Nevio Sertorio Macrón, jefe de las cohortes pretorianas, bajo la promesa de casarse con ella cuando poseyese el mando supremo. Los soldados le apodaban ''Calígula'' porque siendo todavía niño usó un calzado militar parecido a los huaraches de los campesinos mexicanos, (aquellos hechos con unas correas de cuero clavadas a suelas de hule de llanta). En la Roma del imperio los soldados llamaban a ese calzado ''caliga''. Al asumir el poder mucha gente le amaba por el recuerdo de su padre Germánico y por ser el último

superviviente de una familia desgraciada. Algunos autores aventuran la hipótesis de que Calígula envenenó a su abuelo Tiberio. A los ocho meses de haber sido proclamado emperador fue atacado por una enfermedad y, tanto lo querían algunos, que hicieron a los dioses promesa de sus vidas a cambio de la salud del emperador. Cuando sanó los obligó a cumplir las promesas.

Pero nosotros hablamos del amor, incluidas sus deformaciones. Es fama pública que Calígula sostenía relaciones incestuosas con sus hermanas Agripina, Livilia y Drusila, casi de la misma edad, pues nacieron en tres años consecutivos. El caso es que cuando Calígula subió al poder dispuso que todos los juramentos públicos incluyesen la siguiente fórmula: "Ni a mi mismo, ni a mis hijos amaré tanto como a Cayo y sus hermanas". Y en los comunicados oficiales debería agregarse al final: "Por la felicidad y prosperidad de Cayo César y de sus hermanas". Esta es la que iba en lugar de la fórmula mexicana: "Sufragio Efectivo, No Reelección".

Siendo él mismo un ejemplo de lo que no debía hacerse, en cuestiones de moral, desterró a los organizadores y participantes de las orgías monstruosas a que era Tiberio tan adicto. Enfermo de grandeza hasta la locura, se hizo llamar: "piadoso, hijo de los campamentos, padre de los ejércitos, César óptimo máximo" y atribuyóse la majestad divina. Suetonio dice que "Proclamaba que su madre había nacido de un incesto de Augusto con su hija Julia", y Eutropio afirma que reconoció legalmente a la hija que tuvo con una de sus hermanas, a quienes acomodaba junto a él en el mismo lecho a la hora de comer, mientras que su esposa ocupaba otro (recuérdese que griegos y romanos comían echados). Declábase que su abuela Antonia lo sorprendió una vez en los brazos de Drusila y por eso la casaron con el consular Lucio Casio Longino "pero Cayo se la arrebató y la trató públicamente como a su esposa legítima". Cuando ella murió, Calígula anduvo un tiempo como un loco perdido, con la barba y los cabellos crecidos y, después de prostituir a sus otras dos hermanas con sus compañeros de vicio, las hizo condenar como adúlteras y como cómplices de Emilio Lépido en una supuesta conspiración. Al mismo tiempo, "colocó a Drusila en el mismo rango que Venus Pantea, y mandó a las mujeres invocarla en sus juramentos como a otra Juno".

El Tranquilo escribe que "Habiendo asistido a las bodas de C. Pisón y de Livia Orestila, mandó que la llevarsen en el acto a su casa. La repudió poco después y dos años más adelante la desterró con el pretexto de que en ese tiempo había vuelto a reunirse con su primer marido". En una ocasión oyó decir que cierta mujer era la más hermosa de la época. Mandóla traer y obligó al marido a cedérsela, aunque la repudió poco después, pero no sin prohibirle que volviese a tener comercio con ningún hombre.

Cesonía, la amante más célebre de Calígula, no era bella ni joven y cuando se

unió al emperador ya había tenido tres hijas con otro hombre, "pero era un monstruo de lujuria y lascivia". Calígula gustaba de mostrarla a los soldados cabalgando a su lado y vestida como Minerva, con la clámide y armada con casco y escudo, "Y a sus amigos la mostró desnuda". El día que ella dio a luz, Calígula se declaró marido suyo y padre de la niña, a la que llamó Julia Drusila. Solía decir que le gustaría mandar dar tormento a Cesonia para hacerla confesar por qué él la amaba tanto.

Por supuesto, Calígula disfrutó también de las desviaciones sexuales, pues besaba en público al payaso Mnester y a algunos rehenes. Valerio Máximo le reclamó públicamente por haber abusado de su juventud. Fue del dominio público la pasión de Calígula por la cortesana Pyrralis y el hecho de que invitaba a comer a un grupo de matrimonios. Luego hacía desfilar delante suyo a las damas y señalando a la que más le había agradado, llevábala a una habitación contigua de donde regresaban ambos con las ropas y los cabellos descompuestos. Luego elogiaba o criticaba en voz alta las gracias o los defectos de la mujer.

Valido del poder, Calígula practicó la rapiña en todas sus formas y llegó al extremo de exigir públicamente regalos con motivo del nacimiento de su hija. Fue el primero en imponer un cobro a las prostitutas. Cayo César, apodado "Calígula", era alto, pálido y grueso, las piernas y el cuello muy delgados, los ojos hundidos, deprimidas las sienes, ancha y abultada la frente, escasos cabellos y enteramente calva la parte superior de la cabeza, y el cuerpo muy velludo. Su semblante era naturalmente horrible y repugnante. Era epiléptico y los romanos creían que Cesonia le había administrado un filtro para que la amase. Cuando había relámpagos y truenos metíase debajo de la cama después de correr un buen rato de aquí para allá en la habitación, con el rostro descompuesto por el terror. "Su ropa, su calzado y en general todo su traje no era de romano, de ciudadano, ni siquiera de hombre. Frecuentemente se le vió en público con brazaletes y manto corto guarnecido de franjas y cubierto de bordados y piedras preciosas; otras veces sedas y túnicas con mangas. Llevaba sandalias o coturno, o bota militar, o suecos de mujer, y algunas veces se vestía también de Venus". En ocasiones, cuando se presentaba el jefe de su guardia a pedirle el santo y seña, contestaba "Priapo" o "Venus".

Cansados de su tiranía y de su crueldad inaudita, los propios tribunos y centuriones lo asesinaron al mediodía del 24 de enero del año 41, tras de reinar tres años y diez meses. También fueran muertos allí mismo Cesonia y su hija.

Si Tiberio y Calígula se ganaron la fama de tiranos crueles y viciosos, Claudio era bien conocido de los romanos como imbécil, jugador y borracho, desde mucho antes

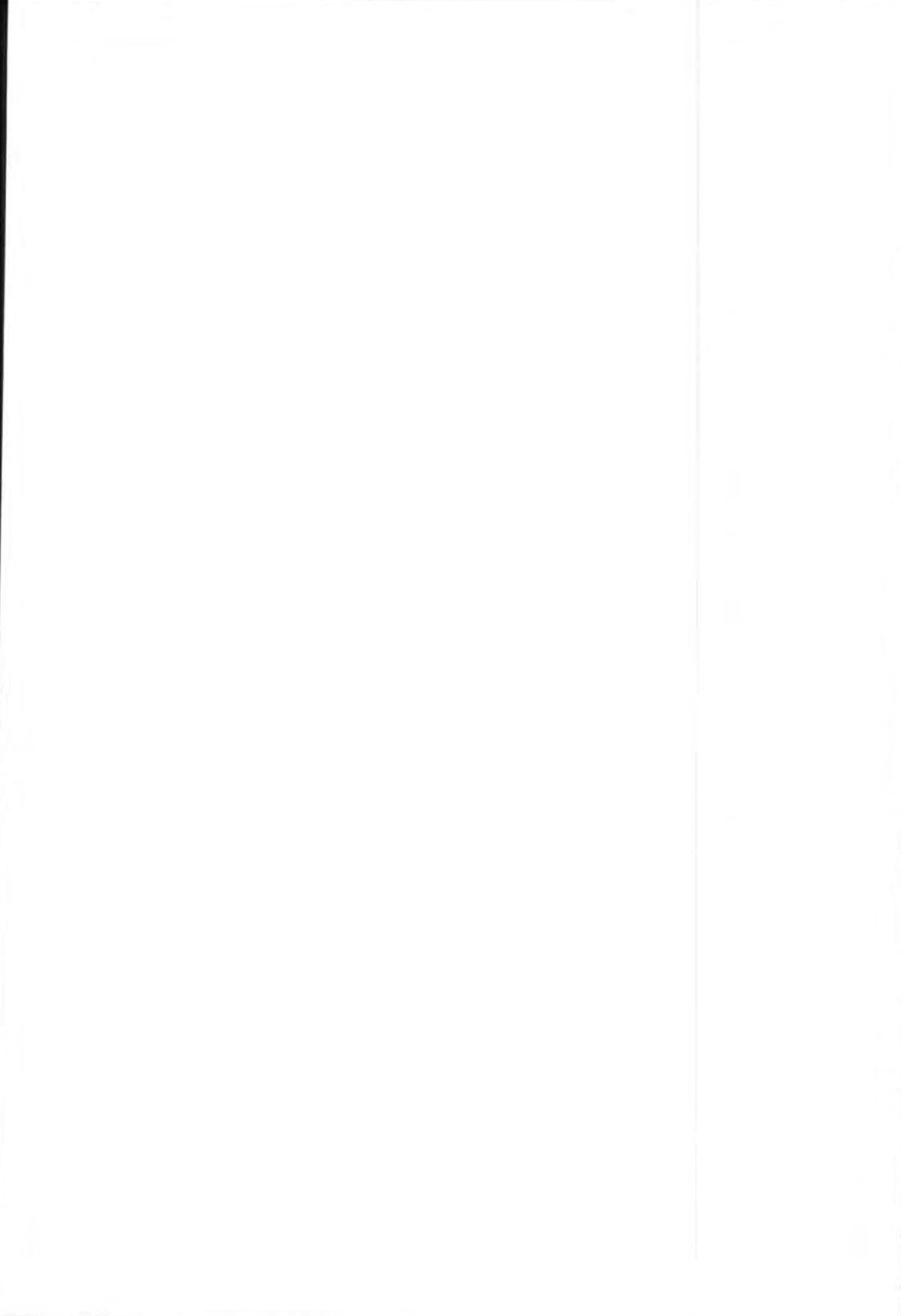
de subir al poder, al que llegó por mera casualidad cuando había cumplido ya cincuenta años.

Nadie lo había planeado, sino que el cobarde cincuentón huyó a esconderse cuando vio que asesinaban a Calígula, y uno de los oficiales que dieron muerte a varios de los conjurados, lo descubrió detrás de una cortina y lo llevó ante sus compañeros proponiendo que lo proclamasen emperador. Antonia, su madre, lo llamaba "sombra de hombre, aborto informe de la naturaleza", y si quería insultar a alguno por su imbecilidad, declaraba: "Es más estúpido que mi hijo Claudio". Su primer acto como emperador consistió en regalar a cada soldado 15.000 sextercios, en agradecimiento porque fue el ejército el que lo colocó en la silla imperial.

Abundan los ejemplos de su estulticia y sus extravagancias, pero nosotros nos referiremos sólo a la parte amorosa o sentimental de su vida. Suetonio asienta que "siendo muy joven aún, tuvo dos esposas: Emilia Lépida, biznieta de Augusto, y Livia Medulina, de la antigua familia del dictador Camilo. . . Repudió a la primera, virgen aún, porque sus padres habían caído en desgracia de Augusto; la otra murió de enfermedad. . . Más adelante casó con Plaucia Urgulanila, y después con Elia Petina. De ambas se separó por divorcio: de Petina, por faltas asaz ligeras y de la otra por sus innobles desórdenes, a los que se añadían sospechas de homicidio. Casó en seguida con Valeria Mesalina, hija de su primo Barbato Mesala, y quien ya era señalada como responsable de adulterios y crímenes". La mujer era famosa también por haber atendido en una ocasión a catorce amantes, uno tras otro y, satisfecha de su propia hazaña, colgó catorce coronas de la estatua de Priapo en el templo de este dios, que era representado con un enorme phallus y al que rendían tributo las mujeres, solteras o casadas. Decíase que Mesalina abandonaba de noche el palacio imperial, y se disfrazaba para meterse a un lupanar en donde estaba de servicio bajo el nombre falso de Lysisca, hasta la mañana siguiente. Esta mujer aprovechó una ausencia temporal de su marido para casarse con el patricio Cayo Silio y, para esconder la dote, púsola en manos de los augures. Un liberto llamado Narciso la denunció ante Claudio y ella mandó que lo lapidaran. De todos modos Mesalina fue ejecutada y el emperador quedó tan resentido que juró observar el celibato; pero pronto volvió a contraer por segunda vez nupcias con aquella Petina que había repudiado, y con Solia Paulina, que había estado casada con Cayo César. Finalmente sobornó al Senado para obtener su autorización y casarse con su sobrina Agripina. Claudio tuvo hijos de Urgulanila, de Petina y de Mesalina. A una de ellas, Claudia, "la hizo arrojar y exponer desnuda en la puerta de su madre, como fruto de comercio criminal con su liberto Boter". Como el asunto era "garbanzo de a libra", Suetonio destaca el hecho de que este emperador "amó apasionadamente a las mujeres, pero nunca tuvo comercio con los hombres".

Dícese que murió envenenado por Agripina el 13 de octubre del año 54, y el deceso mantúvose en secreto hasta que todo estuvo dispuesto para asegurar el imperio a su sucesor.

XII
Afrodita



En su libro "Afrodita", Pierre Louis se duele de que veinte siglos de hipocresía occidental, han puesto un velo de pecado sobre lo que fue una de las manifestaciones más sanas y más puras del alma humana: el Amor.

Recuerda las fiestas que ahora llamamos paganas y que se celebraban más de mil años antes de nuestra era, en Grecia y en Roma, en Creta y en Asia Menor, en Chipre y en Egipto; fiestas en las cuales las mujeres participaban completamente desnudas, despertando la admiración de miles de adoradores de Baco, de Adonis, de Afrodita, de Ceres y de muchas otras divinidades.

Termina el prefacio diciendo: "A lo menos, permitase a los que lamentarán por siempre no haber conocido la juventud embriagada de la tierra, la que llamamos vida antigua, reconstruir por medio de una ilusión fecunda, los tiempos en que la desnudez humana, —forma la más perfecta que nos sea dable conocer y aún concebir, ya que imagen de Dios la suponemos, —aparecía bajo los contornos de una cortesana sagrada, ante los veinte mil peregrinos que cubrieron las playas de Eleusis; en que el amor más sensual, el divino amor de que nacimos, era sin mancha, sin bochorno y sin pecado. Séanos lícito olvidar dieciocho siglos bárbaros, hipócritas y deformes; remontar de la charca al manantial; regresar piadosamente a la belleza primitiva; reedificar el Gran Templo al son de las flautas encantadas y consagrar con entusiasmo en los altares de la verdadera fe, sus corazones siempre arrebatados por la inmortal Afrodita".

A continuación relata la vida de una cortesana llamada Kriseia, de unos veinte años de edad, quien una vez arreglada inquiere a su esclava Dyalá: "Dime, Dyalá ¿estoy más bella que nunca esta noche? ¿Sabes que soy la mujer más bella de Alejandría? ¿No es verdad que me seguirá como un perro el que pase dentro de poco ante la mirada oblicua de mis ojos? ¿No es verdad que haré de él lo que me plazca, hasta un esclavo si tal es mi capricho, y que del primero que encuentre puedo esperar la más vil obediencia?".

Demetrio, joven y apuesto escultor griego, era desde hacía tres años el amante de la reina Berenice, hija del último Ptolomeo y de una princesa siria. Hizo de ella una escultura que se veneraba en el templo como la diosa Afrodita. Ya no amaba a la reina, pero iba todos los días a adorar a la estatua. A Demetrio lo amaban y lo deseaban todas las mujeres de la parte griega de Alejandría, por eso le llamó mucho la atención que una tarde, estando él solo en el muelle, cerca del faro, pasara Kriseia delante de él sin mirarlo siquiera. Ella vestía una túnica y un velo de lino amarillo. A su regreso del faro se repite la escena y Demetrio no puede soportarlo. La llama y le pregunta: "¿No sabes quién soy yo?".

La cortesana le cuenta la vida de él desde el primer día que llegó a la ciudad para esculpir a la diosa, y añade algunos detalles que él mismo ignoraba y que, en cambio, son bien conocidos de las cortesanas y del pueblo. "Demetrio la miraba sin oír". Está absorto en la belleza y los encantos de Kriseia. El escultor pretende besarla por la fuerza y la joven lo rechaza. "Podrás poseerme si me das tres regalos", lo reta. El griego acepta: deberá robar el espejo que perteneció a una esclava egipcia que fue compañera de Esopo y enriquecióse vendiendo sus encantos; robará también una peineta de marfil cincelada, que perteneció a una reina y ahora adorna los cabellos de la esposa del gran sacerdote; por último, deberá robar para ella el collar de perlas que adorna la estatua de Afrodita. Astutamente, la mujer había obtenido del escultor el juramento de obsequiar sus deseos, aún antes de que éste supiera cuáles iban a ser los regalos.

A cambio, "Irás a mi casa mañana, y pasado mañana, si quieres, y todas las noches. Te esperaré con el traje que tú prefieras, ataviada como tú gustes, peinada a tu placer, dispuesta a tu menor capricho. Si no buscas más que ternura, te prodigaré mis caricias como a un niño. Si deseas voluptuosidades raras, me someteré a las más dolorosas, y si amas el silencio, callaré. Cuando quieras que cante, verás ¡oh, bien amado! cómo sé yo canciones de todos los países. Las sé dulces como el murmullo de las fuentes, y sé otras terribles como el fragor del rayo. Las sé tan ingenuas y tan frescas, que una niña podría cantarlas a su madre; y sé de las que no se cantarían ni en Lampsacos, de las que ruborizarían a Elefantina, y algunas que sólo me atrevería a cantar en voz muy baja. Las noches que tú quieras que baile, bailaré hasta el amanecer, y bailaré vestida con mi larga túnica de cauda, o bajo un velo transparente, o con pantaloncillos ojalados y corselete con dos aberturas por donde salgan los pechos. ¿Pero no te había prometido bailar desnuda? Pues bailaré desnuda si más te agrada; desnuda y peinada con flores, ó desnuda con los cabellos al aire y pintada como una imagen divina. Sé balancear las manos, agitar el pecho, enarcar los brazos, mover el vientre, crisar las caderas. Sé todas las danzas de Afrodita, las que se bailan delante de la uranía y las que se bailan ante la Astarté. Sé aún las que uno no se atreve a

bailar . . . Te danzaré los amores . . . Cuando todo haya acabado recomenzará todo ¡ya verás! La reina es más rica que yo, pero no hay en todo su palacio ninguna alcoba que aventaje a la mía para el amor . . . Ah, cómo jugarás con mis pezones, cómo doblarás en tu brazo mi cintura, cómo temblarás oprimido entre mis rodillas, cómo desfallecerás sobre mi cuerpo convulso. Y cómo te sabrá mi boca, y mis besos''

Demetrio quiso tocarla, . . . ella retrocedió y dijo:

— Mañana.

El autor hace un paréntesis para describir el Didascalion y la parte más oculta de éste: el templo dedicado a la diosa Kottito, habitado por las treinta y seis cortesanas mejor cotizadas del lugar, las baptas de Alejandría. ''Una vez al mes, durante el plenilunio, se reunían dentro del recinto amurallado del templo, enloquecidas por bebidas afrodisíacas y ceñidas de falos canónicos. La más antigua de las treinta y seis debía tomar una dosis mortal del terrible filtro erotógeno, y la certidumbre de su próxima muerte la ímpella a probar sin espanto todas las peligrosas voluptuosidades que hacían retroceder a las otras. Sudorosa y echando espumarajos, se convertía en centro y modelo de la orgía y entre prolongados aullidos, gritos, lágrimas y danzas, las demás mujeres desnudas la abrazaban, empapaban sus cabelleras en el sudor que manaba de ella, se frotaban contra su piel candente y se provocaban nuevos ardores con el es-pasmo sin interrupción de tan furiosa agonía''.

Demetrio regresaba de robar el collar de Afrodita cuando lo descubre Berenice en la calle. Veinticuatro esclavos cargan la litera de la reina, quien viaja recostada entre cortinajes y sobre mullidos almohadones. Loca de alegría llama a gritos a su amante y le informa que ha sufrido mucho por su ausencia de tres días. El no contesta; ha perdido todo interés en ella, quien sigue hablando apasionadamente:

'' Toda la noche he llorado, amado mío. Mi lecho estaba yerto, siempre que despertaba, extendía los brazos desnudos a los dos lados de mi cuerpo sin encontrarte, y mi mano no tocaba en ninguna parte esta mano tuya que estoy besando ahora. Desde la luna llena no habías venido. Envié esclavos por todos los rumbos de la ciudad y, cuando volvieron sin tí, yo misma les dí muerte. ¿En dónde estabas? ¿En el templo? ¿No estabas en los jardines con esas mujeres extranjeras? No, veo en tus ojos que no has amado. ¿Qué hacías entonces lejos de mí? ¿Estabas delante de la estatua? Sí, estoy segura de que allí estabas. La amas ahora más que a mí. Es enteramente semejante a mí, tiene mis ojos, mi boca, mis senos; pero a ella es a quien tú buscas. Yo soy una infeliz abandonada. Bien veo que te fastidias junto a mí. Piensas en tus mármoles y en tus ruines estatuas como si yo no fuese más bella que todas ellas, y con vida, y

amorosa, y buena, y dispuesta a todo cuanto quieras aceptar, y resignada a cuanto rehúses. Pero nada quieres; no has consentido en ser rey ni has querido ser dios y que te adorasen en un templo que fuera tuyo. Casi ya no quieres ni amarme!"

Y sigue el florilegio: "Por verte en palacio consentiré en todo, amado mío. Si ya no ves por mí, dime quién te atrae y seré su amiga. Las . . . las mujeres de mi corte son hermosas. Tengo doce guardadas en mi gineceo desde que nacieron y que hasta ignoran que haya hombres . . . Todas serán tus queridas si después de ellas me buscas . . . y tengo a otras conmigo que han conocido más amantes que las cortesanas sagradas y son expertas en el amor. Tengo también mil esclavas extranjeras, dí una palabra y se te liberrarán cuantas quieras. Las vestiré como a mí misma, de seda amarilla, y de oro y de plata.

¡"Pero, no! Tú eres el más bello y el más frío de los hombres; a nadie amas, sino que te dejas amar; te prestas por caridad a las que enloquecen a tus ojos. Permites que sacie mi placer en tí, pero como se deja ordeñar una bestia: mirando a otra parte. ¡Ah, dioses, dioses! al cabo prescindiré de tí, joven fatuo a quien adoran todas las hijas de la ciudad y a quien ninguna hace llorar. Me sobran hombres en palacio; tengo etíopes vigorosos de pecho de bronce y brazos jorobados de músculos, que presto me harán olvidar con sus abrazos tus piernas de mozuela y tu barba remilgada. El espectáculo de su pasión será nuevo para mí seguramente y descansaré de estar enamorada; el día que me convenza de que tu mirada ausente ya no me inquieta y de que me es posible reemplazar tu boca . . ."

Como Demetrio permanecía impasible, sin moverse ni oír, la reina se interrumpió colérica:

— No has comprendido — le dijo.

El escultor adoptó una actitud negligente, se apoyó en los codos y le dijo en el tono más natural:

— Se me ocurre un cuento.

Y repitió a su modo la leyenda de Orfeo.

En un banquete en casa de Bakhis, se hablaba del amor. Esto dijo Frasilas:

"El amor es una palabra que carece de sentido, o que los tiene todos a la vez,

pues que designa sucesivamente dos sentimientos inconciliables. la Voluptuosidad y la Pasión

Es el turno de Naucrates:

“Del amor no podré yo decir sino que es el nombre con que se designa al dolor para consolar a los que sufren. Sólo hay dos modos de ser desgraciado: desear lo que no se tiene, o poseer lo que se desea. El amor comienza por lo primero, y en el caso más lamentable, es decir, cuando triunfa, acaba con lo segundo. ¡Los dioses nos salven del amor!

— Pero ¿no estriba la verdadera dicha en poseer por sorpresa? —dijo sonriendo Filodemo.

— ¡Qué ocurrencia!

— No, si se hace con cuidado. Escucha Naucrates: no desear, sino procurar que la ocasión se presente; no amar, sino querer de lejos a algunas personas muy escogidas por quienes presintamos que a la larga pudiéramos sentir inclinación si nos permitieran disponer de ellas el acaso y las circunstancias; jamás atribuir a una mujer cualidades que nos agraden ni bellezas que nos oculte, sino presumir lo soso para que nos sorprenda lo exquisito. ¿no sería todo esto el mejor consejo que diera un sabio a los amantes? Los únicos que han vivido felices han sido aquellos que supieron, en su amada existencia, economizar algunas veces la inapreciable pureza de algunos goces imprevistos”.

Los platillos que servían eran exóticos y, tan abundantes, que cada uno de los convidados tomaba para sí apenas una probada y dejaba el resto para los esclavos y para los mendigos. Había siete vinos diferentes y una docena de bailarinas jóvenes y hermosas. Después de beber de su copa, Naucrates dijo:

— El mejor momento del amor es aquel en que la desnudez se revela. Deberían saberlo las mujeres para reservarnos sorpresas.

— No eres juez competente, Naucrates —dijo Kriseia sonriendo. . . antes de gustar en el lecho, hay que agradar en la calle. Nadie nos vería al pasar si no usáramos colorete.

— ¿No sabes que la belleza pura no requiere adornos, sino que se basta a sí sola?

— Sí; pero pon en competencia a una belleza pura, como tú dices ...”.

En ese momento, las bailarinas comenzaron su “danza voluptuosa, muéllé y desordenada en apariencia, bien que llevaran aprendidas con anterioridad las figuras. Giraban dentro de reducido espacio, confundiéndose a manera de olas. Formáronse en parejas a poco, y sin interrumpir sus pasos se desataron los cinturones y dejaron caer las túnicas rosadas. Al punto, un olor a mujer desnuda se difundió entre los hombres, dominando el perfume de las flores que llevaban en el pelo. Echábanse atrás con movimientos bruscos, tenso el vientre y los brazos hacia adelante; se erguían luego encorvando los costados y los bustos se tocaban de paso con la extremidad de sus pechos eréctiles ...”.

Los convidados reanudaron la charla sobre la mujer y el amor, en que Filodemo soltó un largo discurso en alabanza de las cortesanas. Entre tanto Demetrio, quien acaba de esconder los objetos robados, tiene un sueño delicioso, que comienza cuando Kriseia le dice:

— Amado mío, me llamaste y he venido, mírame bien ...

Y, como lo había prometido, baila para él solo una danza enervante, erótica, sensual, al mismo tiempo que entona amorosa un bello canto nupcial aprendido en Galilea. Demetrio está tendido a sus pies, fascinado. La delicada descripción de la danza termina así: “Por último, haciendo con una vuelta rápida que la cabellera le envuelva el rostro jadeante a modo de nupcial velo, desprende temblorosa el broche que le retenía la tela contra los muslos y revela hasta los talones todo el misterio de sus gracias”.

Sigue la posesión, que es mutua, como debe de ser; y Pierre Louis la cuenta de modo magistral.

Cuando vuelven a verse, ella está dispuesta a pagar, pero Demetrio ya no la desea. Está satisfecho con el sueño y no quiere arriesgarse a destruirlo con la grosera realidad, que jamás podrá superarlo. Inclusive, le reclama por haberse aprovechado de una súbita pasión para obligarlo a sellar un juramento que ahora lo avergüenza. Ella le asegura que ya no quiere las joyas, que lo ama a él. “Si te obligué a jurar fue para cautivarte. No habrías sido mío si me hubiese entregado”.

— Pues ya estás satisfecha. Me tuviste, no por tiempo largo, pero me tuviste al cabo, en la esclavitud que querías. Sufre ahora que yo me liberte.

— Oh, Demetrio, si la esclava soy yo!

— Tú o yo, sí, cualquiera de los dos si ama al otro. ¡Esclavitud! ¡Esclavitud! ¡tal

es el verdadero nombre de la pasión. Todas vosotras no tenéis más ilusión ni más idea en el cerebro, que sujetar la fuerza del hombre con vuestra flaqueza y gobernar con vuestra futilidad su inteligencia! Desde que os brotan los senos, lo que pretendéis no es amar ni ser amadas, sino atar un hombre a vuestros tobillos, humillarlo y hacerle que doble la cabeza, para sobre de ella apoyar vuestras sandalias. Entonces podéis, a capricho de vuestra ambición, arrancarnos la espada, el compás o el cincel, rebajar todo cuanto os supera, emascular todo cuanto os alarma, retener de las narices a Hércules y ponerlo a hilar! Mas cuando no lográis doblegar ni su frente ni su carácter, adoráis el puño que os pega, la rodilla que os derriba y hasta la boca que os injuria! El hombre que se ha negado a besaros los pies descalzos, colma vuestros deseos si os viola. El que no ha llorado cuando os váis de su casa, puede llevaros arrastrando de los cabellos: vuestro amor renacerá de vuestras lágrimas, pues lo que únicamente os consuela de no imponer la esclavitud, amorosas mujeres, es sufrirla!

— ¡Ah! pégame, si quieres; pero ámame después —le rogó Kriseia, y lo apretó tan bruscamente que no le dio tiempo de apartar los labios. Desprendióse el joven con entrambos brazos, diciéndole:

— Adiós. Te detesto.

Pero Kriseia se le colgó del manto, exclamando:

— No mientas. Tú me adoras. Tienes el alma toda llena de mí; pero te dá vergüenza haber cedido. Escucha, escucha, amado mío. Si esto sólo reclama para consolarse tu orgullo, dispuesta estoy, por conservarte, a otorgar más de lo que he pedido. Por grande que sea el sacrificio, después de que nos unamos no me lamentaré ni de la vida''.

Demetrio la obliga a jurar y luego le ordena ir por las joyas y, con ellas puestas, caminar por la ciudad para ser aprehendida y conducida a prisión, con la promesa de que la visitará allí. Es tan hermosa que cuando asciende desnuda las escaleras del faro, llevando el collar, la peineta y el espejo, la turba la confunde y grita gozosa:

— ¡Atrodita! ¡Afrodita!

Dejemos que nos lo cuente Pierre Louis:

''Hallábase desnuda como la diosa, teniendo con ambas manos las extremidades de su velo escarlata que el viento arremolinaba sobre el cielo de la tarde, al par que con la derecha empuñada el espejo que resplandecía a los rayos del sol poniente.

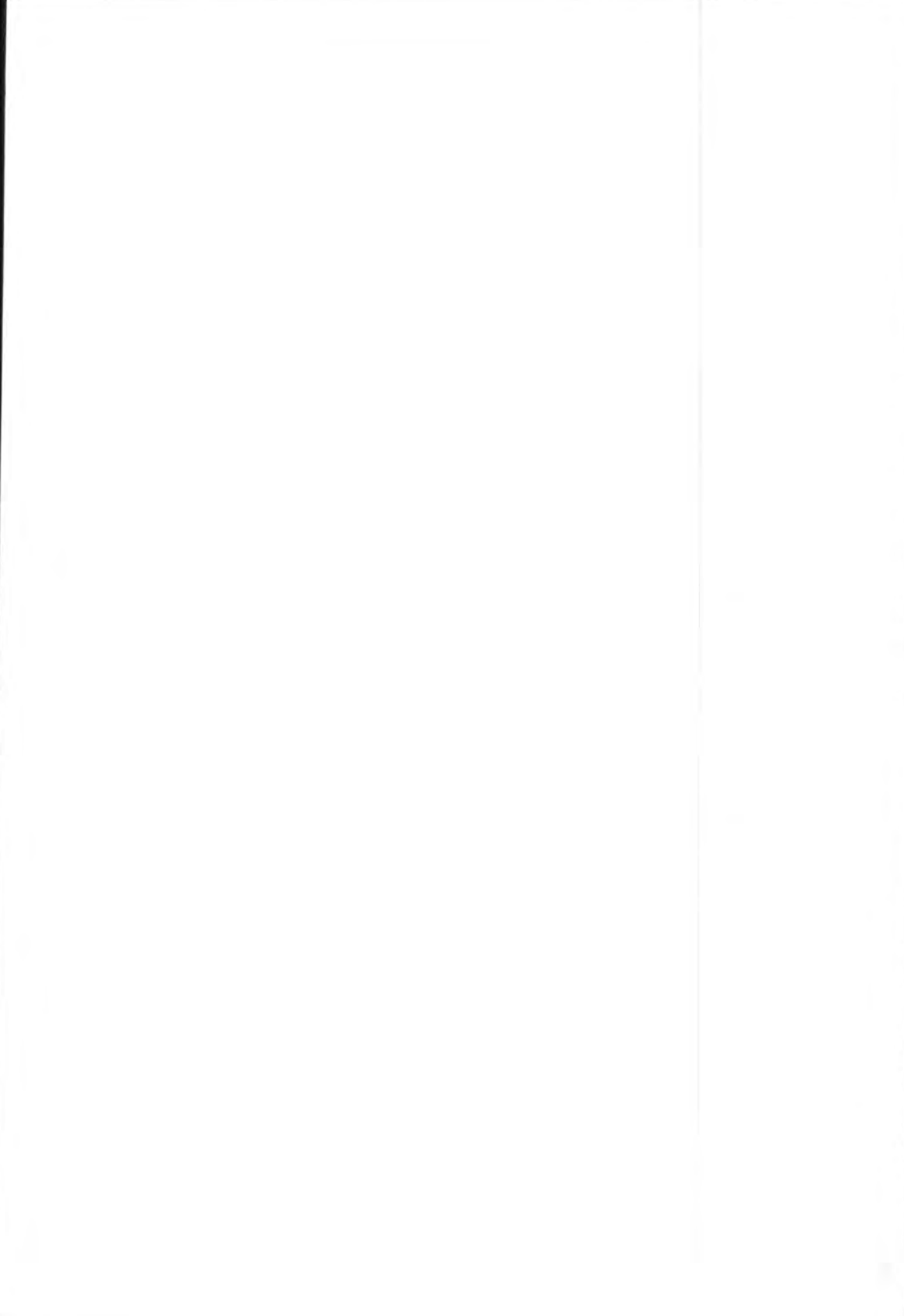
''Lentamente, inclinada hacia atrás la cabeza y moviéndose con gracia y majestad infinitas, ascendió por la rampa exterior que ceñía en forma de espiral la gran torre bermeja. Parecía arder una flama en sus ojos entrecerrados. El igneo crepúsculo enrojecía el collar de perlas como una sarta de rubíes. Ella continuaba ascendiendo y, en medio de tanta gloria, su piel resplandeciente destellaba toda la magnificencia de la carne, la sangre, el fuego, el carmín azulino, el rojo aterciopelado, el rosa vivo, y girando con las altas murallas color de púrpura, subía al cielo transfigurada''

Demetrio la visitó en la prisión, pero sólo para soltarle un regaño en el que habló de voluptuosidad, de irreflexión y de pasión desbordada. Todos, defectos de ella que acarrear consecuencias funestas, como la que ahora sufre. Y termina afirmando: ''Es preciso tener muchas queridas, pero esforzarse, con ayuda de los dioses, en no olvidar nunca que todas las bocas se parecen''.

La muchacha es condenada a beber la cicuta. Se la llevan cuando todavía está Demetrio en la celda. Bebe más de la mitad y, en un gesto de repentina inspiración, le tiende a él la copa con el resto. Demetrio declina el ofrecimiento con un leve movimiento de la mano.

Ella apuró el brebaje hasta el fondo.

XIII
Cleopatra



Cleopatra VII, reina de Egipto, nació en el año 69 antes de nuestra era. No se sabe quién fue su madre, pero fue hija de Ptolomeo Auletes, bastardo, a su vez, de otro Ptolomeo, y famoso en Alejandría porque solía tocar la flauta y manifestar su alegría en la plaza pública y en estado de ebriedad. El primer Ptolomeo, de origen griego, era oficial del ejército de Alejandro y se desempeñó primero como sátrapa por designación del conquistador. Se proclamó rey él mismo en el año 305 a.C., fundando así la dinastía de los Ptolomeo, de los que hubo dieciséis. Aparentemente, cada uno habría gobernado diecisiete años, pero no es así, porque entre los dieciséis Ptolomeo varones hubo siete mujeres reinas y Cleopatra fue la última. En su tiempo, Egipto estaba bajo el dominio de Roma.

Era una práctica común en todos los reinos que en las familias reales procedieran a eliminarse unos a otros por medio del puñal o el veneno, arte en el que los asiáticos eran maestros.

La niñez de Cleopatra fue como la de sus hermanos, dos varones y dos mujercitas, pero siendo Berenice la mayor, reinaba ésta por decisión de Roma, debido a que el padre de ambas, Ptolomeo Dionisio, llamado Auletes, descuidaba los negocios del Estado por sus frecuentes y escandalosas borracheras. Sabiendo cómo se las gastaban los cortesanos de palacio, Berenice guardaba a Cleopatra a buen recaudo; es decir, la tenía presa en su departamento y con centinela de vista. El rey sin corona, entre tanto, imploraba en el Senado romano su reposición en el trono.

Otro Ptolomeo, rey de Chipre por designio romano, fue depuesto al mismo tiempo y decidió quitarse la vida antes que humillarse. A Cleopatra le gustó ese gesto de su tío y hubiera querido que su padre lo imitara, pero las almas grandes son muy escasas. No obstante, el borrachín flautista consiguió su objetivo al cabo de dos años de ruegos ante el senado romano y, se supone, después de pagar una suma muy considerable en oro. Soldados romanos lo reinstalan.

Repuesto en el trono, el padre de Cleopatra manda ejecutar a Berenice, quien era hija suya y de una mulata. Tres años después muere el rey flautista y ordena en su testamento que su heredera, Cleopatra, de diecisiete años, contraiga matrimonio con su hermano Ptolomeo, de diez años, en acatamiento a la ley egipcia y para impedir que las intrigas de palacio conduzcan al asesinato de uno de los dos, o de ambos. La otra hermana, Arsínoe, de trece años, está muy ocupada con su maestro y amante, Ganímedes.

Los romanos han dejado tropas de ocupación para garantizar el pago de los treinta millones de francos oro que la corona egipcia debía pagar a la cabeza del imperio, y para asegurar el envío de trigo, papel y vidrio para su propio consumo y sus aliados comerciales. Esas tropas, formadas por soldados celtas y germánicos, viven en la molice y se han casado con mujeres egipcias. Un procónsul ordena la repatriación y envía a su hijo a ejecutar la orden. El enviado es ejecutado y sus acompañantes devueltos a Roma. Hay reclamación y Cleopatra aprehende y consigna a los asesinos. Le son devueltos con una observación: "A los soldados romanos sólo el Senado puede detenerlos". Pero Roma anda con las patas para arriba; es la decadencia de la República y las luchas intestinas se hallan en su apogeo; la corrupción ha impregnado todos los niveles de la sociedad y todo el mundo busca poder y dinero. Desembarca en Alejandría Cneo Pompeyo, hijo del general, y arenga a las tropas para luchar al lado de su padre y contra César. Los soldados aceptan y la reina les proporciona cincuenta barcos para la guerra. Las cosas marchan mal y la corte egipcia prescinde de Cleopatra después de tres años de gobierno. En su lugar es puesto Ptolomeo XV, Filopátor, a quien apodan "El Niño". Tiene trece años y es caprichoso, voluble y débil de carácter.

Cleopatra tiene veinte años. Huye hacia el Mar Rojo seguida de algunas docenas de fieles, y recluta mercenarios árabes y de otras tribus para luchar por su reino. Ya está de regreso, frente al Nilo, cuando tiene lugar la batalla de Farsalia, donde Pompeyo es derrotado en toda la línea por las tropas de César. Pompeyo busca refugio en Alejandría (¿no le mandaron de allí cincuenta barcos?), pero apenas pisa suelo egipcio cuando cae apuñalado. Luego le cortan la cabeza allí mismo, ante los ojos de Cornelia, su mujer, que está de pie, en la galera y lista para desembarcar también. La cabeza y el anillo de Pompeyo son enviados a César. El autor del crimen: Potino, eunuco de la corte y la materia gris del reino. Tres días después llega César y manda llamar a Cleopatra, quien lleva seis meses viviendo como soldado.

Ella teme, al principio, por su vida, pero pronto se impone el mecanismo oriental de su cerebro. Ninguna mujer de la historia es más calculadora y más sensual que Cleopatra. Conoce todos los artificios, todas las mañas, todas las perversiones, todos

los filtros, todos los artificios y todos los caminos de la seducción. No necesita consejos ni requiere de la ayuda de nadie. Ella es la maestra porque es la dueña de todos los secretos de la magia y la sexualidad oriental. Recuérdese que ha sido reina del país de la sabiduría antigua, fuente y depósito de todos los secretos del amor y la maldad, de la perfidia y la astucia.

Cleopatra se hace contar toda la vida de César y, sobre esa base, arma un plan que luego ejecuta cuidadosamente. Calcula cada paso con tal detalle y tanta precisión, que a dos mil años de distancia continúa provocando el asombro del mundo.

Deliberadamente deja pasar dos días para que la espera despierte la impaciencia del general cincuentón. Sabe ahora, con toda certeza, porque se lo dice su instinto de mujer, que César está pensando en ella porque ya es de noche, ha despachado todos los asuntos del día y Cleopatra no aparece.

De repente, en la recámara de César, quien está ya recostado en su cama, se abre la puerta y entran al mismo tiempo un oficial ayudante y un fornido esclavo egipcio. El oficial anuncia un regalo especial del rey Ptolemeo para el general romano. César vuelve la vista a su capitán de guardias como preguntando "¿Qué pasa?", pero su capitán de guardias no sabe la respuesta y responde con un gesto que puede significar cualquier cosa. El magnífico esclavo cobrizo deposita su fardo cuidadosamente en el piso y procede a abrirlo. Es un tapiz persa exquisitamente pintado, en el que viene envuelta una joven y hermosa mujer que, calculadamente, se queda donde está. César se incorpora de su cama de un salto para ayudar a levantarse a aquella hermosa aparición semejante a Afrodita, pero envuelta en un velo azul turquesa, transparente, con los senos redondos y provocativos y refulgente de brillos y joyas, entre los que resaltan un rostro de diosa oriental y una cabellera castaña, que sirven de marco a los ojos más incitantes y traviosos que César ha visto en su vida. Nada más las mujeres saben lo que pueden decir unos ojos así, sin hablar, a un hombre condenado por ellos a padecer los engañosos tormentos de la gloria y del infierno, tras del hermoso velo del amor.

Cayo Julio César, cincuenta años de edad, curtido por más de cuatro matrimonios y muchísimas batallas ganadas en todos los confines del mundo entonces conocido; que sabe mucho del amor homosexual porque ha sucumbido quién sabe cuántas veces a las perversiones sexuales de su imperio en decadencia, apenas atina a balbucear algunas preguntas acerca de cómo y por qué. En esos momentos la hermosa veinteañera, quien seguramente ha bebido antes una pócima de amor, ha olvidado que es una reina y actúa nada más como mujer. Ni siquiera se fija en que su peinado quedó deshecho al emerger del tapiz. Y su gracia y su frescura, su semidesnudez y el timbre

de su voz cantarina, su perfume mágico y su mirada seductora, acaban por marear al romano cincuentón que ya no ve otra cosa que sus ojos y su boca, y no escucha más sonido que ese timbre de voz que acaba por enloquecerlo y arrancarlo del mundo . . . este mundo . . . esa boca . . . la blancura y la hermosura de esos dientes . . . la voz . . . esa voz de demonio y de ángel. Los senos . . . esos senos de diosa y de mujer

A partir del día siguiente, el vencedor de Pompeyo, el hombre que sometió a las Galias y venció en España; aquel que extendió los dominios del imperio romano hasta las Islas Británicas, ejecuta nada más la voluntad de Cleopatra. Enfrenta con éxito una insurrección interior encabezada por Potino, a pesar de que manda apenas un pequeño ejército contra veinte mil soldados egipcios, y reinstala a Cleopatra como heredera de los faraones. Y es que ambos están convencidos de la grandeza griega. A lo largo de su vida, César no ha hecho otra cosa que tratar de imitar a Alejandro; y la formación de Cleopatra ha estado a cargo, desde siempre, de preceptores griegos. ¿No los Ptolomeo son de origen macedónico? A los pocos meses, ambos acarician, por primera vez, juntos, el sueño de un reino mundial.

A fines del invierno, ella le anuncia que espera un hijo. Sabe que César mantiene relaciones con Servilia, la madre de Bruto. Una cuarentona ardiente e insaciable. No puede considerarla como una rival. Tercia, la hija de Servilia, tampoco. La verdad es que nadie, en el mundo entero, puede rivalizar ahora con Cleopatra, la orgullosa, la dominadora, la fría, la calculadora soberana de Egipto que conoce toda la fuerza y las debilidades del hombre más poderoso del orbe y que yace todas las noches aquí, a sus pies, como un gatito amoroso y domado, dispuesto a satisfacer su capricho más nimio. ¿No firmaron ya un tratado que reconoce la independencia de Egipto, aunque aliado de Roma? ¿No le está dando ella el único hijo varón para asegurar un heredero al nuevo reino mundial? Porque ella está segura de que el niño será varón. Se lo ha jurado.

Los negocios de estado reclaman la presencia de César en Roma, pero con mil argucias Cleopatra lo hace esperar hasta el nacimiento de su hijo, al que llaman Cesarión los egipcios, pero en los registros aparece como César Ptolomeo. El general se marcha y a su llegada a Roma sus partidarios lo hacen dictador. Un año después, en el 46, ella viaja para reunirse con él como reina de una nación amiga, pero todos en Roma conocen a fondo la relación. Desde el retorno de César se produce un rompimiento entre éste y Marco Antonio, porque se han cometido excesos y malversaciones en el gobierno durante la ausencia del dictador, pero a fines del 45 se reconcilian y César lleva a Marco Antonio hasta la villa que ocupa Cleopatra, al otro lado del Tíber, y lo presenta como el hombre de toda su confianza. Al fin mujer, la reina de Egipto no puede menos que hacer comparaciones: Marco Antonio tiene las mejillas llenas y cubiertas por una barba tupida; es hercúleo y de elevada estatura; tiene el cabello crespo y abundante.

Tiene veinte años menos que César, cuya calvicie es cada vez más notoria por mucho que trata de disimularla con esa corona de laurel que lleva siempre encima. Ahora tiene 56 años y luce pálido, con el rostro cansado y los pómulos salientes. Cleopatra frena sus pensamientos porque Marco Antonio le es completamente fiel a su jefe, el hombre más poderoso del mundo y quien hace preparativos para emprender una guerra contra Persia, eterna enemiga de Roma y única porción importante del mundo que permanece fuera del dominio imperial.

Pero un día antes de partir a la guerra, César es asesinado por sus propios partidarios. Cleopatra no tiene tiempo de llorar, no lo ama tanto. Además, se abre el testamento y resulta que ni ella ni Antonio aparecen en él, y tampoco Cesarión. El heredero de César es Octavio, a quien el dictador había reconocido hacía poco, oficialmente, como hijo suyo. Un mes después de la muerte de César, Cleopatra retorna a Egipto y encuentra un ambiente hostil. Sus cortesanos la colman de reclamos, pero ella logra salvar los escollos.

¿Cómo es Cleopatra? trataremos de hacer su retrato con los datos que de ella aportan sus biógrafos: "No es alta, pero se revela extraordinariamente ligera... tan leve y fina es la pequeña princesa", nos dice Emil Ludwig. Y, en otra parte de su trabajo: "Todas las mujeres y la mayor parte de los hombres estaban convencidos de que la mujer no era hermosa. En el mejor de los casos era menos bella que docenas de mujeres romanas distinguidas". Esta apreciación es el resultado de las observaciones que sobre ella hicieron los romanos durante los dos años que vivió entre ellos. Otro dato revelador es que César encomendó a Arquelao una escultura de Cleopatra y no la conservó. Se sabe de cierto que su opinión sobre la obra no fue muy favorable. De ella se conserva sólo un busto y un relieve sobre una moneda, de acuerdo con el autor que hemos seguido en este relato. Tal vez lo más sobresaliente de ella eran su boca y sus ojos, maquillados al estilo egipcio. Los senos deben haber sido como los de cualquier jovencita medianamente bella, y debemos tener presente que era la costumbre mostrarlos generosamente. Hay autores convencidos de que Cleopatra era de caderas estrechas, como se ven todas las mujeres egipcias en las pinturas y relieves antiguos. lo que está fuera de toda duda es su extraordinaria capacidad para el amor, y sus amplios conocimientos sobre los secretos del erotismo oriental y de las comidas y bebidas más excitantes. Además sabía rodearse de un impresionante escenario teatral cuando lo consideraba necesario. ¿No se presentó ante César envuelta en un delicado tapiz persa? Ahora, tres años después de la muerte de César, Cleopatra navega hacia Tarso, atendiendo el llamado de Antonio quien, ayudado por su esposa Fulvia, es uno de los triunviros y rige la porción oriental del imperio, que incluye a Egipto.

Una tarde, cerca de la puesta del sol, Marco Antonio se halla recostado en su sillá

curul, que ha mandado instalar frente a la plaza y a la vista del río. De repente nota una gran agitación y pregunta qué sucede: "¡Un milagro!", le dicen, "Está ocurriendo un milagro: ha llegado Afrodita, navega por el Kydnos y pronto tocará tierra". Antonio manda que la traigan a su presencia y sus ayudantes regresan con las manos vacías. "No se dejan tocar... ni ella ni sus criados". Antonio tiene que ir hasta la playa, abriéndose paso entre cientos de curiosos, iluminada por la última luz marina de la tarde, aparece ella en una barca con una estrella de oro y con velas de púrpura. Los remos de plata se mueven suavemente al compás de música de flautas y tímboles, y Cleopatra yace tendida en un nicho de brocado de oro y rodeada de bellos niños que hacen de Cúpido y encantadoras niñas que hacen de ninfas. "Todos los perfumes emanaban del barco hacia las orillas", describe Plutarco. La reina de Egipto, convertida en una figura de ensueño, le sonríe graciosa, seductoramente a Marco Antonio, luciendo sus hermosos dientes blancos. Ella tiene veintinueve años, mientras que él anda cerca de los cuarenta. Cleopatra hace un gesto de mando y ante ellos se reúnen doce trirremes cargados de regalos para Marco Antonio. Imagináos: doce barcos cargados de obras de arte y joyas orientales para un jefe aliado. Y no es eso todo: la calculadora egipcia le pide a Marco Antonio, con un dejo gracioso acompañado de una sonrisa insinuante, que acepte como regalo "todo lo que sus ojos contemplan". Esa misma noche comenzaron las fiestas, que duraron ocho días. El romano era buen bebedor, como bien se sabía, y Cleopatra supo estar a la altura de las circunstancias; tanto, que cundió su fama como una hechicera oriental que podía beber sin embriagarse, gracias a un misterioso anillo de amatista que llevaba siempre consigo. Al final, Antonio aceptó una invitación para pasar sus vacaciones en Egipto.

El romance de la pareja fue muy alocado, y tal parece que Antonio estaba siempre borracho. Agarraba a Cleopatra como a una niña y la arrojaba al aire, hacia arriba, para luego recibirla en sus fuertes brazos. Otras veces tocaba fuertemente las puertas en la noche, hasta conseguir que los vecinos salieran furiosos y lo veían tan ebrio que lo insultaban y lo golpeaban sin que el escandaloso borracho se defendiera. Ella lo invitaba a pescar y, a escondidas, mandaba esclavos que enganchaban pescados en el anzuelo de Antonio; o mandaba traer pescados ahumados del Ponto para colgarlos de su caña. Todo entre risas y borracheras. El pueblo disfrutaba, feliz, las travesuras de su reina y las ocurrencias del romano.

Pero Fulvia, celosa y cansada de llamar inútilmente a su marido, inventa una guerra civil para obligarlo a regresar. Cleopatra no tiene problemas para mantener distraído al borracho, pero Fulvia pierde la guerra y huye con cinco barcos rumbo a Atenas, acompañada de la madre y los hijos de Antonio, quien ahora no tiene más remedio que cortarse la borrachera y correr hacia su familia. Cleopatra se queda embarazada de Antonio. Un día llega ante la reina un emisario que no sabe cómo dar el men-

saje. Cleopatra lo obliga y así se entera de que Marco Antonio, quien había quedado viudo recientemente, acaba de casarse con una hermana de Octavio que está embarazada y cuyo marido, Marcelo, ha muerto hace poco. El matrimonio es para limar asperezas en el gobierno romano, porque Octavio había repudiado a su mujer para casarse con Fulvia con la aprobación y el consentimiento del marido de ésta. De paso, Antonio acaba con los rumores de que está casado con la egipcia, pues a las acusaciones de los romanos había respondido siempre asegurando que Cleopatra era sólo su querida. Cleopatra hace al emisario preguntas de mujer celosa y cuando éste se marcha, la reina rasga sus vestidos y se arroja al suelo, furibunda y bañada en lágrimas. Acuden sus esclavas a levantarla y las golpea hasta quedar sin fuerzas. Al día siguiente dá a luz gemelos: niño y niña. Los llama Cleopatra y Alejandro. Es el año 39 a.C.

Cesarión ha cumplido diez años y empieza a acompañar a su madre en las audiencias para aprender a gobernar. De cuando en cuando, Cleopatra hace entrar en su cama a un joven esclavo y de esto se rumora entre eunucos y sirvientes. Es una costumbre que viene desde los faraones. Así pasan tres años, hasta que la rueda del destino hace coincidir sus misteriosas muecas. Antonio decide emprender la guerra contra Persia, pero necesita el oro de Cleopatra. Va de Atenas a Antioquia y desde allí la manda llamar. La reina acude acompañada de Cesarión y no le permite al padre de sus gemelos ninguna libertad. No pronuncia el menor reproche, pero tampoco lo deja despacharse a su gusto. Maneja la situación con tal habilidad que al segundo día está acordado el matrimonio entre ambos. Ella dará el dinero para la guerra, pero exige a su vez un regalo de bodas. Ante una mesa sobre la cual está un mapa, pide una buena parte de los dominios romanos en Oriente. Antonio accede a casi todo. Después, ella lo acompañó hasta el Eúfrates, no sin antes haberle entregado lo que, como esposo, le correspondía. Cleopatra regresa a Egipto con el vientre otra vez ocupado.

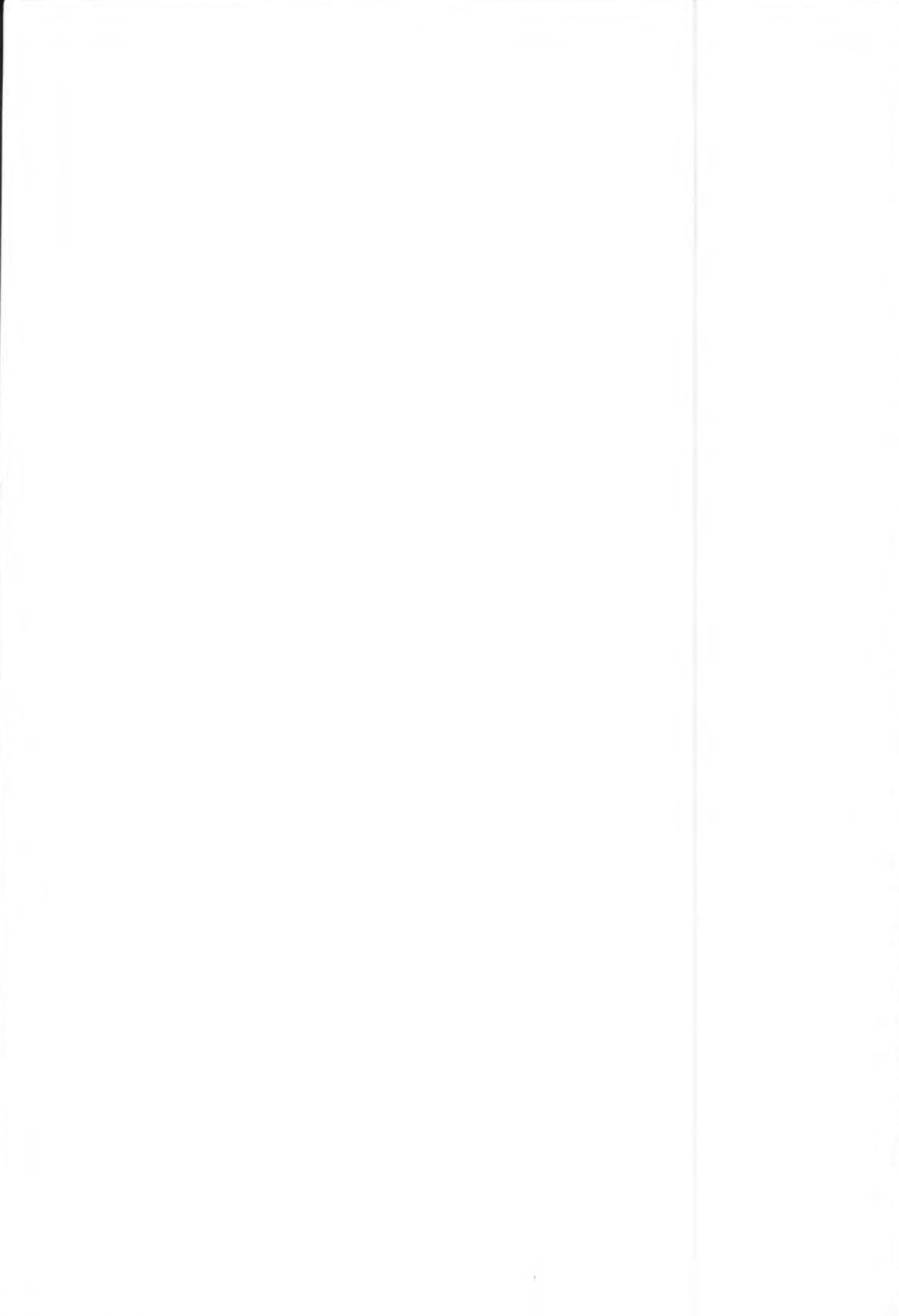
Pero Antonio no es César y su ejército de cien mil hombres es derrotado en la Media. Ordena la retirada en pleno invierno y las epidemias, el hambre y el frío, aumentan el desastre. Llega de regreso al mar con sólo diez mil hombres, al cabo de veintisiete días de marchas forzadas. Es la "Aldea Blanca", cerca de Sidón, desde donde envía mensajeros a Cleopatra y a su esposa Octavia pidiendo ayuda. Ambas se embarcan llevando ropa, zapatos, armas y dinero, pero Octavia se arrepiente a la mitad del camino y emprende el regreso. No quiere vérselas con su rival egipcia, quien le parece poca cosa para una dama de su alcurnia. Ya había nacido el tercer hijo de Antonio y Cleopatra en el palacio de Alejandría y la reina vuelve a estar esbelta. Ella tiene treinta y dos años y Antonio anda en los cincuenta, y sigue dedicando su tiempo libre a beber. La egipcia se lo lleva a Alejandría y comienza una lucha para cortar todo lazo con Roma. Establecen un tratado de paz con el rey de Armenia para ganar tiempo, pero al año siguiente Antonio hace la guerra y triunfa. Celebran la victoria en Alejandría apro-

vechando las fiestas de Isis. Por costumbre y por ley, la reina es Diosa-Reina pero, además, Antonio la proclama Reina de Egipto, de Chipre y de Siria y, a Cesarión, Rey de Reyes. Y cada uno de los hijos es coronado. Esa noche, toda Alejandría se durmió borracha, según cuenta Ludwíg, y Cesarión, de catorce años, se ciñó por primera vez una espada romana.

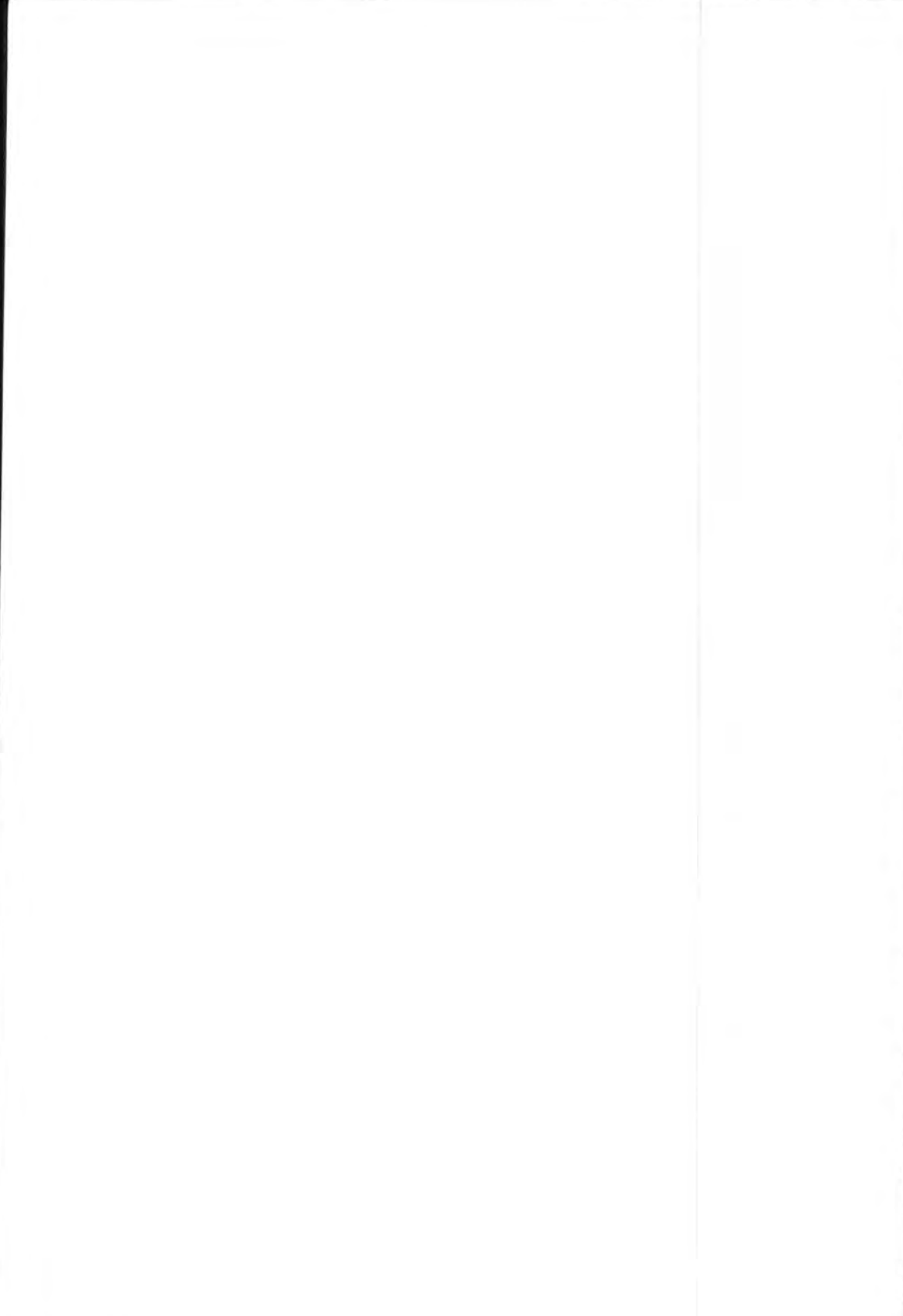
Dos años después Cleopatra y Antonio van a Efeso y a Atenas. Ya hace tiempo que Antonio hace sólo la voluntad de Cleopatra; por eso no sorprende saber que desde Atenas manda carta de divorcio a Octavia, con la que tiene cuatro hijos. Parece olvidar-se de que Octavia es hermana del emperador. Por su parte, Cleopatra no hace sino llevar adelante su plan para quedarse definitivamente con el romano. Viene el rompimiento y Octavio declara la guerra a Egipto. En el año 31 a.C. tiene lugar la batalla de Accio. Hasta un capitán sabe que Antonio no sabe luchar en el mar y que una guerra en ese terreno le es desventajosa, pero Cleopatra lo quiere vencido y lo induce a pelear allí y ella asiste a la batalla como combatiente. En realidad, es sólo para asegurarse de que todo se desarrolle conforme a sus planes. Cuando vé sucumbir la nave capitana, Cleopatra ordena el regreso de su flota y pasa a toda vela por entre los demás navios, rumbo al sur. Octavio sabe poco de la guerra y no los persigue. Tal vez ni siquiera se ha dado cuenta de su victoria. La reina llega ante su pueblo pensando sólo en salvar a los niños. Antonio se ha quedado en su barco y sólo tres días después emprende el regreso. Su flota y muchos soldados se han pasado al enemigo. Cleopatra envuelve a la ciudad en fiestas para distraerla y sofocar las murmuraciones. Llega Herodes ante Marco Antonio y después de pintarle un cuadro de mil peligros le propone asesinar a Cleopatra. Antonio rechaza la propuesta y Herodes escapa. El cincuentón trata de reunir un ejército de mercenarios, pero unos lo rechazan y otros, que se mostraban tibios, se niegan abiertamente cuando se enteran de que Octavio viene contra Alejandría. Tirso, un emisario de Octavio se presenta ante Cleopatra y pide la cabeza de Antonio a cambio de dejarla en paz. Ella le manda decir que si quiere la cabeza de Antonio venga él mismo a tomarla. Octavio desembarca y, casi sin luchar, está ya a las puertas de la ciudad. Antonio recupera por un momento su antigua grandeza de militar y rechaza a la caballería de Octavio en una batalla en el hipódromo. Luego, como un niño, va a buscar a Cleopatra, le cuenta la hazaña y le dá un beso, premiándose a sí mismo. En el mismo lugar le presenta a un oficial que ha luchado brillantemente a su lado. Cleopatra felicita al joven y le regala una armadura de oro. Esa misma noche el oficial se pasa al enemigo. A la mañana siguiente Antonio ordena a sus buques entrar en batalla, pero éstos se pasan a la flota contraria en medio de vítores y aplausos de los otros romanos. Arenga a los jinetes que vencieron la noche anterior con él a la cabeza y éstos se pasan tranquilamente al enemigo frente a sus ojos. Desesperado, Antonio grita: "Traición. Me han traicionado. La reina se ha pasado al enemigo". Y a punto de derrumbarse se le acerca un ayudante para informarle que la reina ha muerto.

Antonio se arroja sobre su propia espada mientras Cleopatra, quien ha tratado de suicidarse ahogándose en una cámara secreta, es rescatada y queda como prisionera de Octavio, quien piensa llevarla como trofeo a Roma. Obedeciendo una orden de la reina, recibida días antes de la catástrofe, su médico Olimpo le hace llegar un áspid escondido entre los higos de una canasta. La reina se quita la vida haciéndose morder por la serpiente.

A su regreso, en Roma, Octavio dá a conocer el testamento de Antonio, escrito el mismo día de su matrimonio con Octavia: su última voluntad es que, al morir, su cuerpo sea llevado hasta Alejandría y sepultado junto al de Cleopatra.



XIV
Orlando Furioso



Tumbaba moros como quien tumba caña ¡por miles! Esto era entrar en batalla y no dejaba lítere con cabeza. Era uno de los Doce Pares de Francia, cuyas hazañas fueron cantadas en los mejores libros de caballería y su fama recorrió con el viento toda la redondez de la tierra.

Llamábase Roldán, conde de Ceconia, hijo del duque Milón y de su esposa Berta, hermana de Carlo Magno. Cada uno de los Doce era un ciclón: él, solo. ¡Imagináos cuando se juntaban todos! Y como no había batalla en la que no acompañaran a su rey, no perdían una.

Los otros pares fueron: Oliveros, conde de Genés, hijo de Regner; Ricarte, duque de Normandía; Guarín, duque de Lorena; Oger de Danois, rey de Daria; Lamberto, príncipe de Bruselas; Guy, de Borgoña; Guadabois, rey de Frisa; Galiferos, rey de Burdeos; Fagerieus, rey de Aquitania; Cristián, rey de Bretaña y, Ganalón, de triste memoria.

Bien podría asegurarse que ellos fueron los inventores de la "Blitzkrieg", porque su trabajo era el de romper la formación enemiga yéndose hasta la mayor profundidad posible, lanza en ristre. Iban seguidos por la infantería, que cortaba las cabezas de los caldos o ensartábanlos en el suelo con sus espadines, como mariposas. En aquellos tiempos, estos infantes eran llamados peones; por eso heredaron su nombre a esa importante pieza del ajedrez.

En aquel tiempo había todavía gigantes, como lo fueron Goliat y otros, citados en la Biblia. Uno de esos gigantes de tres metros de estatura fue Fierabrás, rey de Alejandría y quien una vez hizo viaje especial a Roma, seguido de un numeroso ejército, nada más para apoderarse de las reliquias de los cristianos. Menos mal que este atrevido infiel fue vencido por Oliveros en singular batalla que duró dos días, con tan buena suerte que, según cuenta la leyenda, el fiero grandulón se convirtió después al cristianismo.

No se iba a quedar Roldán atrás. El venció después al gigante Ferragus, de Babilonia, no sin antes pasar por grandes trabajos durante dos días, pues el tal Ferragus tenía la fuerza de cuarenta hombres y sólo podía ser muerto por el ombligo, que fue por donde en una lucha cuerpo a cuerpo, Roldán le introdujo finalmente su puñal, aprovechando que se había metido en la guardia del grandote. ¡Cómo sería de tosco y majadero el tal Ferragus, que antes de enfrentar a Roldán había echado mano de Oger de Danois, de Reynaldo de Abempin, de Constantino y de otros dos que previamente le había mandado Carlo Magno para que hubieran batalla. Al verlos solos, el malvado gigante, llevado de soberbia, se arrimaba con el caballo en lugar de presentar batalla, sacábalos de la silla y se los llevaba con armadura y todo, a encerrar en la torre, donde estaban sus compinches. ¡Como quién se lleva a un chiquillo malcriado a encerrar a su cuarto! Bueno, la verdad es que, como al último iban dos, cargó a cada uno debajo de cada brazo. Por eso Carlo Magno se oponía a que saliera Roldán a la pelea ¡y precisamente con él quería vérselas el gigante!

Al final tuvo su merecido.

Con esos datos es bastante para la presentación.

Para los fines de nuestra historia, sólo resta decir que por un juramento que hacían al tomar las armas, todo cuanto hacían estos valerosos caballeros estaba consagrado a su Dios, a su Rey y a su Dama. Cuando no había una guerra, organizaban torneos caballerescos para no estar ociosos. El resultado era que las damas de la corte y otras doncellas principales, prendábanse de ellos por su destreza y valor, aún cuando jamás hubiesen trabado palabra entre ellos. Fue así como la hija del almirante Balán, señor de Turquía y padre de Fierabrás, enamoróse perdidamente de Guy de Borgoña y gracias a ella salvaron la vida cuando los Doce estuvieron presos de los sarracenos.

Pero nunca falta una ingrata.

He aquí que al caballero Roldán le dá por enamorarse de la bella Angélica. A ella dedica todas sus victorias; para ella son todos sus pensamientos y sus afanes. Por ella sufre, por ella llora, por ella vive y respira; pero a ella todo eso le importa un ardite. ¿Por qué? Porque la atolondrada muchacha está muy enamorada del novio, y le tienen sin cuidado la fama, el hermoso porte, la prestancia, la apostura, las armas, el caballo, las hazañas y el valor de don Roldán.

Para el corazón y los ojos de Angélica, sólo Medoro existe en todo el ancho mundo.

(No podemos hablar de su cerebro, del que seguramente carecía y lo cual es un defecto muy común en las mujeres. Tampoco de su alma porque, de haberla tenido, hubiérasele inclinado hacia las altas prendas de don Roldán, dueño, además, de castillos, tesoros, riquezas y cuantiosas rentas).

Hacia ya varios siglos que los árabes paseábanse libremente por tierras de lo que hoy es el territorio de España. Al parecer, a alguien se le ocurrió la idea de ir allá a pasar un fin de semana, pero les gustaron tanto la tierra, el clima y las chicas, que decidieron quedarse un poco más y andaban por ahí como Pedro por su casa, hasta que los reyes de Castilla decidieron echarlos por medio de las armas y en el nombre de Cristo. Para entonces, los moros llevaban casi ochocientos años de visita.

Uno de ellos era Medoro.

Lo más probable es que Medoro fuera vecino de Angélica y, por lo tanto, cuate suyo. El caso es que ella no deseaba complicarse la vida y por eso no podía entender por qué debía interesarse en un campeón de box de peso completo (para poner un ejemplo comprensible a los jóvenes de nuestro tiempo), si ella era feliz con uno de los chavos de la pandilla. (aunque, es este caso, el campeón Roldán era el guerito y Medoro era el moreno ¡prieto, pues!).

La primera historia de este amor des... parejo (ibamos a decir: desgraciado), salió a la luz en el Siglo XII bajo el título: "La Canción de Rolando", pero el poeta italiano Ludovico Ariosto la mejoró mucho y compuso un bello libro titulado "Orlando Furioso", publicado en el Siglo XVI. Mientras que "La Canción de Rolando" acentúa la muerte del héroe, junto con sus compañeros, en la batalla de Roncesvalles, debida a una traición de Ganalón, el "Orlando Furioso" pone énfasis en la tragedia de un amor no correspondido, por la liviandad de la caprichosa Angélica.

Siendo un libro de caballería, "El Quijote" mismo se refiere al desdichado amor de Roldán, de la manera siguiente:

"¿—Ya no te he dicho— —respondió don Quijote—, que quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, arrancó los árboles, enturbió las aguas de claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrazó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo pienso imitar a Roldán, o Orlando o Roto-lando, parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales. . ."

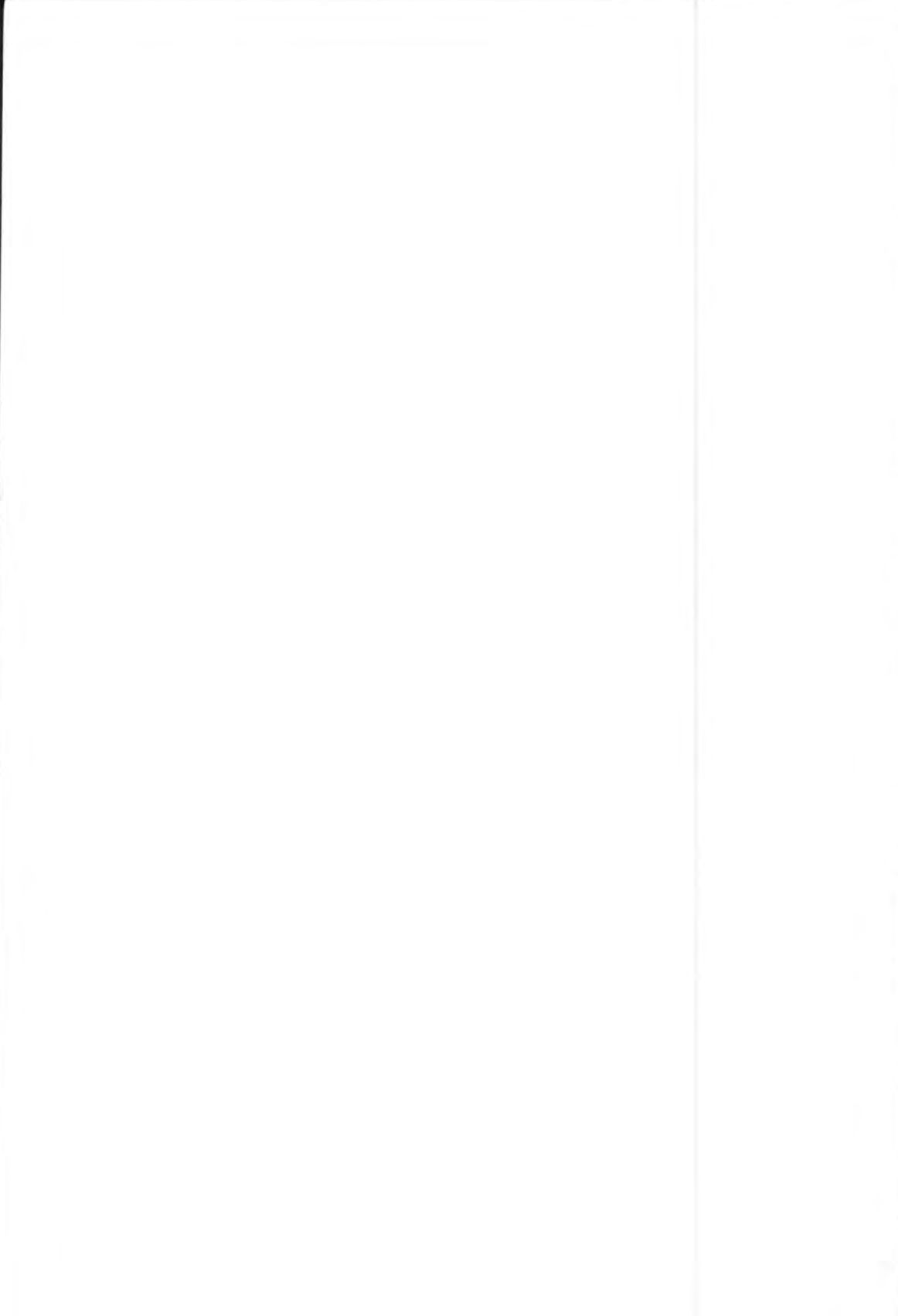
Lo dicho: si el caballero mataba moros a miles en una sola batalla, por la fe de Cristo, sin estar enojado, sólo en el cumplimiento del deber ¡cuántos estropicios no haría al comprobar que la niña le era infiel con un moro! ¡Santo cielo! Bastante suerte tuvimos de que no pusiera la tierra con las patas para arriba.

No en balde don Luis Góngora, autor de un bello romance en el cual describe los cuidados de Angélica hacia Medoro "en un pastoril albergue", termina haciendo votos porque no les vaya a caer el chahuixtle, es decir: que no los vaya a sorprender el feroz Roldán:

*"Chozas pues, tálamo y lecho,
contestes destes amores;
el cielo os guarde, si puede,
de las locuras del Conde"*

XV

Los Tiempos Merovingios



Ya había una marcada mezcla de razas en lo que hoy es el territorio de Francia, cuando los merovingios sometieron a los galos y lo que quedaba de los romanos, a mediados del siglo V.

Aún los merovingios se hallaban separados, pues Clodión era rey de los salianos ripuarios y Meroveo el de los francos salianos.

Casi ochocientos años atrás, Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro, había conquistado a las tribus gálicas que ocupaban diversos territorios en la mayor parte de la Francia actual. Tanto, que a la llegada de Julio César los galos usaban un tipo de escritura basado en caracteres griegos. En ese tiempo, los ocupantes de lo que después se llamaría Francia eran, primordialmente, galos y celtas, o celtiberos, así como elementos germánicos llegados desde el alto Danubio, aunque sin integrarse a lo que podríamos llamar una civilización greco-romana, de carácter sedentario y dedicada principalmente a la agricultura.

Apenas en el siglo I de nuestra era, Augusto consiguió erradicar la organización tribal y promover una forma de civilización greco-romana que duró unos cuatrocientos años. No obstante, en el siglo V las Galias estaban ocupadas predominantemente por tribus de francos, alemanes y burgundios. Ya había cristianismo, pero los sacerdotes druidas tenían gran preponderancia y seguían observando los ritos de adoración a los espíritus del bosque.

Jorge Florentino Gregorio, obispo de Tours, dice que la gran invasión de las Galias comenzó en el año 406. El primer Meroveo, líder de una de las numerosas bandas de francos salianos del nordeste galo, fue designado rey en el año 448. Le sucedió Childerico y, a la muerte de éste, ocurrida en 481, asumió el trono Clodoveo, quien extendió los dominios merovingios y los francos decidieron unificar el trono en 496. No fue en vano, pues en 511 llegaron a reinar hasta los Pirineos.

El propósito de este apretado y verídico breviario cultural, es el de dar a conocer el árbol genealógico de los primeros francos, pertenecientes a la dinastía de los merovingios, que terminó cuando Pipino el Pequeño derrocó a Childerico III y puso las bases de la dinastía de los carolingios, misma que, a su vez, fue depuesta por los Capetos, aquella en 751 y ésta en 987. Colocado el marco de referencia, pasemos al meollo de nuestro asunto: el Amor.

Childeberto, Teodorico y Clotario, fueron hijos de Clodoveo. Hubo otro cuyo nombre se nos escapa de la memoria. Pues bien, en el año 529 Clotario hizo alianza con su hermano Teodorico para pelear contra los Thoring o turingios, pueblo perteneciente a la confederación sajona, vecina y enemiga de los francos de Austrasia. (A la muerte de Clodoveo el reino fue dividido en cuatro partes, una para cada hijo, con el fin de evitar guerras entre ellos. De este modo, había rey franco en Neustria, Austrasia, París y Orleans o Burgundia). Vencieron los francos a sus vecinos y resultó que por mera casualidad, en el botín de guerra de Clotario venían dos hijos de Bertario, penúltimo rey de los turingios. Eran niña y niño: ella, Radegunda, tenía apenas ocho años, pero Clotario no tenía prisa y la puso al cuidado de unas monjas para que la educaran con esmero a fin de casarse con la chica a su debido tiempo, lo cual ocurrió por el año 541, según nos lo cuenta Agustín Thierry en su obra: "Relatos de los tiempos Merovingios".

Fruto de una buena educación y dueña de un temperamento calmado, aunque firme, Radegunda no demostró más que sumisión a su regio esposo, quien se quejaba: "No es una reina lo que yo tengo, sino una monja". En Efecto, la muchacha simula organizar una gira de trabajo social y en el año 544 va a Nayón, donde pide al obispo ser admitida en el servicio de Dios. Luego funda un convento en Poitiers y allí mismo profesa en el año 555, cuando era obispo Plencio. Cincuenta años antes, la hermana del obispo Cesáreo había fundado el primer convento cristiano en Arlés.

Clotario, el último de los hijos de Clodoveo, reinaba en la Galia unificada, tras la muerte de sus tres hermanos, en el año 561. La sede del reino se hallaba en Braine y, por lo menos una vez en el año, el rey efectuaba un recorrido por sus dominios acompañado de gran séquito y de sus leudos, dedicado a tareas de caza, pesca, natación, aplicación de justicia "y reclutando sus numerosas amantes entre las hijas de los fiscalinos. Con frecuencia, de la situación de concubinas pasaban esas mujeres a la de esposas y reinas, con singular facilidad", tal como nos cuenta el señor Thierry, quien añade que "Clotario, cuyos matrimonios no es fácil contar ni clasificar, se casó de ese modo con una joven de la más humilde cuna, llamada Indegunda, sin renunciar a sus hábitos licenciosos que ella sabía tolerar, como mujer y como esclava, con absoluta sumisión".

Un día, la ejemplar esposa suplicó al rey que, por favor, buscara un buen esposo para su hermana Argunda, quien siendo tan pobre la afrentaba en su condición de reina. El soberano prometió obsequiar los deseos de Indegunda y fue a examinar la mercancía. Así conoció a Argunda y, habiéndole gustado, quedóse la y dióle el título de esposa y reina. En ese mismo año, al final de una cacería, murió Clotario después de cincuenta años de reinado y de nueva cuenta hubo reparto del reino entre sus cuatro hijos: Cariberto, Gontrán, Chilperico y Sigiberto. Dice Thierry: "... tenían todos en sumo grado el vicio de la incontinencia, y casi nunca se conformaban con una sola mujer, abandonando sin el menor escrúpulo a una reciente esposa, y reanudando su intimidad con ella luego, según capricho o antojo".

Informa a continuación que "El piadoso Gontrán cambió de cónyuge tantas veces, poco más o menos, como sus hermanos, y al igual de ellos, tuvo concubinas, una de las cuales, llamada Veneranda, era hija de un gallo". Más adelante señala: "El rey Cariberto tomó a un mismo tiempo por amantes a dos hermanas de gran belleza que figuraban en el séquito de su mujer, Ingoberga. Una se llamaba Marcovefa y vestía hábito de religiosa; el nombre de la otra era Merofleda, hijas ambas de un obrero en lanas, bárbaro de origen". Pues bien, la reina Ingoberga quiso sacudírselas, ridiculizándolas. Un día mandó traer al padre de las muchachas al palacio y lo puso a cardar la lana en el patio. El viejo enojóse mucho y repudió a la reina y, para que más le doliera, casóse con Merofleda. Pero el rey Cariberto era muy inquieto y poco después contrajo nupcias con Teodegilda, hija de un pastor de ovejas; y como se murió Merofleda, no se sabe si de un coraje o por enfermedad, el soberano procedió a casarse legalmente con su hermana Marcovefa, la monja. Naturalmente, la iglesia lo excomulgó, pero al rey le valió.

El otro rey merovingio, Chilperico, no cantaba mal las rancheras: su esposa, Audovera, tenía entre el personal a su servicio a una joven llamada Fredegunda, de origen franco, gran belleza y sobrada ambición. En una ocasión en que Chilperico andaba en campaña contra sus vecinos de la confederación sajona, Audovera dio a luz a una niña. La sirvienta convenció a la reina de que el bautizo era impostergable y consiguió el apoyo del obispo. Por mera casualidad no se presentó la madrina a la ceremonia y Fredegunda puso al servicio de la reina su brillante inteligencia: "Señora, no os preocupéis, sed vos la madrina", le aconsejó, y el problema quedó resuelto. Al regreso de Chilperico, Fredegunda corrió a recibirlo: "Sea Dios alabado por la derrota que el rey nuestro señor infligió a sus enemigos, y a la vez por la hija que le nació en su ausencia. Pero ¿con quién dormirá esta noche mi señor? Porque hoy la reina es tu comadre, como madrina de tu hija Childesinda". Todo esto, dicho con los gestos, zalamerías y entonaciones que forman parte de la imprescindible y premeditada coquetería femenina para casos determinados. El soberano respondió complacido:

“Pues, bien, si con ella no puedo ya dormir, dormiré contigo”, y condújola a la cámara regia. Poco después invitó a Audovera a tomar el velo de religiosa.

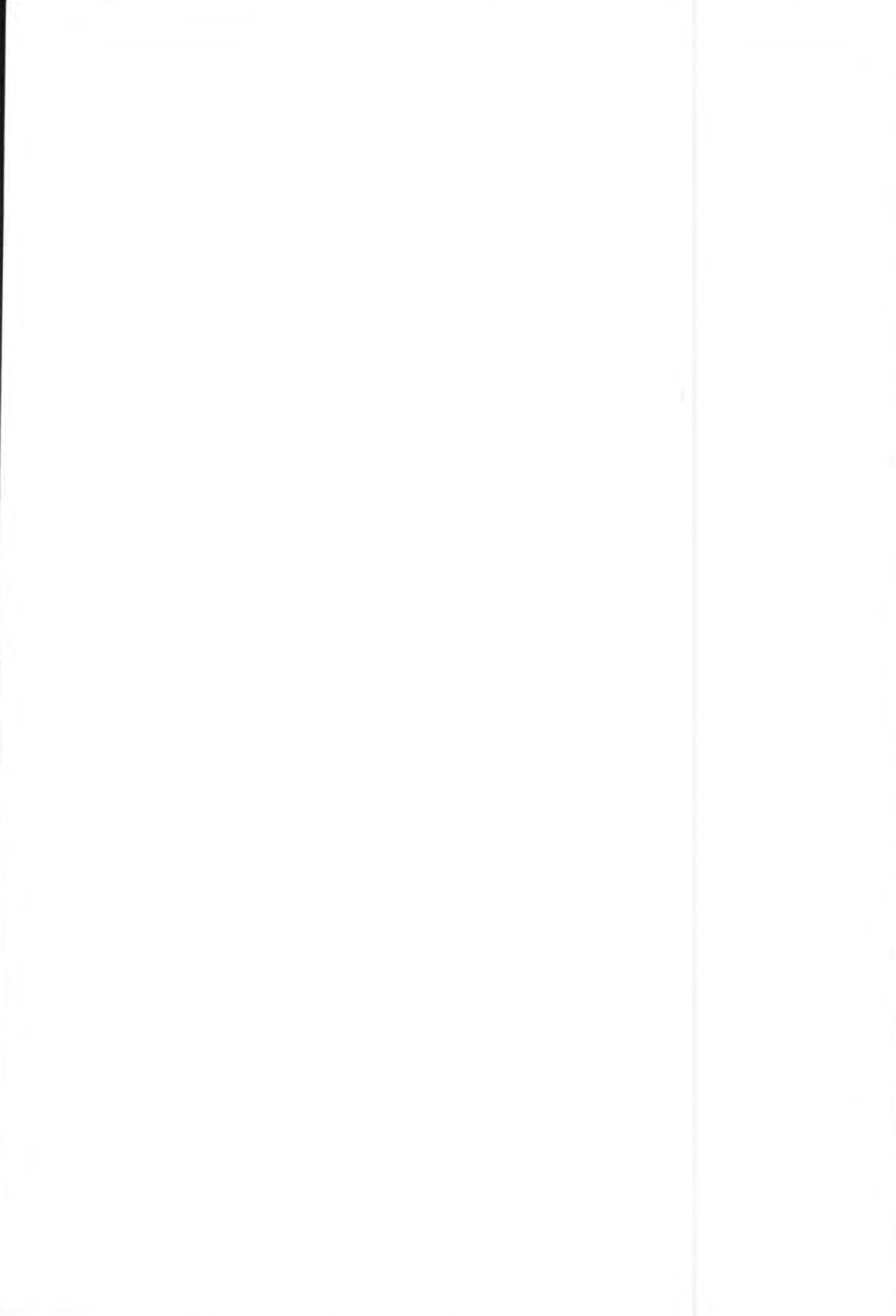
Sigiberto, el otro hermano merovingio, tenía miras más elevadas. Este pidió a Atanagildo, rey de los visigodos de España, la mano de su hija Brunequilda, o Brunilda, según otros autores. Las bodas resultaron tan suntuosas que Chilperico sintió gran envidia y mandó embajadores a España, a pedir la mano de Galsuinda, hermana mayor de Brunequilda. Primera condición: que renuncie a sus otras viejas. Que sí, que bueno. Segunda condición, que ceda a Galsuinda, como regalo de bodas, extensos territorios de Aquitania, vecinos a los Pirineos. Concedido. Entre tanto, muere Cariberto en 567 y Teodegilda, la viuda, ofrece su mano a su cuñado Gontrán, presumiblemente con el propósito de conservar la corona. El cuñado finge aceptar y le ordena presentarse ante él con todos sus tesoros. Se queda con el caudal y manda a la pastora a recluírse en el convento de Arlés. Los hermanos dividen el reino en tres partes.

Se casa Chilperico con Galsuinda pero, aunque despide a esposas y concubinas, accede a los ruegos de Fredegunda para quedarse al servicio de la nueva reina. Por pura mala pata, el matrimonio no marcha como se esperaba y Fredegunda reasume el mando en palacio. La hija del visigodo Atanagildo es estrangulada en su recámara y doña Frede toma posesión de los territorios de la dote. Acicateado por Brunequilda, quien exige vengar a su hermana, Sigiberto pone sitio a Chilperico y, cuando la situación parece inclinarse en favor suyo, es asesinado por dos soldados enviados por Fredegunda y que lograron llegar hasta Sigiberto fingiéndose desertores. Los chismosos de aquel tiempo dicen que doña Frede echaba mano de sus encantos de mujer para seducir a quienes le ayudaban en la realización de sus propósitos. Inclusive, hay quien afirma que tenía relaciones amorosas con el obispo Bertrán, de Burdeos. Total: que Brunequilda, siendo bella y más fina que los francos, quedó viuda a los 28 años y cuando fue conducida a la presencia de Chilperico la conoció Meroveo, uno de los hijos del rey, y prendóse de ella, quien fue desterrada a Rouén. Pocos días después el muchacho recibe una encomienda de su padre y, en lugar de ir a donde lo mandan, corre a Rouén y consigue que el obispo Pretextato, su padrino de bautizo, lo case con la viuda.

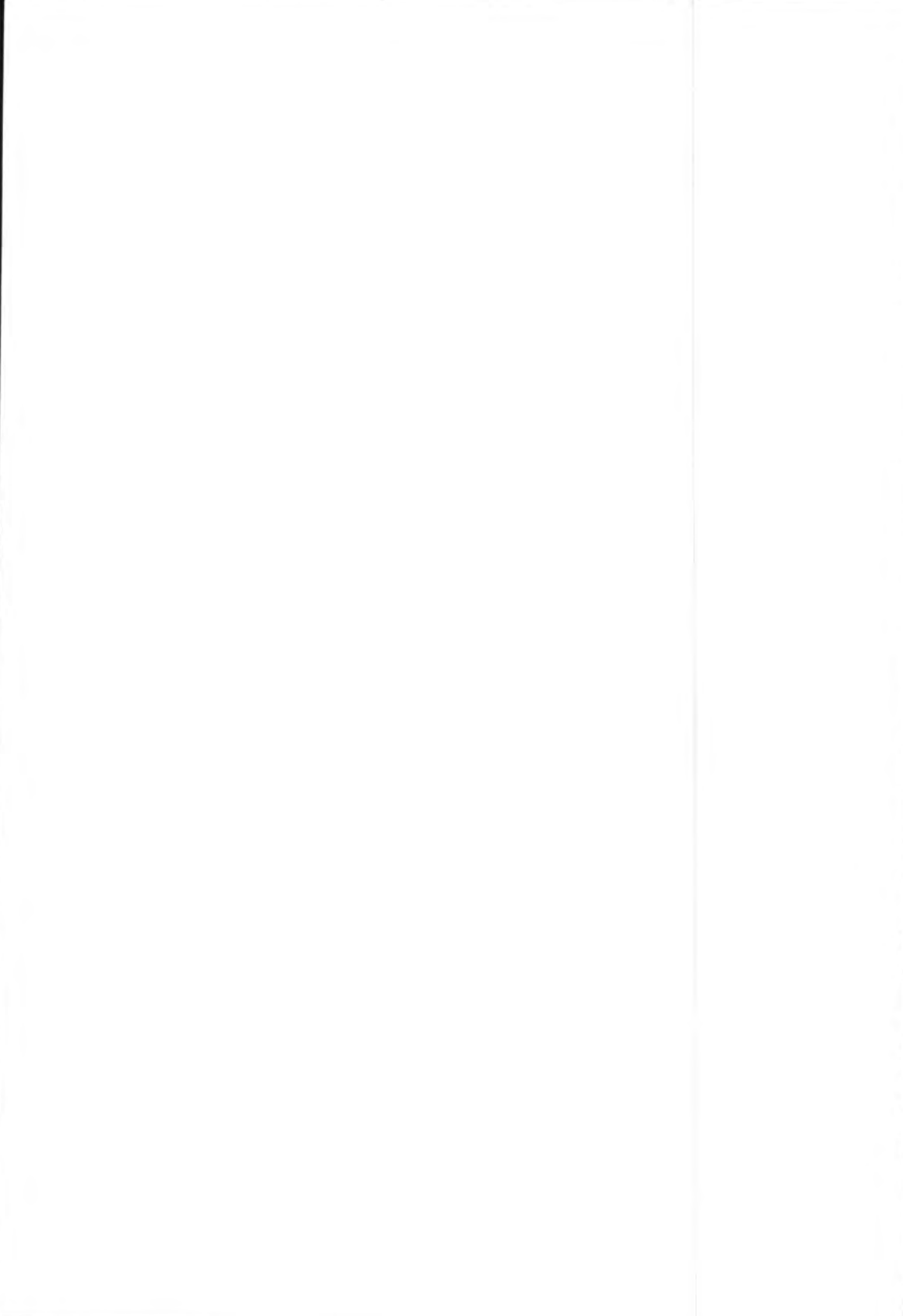
Perseguido por doña Frede, Meroveo muere en 578, pero los dos hijos adolescentes de Fredegunda mueren dos años después, víctimas de una epidemia, y el propio Chilperico es asesinado en el año 584, cuando Clotario, el último hijo de la pareja tormentosa, tenía apenas cuatro meses de edad. Este muchacho era el rey de los francos en el año 613, cuando Brunequilda fue a caer en sus garras por una traición de su propia gente. Clotario hizo que la ataran a la cola de un caballo salvaje y la hija de Atana-

gildo murió horriblemente destrozada. Como estos cuates no se andaban con rodeos, ni para decir ni para obrar, de ellos nos viene la palabra franqueza.

Y está claro también que el Amor, en los tiempos merovingios, era decididamente tosco.



XVI
El Amor y la
Hospitalidad



Mil quinientos años después de que existió Herodoto, vivió en Italia un hombre llamado Marco Polo, quien realizó un viaje por Asia que duró veinticinco años. Ni sus parientes lo reconocían cuando regresó a su natal Venecia.

Los italianos de fines del Siglo XIII creían saberlo todo, pero quedaron estupefactos al conocer los relatos de Marco Polo y muchos de los intelectuales de entonces, lo mismo en Venecia que en París, en Génova que en Toledo, calificaron de falsas o exageradas las historias del comerciante marino.

El mundo occidental hubiera ignorado por completo los usos y costumbres del Asia Oriental, de no haber sido por el destino, después de su regreso a Venecia, Marco Polo se enrola en las filas del ejército y participa en la guerra contra Génova. Los genoveses lo hacen prisionero y es en la cárcel donde dicta sus recuerdos de viaje, que lo consagraron como "el hombre más extraordinario de su siglo".

No pasó mucho tiempo entre la publicación de los "Viajes" y la confirmación, por otros viajeros, de cuanto relata Marco Polo en su obra monumental. Quizás lo único lamentable es que los occidentales mantuvieron su desinterés por todas estas cosas, durante cientos de años después de conocidas. Es apenas ahora, ya muy avanzado el Siglo XX, cuando comienzan a interesarse por los asuntos de los habitantes de aquella extensa región del mundo. Y eso, como turistas.

Escuchemos lo que nos cuenta Marco Polo de cuanto vio y supo, de las cosas del amor, en Armenia, Persia, la India y la Tartaria, en el entendido de que "Todo lo que se contiene en este libro es verdadero"; como se asienta en el Prólogo de la primera edición.

Si no hubiéramos leído tanto, también para nosotros habría sido una fuente de sorpresas. Escuchemos al viajero veneciano:

MARCO POLO, CERCA DE SAMARCANDA, EN UN PAIS LLAMADO PEIN

Es una provincia de una extensión de cinco días. Se encuentra bajo el dominio del Gran Khan. La atraviesa un río en cuyo lecho se hallan muchas piedras preciosas de las llamadas jaspes y calcedonias. Los habitantes viven de las manufacturas y del comercio. Tienen por costumbre que si un hombre se aleja de su casa a una distancia tal que requiera una ausencia de veinte días, su mujer tiene derecho, si así lo desea, a casarse con otro hombre. También los hombres pueden casarse con otra mujer si trasladan su residencia a otra comarca. Las provincias mencionadas, es decir Kachkar, Koltán y Pein, hasta el desierto de Lop, se encuentran dentro de los límites de Turquestán'' (Viajes, de 1273 a 1291).

Kabul. ''Cuando llega un extranjero y desea encontrar alojamiento en una casa, el hombre que habita en la misma casa procura complacer al forastero en todo lo posible, llegando hasta el punto de mandar a sus esposas, hijas, hermanas y cualquier otra mujer que con él viva, que se presten a toda clase de deseos que respecto a ellas pueda tener el alojado, proveen a la casa de todo lo necesario y se retiran a otra parte, dejando amo de la misma al forastero y advirtiéndole que puede disponer de las mujeres durante aquellos días. No vuelve a entrar en su domicilio hasta que el forastero decide retirarse, pero debe advertirse que espera una remuneración adecuada. Aquella gente considera tal conducta como una honra para ellos, y creen que la hospitalaria acogida que dispensan a los extranjeros, proporcionándoles recreo después de las fatigas de un largo viaje, es una acción agradable a sus dioses, que les concederán el don de aumentar su familia y sus bienes, les librarán de peligros y harán que todas sus empresas lleguen a feliz término. Las mujeres son en verdad muy hermosas y afables, encontrándose completamente dispuestas a seguir en esta cuestión la voluntad de su esposo''. Durante una visita a la comarca, el Gran Kan se enteró de esta práctica y promulgó un edicto prohibiéndola, pero durante tres años les fue muy mal a los vecinos y suplicaron se les permitiera continuar con una costumbre de venia de tiempos muy remotos. El Gran Kan accedió, previa amonestación, pero el pueblo ''acogió la respuesta con gran satisfacción y sigue observando hasta hoy dicha costumbre''. (Página 84).

En Kan-cheu ''Las personas que se dedican al servicio de la religión siguen una vida muy austera... absteniéndose de toda sensualidad. En cuanto a los que no se dedican a tal menester, debe advertirse que las relaciones sexuales no legitimadas no se consideran en general como faltas graves. Tienen por norma que si es la mujer la que propone tal género de relaciones, no puede considerarse ofensa, pero si lo es cuando un hombre las solicita de una mujer. Los laicos tienen cada uno unas treinta mujeres, unos más, otros menos, según sus posibilidades de mantenerlas, ya que no

aportan dote, sino que, por el contrario, reciben del marido, al casarse, ganado, esclavos y dinero. Entre las diversas esposas de un hombre, la que primeramente se casó con él tiene preeminencia sobre las restantes, pero si el esposo observa que una de las mujeres no se porta bien con las otras o por cualquier otra causa se hace antipática a ellas, puede repudiarla. Toman preferentemente por esposas a las mujeres de su familia, hasta a suegras. . . .”

“Las mujeres que se prostituyen por dinero, a menos de que sea en secreto, no pueden ejercer su oficio en la ciudad, sino que deben habitar en los suburbios, donde su número, como se dijo, excede de veinticinco mil, no excesivo, si se tiene en cuenta la multitud de mercaderes y otros extranjeros que entran y salen continuamente atraídos por la corte”.—Kanbalù, residencia del Gran Kan, posiblemente en donde actualmente se encuentra Beijin, ante Pekin. (pág. 161).

Habla de una porción del Tibet: “Una costumbre escandalosa, que solamente puede ser consecuencia de la ceguera producida por la idolatría, predomina entre los habitantes de este país. No les gusta casarse con una muchacha virgen sino que, por el contrario, exigen que haya tenido antes comercio sexual con varios hombres. Así, en cuanto llega una caravana de mercaderes, las madres que tienen hijas casaderas las traen al lugar en que están las tiendas y se disputan la preferencia de los recién llegados, suplicándoles que acepten a su hija y gocen de su compañía todo el tiempo que permanezcan en esos lugares. Las más hermosas son las escogidas y se quedan con los viajeros hasta que se marchan. Entonces las devuelven a sus madres y les hacen regalos consistentes en joyas, anillos u otras prendas agradables. Cuando se casan llevan estos adornos y la que tiene mayor número de ellos goza de mayor estima entre los jóvenes que buscan esposa. Son una prueba de que los dioses la han hecho agradable a los ojos de los hombres. Pero desde el momento en que pasa a ser esposa de un hombre, nadie más se atreve a meterse con ella” (páginas 194-195).

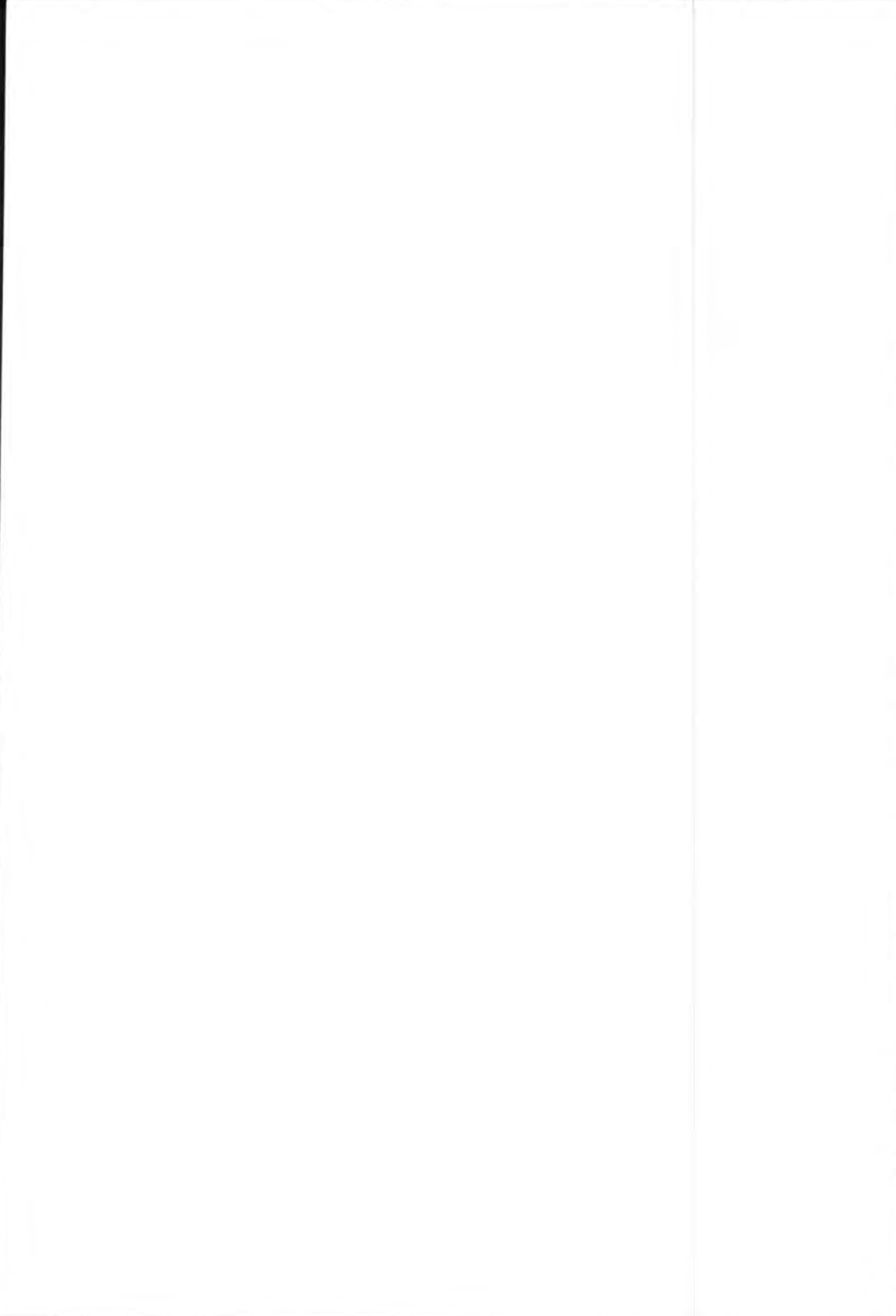
“Kain-du: Los habitantes de esta provincia tienen la odiosa costumbre de no considerar como una desgracia que los que viajan por el país tengan relaciones con sus esposas, hijas o hermanas, sino que, por el contrario, cuando llegan extranjeros, cada jefe de familia trata de conducir a uno de ellos a su casa, abandona a todas las mujeres de la familia, marchándose y dejando al forastero como dueño de la casa. Mientras el viajero está allí, deja una señal en la ventana, que puede ser su sombrero o alguna otra cosa, y el marido no vuelve mientras esté dicha señal allí. Esta costumbre predomina en toda la provincia y la siguen en honor a sus ídolos, porque creen obtener sus bendiciones con tales actos de hospitalidad y gentileza hacia los viajeros. . . .” (pág. 198). En Karaian y Karazan “Los naturales del país no consideran que se les haga

ninguna ofensa cuando otros tienen relaciones con sus esposas, siempre que el acto sea voluntario por parte de la mujer. ...¹⁾

Dicen que el socialismo acabó con todas esas costumbres.

XVII

Dante . . . Petrarca



Dante Alighieri tenía diez años cuando conoció a Beatriz en una fiesta infantil. Ella tenía nueve. La niña llevaba un vestido rojo de un tono que cautivó al niño con alma de poeta. Beatriz llevaba un cinturón y se adornaba con joyas sencillas, propias de su edad. Dante enamoróse de ella con un amor infantil y jamás pudo, ni quiso, borrarla de su imaginación. Sin embargo, no volvió a verla sino hasta que ella contaba con diecisiete años, esta vez ella iba vestida de blanco y la acompañaban dos amigas de mayor edad. El episodio es contado por el mismo poeta: "Paseando por una calle volvió los ojos hacia el lugar donde yo me hallaba lleno de temor, y con su inefable cortesía me saludó muy virtuosamente". Poética, bella y muy explicable descripción, porque cuando el hombre ama, todo cuando hace y dice su amada es dulce, ingenioso, sabio y virtuoso.

Según los biógrafos del autor de La Divina Comedia, nacido en Florencia, Italia, a fines de mayo de 1265 y quien quedó huérfano a los doce años, su amor por Beatriz fue un amor imposible, y hasta de creerse que ella no tuvo oportunidad de enterarse, porque esta niña "graciosa, linda, gentil y agradable en extremo", se casó con Simone dei Bardi y murió muy joven, el 19 de junio de 1291, a los 25 años de edad. Ella era hija de Folco Portinari y de Cilia Caponshacchi.

Dante, por su parte, vivió 56 años y la mayor parte de su vida se dedicó a la política, generalmente con mala fortuna, pues le tocó participar en las interminables disputas ente güelfos y gibelinos, y en los triunfos y fracasos de uno y otro bandos.

Transcribimos a continuación algunos de sus bellos poemas:

LOS OJOS DE MI AMADA

Los ojos de mi amada hablan de amor
y ennoblecen a todo lo que mira;

todo el que pasa vuélvese y la admira,
y su saludo da un dulce temblor.

Se humilla la mirada y la color,
y al ver su pequeñez uno suspira:
ante ella huye el desdén y huye la ira;
ayudadme, doncellas, en su honor.

Nace, oyéndola hablar, del corazón,
una humilde dulzura deliciosa,
y es feliz quien la logra contemplar.

No se puede decir ni imaginar
cuán dulce es sonriendo su expresión.
¡Tanta es su gentileza milagrosa!

VE EL MISMO PARAISO

Ve el mismo paraíso claramente
quien a mi dama entre otras damas ve,
y gracias deben dar al Dios clemente
las que con ella van, por tal merced.

En su beldad tan llana y complaciente,
que de envidia no da a las otras sed;
cada una se reviste reverente
de nobleza, candor, amor y fé.

Todo se hace modesto en su presencia
y no sólo en sí misma se hace afable,
mas trueca a las demás en su favor.

Y es en todo tan dulce su clemencia,
que nadie evoca su recuerdo amable
que no suspire de ilusión de amor.

VI UNA BANDA

Vi una banda de ninfas, hechicera,
a principios del próximo pasado,

y una de ellas venía la primera
conduciendo al Amor del diestro lado.

De sus ojos salía una lumbrera,
a modo de un espíritu inflamado,
y tanto la miré y de tal manera,
que en su rostro ví un ángel figurado.

Al que era digno, dábale salud;
con sus ojos, no exentos de firmeza,
llenaba corazones de virtud.

Debió bajar del cielo esa belleza,
y hoy nos viene a salvar su juventud.
Feliz, pues, quien con ella se tropieza.

DANTE ALIGHIERI

El sentimiento amoroso que supo disfrutar todavía la generación anterior a la actual, era idéntico al experimentado por el género humano desde los comienzos de la civilización, hace miles de años. Resulta muy interesante conocer una muestra de las manifestaciones de ese sentimiento en pleno Medioevo, en Italia, con la inevitable influencia del pensamiento griego. La muestra tiene, por otra parte, el mérito de constar de sonetos, una composición métrica cuyo origen se desconoce, aunque se ha convenido en que Guittone de Arezzo, quien vivió en el Siglo XIII, es quien estableció las reglas de su composición.

El materialismo brutal de nuestros días no sólo descalifica esa bella forma de expresión, sino que la ridiculiza y la tilda de cursi, anticuada, primitiva y de mal gusto. ¡Pobre generación actual, cuyo interés mayor se finca en el dinero y la posesión de bienes!

BENDITO SEA EL AÑO

Bendito sea el año, el punto, el día,
la estación, el lugar, el mes, la hora
y el país, en el cual su encantadora
mirada encadenóse al alma mía.

Bendita la dulcísima porfia
de entregarme a ese amor que en mi alma mora
y el arco y las saetas, de que ahora
las llagas siento abiertas todavía.

Benditas las palabras con que canto
el nombre de mi amada; y mi tormento,
mis ansias, mis suspiros y mi llanto.

Y benditos mis versos y mi arte
pues la ensalzan, y, en fin, mi pensamiento,
puesto que ella tan sólo lo comparte.

FRANCISCO PETRARCA

Petrarca vivió del año 1304 al año 1374 de nuestra Era. En su tiempo fue célebre su amor por Laura, a quien supuestamente dedicó sus poemas. Los dos siguientes son también suyos y, por supuesto, para la misma musa:

¡HAY MIRADA SUAVE! ...

¡Ay mirada suave! ¡Ay faz de nardo!
¡Ay porte gentilísimo y austero!
¡Ay dulce hablar, que al necio y altanero
tornaba humilde y al vulgar, gallardo!

¡Ay Sonrisa, de donde surgió el dardo,
del cual la muerte como alivio espero!
¡Ay alma que rindiera al mundo entero
si su llegar no hubiese sido tarde!

¿Por qué no arder en vos, pues que me amásteis?
Vuestro fui, y al estar tan apartado
desventura harto grande es la que siento.

De esperanza y deseo me llenásteis;
me dejásteis dichoso y reanimado . . .
mas ya ha volado todo en pos del viento.

SI ELLA VE CUAL ME HIERE

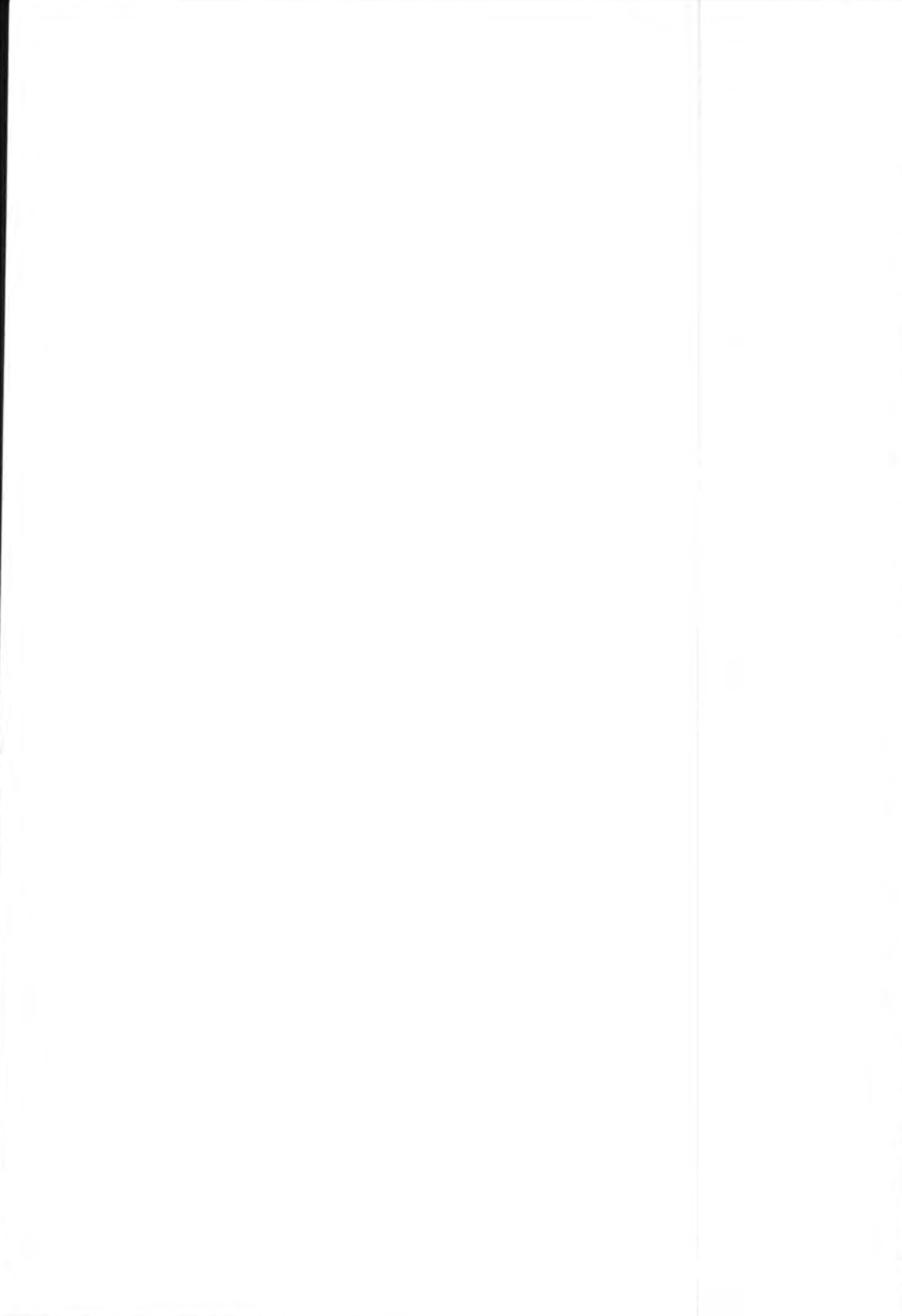
Si ella ve cual me hiere y se sonríe,
si con dulces astucias me divierte;
si el amor sobre mí la hace tan fuerte
que logra que mi mal busque y ansie.

No es extraño ¡ay de mí! que desconfíe,
pues por mi culpa o por malvada suerte,
sus ojos dan merced envuelta en muerte,
y cuanto más me mata, más me engríe.

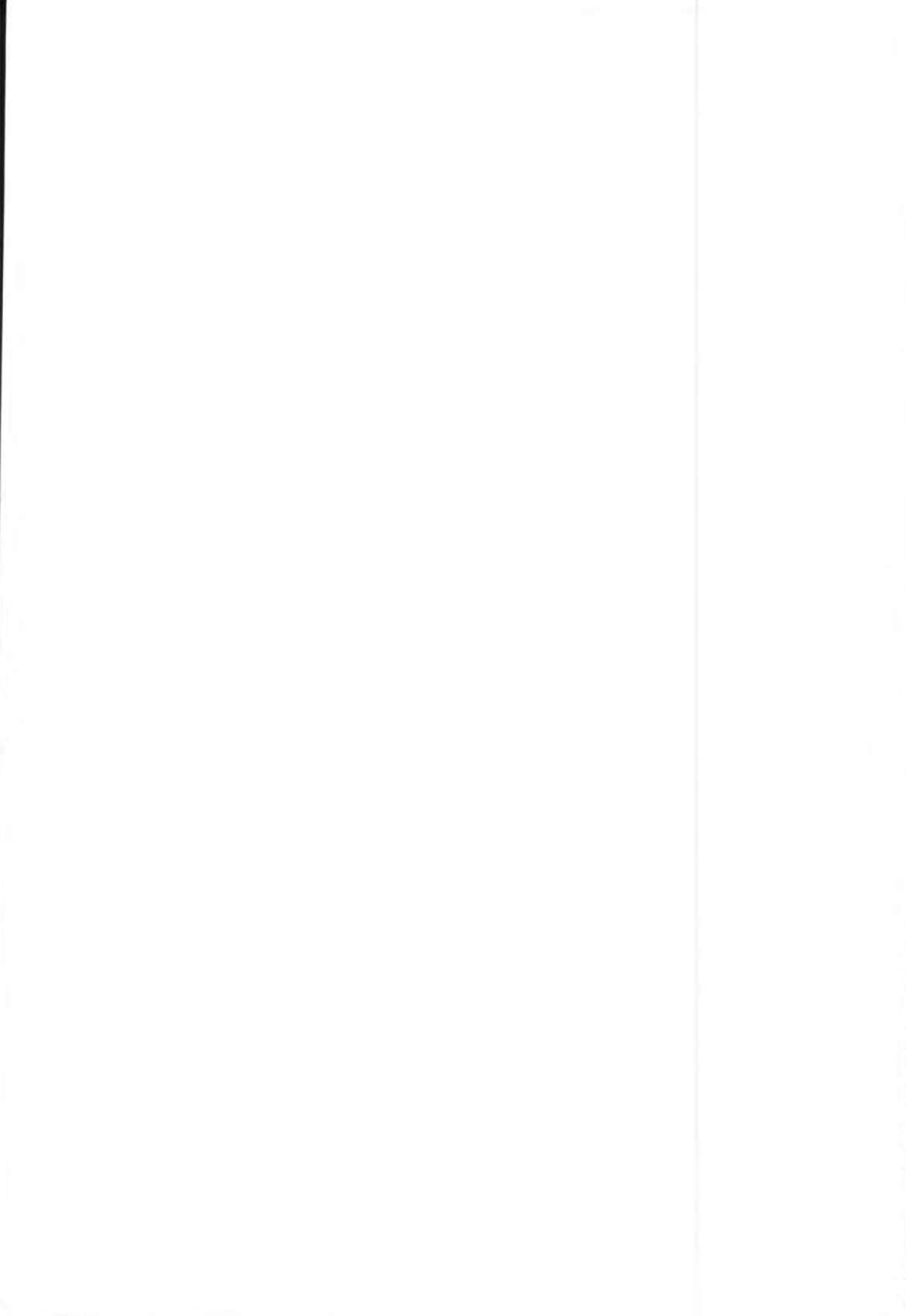
Si tiemblo y llevo el corazón helado,
veo entonces cambiada su hermosura,
¡qué tristes pruebas el amor me ha dado!

Constancia femenina ¡Ay, qué insegura!
bien sé, bien sé que un amoroso estado
en pecho de mujer poco perdura.

FRANCISCO PETRARCA



XVIII
Ejemplos del Conde
Lucanor



Las reglas se establecen al principio del juego, para que no haya lugar a reclamos y para que ninguno de los interesados se diga robado, pero, sobre todo, para que reinen la paz y la armonía por todo el tiempo que dure la contienda, que esto y no otra cosa es el matrimonio.

Así lo entendía Patronio, consejero del conde Lucanor, y así deben entenderlo y concertarlo todos los hombres dotados de buen sentido por la Providencia, y todas las mujeres prudentes y mesuradas, ya que sabias dicen que no las hay.

Abrumado el conde porque, a juicio suyo, sus hermanos padecen matrimonios desajustados, ya que el uno ama tanto a su mujer que no se le separa ni un segundo, y el otro aborrece tanto a la suya que no quiere ni verla, implora el consejo de Patronio para ver de remediar ambos desatinos. Patronio le cita dos ejemplos, uno para cada caso:

El emperador Federico casó con una doncella de muy alta posición y buena familia, pero las cosas no le salieron como él esperaba porque, a pesar de que ella era de buen parecer y recatada, comenzó a comportarse como la más brava, la más fuerte y la más alrevesada mujer del mundo. Esto es, que si el emperador quería comer, ella decía que estaba de ayuno; si él quería dormir, levantábase ella de inmediato y si el emperador demostraba estimación a alguien, la mujer procuraba tratarle mal. En una palabra, todo lo que al emperador le gustaba, a ella le disgustaba y cuanto él quería, ella lo rechazaba.

Y como no valían ruegos, ni amenazas, ni halagos, ni malo ni buen talante del emperador, decidióse éste a ver al Papa y contarle cuanto le acontecía en su matrimonio y pedirle que los descasase. Negóse el Papa argumentando la ley de los cristianos y el emperador volvióse a su casa a seguir remando contra la corriente. Otra vez a los halagos, los consejos, las amenazas, los desengaños y todo eso a que se enfrenta el

marido de una mujer caprichosa y amiga de llevar la contraria. Los amigos del emperador y la servidumbre también luchaban porque la mujer cambiara sus malos modos, pero ella era más terca que una mula y solazábase llevándoles la contraria y viéndolos sufrir por su causa.

Un día, el emperador anunció a su mujer que iba a una cacería de ciervos y tomó delante de ella una porción de la hierba que usaba para untar en las flechas de modo que hicieran más rápido efecto y acelerasen la muerte del animal. Dejó el resto de esa hierba aconsejando a su mujer que por nada del mundo la usara ni la untase en lo poco de sarna que ella entonces tenía. Al mismo tiempo, tomó él de otra pomada y púsola en algunos barros que en la cara tenía, diciendo a su esposa que de esa sí podía usar.

Apenas el emperador se hubo marchado cuando ella, con la cara descompuesta por lo embravecida, comenzó a decir delante de los mismos criados que antes oyeron al amo: "¿Ya vieron qué falso es el emperador y lo que acaba de decir? Como sabe que mi sarna no es igual que la suya me dá del unguento que él usa, en cambio, me prohíbe ponerme del que él sabe que me curaría, pero precisamente de ese voy a usar para que me encuentre sana cuando regrese. Estoy segura que nada le causará más pesar". Y dicho y hecho: la señora Contreras comenzó a untarse las hierbas con saña, por más que sus dueñas y los caballeros presentes, lo mismo que los criados, le rogaban hasta con lágrimas en los ojos para que no lo hiciera. Pronto quiso arrepentirse pero ya no tuvo tiempo, porque murió retorciéndose de ardores de la hierba y a la vista de numerosos testigos.

El otro ejemplo es como sigue:

Don Alvar Fáñez, hombre honrado y de buenos sentimientos, buscaba mujer para casarse, y fue a ver a don Pedro Anzúres en una ciudad vecina, habida cuenta de que don Pedro tenía tres hijas. Don Alvar no anunció su visita, ni don Pedro sospechaba el motivo, pero tuvo mucho gusto de verlo y recibirlo y lo invitó a sentarse a su mesa.

Acabada la comida preguntó don Pedro cómo es que había venido sin previo aviso. El visitante expuso sus motivos sin rodeos y pidió permiso para hablar con cada una de las tres muchachas antes de escoger. Accedió el presunto suegro y don Alvar Fáñez apartóse con la mayor y díjole que ambos podían llegar a ser marido y mujer, pero que antes deseaba que ella considerase algunas cuestiones, no fuera que luego se dijese engañada: en primer lugar él ya no era un mancebo; en segundo lugar, cuando bebía vino perdía la cabeza a causa de muchas heridas recibidas en los combates que tan comunes eran entonces entre moros y cristianos; a veces, incluso, derramaba sangre de sus enemigos ocasionales, aunque luego arrepentíase muy mucho de lo

que había hecho. Por último —advirtió—, no tenía en la cama un modo de dormir muy aseado, que digamos. Por estas y otras razones, la muchacha pensó que no lo soportaría pero no quiso herir la susceptibilidad del pretendiente y sólo le dijo que eso del matrimonio era una decisión que solo correspondía a sus padres, a quienes después platicó todo lo ocurrido y ellos, para no ofender a don Alvar, dijéronle solamente que la muchacha no pensaba en casarse.

Entrevistóse don Alvar con la mediana y todo ocurrió igual que con la mayor. Tocó el turno a la más chica y después que hubo escuchado las mismas advertencias que sus hermanas, respondió que agradecía mucho a Dios que don Alvar Fáñez quisiese casarse con ella y que no le hacía fuerza eso de la bebida pues, cuando así ocurriera, buen cuidado tendría de mantenerlo apartado de la gente. En lo que respecta a la violencia en casa, ella no daría lugar a sus enojos y, cuando lo hiciera, soportaría el castigo con mansedumbre; y a todas las demás razones contestó con aplomo y sabiduría.

Hízose la boda y todo marchó tan bien que jamás hubo lugar a disputas, regañones, ni altercados, pues ella actuaba siempre con gran prudencia y no contrariaba las órdenes ni los deseos de su marido.

Así las cosas, acaeció que una vez llegó de visita a la casa un sobrino de don Alvar Fáñez, quien vivía en el palacio del rey, lo cual trajo mucho gusto al tío que lo hospedó como convenía al parentesco entre ambos. Algunos días después de su llegada, el joven dijo a su tío que, a su parecer, era un hombre bueno y muy cumplido, pero que a pesar de todo le encontraba un defecto y éste era que hacía mucho por su mujer y la apoyaba en todo cuanto hacía. Don Alvar le dijo que a esta observación daría respuesta en unos días y, sin despedirse de doña Vascañana, su esposa, marchóse al campo acompañado de su sobrino. Días después envió por ella, pero cuando se encontraron nada le habló, sino que adelantóse cabalgando junto con su sobrino y, habiendo encontrado un hato de vacas, alabó don Alvar la belleza de esas yeguas. "Que son vacas, tío", corrigióle el muchacho. "Que son yeguas", porfiaba el tío, quien llamó a su esposa y pidióle que hiciera de árbitro cuando la disputa se acaloraba. "Son yeguas", afirmó la señora.

Más adelante se toparon con una manada de yeguas y don Alvar ensalzó la belleza de las vacas. "Estas sí son yeguas", explicó el sobrino. Y vuelta a la disputa y vuelta a llamar doña Vascañana, quien sentenció: "Son vacas", dando otra vez muy buenas y valederas razones en apoyo de su juicio.

Siguieron caminando y llegaron a un río cuya corriente movía muchos molinos.

Apearonse los jinetes y, mientras las bestias bebían, don Alvar dijo a su sobrino que ese río corría a contracorriente, hacia la misma fuente donde nacía; y que los molinos eran movidos por el agua que venía de la otra parte. Nueva discusión y vuelta a llamar a doña Vascañana para que intercediera como juez inapelable. Ella bien entendía que el muchacho tenía la razón en cada disputa, pero bien sabía que su obligación era la de apoyar a su marido en cuanto hiciere o dijere. Otra vez ganó don Alvar.

Siguieron su camino y el muchacho cavilaba muy preocupado porque ahora tenía miedo de haber perdido el juicio, ya que cada vez que doña Vascañana terciaba le daba tan buenas razones que no se podía dudar de su veredicto. Al verlo ya tan desasosegado, el bueno de don Alvar le descubrió la verdad, y dijole que así como su mujer lo apoyaba en todo, sentíase él por su parte obligado a la voluntad de ella, que no era otra que su propia voluntad. Desde que se casaron —explica—, ella no hace ni dice sino aquello que piensa que es en la honra y provecho de su señor, y así se los hace ver a todos aquellos que están a su servicio, con lo cual todos sus negocios marchan de maravilla.

Con esto, el sobrino entendió que doña Vascañana era muy merecedora del amor y la confianza que don Alvar le tenía.

He aquí un ejemplo de lo que puede y vale la discreción en una mujer medianamente inteligente y muy virtuosa. Este ejemplo pone de relieve una verdad incontrovertible: la mujer es la columna sobre la cual descansa la pureza del matrimonio.

El conde Lucanor pregunta a su consejero Patronio cuál es la cosa mejor que puede tener el hombre en sí mismo, y que por sí sola pueda asegurar una conducta recta y un pensamiento honesto, de modo que resulte al mismo tiempo en la honra de Dios y de los hombres.

Nuestros personajes enfocan su atención sobre la conducta del hombre, pero, sin proponérselo, plantean la cuestión de manera tal que resalta ventajosamente la conducta intachable de una esposa fiel y valerosa.

Lucanor sabe que hay muchas cosas que pueden ayudar al hombre a obrar bien. No obstante, unas son fáciles de concebir pero difíciles de realizar. Otras son para honra de Dios y en menoscabo del hombre y, finalmente, las hay que parecen buenas y resultan malas, aún cuando se hacen con la mejor intención. ¿Cuál es, entonces, aquella cosa en el hombre que por sí sola ayude a pensar bien y obrar mejor?

Como es su costumbre, Patronio responde con un ejemplo:

Saladino, sultán de Babilonia, llegóse un día a cierta ciudad bajo sus dominios en donde no había lugares suficientes para hospedar a su numerosa comitiva, por lo cual hubo de dividir a su gente y él mismo fue a pedir posada a la casa de un caballero, vasallo suyo, quien tuvo gran contento en recibirlo y sintióse tan honrado que lo colmó de atenciones y regalos, con el auxilio comedido y regocijado de su mujer y sus hijos.

El diablo, que aconseja al hombre los mayores desatinos, puso un mal pensamiento en la cabeza de Saladino para que olvidase sus deberes de huésped y se enamorase de aquella dueña como no debía.

Perturbado con sus malos pensamientos, el sultán no atinaba a concebir un plan para cumplir su capricho, sin que el caballero su vasallo se ofendiese ni le estorbase. Por lo tanto, se decidió a pedir consejo a sus allegados. (Al llegar a este punto, Patronio advierte a todos los consejeros que una de sus obligaciones es la de rogar a Dios para que su señor no haga nada malo).

No faltó un astuto cuyo consejo le vino al sultán como anillo al dedo y a toda prisa lo puso en práctica: hizo muchos y valiosos regalos al caballero y a su familia, luego le designó mayores y criados y al cabo de unos días lo mandó a desempeñar cierta comisión a una provincia lejana.

Para evitar suspicacias, desde que Saladino concibió su mal pensamiento habíase mudado a otro lugar, pero en cuanto se marchó el esposo de la dueña, feliz y confiado por el apoyo y la amistad de su señor, mandó a avisar que compartiría la mesa de sus favorecidos ese mismo día. La dueña y sus hijos tuvieron gran alegría y atendieron al sultán con mucho placer y contentamiento. Terminada la comida el sultán se fue a su recámara y mandó por la señora y ella, pensando que necesitaba algo, acudió con premura. Ya solos, Saladino le dijo que la amaba mucho. Ella lo entendió pero hizo como que no había entendido y díjole que pedía a Dios por su vida y su felicidad, en agradecimiento por las muchas mercedes que él hiciera a ella y a su marido. El sultán insistía y ella volvía a sus razones hasta que, perdida la paciencia, Saladino le habló con toda claridad.

Sin alterarse ni perder la compostura, más bien con toda naturalidad, como había actuado hasta ahora, ella le hizo ver que sólo era una mujer, pequeña cosa, y bien entendía que pudiera ser su amor verdadero; pero también sabía que cuando los hombres se sienten atraídos por una mujer, suelen ofrecerles cumplir cuanto ellas quisieren, pero, una vez conseguido lo que buscan, hacen escarnio de la que ha cedido y aún la desprecian. "Y yo, señor, recelo que esto mismo pasaría conmigo".

Como Saladino insistiera mucho y le reiterarse todas sus promesas, ella dijo que accedería, con la condición de que le dijese cuál es la cosa mejor que puede haber en el hombre en sí y que es la madre y cabeza de todas las bondades.

Saladino se puso a cavilar por un buen rato y no hallaba la respuesta. Al fin dijo que pediría consejo y ella se apresuró a prometer que esperaría el tiempo que fuese necesario y que, cuando él respondiera a su pregunta, ella haría todo cuanto él mandase.

Consultados los sabios de Saladino, ninguno acertaba con la respuesta y así pasaron muchos días hasta que, impaciente, el sultán decidió buscar el consejo de los hombres más sabios del mundo y, haciéndose acompañar de dos juglares y fingiendo él mismo ser uno de ellos, partió directamente a ver al Papa. No encontró la respuesta que buscaba. Fuése a ver al rey de Francia. Tampoco. Acudió a ver a otros reyes y sabios. Nada.

Había pasado tanto tiempo Saladino peregrinando en busca de la respuesta, que ya estaba arrepentido de lo que había comenzado. Pero sabía también que no podía quedarse a la mitad del intento, sin mengua de su honor y su prestigio.

Un día se toparon con un cazador en el monte, dichoso porque había cobrado un ciervo. El cazador era también el escudero de su padre, un caballero tan anciano que ya había perdido la vista y tampoco podía caminar, pero cuya sabiduría era bien conocida en toda aquella tierra. Contento de ver a los juglares y pensando en festejar su buena caza, el muchacho los invitó a compartir su buena suerte en el hogar. Dijéronle los juglares (porque Saladino no descubrió su identidad) que no podrían ir con él, porque ya pensaban regresar a su país al cabo de andar durante mucho tiempo en el extranjero buscando una respuesta que no pudieron hallar. "Si mi padre no la sabe, es que no la sabe ningún hombre en el mundo", les aseguró el muchacho. Persuadióse Saladino y allá fueron todos, a casa del caballero sabio.

Este reconoció a Saladino por la voz y porque le debía muchos favores, pero nada dijo de esto, sino que los invitó a comer y luego los jugadores cumplieron con su oficio. De sobremesa, Saladino repitió al anciano la pregunta: "¿Cuál es la cosa mejor que el hombre puede tener en sí y que es la madre y cabeza de todas las bondades?" El viejo caballero respondió sin titubear: "Os digo que la mejor cosa que el hombre puede tener en sí mismo y que es madre y cabeza de todas las bondades, es la vergüenza; ya que por vergüenza sufre el hombre la muerte, que es la cosa más grave que puede suceder; y por vergüenza el hombre deja de hacer todas las cosas que no parecen bien, por muchas ganas que tenga de hacerlas y, así, la vergüenza es principio y fin de todas las bondades y la desvergüenza es la causa de todas las malas acciones".

Reinó gran alegría en toda la ciudad al regreso de Saladino, y cuando entró en la casa de la esposa buena y fiel fue recibido con la misma alegría y el mismo gusto que antes y, como sucedió la última vez, después de la comida Saladino entró a la recámara y envió por la señora. En cuanto ella entró, el sultán quiso cobrar por adelantado, atenido a que ya tenía la respuesta, pero ella le pidió que primero se la dijese. Al oírla se puso la dama muy contenta y le rogó que, como rey, contestara a la siguiente pregunta: "¿Pensáis que hay en el mundo un hombre mejor que vos?"

Saladino respondió que no.

Entonces la señora se postró de rodillas ante el sultán y le dijo con toda la firmeza de que era capaz: "Señor, acabáis de decirme dos muy grandes verdades: que sois el mejor hombre del mundo; la otra, que la vergüenza es la cosa mejor que el hombre puede tener en sí. ¡Entonces, señor, si sois el mejor hombre del mundo, os pido que, por favor, tengáis vergüenza de lo que decís!"

Saladino no sólo entendió cabalmente la indirecta, sino que su estimación por la señora virtuosa creció hasta las nubes y ordenó el regreso del marido. A partir de entonces concedió más bienes y favores a toda la familia, y a sus buenos vecinos.

En cierta villa de la vieja España vivía un moro honrado que, sin tener riquezas, vivía decorosamente de su poca hacienda. Ayudábale en todo su hijo, muchacho de muchas prendas y carácter firme.

En la misma villa vivía otro moro ciertamente rico, padre de una muchacha tan enrevesada de carácter, tan fuerte y tan brava, que ninguno de los mozos quisiera casarse con aquel diablo.

Un día, el muchacho pobre dijo a su padre que no avizoraba ningún porvenir en aquel pueblo y, por lo tanto, sentíase orillado a partir en busca de otros horizontes. Quizás —reflexionó—, el único motivo para quedarse sería el de que la muchacha levantisca quisiera casarse con él.

Al borde del desmayo, el padre dijo que era una locura pensar en pasar el resto de su vida con una mujer de tan mal talante y tan reacia a soportar una rienda, jamás contribuiría él a la desgracia de su hijo por la vía de un matrimonio tan mal avenido como sería el de cualquier hombre con un demonio como lo era aquella muchacha.

Es posible que la negativa y las razones del padre hubieran despertado, a su vez,

la terquedad del hijo, porque resulta que éste no sólo insistió en mantener su punto de vista, sino que ahora rogaba con gran vehemencia a su progenitor que le concertara tal matrimonio. Finalmente, el hombre no tuvo más remedio que acceder a los ruegos del muchacho, pensando que tal vez sería más triste para él dejarlo partir a tierras desconocidas.

Fuese a ver al otro moro, con quien llevaba una buena amistad, pero tanto le sorprendió a aquel la pretensión del moro pobre que en nombre de esa misma amistad le negó la mano de la muchacha, diciéndole que todo el mundo en el pueblo sabía que su hija era capaz de darle una tunda al más fuerte y al más valiente de los mozos de la aldea. El moro pobre porfió y el otro mantenía su negativa: "Por Dios, amigo, que si yo consintiera en tal matrimonio no sólo estaría faltando a la amistad contigo, sino que sería como condenar a muerte a tu muchacho, porque valdría más que se muriera, en vez de casarse con una muchacha tan atrabancada como mi hija".

Como el padre del joven volvió a rogar, el otro le dijo que por lo visto no entendía que la negativa no era por contrariarlo, sino para evitarle un mal, "pero tanto porfías que con mucho gusto daré mi hija a tu muchacho, como se la daría a cualesquiera otro que me la pidiese".

Se hizo la boda y, como era costumbre en aquel pueblo, los padres y parientes de los novios aderezaron la cena y los dejaron solos, pensando que al día siguiente hallarían al novio o muerto o muy malherido a golpes.

Desde que se quedaron solos sentáronse a la mesa y, el novio, mirando a todas partes a su alrededor, se fijó en su perro y le ordenó: "Dame agua para las manos". Repitió la orden y el animal no se movió, por lo que el muchacho tomó su espada y tras de corretear al animal por todo el cuarto lo dejó hecho trizas, ensangrentando las paredes y muebles.

Sentóse de nuevo con la espada en el regazo y con el ceño fruncido, mirando a su alrededor. Fijóse ahora en un ganso y ordenóle: "Dame agua para las manos". El ganso no se movió y el joven lo reprendió, furioso: "¿Cómo, traidor, te pido agua para lavar mis manos y no me obedeces?"; y poniéndose de pie muy enojado agarró al animal por las patas y lo golpeó contra la pared muchas veces hasta que se deshizo en pedazos. La esposa pensaba que se había vuelto loco y comenzó a sentir miedo.

Volvió a su lugar el muchacho y otra vez recorrió el cuarto con la vista. Tenía el gesto terrible y no quedaba nadie vivo, excepto su mujer, pero al pasar la mirada por la puerta entreabierta vio a su caballo y al punto le gritó la orden: "Dame agua para las

manos". El bruto no obedeció y entonces el recién casado gritóle, furioso: "¿Cómo, don caballo, y piensas tú que por ser el único que tengo no habré de castigarte por desobediente? En esta casa se hace lo que yo mande o hago al desobediente lo mismo que he hecho hasta ahora". Y diciendo y haciendo: de un formidable tajo cortó la cabeza al cuaco y continuó dando mandobles y estocadas hasta convertir en tiras al noble bruto.

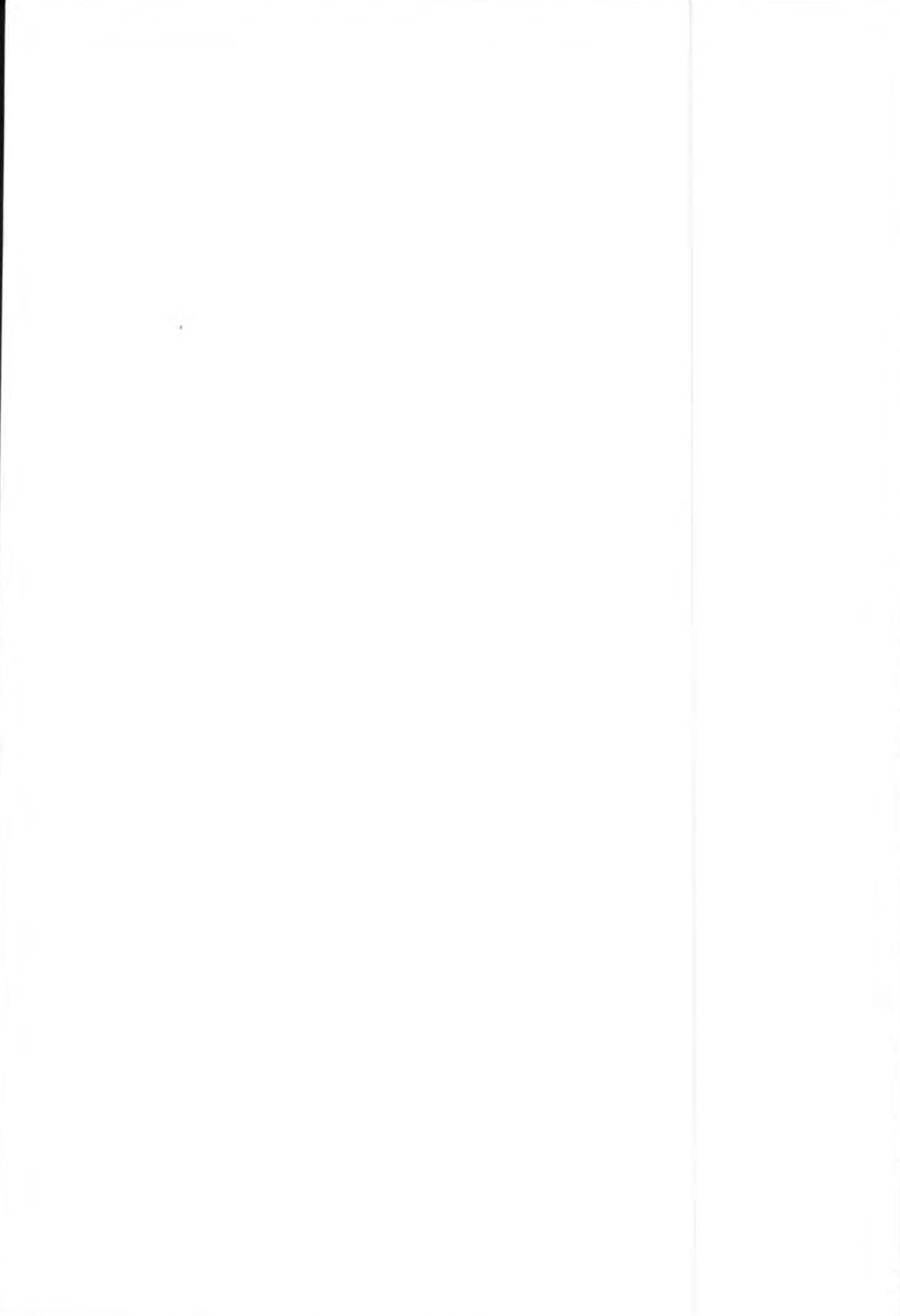
Al verlo así, bravo y sañudo, y dispuesto de verdad a castigar a todo aquel que no hiciera lo que el hombre mandare, la mujer tuvo miedo, y más cuando su marido volvió a sentarse, cubierto de sangre y jurando que mataría mil hombres, mil caballos y mil mujeres si no hicieren pronto cuanto él mandase. Todavía con la espada en la mano y mirando sañudo a su mujer, le ordenó: "Dame agua para las manos".

La muchacha se levantó de prisa y le trajo agua para lavarse. Cuando hubo terminado, él dijo: "Gracias a Dios que hiciste lo que te mandé, porque de otro modo te hubiera pasado lo mismo que a los otros". Pidió luego de cenar y fue obedecido de inmediato. Acabada la cena dijo a su mujer: "Con tantos corajes como hice me siento cansado. Voy a dormir y no quiero que nadie me despierte. Cuando me levante, tenme un almuerzo bien adobado".

A la mañana siguiente, los padres de los novios y otros parientes asomábanse a la casa esperando ver al novio muerto. Crecieron los temores al ver las paredes ensangrentadas y más cuando por fin apareció la novia sola quien, moviéndose con sigilo les dijo: "¿Estáis acaso locos? Idos pronto de aquí y no hagáis ruido, porque podríais despertarlo y entonces todos seremos muertos".

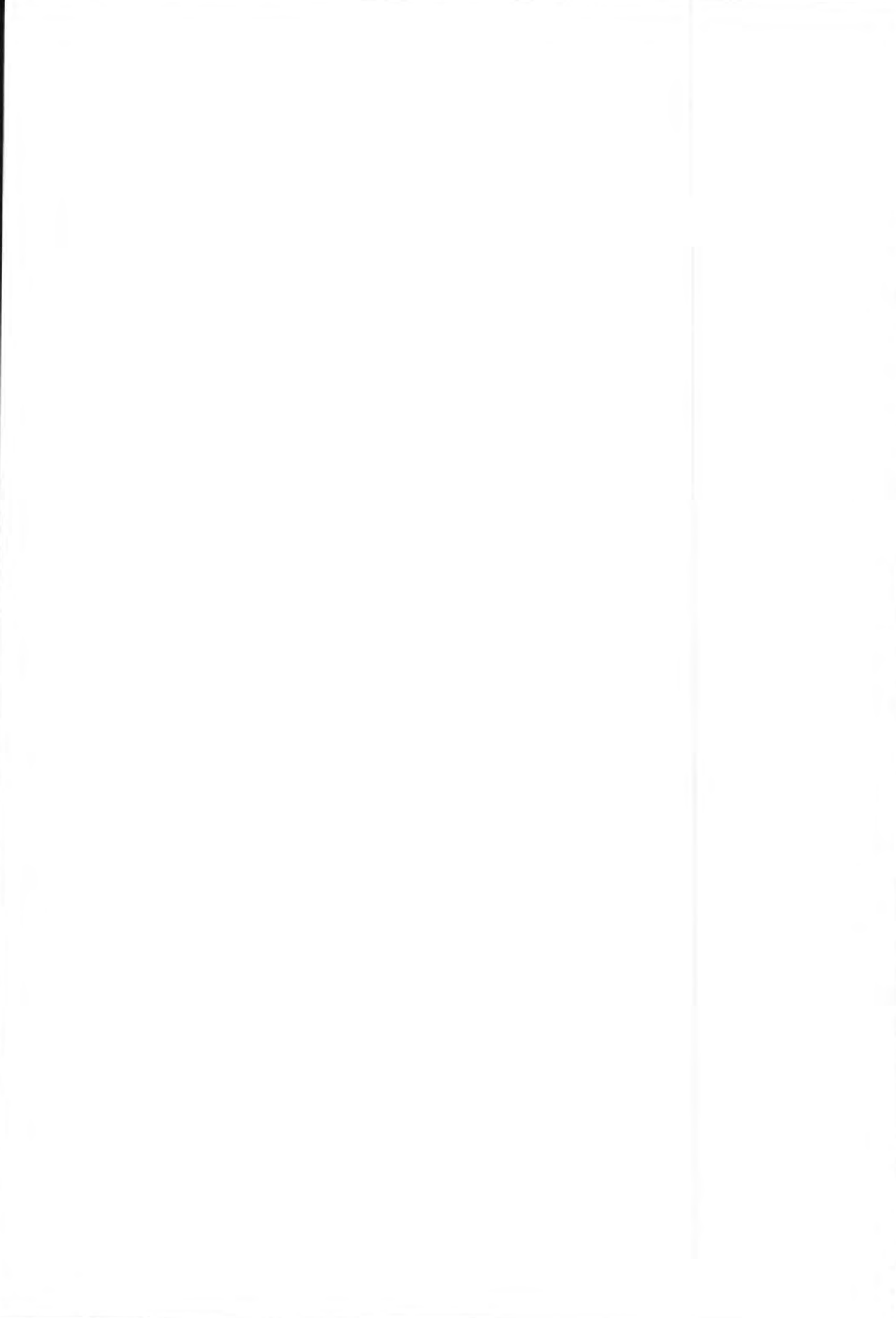
Al oír esto, los padres y los demás parientes quedaron maravillados y mirábanse unos a otros desconcertados, hasta que de allí a poco supieron la historia de esa primera noche y miraban que los nuevos esposos entendíanse muy bien y amábanse lo suficiente, pues la mujer mostrábase feliz de ser obediente y sentirse justamente apreciada.

Iban tan bien las cosas entre ellos, que un día el padre de la muchacha mató un caballo fingiendo enojo y firmeza de carácter, y reclamando obediencia a su esposa, quien muy altiva le dijo: "No, don fulano, esto hubieras hecho al principio, como ellos hicieron, que ahora ya te conozco demasiado y no podrás impresionarme".



XIX

El Amor del Hombre
Hacia Dios



¿Cómo es el amor del hombre hacia su Dios? Un exaltado misticismo adueñóse de conciencias iluminadas en el mundo cristiano de aquellos tiempos, y se produjeron obras de arte poético y en prosa independientes de la Teología, que ya había llenado muchas páginas de la literatura cristiana occidental.

Las que siguen son algunas de las obras místicas más celebradas de aquella época, en la cuales se expresa el amor del hombre hacia Dios.

El beato Juan de Avila pasó de panzaso el Siglo XV, pues nació en el primer año del Siglo XVI en Almodóvar del Campo. Fue hijo de Alonso de Avila y de Catalina Xixona. Estudió Derecho en Salamanca y Artes y Letras en Alcalá de Henares. Se ordenó sacerdote en 1525 y repartió sus bienes a los pobres con el propósito de marchar como misionero al nuevo mundo, pero el Arzobispo Manrique lo disuadió y entonces quedóse a predicar en Andalucía.

Realizó tareas de evangelización en Ecija, Baeza, Montilla, Córdoba y otros, "por donde corrió la fama de su talento y su santidad", según nos cuenta Pepa Canellada. Como estaba de moda, también él fue encarcelado por la Inquisición bajo la sospecha de tener ideas luteranas. Como es bien sabido, la Inquisición fue creada por los jefes de la iglesia católica, desde siglos antes de que naciera Lutero, para impedir que las personas pensaran por su cuenta, delito que se castigaba con la prisión, con el garrote, o haciendo barbacoa en la plaza pública con el infeliz acusado.

Estando en Mantilla, recibió el libro biográfico de Santa Teresa, con la súplica de que lo revisara y emitiera una opinión sobre su contenido y estilo. Entre los discípulos del beato Alonso Xixona figuran nada menos que fray Luis de Granada y fray Juan de Dios. Entre la clerecía se le conoce como "el Apóstol de Andalucía". Murió en 1569.

Su obra más conocida es un Comentario al Salmo 44, que tituló: "Audi, filia, et

vide'', dedicado por el autor ''a doña Sancha Carrillo, hija de los señores de Guadalcázar, en Ecija, a la que inclinó a la vocación religiosa''

AUDI. FILIA. ET. VIDE

Antes de que clamemos nos oye el Señor

Y por que veáis cuán verdad es que oye el Señor los gemidos que le presentamos, oíd lo que dice el mismo Señor por Isaías: ''Antes que clamen, yo los oiré'' ¡Oh bendito sea tu callar, que de dentro y de fuera el día de tu prisión callaste: de fuera no maldiciendo, no respondiéndole; y en lo de dentro, no contradiciéndole; más aceptando con mucha paciencia los golpes y voces, y penas de tu pasión, pues tanto habló en las orejas de Dios que antes que hablemos seamos oídos!

Y esto no es maravilla porque, pues siendo nada tú nos hiciste; y antes que lo supiésemos pedir, nos mantuviste en el vientre de nuestra madre, y fuera de él, y antes que pudiésemos conocer lo que tanto nos cumplía, nos diste adopción de hijos, gracia del Espíritu Santo en el santo bautismo; y antes que muchos pecados nos derribasen, tú nos guardaste; y cuando caímos por nuestra culpa, tú nos levantaste y buscáste-nos, sin buscarte nosotros; y lo que más es, antes que naciésemos ya eras muerto por nos, y nos tienes aparejado tu cielo, no es mucho que de quien tanto cuidado has tenido, antes que lo tuviesen de ti, lo tengas en esto, que, viendo tú lo que tenemos menester, nos lo des, no esperando a que nos cansemos en te lo pedir, pues tu te cansaste tanto en pedirlo y en ganarlo por nos. ¿Qué te daremos, ¡oh Jesús benditísimo!, por este callar que callaste, y qué te daremos por estas voces que diste? Pluguese a tu infinito amor que tan callados estuviésemos al ofenderte, y sufrir de buena gana lo que de nos quisieres hacer, como si fuésemos muertos; y tantas voces de tus alabanzas te pudiésemos dar, y tan vivos estuviésemos para ello, que ni nosotros, a quien redimiste, ni cielo, tierra, ni debajo de tierra, con todo lo que en ellos está, nunca cesásemos de con infinitas fuerzas y grande alegría contar tus loores''.

Para muestra es suficiente. El clero le llama ''predicador sagrado'' y su misión es la de mover los sentimientos de los fieles hacia la compasión por el Crucificado, y despertar la imaginación popular sobre una imagen antropomorfa de la divinidad superior, que para nuestra mala fortuna está allá muy lejos, en los cielos tachonados o en el azul infinito.

La prédica de Juan de Avila continúa con una segunda parte titulada: ''Dios se huelga de oírnos'', y una tercera parte sobre el tema: ''La Mirada de Dios Sobre Nosotros'', misma que termina diciendo: ''Dos cosas tenemos en nos: una que hicimos

nos; otra que hizo Dios. La primera es el pecado; la segunda nuestro cuerpo y ánima, y cuanto bien en ellos tenemos''.

Para que no falte el elemento atemorizador, este predicador carmelita del Siglo XVI termina con un argumento titulado: ''Dios mira con amor a los hombres, su hechura; y con ira a nuestra hechura, que es el pecado''.

Si hablamos del amor a Dios, no podemos pasar por alto el pensamiento de Diego de Ballesterio, un navarro de la Orden de San Francisco, que adoptó el nombre de Diego de Estella al tomar el hábito, porque Estella es el nombre de la ciudad en donde nació, en el año de 1523. Como muchos clérigos de su tiempo, estudió en Salamanca y escribió varias obras, todas ellas impregnadas del misticismo exaltado de la época.

Se considera que su mejor escrito es: ''Meditaciones devotísimas del amor de Dios'', compuesto de cien capítulos, de los cuales copiaremos uno. Murió en 1578.

Meditación LXXV.

De las propiedades del amor de Dios.

¿Qué lengua, Señor, bastará para decir la virtud grande, efectos maravillosos y propiedades excelentísimas de tu divino amor? San Lucas dice que fueron perdonados a María Magdalena muchos pecados porque amó mucho. Muchas lágrimas derramó aquella santa penitente; con gran cuidado te buscó en casa del fariseo; diligente fue en negociar la salud de su alma; no dilató la conversión ni dejó para adelante la penitencia; no estuvo ociosa en tu presencia la que con preciosos unguentos ungió tus sagrados pies y los regaba con sus lágrimas y los enjugaba con sus cabellos; pero todas estas buenas obras ni otras mayores, no fueran bastantes para alcanzar el perdón de los pecados sin el amor divino. Aunque hiciera todos estos bienes, si no te amara no le fueran perdonados sus pecados. El amor de Dios perdona los pecados, y la contrición donde se halla remisión de pecados va acompañada del amor de Dios; pues ha de ser, por la ofensa que el pecador hizo a Dios, más amado que todas las cosas, la cual contrición perdona la culpa, y de hijos de perdición nos hace hijos de Dios y herederos de la gloria, y todo esto por virtud del santo amor.

Todas cuantas buenas obras hay, se pueden hacer estando en pecado mortal, excepto amar a Dios sobre todas las cosas, porque amar a Dios y vivir en mal estado es imposible. El amor de Dios lanza fuera el pecado, expele la culpa, perdona la ofensa, reconcilia nuestra alma con Dios, hácela su esposa y amiga, ábrele las puertas del

cielo, enriquecéla con tesoros inestimables y abrázala con Jesucristo, el cual dice "Yo amo a los que me aman". El que ama a Dios es de El amado, y si es Dios amado, ¿cómo no es su amigo?

Hablar por lenguas de hombres y angeles, saber todas las ciencias, dar toda la hacienda a los pobres y entregar su cuerpo a fuegos, bestias bravas, espadas, cuchillos y cruel muerte, todo es nada sin el amor de Dios. No hace al mártir el martirio, sino la causa de él. El amor le hace mártir santo y éste es el que le da la corona y premia sus trabajos, porque donde no hay amor de Dios no hay mérito de gracia, ni gloria, ni premio de bienes eternos. Con él vive nuestra alma vida de gracia, es amada de Dios, temida de los demonios, acatada de los ángeles, heredera del cielo y participante de los bienes de todos lo que temen a Dios, según aquello del Salmo: "Participante soy, Señor, de todos los que te temen y guardan tus mandamientos". El es de quien dice San Pedro que cubre la multitud de los pecados y con él es el alma rica, hermosa, fuerte, graciosa y llena de todos los bienes, así como sin él es muerta, fea, triste, aborrecida de Dios, abominable a todo el mundo, cautiva de los demonios y despreciada de todas las criaturas. Con este santo amor es llena de bienes, y sin él llena de todos los males y hecha vil y miserable.

Hace el santo amor fervientes nuestras buenas obras, porque así como el calor levanta la sustancia donde está, como se vé en el fuego que sube a lo alto las centellas inflamadas y levanta el agua hirviente, así el verdadero y divino amor hace subir los deseos de nuestra alma al amor de las cosas celestiales y levantarse de estas cosas inferiores. Es comparado al fuego, el cual es más activo y de mayor fuerza y vigor que los otros elementos y por eso de mayor perfección, y así el verdadero amor es de tanta virtud, que no sólo hace a los hombres y a los ángeles subir a Dios, excediendo a sus naturalezas humana y angélica, pero al mismo Dios hace bajar de su naturaleza, descendiendo con las criaturas por el amor que les tiene. El fuego de su naturaleza junta las cosas que son del mismo género y aparta las que son de diverso género, como vemos en el oro, que cuando lo queremos purificar, lo echamos en el fuego, donde se aparta la escoria y se apura el oro, juntándose todo. Así el amor procura semejanza apartando lo que no es semejante, porque jamás amó uno a otro que no fuese por semejanza antecedente o consecuentemente procurada, y esto hace el amor divino: que habiendo los hombres pecado, quita lo desemejante, que es la culpa, y apártala del alma, quitando de ella la escoria y convirtiendo en humo el mal azoque del pecado y volviendo al alma hecha a la imagen de Dios a su primera hermosura y ser y semejanza que tiene con Dios.

Es el amor orgulloso como fuego, porque donde quiera que está se echa de ver y nunca se ha visto que uno disimule con el fuego que tiene en el pecho, y cuando su pa-

ciencia fuese tal que lo pudiese disimular, el humo lo manifestaría. Lo mismo hace el amor donde está, el cual no se puede encubrir por mucho que quiera disimular el amante. Por los resquicios de las puertas se manifiesta la luz del fuego que está dentro. Propiedad es del fuego volverse a su esfera y subir a lo alto, lo cual hace el santo y buen amor levantando nuestros corazones y subiendo nuestras almas a su esfera celestial, para donde fueron criadas. Llévanos a Dios y vamos a El no andando sino amando, al cual tanto tendremos más preferente cuando fuere más puro el amor con que a El vamos.

Amar a Dios es llegarse a El y entrar y gustar cuán suave es el Señor. El verdadero amor de Dios no consiente medio entre él y entre Dios, y va a su amado con gran vehemencia, inmediatamente, y no descansa hasta que pasando por todo llega al amado. El que es herido de la saeta del amor, piensa que todos hablan de su amado y que todos entienden su lenguaje y piensan y tratan de lo que él trata y piensa.

Cuando la gloriosa María Magdalena buscaba al Señor en el sepulcro, dijo al mismo Redentor no conociéndole: "Dime si tú le llevaste". No dice lo que busca, ni se declara, porque el que ama cree que todos tratan de lo que él trata y busca lo que él busca. De esto es también testigo la Esposa en los Cantares cuando dice: "Conjuroos, hijas de Jerusalén, que me digáis dónde está mi Amado". No le nombra ni dá señas, porque el amor quiere que todos adivinen y entiendan sus cifras. Parecía que todos sabían lo que buscaba, y que todos entendían lo que decía y que no hablaban de otra cosa, por lo cual no se ha de mirar en esto que la Esposa dice a las palabras, sino a los efectos, porque no ama con lengua y boca, sino con la obra y verdad.

El amor habla, y el que quiere entenderle es menester que ame, porque el pecho frío no puede recibir las palabras encendidas del amante, como el que no sabe latín no entiende al que habla la lengua latina, así es bárbaro el lenguaje del amor al que no ama. Tiene el amor su propio lenguaje y estilo de hablar, y ni Demóstenes ni Tulio son tan elocuentes oradores en hablar del amor, como el verdadero amante. Explica sus conceptos con razones imperfectas y cortadas, quiere con medias palabras ser entendido y que estén todos donde él está y que sientan lo que siente, porque cree que están en su pensamiento y que no tratan otra cosa sino de lo que él trata.

También dan testimonio de esto aquellos reyes orientales, los cuales, como amaban a Dios y ardía en sus santos pechos el divino amor, cuando llegaron a Jerusalén preguntaron dónde estaba el que nació rey de los judíos, por lo que les pareció que en aquella ciudad no se trataba de otra cosa sino de lo que ellos trataban y que todos podían responder a su pregunta.

Propiedad es también de amor ser desconfiado, congojoso y muy solícito y por eso Santa María Magdalena, con las otras devotas mujeres, vinieron la mañana de la Resurrección del Señor a unguir su santo cuerpo. Casi cien libras de mirra y áloes trajo Nicodemo para este efecto, y perfecta y muy cumplidamente estaba unguido el cuerpo del Señor, y todo con esto, viene la Magdalena con unciones, porque el verdadero amante no se fía de nadie, y parecele que no se hace nada si él no pone la mano y lo que sobra le contenta, y aún no queda contento. Aquella mujer sunamita no se fió de ninguno de su casa, pero ella misma en persona vino a Eliseo porque resucitase al hijo muerto que mucho amaba. Toda diligencia ajena, por grande que fuese, le parecía a ella, muy perezosa, porque de veras amaba.

Es muy desconfiado el amor y muy atrevido, por el amor de lo cual se ofrece la Magdalena que llevará el cuerpo del Señor difunto, no temiendo la ira de los fariseos, ni el peligro en que se pone, ni considerando el peso del cuerpo muerto y sus flacas fuerzas, porque el amor no teme, no considera, y ninguna cosa tiene por imposible, y todo le parece fácil y ligero. Por lo cual el Apóstol dice:

“La caridad todo lo sufre, todo lo sustenta, todo lo cree y en todo espera”

TERESA DE AVILA

Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Gotarrendura, pueblecillo de Avila, España, en el año de 1515. Eso queda en Castilla la Vieja.

Muy niña escapó del hogar paterno y en la fuga se llevó a su hermano Rodrigo. Llevaban el propósito de meterse a tierra de moros para morir allí y alcanzar así la corona del martirio. Eran los años de la reforma protestante y los españoles han sido siempre católicos fanáticos, en las tierras a donde no llegó la dominación árabe.

Gustaba de las galas femeninas y disfrutaba mucho leyendo libros de caballerías.

A los 19 años profesó en el Convento de las Carmelitas de la Encarnación, de Avila, y en 1562 fundó en la misma provincia el primer convento de San José de Carmelitas Descalzas, con sólo cuatro novicias. Por envidias y malos entendidos entre las órdenes de calzados y descalzos, Teresa tuvo muchos problemas y sufrió persecuciones y disgustos. Incluso, estuvo encerrada en la cárcel del convento de la orden de los calzados, en Toledo, por orden de la Inquisición. El nuncio papal, monseñor Segá, la llamó “fémmina inquieta y andariega”.

Fundó diecisiete conventos y para ello hubo de recorrer los polvorientos caminos de Castilla y Andalucía en carreta o a lomo de mula. Dice Maria Josefa Canellada que

“tenía la imaginación viva, inteligencia clara, y un habla graciosa que conquistaba a los que la trataban”.

Se dice que escribió su biografía y algunos poemas por orden de su confesor. Según su saber y entender, luchó desde el claustro contra la herejía. Escribió en una ocasión a sus monjas: “Viendo (Dios) tan grandes males y que fuerzas humanas no bastan a atajar el fuego de estos herejes, y que iba tan adelante, me pareció que es menester como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido la tierra y, viéndose el señor de ella apretado, se recoge a una ciudad, que hace muy bien fortalecer. Y pues para lo uno ni para lo otro no valemos nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por Él”. (“Camino de perfección”).

Fue don Rafael Mejía y Velázquez el primero en donar una casa para que Teresa de Avila comenzara su larga fila de fundaciones en Duruelo, hasta donde llegó a lomo de mula acompañada de una monja y del Padre Julián Dávila. Después la ayudaría en sus trabajos religiosos fray Juan de la Cruz y otros carmelitas.

Además de su Vida, escribió el Castillo Interior o Las Moradas, donde sostiene que el alma es un castillo interior o la morada en donde vive Dios. Murió en Alba de Tormes, el 4 de octubre de 1582.

Su vida, lo mismo que la de San Juan de la Cruz y el beato Juan de Avila (el Trío Avileño), es un ejemplo del amor del amor hacia Dios. Y aquí es necesario recordar el pensamiento de San Juan Evangelista, en el sentido de que Dios nos amó primero.

VIVO SIN VIVIR EN MÍ

Vivo sin vivir en mí,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,
Después que muero de amor:
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí,
Cuando el corazón le di
Puso en él este letrado:
Que muero porque no muero.

Esta divina prisión
Del amor con que yo vivo
Ha hecho a Dios mi cautivo,
Y libre mi corazón;
Y causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
Esta cárcel, estos hierros
En que el alma está metida
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga;
Quíteme Dios esta carga
Más pesada que el acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza;
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte,
Venga ya la dulce muerte,
El morir venga ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
Que es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva;
Muerte, no me seas esquivo;
Viva muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida ¿qué puedo yo darte
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es el perderte a ti
Para merecer ganarte?
Quiero muriendo alcanzarte,
Pues tanto a mi amado quiero,
Que muero porque no muero.

JUAN DE LA CRUZ

La poesía mística de Juan de la Cruz rebasa las fronteras de la exaltación, pero algunos de sus poemas están preñados de figuras cuya delicadeza se eleva a las alturas de lo sublime. Un buen observador notará el bruñido del acabado en ciertas estrofas, pero al hacerlo estará profanando la limpidez de la idea y la frescura del pensamiento del autor.

Juan de Yepes es un producto genuino de la España del cristianismo patrio, y su misticismo se acrecienta con la estrecha relación que mantiene, a lo largo de su vida, con su coetánea Teresa, quien lucha a su modo para contener el avance de la herejía y lo estimula en su propósito de reformar hacia adentro a la Orden de los Carmelitas.

El poeta místico nació en 1542 en Fontiveros, por lo cual él también es de Avila. En 1551 su familia se traslada a Medina del Campo y con ella va el muchacho quien, terminados sus primeros estudios, ingresa al Colegio de los jesuitas y cursa Humanidades bajo la dirección del Padre Bonifacio.

En 1563 se recluye con los carmelitas en la misma ciudad y entre ellos adopta el nombre de Juan de Santo Mathía. Al año siguiente se inscribe en la Universidad de Salamanca y en julio de 1567 recibe las órdenes sacerdotales.

Un año después pone en práctica sus ideas reformadoras de la Orden en la rama de varones, en tanto que Santa Teresa lo hace entre las monjas. Es en este año cuando cambia su nombre adoptivo por el de Juan de la Cruz, precisamente el 28 de noviembre. Tal vez por sus ideas reformistas es recluido en la cárcel conventual de los

carmelitas calzados, en Toledo, de donde escapa en la Octava de la Asunción en 1578 y lo nombran Superior Vicario del Convento del Calvario, en Jaén. Murió en Ubeda, en diciembre de 1591

Es sencillamente deliciosa, y envuelta en una dulce sutileza, la forma en que Juan de la Cruz recurre a los elementos de la naturaleza circundante para entablar un diálogo amoroso entre Dios y su esposa, ambos dentro del hombre mismo.

Mérito grande éste de desarrollar un tema tan hermoso, sin manosear dogmas, ni misterios.

COPLAS DE EL ALMA QUE PENA POR VER A DIOS

Juan de la Cruz

Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero
muriendo, porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de él vivir,
y así es continuo morir
hasta que viva contigo.
Oye, mi Dios, lo que digo,
qué esta vida no la quiero;
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
aún de alivio no carece,
que en la muerte que padece,
al fin la muerte le vale
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,
pues, si más vivo, más muero?

Cuando me empiezo a aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar,
todo es para más penar,
y mi mal es tan entero
que muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor,
viviendo en tanto pavor,
y esperando como espero,
muérome porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que muero por verte,
y de tal manera espero
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios!, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero
vivo ya porque no muero?

(Bruguera Libro Clásico, San Juan de la Cruz, Poesías completas, 1981).

ROMANCES SOBRE EL EVANGELIO
"IN PRINCIPIO ERAT VERBUM",
ACERCA DE LA SANTISIMA TRINIDAD
(Fragmento)

Juan de la Cruz

DE LA CREACION.

III

— Una esposa que te ame,
mi Hijo, darte quería,
que por tu valor merezca
tener nuestra compañía,
y comer pan a una mesa
del mismo que yo comía,
porque conozco los bienes
que en tal Hijo yo tenía,
y se congracie conmigo
de tu gracia y lozanía.

— Mucho lo agradezco, Padre,
—el Hijo le respondía—:
a la esposa que me dieres
yo mi claridad daría,
para que por ella vea
cuánto mi Padre valía,
y cómo el ser que poseo
de su ser lo recibía.

Reclinarla he yo en mi brazo,
y en tu amor se abrasaría,
y con eterno deleite
tu bondad sublimaría.

IV

— Hágase, pues —dijo el Padre—,
que tu amor lo merecía.
Y en este dicho que dijo,
el mundo criado había.

Palacio para la esposa,
hecho en gran sabiduría,
el cual en dos aposentos,

alto y bajo, dividía.

El bajo de diferencias
infinitas componía:
más el alto hermoseaba
de admirable pedrería.

Porque conozca la esposa
el Esposo que tenía,
en el alto colocaba
la angélica jerarquía;
pero la natura humana
en el bajo la ponía,
por ser en su ser compuesta
algo de menor valía.

Y aunque el ser y los lugares
desta suerte los ponía,
pero todos son un cuerpo
de la esposa que decía:

Que el amor de un mismo Esposo
una esposa los hacía.

Los de arriba poseían
al Esposo en alegría;

los de abajo en esperanza
de fe que les infundía,
diciéndoles que algún tiempo
él los engrandecería,

y que aquella su bajeza
él se la levantaría,
de manera que ninguno
ya la vituperaría;

porque en todo semejante
él a ellos se haría,
y se vendría con ellos,
y con ellos moraría:

y que Dios sería hombre,
y que el hombre Dios sería,
y que trataría con ellos,
comería y bebería;

y que con ellos continuo
él mismo se quedaría
hasta que se consumase

este siglo que corría,
cuando se gozaran juntos
en eterna melodía;
porque él era la cabeza
de la esposa que tenía,
a la cual todos los miembros
de los justos juntaría,
que son cuerpo de la esposa
a la cual él tomaría
en sus brazos tiernamente,
y allí su amor le daría;
y que así juntos en uno
el Padre la llevaría,
donde del mismo deleite
que Dios goza, gozaría;
que, como el Padre y el Hijo
y el que de ellos procedía,
el uno vive en el otro,
así la esposa sería,
que, dentro de Dios absorta,
vida de Dios viviría.

(Bruguera Libro Clásico, San Juan de la Cruz, Poesías completas, 1981).

CANCIONES ENTRE EL ALMA
Y EL ESPOSO (CB)

Juan de la Cruz

ESPOSA

1

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huíste
habiéndome herido;
salí tras tí clamando y eras ido.

2

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,

si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

3

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

4

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!,
¡Oh prado de verduras
de flores esmaltado!,
decid si por vosotros ha pasado.

5

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura;
y, yéndolos mirando,
con sólo su figura
vestidos los dejó de hermosura.

6

¡Ah!, ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero
que no saben decirme lo que quiero.

7

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,

y todos más me llagan
y déjame muriendo
un no se qué que quedan balbuciendo.

8

Mas, ¿cómo perseveras,
¡oh vida!, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?

9

¿Por qué, pues, has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

10

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos,
y sólo para tí quiero tenellos.

11

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

12

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados

formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

13

¡Apártalos, Amado
que voy de vuelo!

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma

14

Mi Amado las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las insulas estrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,

15

la noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora

16

Cazadnos las raposas,
questá ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montiña.

17

Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran tus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

18

¡Oh ninfas de Judea!,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

19

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
más mira las compañías
de la que va por insulas estrañas.

20

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores.

21

Por las amenas liras
y canto de sirenas os conjuro
que cesen vuestras iras
y no toquéis al muro,
porque la esposa duerma más seguro.

22

Entrado se ha la esposa
en el ameno huerto deseado
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

23

Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada

24

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

25

A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino

26

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y, cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

27

Allí me dió su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,

y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa:
Allí le prometí de ser su esposa.

28

Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal, en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

29

Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdediza y fui ganada.

30

De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas,
y en un cabello mío entretejidas.

31

En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

32

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;

por eso me amabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en tí vian

33

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme,
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

34

La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

35

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la gría
a sólo su querido,
también en soledad de amor herido.

36

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura,
entremos más adentro en la espesura

37

Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos

que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.

38

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

39

El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena.

40

Que nadie lo miraba,
Aminadab¹, tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

(Bruquera Libro Clásico, San Juan de la Cruz, Poesías completas, 1981)

DECLARACION

El orden que llevan estas canciones es desde que un alma comienza a servir a Dios hasta que llega al último grado de la perfección, que es matrimonio espiritual; y así en ellas se tocan los tres estados o vías del ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son: purgativa, iluminativa y unitiva; y se declaran acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ella.

El principio de ellas trata de los principiantes, que es la vía purgativa. Las demás adelante tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y que ésta es la vía iluminativa. Después de éstas, las que se siguen tratan de la vía unitiva.

que es la de los perfectos, donde se hace el matrimonio espiritual. La cual vía unitiva y de perfectos se sigue a la iluminativa, que es de los aprovechados; y las últimas canciones tratan del estado beatífico, que sólo ya el alma en aquel estado perfecto pretende.

Aminadab — el demonio

CANTO XXXI

Amor, amor, que me has herido de tal manera.
No puedo lanzar más que un grito: ¡Amor!

Te estoy unido por amor,
no te puedo besar más que por amor.

¡Amor, amor que me has herido de tal manera,
mi corazón siempre desmaya de amor,
desfallezco en tí!

¡Oh, amor, no quiero conocerte más que a tí!
Por bondad, déjame morir de amor.

CANTO XXXII

Amor, amor, ¡Oh Jesús!, me acerco al puerto,
amor, amor, oh Jesús, tómame amor,
amor, oh Jesús, acude en mi socorro, amor,
amor, oh Jesús, quien me excita así, Amor,
amor, oh Jesús, me muero de amor,
recíbeme cerca de tí, oh amor, bésame
siempre; transfórmame en tí, oh amor,
en la verdad, en la caridad suprema.

San Francisco de Asís
("Amores Místicos").

CANTICO AL HERMANO SOL

Altísimo, omnipotente buen Señor,
para tí son las alabanzas, la gloria y el honor
y toda bendición.

Para tí sólo, altísimo, se hacen,
y ningún hombre es digno de nombrarte.
Alabado seas, mi Señor, por todas tus creaturas,
especialmente por mí.

Señor, Hermano Sol, quien nos regala el día
y en su transcurso nos ilumina;
él es bello y radiante, ¡cuán grande esplendor
hay en tí, altísimo,
en quien se manifiesta la grandeza de Dios.

Alabado seas, mi Señor,
por la hermana Luna, y las estrellas,
pues las has formado
claras, preciosas y bellas.

Alabado seas, mi Señor
por el hermano Viento
y por el aire, tranquilo y sereno
en todo tiempo,
por el cual a tus creaturas das el sustento.

Alabado seas, mi Señor,
por la hermana Agua,
que es tan útil y humilde, y preciosa, y casta.

Alabado seas, mi Señor,
por el hermano Fuego,
por el que tú iluminas las sombras de la noche;
él es bello, y jocundo; y robusto y fuerte.

Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana, la madre Tierra,
la que nos sustenta y gobierna
y produce diversos frutos
con coloridas flores y hierba.

Alabado seas, mi Señor,
por aquellos que perdonan por amor a tí
y sufren enfermedades y tribulaciones.

Felices los que yacen en paz,
los que por tí, altísimo, serán coronados.

Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana La Muerte corporal,
a la cual ningún vivo puede escapar;
¡guay de aquellos que morirán en pecado mortal!
felices aquellos que al morir

han cumplido con la ley de Dios;
a ellos, la muerte, condena natural,
no les hará mal.
¡Alabad y bendecid a mi Señor!
y dadle gracias
y servidle con toda humildad.

San Francisco de Asís (1182-1226)

No solamente los santos han escrito alabanzas al Señor. Varios poetas y escritores compusieron obras excelentes en sus ratos de inspiración mística. Veamos algunos:

¿QUE TENGO YO, QUE MI AMISTAD PROCURAS?

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
Que a mi puerta, cubierto de rocío,
Pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
Pues no abrí! ¡Qué extraño desvarío
Si de mi ingratitud el hielo frío
Secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
"Alma, asómate agora a la ventana;
Verás con cuánto amor llamar porfía!"
Y ¡cuántas, hermosura soberana,
"Mañana le abriremos", respondía,
Para lo mismo responder mañana!

— * —

Pastor, que con tus silbos amorosos
Me despertaste del profundo sueño;
Tú, que hiciste cayado dese leño
En que tiendes los brazos poderosos,
Vuelve los ojos a mi fè piadosos,
Pues te confieso de seguirte empeño
Tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye, pastor que por amores mueres,
No te espante el rigor de mis pecados.

Pues tan amigo de rendidos eres;
Espera, pues, y escucha mis cuidados
Pero ¿cómo te digo que me esperes,
Si estás para esperar los pies clavados?

— • —

Cuando en mis manos Rey eterno, os miro,
Y la cándida víctima levanto,
De mi atrevida indignidad me espanto,
Y la piedad de vuestro pecho admiro.
Tal vez el alma con temor retiro,
Tal vez la doy al amoroso llanto;
Que, arrepentido de ofenderos tanto,
Con ansias temo y con dolor suspiro.
Volved los ojos a mirarme humanos;
Que por las sendas de mi error siniestras
Me despeñaron pensamientos vanos.
No sean tantas las miserias nuestras
Que a quien os tuvo en sus indignas manos
Vos le dejéis de las divinas vuestras.

Lope de Vega

NO ME MUEVE, MI DIOS. . .

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por ello de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera

No me tienes qué dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Fr. Miguel de Guevara.

Francois de Malherbe, nacido en Francia en el año 1555 y fallecido en 1628,
escribió el siguiente poema:

SEÑOR, SI MIS PECADOS

Señor, si mis pecados irritan tu furor,
Contrito y afligido espero en Tí clemencia;
Si no basta mi pena, me abone tu indulgencia;
Discúlpeme tu gracia lo que hubo en mí de error.

Mis espíritus locos se agitan de terror,
y al no hallar salvación más que en la penitencia,
Mi pecho arrepentido, cobrando conciencia
Hace odiarme hasta el punto que siento de mí horror.

Por mi presente gimo y añoro mi pasado;
Temo para mañana mi pérfido pecado,
Leo en mis rebeldías mi estado de desgracia;

Señor, que en las injurias te muestras tan clemente,
Como de padre a hijo, perdona dulcemente;
De haber faltado menos, menor fuera tu gracia.

Amado Nervo nació en Nayarit, México, en 1870. Estudió en el seminario católico de su ciudad natal y murió en Montevideo, en 1916. Fue periodista y diplomático. He aquí uno de sus poemas:

SI TU ME DICES: "VEN" . . .

Si Tú me dices: "Ven", lo dejo todo,
no volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada.

Pero dímelo fuerte, de tal modo
que Tu voz, como toque de llamada,
llegue hasta el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.

Mas he de compensarte mi retardo
difundiéndome ¡oh Cristo! como un nardo
de perfume sutil

Si Tú me dices "Ven", todo lo dejo,
llegaré a tu santuario casi viejo
y al fulgor de la luz crepuscular
se fundirá mi vida ante tu altar

EL AMOR ES ETERNAMENTE ESTABLE

Ricardo Pérez Hernández escribió en 1976 un trabajo titulado:
"Deleites del más allá", en el que dedica el Capítulo III de la Segunda Parte al estudio
del Amor universal, que en la parte que nos interesa dice:

"—¿Qué es el amor?

"El Supremo Amor es nuestro Dios. El se ama infinitamente y nos ama. El Amor
increado es el Autor del amor con que nos amamos todas sus creaturas. Según
nuestro lenguaje humano-temporal, El nos amó primero. Por ello nos creó, nos redi-
mió, nos perdona y nos cuida como si fuésemos las pupilas de Sus ojos. Porque nos
ama y sabe que sin El estaríamos perdidos sin remedio, nos invita, nos ruega y nos or-
dena imperativamente que lo amemos sobre todo lo creado, y que todos sus amados
seres humanos nos amemos entre nosotros por amor a El.

"El amor se encuentra en todas partes. Es universal. Y ese amor universal es el
vínculo creado por el Altísimo para unificar a todas sus creaturas. Porque la unión
amorosa entre el Creador, siempre trascendente por Su esencia pero immanente por
Amor, y todos los seres creados, está realizando, en el presente continuo de la eterni-
dad creada, la inefable consumación en la unidad, de la que sólo se exceptúan los
réprobos. He aquí otra relación de la eternidad creada, con lo sobrenatural.

"El amor, tal como nuestro Dios lo ha hecho y tal como quiere que sea, es lo más
hermoso que existe en el Universo. Es también poderosísimo. Nadie ha dado su vida

por demostrar la veracidad de una fría operación aritmética. En cambio, muchos se han sacrificado hasta el martirio para dar testimonio de una verdad que en ellos se había transformado en un sublime ideal muy amado.

''Existe una infinidad de amores honestos. Los hay de todos estilos y tamaños. Y cada uno de ellos exalta y hace gozar a sus poseedores.

''Cierto es que el amor asemeja a los seres que se aman, pero se requiere una similitud inicial, una simpatía natural, para que el amor se desarrolle. Los grandes y sublimes amores se basan en la connaturalidad de los amantes. Cuando no puede darse la semejanza de naturaleza entre los que se aman, no se produce el grande y profundo amor. Lo vemos en la vida práctica. Un caballo se enamora de una yegua, pero jamás de una lagartija.

''Empecemos con el Supremo Amor. La glorificación esencial del hombre bienaventurado consiste en la visión beatífica y en el íntimo e inefable abrazo de posesión amorosa entre la Substancia Divina y la substancia analógicamente parecida a El, que posee el ser humano, es decir, el alma espiritual en estado de gracia, capaz de recibir el abrazo Divino.

''El hombre, debido a su alma espiritual en gracia del Señor, puede pensar amar a la manera del Creador. Por tanto, la simpatía inicial en el amor humano-divino se establece, primero, por la espiritualidad del alma humana, que viene siendo como la infraestructura básica sobre la cual se edifica la Gran Semejanza. Y segundo, por la gracia sobrenatural que es la capacidad que recibe gratuitamente el peregrino, para vislumbrar y amar a nuestro Dios desde esta vida, de un modo semejante a como El se ama y nos ama. Sin la gracia divina no habría semejanza analógica entre el ser humano y su Creador. Esa gracia sobrenatural, oscura en la tierra, resplandece como luz de gloria en el cielo y permite gozar plenamente la bienaventuranza esencial de la Patria celestial. La gracia divina es la Gran Semejanza con nuestro Dios.

''Pasemos a los amores terrenales. No basta amar el bien reconocido como tal. Es preciso analizar si ese bien es el que ama el Señor. Por que sólo así, dicho bien es digno de ser amado, y ese amor puede ser amor de caridad. La Caridad es el amor que se unifica con el Creador y que se realiza estando en gracia de El. Claro es que la práctica del amor es muy agradable, pero no todo amor es Caridad. Los amores de Caridad son los que se efectúan en amistad con el Creador y para agradecerle. El amor de Caridad se adhiere primero al Altísimo y después, con Él, a nuestros semejantes. El humanismo y la filantropía sin Caridad son ''címbalos que retiñen''. Por tanto, la pura ayuda material de la limosna o el servicio al prójimo sólo por compasión, no alcanzan el rango del amor de Caridad.

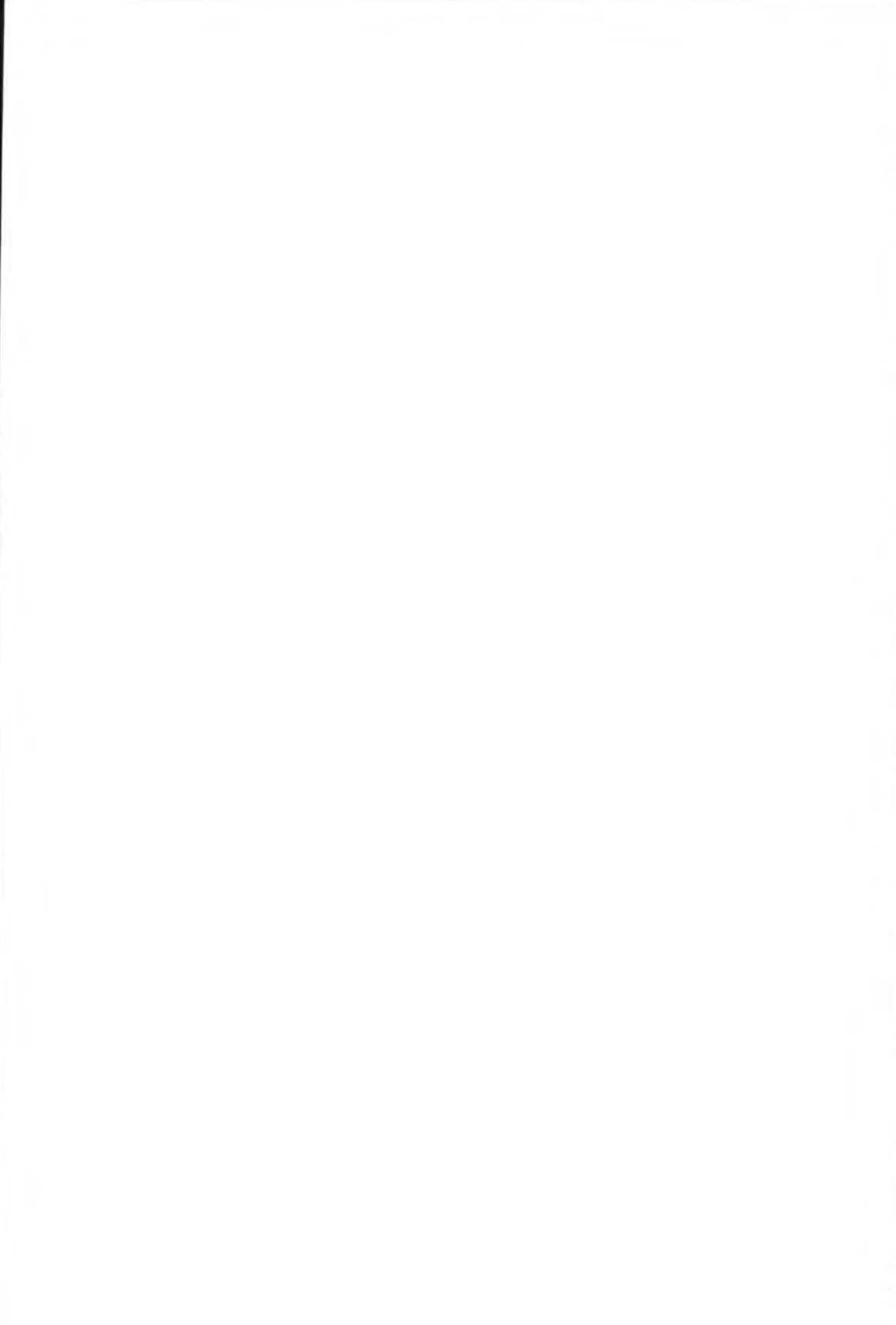
''No todo el que ama, aunque su amor sea muy abnegado y doloroso, se salva con ese amor. Quien ama el mal que el Señor odia, está amando una abominación incompatible con la vida eterna.

''Los amores malos, los prohibidos por la Ley del Señor, no lo son por antojo divino, sino porque en verdad entrañan una rotunda y flagrante tontería. Equivalen a elegir lo opuesto a la verdad y bondad divinas. Es la peor necedad preferir conscientemente el mal, aunque éste se disfrace con ropajes de bondad. Es muy poco inteligente amar la suciedad moral del pecado y querer indirectamente la enfermedad y el sufrimiento, consecuencia de la maldad, tan sólo para disfrutar placeres temporales, agudados por el dolor y el remordimiento''.

En otra parte de su disertación, Ricardo Pérez Hernández, a quien suponemos doctor en Teología cristiana, sostiene que ''Toda creatura del Señor es capaz de amar y de inspirar amor a otras creaturas semejantes o afines. Se aman el hombre y la mujer, el macho y la hembra de la misma especie. El organismo vegetal, representado por su gameto masculino, ama al gameto femenino y ese amor es sexualmente satisfecho. Se aman gravitacionalmente los astros. Se aman químicamente todas las cosas. Se aman electrónicamente los átomos. Y se aman todas las creaturas, entre sí, con su Creador''.

XX

Amores Traviosos



¿Amores traviesos? ¡Huy! Los ha habido desde el principio del mundo. Si antes no hacían ruido es porque las generaciones de los últimos miles de años no reparaban mucho en las traiciones y perfidias de las damas, en primer lugar, porque en la más remota antigüedad el uso de las mujeres era común entre los machos y, en segundo lugar, porque el primer millón de crónicas en las que se describían aquellos sucesos se ha perdido "en la noche de los tiempos", como dicen algunos ocultistas para ocultar su ignorancia.

Además, en la pérdida de información hay otro factor tan importante como "la noche de los tiempos", y es el de la falta de un lenguaje escrito. Hace mil años no existía el idioma español, entre otros, y los libros se escribían en largos rollos y con plumas de ave a las que se afilaba la punta de trecho en trecho con un cortaplumas. Para más señas, hace quinientos años no se había inventado la imprenta.

Cuando nuestros antepasados comenzaron a usar la memoria colectiva, los arranques de amor de las mujeres, que pueden ser clasificados también como travesuras, como humoradas, o como pequeños caprichitos intrascendentes, por las mismas protagonistas, no se escribían en un papel (muy caro y muy escaso, por cierto), sino que era cantados por rapsodas. Estos eran como los periodistas de nuestro tiempo y, como tampoco sabían escribir, componían sus historias para ser cantadas en las plazas y en los mercados. De este modo han llegado hasta nuestros días ejemplos conmovedores y crónicas risueñas. Así sabemos de traiciones que para el marido ofendido son horribles y dolorosas experiencias, en tanto que los vecinos y amigos fingen escandalizarse, o pretenden justificar la falta subrayando defectos y debilidades, reales o imaginarias, del interfecto. Suele suceder por otro lado, que una buena parte de los críticos lleva también la testa adornada pero no se han dado cuenta, y muchos llegan al término de sus vidas habiendo llevado siempre, sin saberlo, una reluciente corona de condescencias que es obra y gracia de sus amantísimas compañeras.

Repasemos algunas de las historias más antiguas, contenidas en los romances de la vieja España.

Sinopsis: La irreflexiva Cava Florinda siente el calor del verano y sale de sus aposentos del palacio, acompañada de sus doncellas. Se juntan todas alrededor de una fuente de aguas frescas y Florinda se desnuda para bañarse. El rey Rodrigo andaba por allí, o acudió atraído por la alaraca femenina y, como no era de hierro, enamórase de Florinda y acaba por hacerla suya. Ella dice que por la fuerza, él dice que hubo consentimiento. El caso es que la dama escribe a su padre, el conde Julián, contándole su culpa, y el padre ofendido acaba con el último rey goda. El suceso ocurrió en el año 711 de nuestra Era. Se conservó en la memoria y fue escrito en el Siglo XV, en su versión definitiva.

ROMANCE DE LA FATAL DESENVOLTURA DE LA CAVA FLORINDA

De una torre de palacio
se salió por un postigo
la Cava con sus doncellas
con gran fiesta y regocijo.
Metiéronse en un jardín
cerca de un espeso ombrio
de jazmines y arrayanes,
de pámpanos y racimos.
Junto a una fuente que vierte
por seis caños de oro fino
cristal y perlas sonoras,
entre espadañas y lirios,
reposaron las doncellas
buscando solaz y alivio
al fuego de mocedad
y a los ardores de estío.
Daban al agua sus brazos
y tentada de su frío,
fue la Cava la primera
que desnudó sus vestidos.

En la sombreada alberca
su cuerpo brilla tan lindo
que al de todas las demás
como sol ha escurecido.

Pensó la Cava estar sola,
pero la ventura quiso
que entre unas espesas yedras
la miraba el rey Rodrigo.

Puso la ocasión el fuego
en el corazón altivo,
y amor, batiendo sus alas,
abrasóle de improviso.

De la pérdida de España
fue aquí funesto principio
una mujer sin ventura
y un hombre de amor rendido.

Florinda perdió su flor,
el rey padeció el castigo;
ella dice que hubo fuerza,
él que gusto consentido.

Si dicen quién de los dos
la mayor culpa ha tenido,
digan los hombres: la Cava,
y las mujeres: Rodrigo.

AGRAVIO Y QUEJAS DE FLORINDA

Bañando en sudor y llanto
el esparcido cabello,
el blanco rostro encendido
de dolor, vergüenza y miedo,
deteniendo con sus brazos
los de un loco rey mancebo,
una débil mujer sola,
ausente del padre y deudos,
así le dice a Rodrigo,
ya con voces, ya con ruegos,
como si ruegos y voces
valiesen en tal extremo.

—No queráis, rey poderoso,
sol del español imperio,
que oscurezcan vuestros rayos
la nube de mi deseo.

Rodrigo, que sólo escucha
las voces de sus deseos,
forzóla y aborrecióla,
del amor propios efectos.

La Cava escribió a su padre
cartas de vergüenza y duelo,
y sellándolas con lágrimas,
a Ceupta envióles presto.

EL REINO PERDIDO

Las huestes de don Rodrigo
desmayaban y huían
cuando en la octava batalla
sus enemigos vencían

Subióse encima de un cerro,
el más alto que veía;
desde allí mira su gente
cómo iba de vencida.

El, triste de ver aquesto,
gran mancilla en sí tenía;
llorando de los sus ojos
desta manera decía
''Ayer era rey de España,
hoy no lo soy de una villa;
ayer villas y castillos,
hoy ninguno poseía;
ayer tenía criados
y gente que me servía,
hoy no tengo ni una almena
que pueda decir que es mía.

Sinopsis: Emma, hija de Carlomagno, quien reinó por el año 800 de nuestra Era, se enamora de Gerinardo, secretario y camarero del rey. Ella es la de la iniciativa, como lo fue Eva a su debido tiempo:

—Gerineldo, Gerineldo,
paje del rey más querido,
quién te tuviera esta noche
en mi jardín florecido.

Válgame Dios, Gerineldo,
cuerpo que tienes tan lindo.

—Como soy vuestro criado,
señora, burláis conmigo.

—No me burlo, Gerineldo,
que de veras te lo digo.

—¿Y cuándo, señora mía,
cumpliréis lo prometido?

—Entre las doce y la una,
que el rey estará dormido.

Media noche ya es pasada,
Gerineldo no ha venido.

“¡Oh, malhaya, Gerineldo,
quien amor puso contigo!”

—Abráisme, la mi señora,
abráisme, cuerpo garrido.

—¿Quién a mi estancia se atreve,
quién llama así a mi postigo?

—No os turbéis, señora mía,
que soy vuestro dulce amigo.

Tomáralo por la mano
y en el lecho lo ha metido;
entre juegos y deleites
la noche se les ha ido,
y allá hacia el amanecer
los dos se duermen vencidos.

Despertado había el rey
de un sueño despavorido
“O me roban a la infanta
o traicionan el castillo”.

Aprisa llama a su paje
pidiéndole los vestidos:
“¡Gerineldo, Gerineldo,
el mi paje más querido!”
Tres veces le había llamado,
ninguno le ha respondido.

Puso la espada en la cinta,
a donde la infanta ha ido;
vió a su hija, vió a su paje
como mujer y marido.
"¿Mataré yo a Gerineldo,
a quien crié desde niño?
Pues si matare a la infanta
mi reino queda perdido.
Pondré mi espada por medio,
que me sirva de testigo"

Y salióse hacia el jardín
sin ser de nadie sentido.
Rebullíase la infanta
tres horas ya el sol salido;
con el frior de la espada
la dama se ha estremecido.

—Levántate, Gerineldo,
levántate, dueño mío,
la espada del rey mi padre
entre los dos ha dormido.

—¿Y adónde iré, mi señora,
que del rey no sea visto?

—Vete por ese jardín
cogiendo rosas y lirios,
pesares que te vinieren
yo los partiré contigo.

—¿Dónde vienes, Gerineldo,
tan mustio y descolorido?

—Vengo del jardín, buen rey
por ver cómo ha florecido;
la fragancia de una rosa
la color me ha desvaído.

—De esa rosa que has cortado
mi espada será testigo.

Matadme, señor, matadme,
bien lo tengo merecido.

Ellos en estas razones,
la infanta a su padre vino.

—Rey y señor, no le mates,
mas dámelo por marido.

O si lo quieres matar
la muerte será conmigo

¿Queréis otro ejemplo de iniciativa femenina? Pues aquí está el romance de Melisenda, enamorada del conde de Ayuelos, quien pide consejo sólo para reafirmarse en cuanto ella había ya decidido, pues con sólo un mantón encima va y se mete en el lecho de su amado, en plena oscuridad. La historia tiene su buen puñado de siglos.

ROMANCE DE LA LINDA MELINSENDA

Todas las gentes dormían
en las que Dios había parte,
mas no duerme Melisenda,
la hija del emperante,
que amores del conde Ayuelos
no la dejan reposar.

Salto diera de la cama
como la parió su madre,
vistiérase una alcandora
no hallando su brial,
vase por los palacios
donde sus damas están,
Dando palmadas en ellas,
las empezó de llamar:

—Si dormides, mis doncellas,
si dormides, recordad!
Las que sabedes de amores
consejo me queráis dar,
las que de amor no sabedes
tengádesme poridad,
que amores del conde Ayuelos
no me dejan reposar.

Allí hablara una vieja,
vieja es de antigüedad:

Mientras sois moza, mi fija,
placer vos querades dar;
que si esperáis a vejez,
no vos querrá un rapaz.

cabe mí la dejè echar.

Allí fabló el emperador,
tal respuesta le fue a dar;

—Tira, tira allá tu espada,
que no te quiero fer mal;
que si tú la quieres, conde,
por mujer se te dará.

—Pláceme —dijiera el conde—,
pláceme de voluntad,
lo que vuestra alteza mande
veisme aquí a vuestro mandar.

Hacen venir un obispo
para allí los desposar;
ricas fiestas se hicieron
con mucha solemnidad.

¿Se acuerdan ustedes de la letra de esta canción, que interpretaba Irma Serrano con mucha gracia y no poca picardía? Comienza diciendo:

“Quince años tenía Martina
cuando su amor me entregó,
a los dieciséis cumplidos
una traición me jugó”

Resulta que es la historia de una travesura que se ha venido repitiendo durante siglos y, aunque en el siguiente Romance la ubicamos en España, lo más seguro es que ha ocurrido en otros miles de lugares del mundo. Para protagonizarla sólo hacen falta una mujer y más de un varón, lo cual facilita mucho las cosas: el marido sale de cacería (también puede ir a la fábrica, o de viaje, o a la oficina, en fin), y la mujer le dá entrada al amante en su misma casa, aunque también pueden ir al motel o a un balneario cercano:

ROMANCE DE LA LINDA ALBA

—¡Ay, cuán linda que eres, Alba,
más linda que no la flor,
blanca sois, señora mía,
más que los rayos del sol!

¡Quién la durmiese esta noche
desarmado y sin temor,
que siete años había, siete,
que no me desarmo, no!

—Dormidla, señor, dormidla,
desarmado y sin pavor,
Albertos es ido a caza
a los montes de León

—Si a caza es ido, señora,
cáigale mi maldición:
rabia le mate los perros
y aguilillas el falcón,
lanzada de moro izquierdo
le traspase el corazón.

—Apead, conde don Grifos,
porque hace muy gran calor,
¡Lindas manos tenéis, conde!
¡Ay, cuán flaco estáis, señor!

—No os maravilléis, mi vida,
que muero por vuestro amor,
y por bien que pene y muera,
no alcanzo ningún favor.

—Hoy lo alcanzaréis, don Grifos,
en mi lindo mirador.

Ellos en aquesto estando,
Albertos toca el portón:

—¿Qué es lo que tenéis, señora?
¡Mudada estáis de color!

—Señor, mala vida paso,
pasola con gran dolor,
que me dejáis aquí sola
y a los montes os vais vos.

Esas palabras, la niña,
no eran sino traición.

—¿Cuyo es aquel caballo
que allá abajo relinchó?

—Señor, era de mi padre,
y enviálo para vos.

—¿Cuyas son aquellas armas

mo, para el alquiler del cuarto, pero los celos fueron más poderosos que la tortuosidad y la malicia, y antes de que la pareja consumara sus propósitos, el arcediano salió de su escondrijo, penetró en el cuarto y hundió su puñal en la espalda de Febo. Luego saltó por una ventana al río y escapó. La dueña del hotel habíase percatado de su presencia allí desde que llegó, embozado, acompañando al capitán; después lo miró cuando escapaba a nado y, como en ningún momento habló él, ni ella le vio la cara, la mujer declaró a los magistrados que todo el asunto era cosa de brujería.

Sometida a tortura, Esmeralda se confesó culpable y fue condenada a morir en el cadalzo como responsable de los crímenes de hechicería, magia, lujuria y asesinato. Entre los jueces estaban el Obispo y el arcediano, junto al provisor del rey.

Febo no murió, pero eso a nadie pareció importarle.

Cuando la muchacha era conducida a la picota, el arcediano se le arrimó fingiendo confesarla. En realidad le dijo en voz baja.

—Todavía puedo salvarte. ¿Quieres ser mía?

—Vete, demonio, o te delato —fue la respuesta.

El sacerdote insistió y entonces la muchacha le echó en cara su fealdad y sus muchos años. Claudio Frollo se apartó y recitó en voz alta, en latín, la fórmula oficial para los condenados a muerte.

Y ya junto al carretón que la conduciría al cadalzo, cuando uno de los criados del verdugo le ataba los brazos a la espalda, por los codos, ella alzó la vista y vio en el balcón de la casa Gondelaurier, en el otro extremo de la plaza, al capitán Febo y a la amada de éste, Flor de Lis, recargada en su hombro. La gitana abrió los ojos en un gesto de sorpresa y pronunció el nombre del amado. Luego se desmayó.

En ese mismo instante, el campanero jorobado se deslizó desde la fachada de nuestra Señora por una gruesa cuerda a la que había hecho varios nudos, como hace Tarzán con sus lianas, derribó de un empujón a los ayudantes del verdugo y se llevó en los brazos a la muchacha hasta el interior del templo gritando: "¡Asilo! ¡Asilo!"

La muchedumbre coreó: "¡Asilo! . . . ¡Asilo! . . . ¡Asilo!"

Rumbo al campanario, Quasimodo se asomaba por sobre las ojivas, por entre las estatuas de los reyes y por en medio de las columnillas sin soltar su preciosa carga y

gritando: "¡Asilo! ¡Asilo!". Abajo, la multitud se desgañitaba coreando el mismo grito.

Cuando la gitana volvió en sí preguntó a Quasimodo: "¿Por qué me habéis salvado?". No obtuvo respuesta, pero tiempo después, ya instalada en la celda de refugio y con ropa y comida que él le llevaba, el jorobado tuerto, sordo y cojo, le confesó que la salvó de las manos del verdugo porque ella, en una ocasión, le dio agua y un poco de compasión. Es decir: la salvó por agradecimiento.

Y por agradecimiento la amaba tanto que llegó al extremo de buscar a Febo porque se lo pidió la muchacha. Por amor expuso su vida trepado por la pared para destruir una escultura que a ella le daba miedo. Por amor se ocultaba de ella para que Esmeralda no viera su rostro repulsivo, su joroba y sus piernas corvas. Por amor dormía sobre las piedras en la puerta de la celda. Por amor canturreaba de noche, bajo el alero del campanario:

No mires el rostro, niña,
mira sólo el corazón.

El arcediano Claudio Frollo supo de la salvación milagrosa de Esmeralda, pero no se atrevió a buscarla. Encerróse en su propia celda de la catedral durante varias semanas pero, una noche, se le metió el diablo en la cabeza y cogió la llave de la torre. A tientas se introdujo en la celda de la gitana y estaba a punto de violarla cuando ella recordó que Quasimodo le dio un silbato con el cual se producía un silbido que él podía escuchar. La muchacha usó el artefacto y el jorobado estuvo a punto de matar al arcediano, quien era su padre adoptivo. Un rayo de luna iluminó el rostro del sacerdote cuando Quasimodo lo jalaba hacia afuera para no derramar sangre en la celdilla. El clérigo recriminó duramente a su hijo adoptivo y éste, sumiso, le entregaba el puñal diciendo: "Haga después lo que quiera, pero primero máteme".

Sólo que Esmeralda se lo arrebató y amenazó con él a su frustrado violador, quien a partir de entonces odiaba al campanero.

Un decreto del parlamento, expedido algunas semanas después de este episodio, condenó a la gitana a morir sin tener en cuenta el derecho de asilo. Tres días antes de la fecha fijada por la justicia, el arcediano urdió una estratagema para sacar a la doncella de su escondite y guardarla para sí. Buscó y obtuvo la complicidad de Pedro Gringoire, uno de los alumnos de Filosofía en la Universidad y amigo de Esmeralda y de los

gitanos que vivían en la Corte de los Milagros. Se armaría una revuelta con todos los integrantes del bajo mundo para rescatar a su hermana.

Al mismo tiempo que el populacho atacaba la catedral, Pedro y el sacerdote fueron por la muchacha y por pasadizos secretos la condujeron hasta una lancha amarrada previamente en la orilla del río, detrás de la catedral. El rey, Luis XI, de visita en París, autorizó al ejército para atacar a los revoltosos y al preboste Tristán L'Hermite para ajusticiar a la hechicera. El estudiante Gringoire desconocía las verdaderas intenciones del astuto arcediano y pensaba que éste sólo deseaba salvar la vida a la muchacha. Por eso se marchó con la cabrita en cuanto desembarcaron y dejó a Esmeralda a merced del arcediano en la oscuridad de la madrugada, en tanto que Quasimodo se batía él solo contra los asaltantes de la catedral, pensando en que pretendían apoderarse de Esmeralda para entregarla a la justicia. En esa lucha, el campanero dio muerte a muchos de los tumultuarios, entre otros, a Juan Frollo del Molino, hermano del arcediano y mal estudiante, amigo también de los gitanos.

El malvado arcediano habíase embozado otra vez, como cuando fingió retar al capitán Febo. Sin pronunciar una palabra y sin dejarse ver el rostro lleva de la mano a Esmeralda hasta la Plaza de la Grève. Al llegar allí comienza a clarear el día y ella lo reconoce, espantada. Desde que perdieron de vista a Gringoire la ha llevado por callejuelas torcidas y la ha traído de vuelta frente a la catedral, donde una multitud delirante, ávida de sacrificio, reclama a la gitana hechicera para darle muerte.

El arcediano imploró su amor de rodillas y con lágrimas en los ojos.

—Amo a Febo. Soy de Febo —le dijo ella. La infeliz ignoraba que el capitán la despreció cuando el jorobado, obediente a sus deseos, llevó su recado de amor al militar. Quasimodo guardó el secreto por temor a herirla.

Claudio Frollo la amenazó: "Por última vez, yo, o el patíbulo".

—Prefiero la muerte.

—¡Pues, sea! —y la entregó en manos de quien más la odiaba: la reclusa penitente de la Torre Roland.

La mano huesuda de la reclusa era una garra aprisionando las frágiles muñecas de Esmeralda, quien forcejeaba por zafarse mientras la mujer la maldecía y le echaba la culpa del robo de su hija. De repente, en el forcejeo, quedó al descubierto el escapu-

lario que la gitana llevaba siempre colgado al cuello. ¡Era el zapatito de raso que tenía puesto cuando fue robada quince años atrás!

Los gitanos le habían dicho siempre: "Cuando encuentres el otro zapato, hallarás a tus padres".

Desgarradoras escenas se sucedieron al reconocerse madre e hija. La doncella supo entonces que no era gitana, sino francesa de Reims. Con la ayuda de un gran pedruzco, la penitente rompió los barrotes de la celda y madre e hija abrazadas lloraban juntas su indecible felicidad. En ese momento llegó el fornido y desalmado preboste Tristán L'Ermite, acompañado del capitán Febo y los soldados. Los había guiado el perverso arcediano, quien se marchó en seguida a la catedral para ver desde una baranda del campanario la ejecución de aquella que se atrevió a despreciarlo.

Se produce un largo diálogo de acusaciones y negativas entre el preboste y la madre de Esmeralda, quien se ha escondido en un rincón de la celda. Al final, la reclusa convence al malvado Tristán y éste se dispone a continuar la búsqueda en otra parte cuando habla por primera vez el capitán Febo, y la atolondrada doncella se asoma y le grita:

¡Febo, a mí, Febo mío!

El capitán ha partido al galope y ya no la escucha. La gitana se ha perdido a sí misma.

Desesperada, la madre muerde la mano del verdugo que la arrastra hacia afuera de la celda. El verdugo da un grito de dolor y un fuerte empujón a la mujer, quien al caer violentamente de espaldas se golpea la cabeza y queda muerta allí mismo.

Quasímodo ha luchado como un león defendiendo a Esmeralda. En un gesto extremo de delicadeza no se atrevió a despertarla a pesar de que, en su acostumbrada guardia nocturna, pudo percatarse desde el principio de cuanto estaba sucediendo, al mirar las hachas encendidas de los amotinados que desde diferentes puntos de la ciudad se dirigían hacia la catedral, poco después de la media noche.

En ningún momento ha pensado en él. Desde que atisbó el peligro trabajó denodadamente reforzando con pesadas vigas y planchas de madera o de acero todas las puertas, ventanas y ojivas. Bloqueó pasadizos y escaleras. Todo ello tratando de hacer el menor ruido posible para no despertar a la hermosa doncella, a quien suponía en su escondrijo.

Luego, a la hora de la batalla, arrojó piedras, maderos y plomo derretido sobre la multitud amotinada, causando numerosas bajas. Fue él quien arrojó por la baranda a Juan Frollo, hermano del arcediano, cuando éste había logrado trepar hasta la primera parte del campanario en un intento por apoderarse de la muchacha.

A esta hora, dispersada la muchedumbre por los soldados del rey y arrojados los muertos al río, Quasimodo va al cuartucho a buscar a la gitana más bella del orbe, la dueña de los ojos negros más dulces y bondadosos que ha visto la tierra. Va a decirle que no tenga miedo, que ya está otra vez a salvo, que él seguirá arriesgando su vida para protegerla contra todos los males del universo. El corazón le late más y más fuerte a medida que se aproxima a la celda que, para él, no es una celda vulgar, sino el relicario que guarda a la prenda más amada de su corazón. Pero ¡horror! la prenda no está.

Preso de la agitación más desenfrenada sale de allí y vé al arcediano en la baranda, riendo a carcajadas como un poseído y mirando hacia la plaza. Quasimodo vuelve su feo rostro en la misma dirección y vé a Esmeralda sobre la espalda del verdugo que la conduce a la horca. Ella va desmayada, vestida toda de blanco.

El sacerdote se arrodilla entre las estatuas de los reyes para gozar mejor de la ejecución y es tanta la diabólica dicha que lo embarga, que no se percata de la aproximación del jorobado sordo y es lanzado al vacío. A la mitad de la caída la sotana se atora en una canal y el arcediano sufre allí terrible agonía, hasta que finalmente se estrella en las baldosas del piso.

Quasimodo lloraba mirando hacia la plaza.

Antes de ahora sólo había llorado una lágrima, cuando una hada buena y hermosa le ofreció agua de su calabaza.

Esta vez vaciaba su alma de todas las lágrimas acumuladas a lo largo de una vida de vejaciones, desprecios, insultos y empujones. Eran también las lágrimas de un amor imposible pero santo, puro y agradecido.

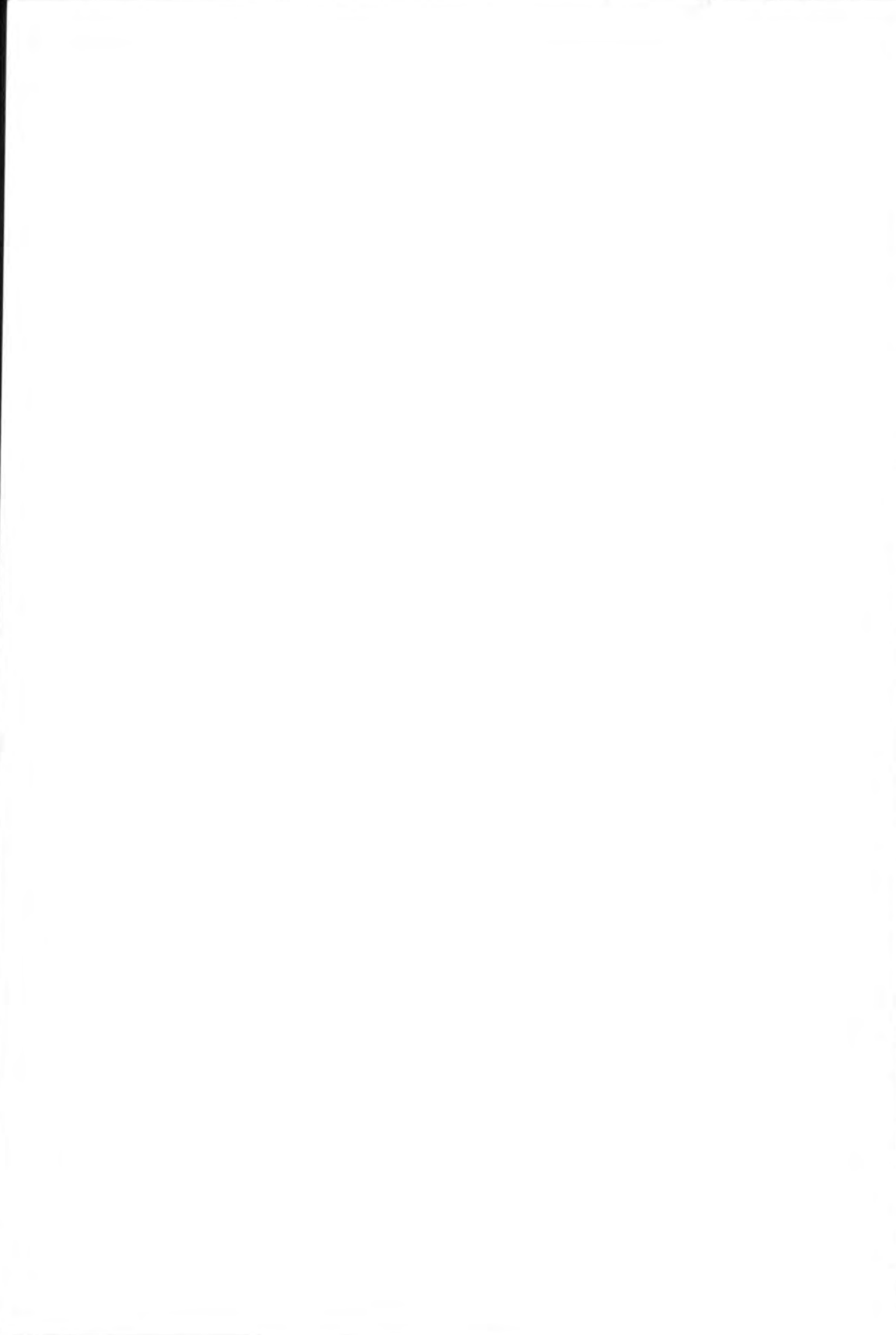
Por el cristal empañado de sus lágrimas, Quasimodo vio balancearse en la horca el grácil cuerpo de Esmeralda en los últimos estertores de la muerte. ¡A ella sí no se la podía quitar!

Dice Víctor Hugo que años después, en el osario de Montfaucon, cuando iban a buscar el cadáver de Oliveros el Gamo, descubrieron dos esqueletos; uno de ellos abrazado al otro.

El de la mujer llevaba todavía restos de un vestido que había sido blanco. El del hombre tenía la columna vertebral torcida y una pierna más corta que la otra. Cuando quisieron separarlos, los dos se hicieron polvo.



XXII
Lucrecia Borgia



En este caso, la fantasía resultó más poderosa que la realidad. Desde el punto de vista del rigor histórico, son improbables casi todas las maldades, fechorías e iniquidades atribuidas a Lucrecia Borgia.

No fue una santa, por supuesto. Tampoco poseía tanta belleza como dice la leyenda pues, si bien era rubia y de rostro agradable, tenía los ojos de un color azul pálido, "tan pálido que casi llegaba a blanco". Quienes la conocieron la describen como "una mujer frágil y bella, de estatura regular". Sabiendo que la describían con los ojos del miedo, o de la lisonja, es fácil colegir que la chica era más bien bajita.

Nació en Roma, el 18 de abril de 1480. Sus padres fueron: el cardenal Rodrigo Borgia, vice-canciller de la Santa Sede, y la hotelera Giovanna Cataneis. El tenía entonces alrededor de cincuenta años y ella veintiocho o treinta. Sus biógrafos coinciden en que ambos se conocieron en 1468. Se dice, sin confirmación, que ella nació en Siena. La Vanozza (diminutivo italiano de Giovana) se casó en 1474 con Domenico D'Ariagnano, pero se murió el marido al año siguiente, cuando apenas había nacido César, su primer hijo, por lo que el cardenal Rodrigo se vio obligado a poner su apellido al niño.

Al año siguiente nació Juan y, como la Vanozza seguía soportando su viudez, el noble cardenal repitió el procedimiento.

Dice Fred Bérence que "unos meses antes" del nacimiento de Lucrecia, Giovanna se casó con Giorgio San Croce, "un milanés nombrado, por la protección del cardenal Rodrigo Borgia, secretario apostólico de Su Santidad". Don Giorgio poseía algunos bienes y gracias a esta afortunada circunstancia el matrimonio pudo comprar la viña ubicada cerca de San Pedro de los Lugares. No vivió mucho el nuevo esposo, pero eso no fue obstáculo para que la Vanozza diera a luz a un cuarto hijo, Godofredo, dos años después del nacimiento de Lucrecia. También a éste niño impusieron el apellido del cardenal.

Borgia es lo mismo que Borja, pero italianizado. El cardenal había sido bautizado Rodrigo, en Aragón, España, y era uno de los hijos de Godofredo, a su vez, cuarto hijo de Rodrigo Gil de Borja, protegido del rey de Aragón y casado con doña Sibila Oms, dama distinguida de la corte. Siendo cardenal su tío, Alfonso Borja, se lo llevó a Roma junto con su hermano Pedro Luis. El tío ascendió al papado y adoptó el nombre de Calixto III. Al morir, le sucedió Pío II, quien se vio obligado a reprender al cardenal Rodrigo porque el 11 de junio de 1460, habiéndolo acompañado a Siena, se le perdió de vista por varias horas, y tenía informes de que después de haber ballado de una manera disoluta "ninguno de los placeres del amor fue evitado".

Como puede verse, el cardenal no conocía a la Vanozza todavía.

Godofredo, el más pequeño de sus hijos, tenía apenas cuatro años, cuando La Vanozza contrajo nuevamente matrimonio. Esta vez con Carlo Canale, considerado como el mejor partido. De todos modos, el cardenal seguía mandando en la casa.

Lucrecia tenía once años cuando fue prometida a Querubino Juan de Centella, señor de Val S' Ayora, hermano del conde de Oliva y vecino de Valencia, pero el compromiso fue roto por motivos ignorados. No obstante, en ese mismo año se hizo promesa de matrimonio a otro español llamado Gaspar, hijo de Juan Francisco de Procida, conde de Aversa y cuyos bienes se hallaban en Nápoles, aunque el niño vivía entonces en Valencia. El destino le jugó a don Gaspar una mala pasada: el 16 de agosto de 1492 el cardenal Rodrigo Borgia fue coronado Papa y Lucrecia subió de precio. El 8 de noviembre de ese mismo año se rompió el compromiso, aunque fue necesario pagar al interesado una indemnización de tres mil ducados. La chiquilla, por supuesto, no se enteraba de nada.

Del mismo modo se concertó su boda con Juan Sforza, hijo natural de Alfonso II y sobrino de Federico, rey de Nápoles. Lo que importaba al Papa era fortalecer la posición de los estados pontificios en su lucha contra familias poderosas del otro bando. Lucrecia era sólo una pieza de ese ajedrez. La boda se realizó el 12 de junio de 1493. El Papa presidió el banquete de bodas, sentado entre Lucrecia y Julia Farnesio, "y cada cardenal tuvo a su lado a una hermosa mujer". Hubo baile, canciones, música ejecutada por una orquesta de cuerdas y, en lo mejor de la fiesta, se ofrecieron a los caballeros "ciento cincuenta copas de plata llenas de confites, que se divertieron en arrojar entre los senos de las mujeres, cuyos vestidos eran bastante descotados", según reseñó Rodocanachi.

Uno de los biógrafos de Lucrecia dice que ella era una joven espiritual, muy bonita y culta; sabía español y francés, música y dibujo. Lo imaginable es que ella, a pesar de estar ya casada, seguía siendo una niña y como tal se comportaba.

En mayo de 1496, domingo de Pentecostés, celebrábase una misa solemne en la Basílica de San Pedro. Lucrecia y su cuñada Sancha, de veinte años, asistían al oficio sentadas en el coro y rodeadas de otras muchachas y de señoras jóvenes. El predicador había llevado el sermón más allá del tiempo soportable y las niñas se aburrieron y se pusieron a reír y a bromear, con el consiguiente escándalo en El Vaticano.

Pero niña o adulta, lo que importa al Papa es utilizarla para sus fines políticos. Las pugnas continúan y la Santa Sede decide cambiar de frente, sacrificando a los Sforza. En 1497 el Papa manda llamar al marido de su hija y le pide que consienta voluntariamente en la anulación del matrimonio, prometiéndole a cambio la dote de Lucrecia, que ascendía a 31,000 ducados. El muchacho se niega, porque ama a su esposa.

Como es bien sabido, César entraba a la recámara de su hermana como si fuera el marido. Una noche le cuenta que acaba de darse la orden de ejecutar a Juan Sforza. Lucrecia llora y le suplica que interceda en favor suyo. El hermano alza los hombros y luego se marcha, completamente indiferente.

Lucrecia consigue avisar a su esposo, quien huye a Pesaro sin despedirse de nadie. Luego ella va a recluirse en el convento de San Sixto, acompañada de sus damas de honor. Es el 4 de junio de 1497.

El Papa nombra una comisión que declara que el matrimonio de Lucrecia no había sido consumado. El marido protesta pero su tío Ludovico el Moro le aconseja ceder. El 20 de diciembre se declara disuelto el vínculo matrimonial. La leyenda dice que entre el Papa, César y el duque de Gandía existe "una rivalidad amorosa"; que por esa causa fue asesinado el duque unos meses atrás y su cuerpo arrojado al río Tíber. Juan Sforza echa más leña al fuego de los rumores.

La verdad es que los hermanos Borgia no se querían y César veía en el duque de Gandía un serio rival para ocupar el trono de Nápoles.

No bien acaba de disiparse la tormenta cuando surge otra: el 14 de febrero de 1498 flotan dos cadáveres en el Tíber: uno es de Juan Calderón, joven camarero favorito del Papa; el otro es el de Pentesilea, damisela de honor de Lucrecia. Como es costumbre, se habla otra vez de turbias rivalidades amorosas y se involucra directamente al Papa y a Lucrecia. (Los detractores de Alejandro VI relacionan estos hechos con la bula promulgada el 1 de septiembre de 1501 legitimando a Juan de Borgia, llamado "El Infante Romano" y quien "tendría entonces unos tres años", lo cual hace suponer que habría nacido en la primavera de 1498).

Federico, rey de Nápoles, negó la mano de su hija Carlota para César Borgia. Luego reflexionó y buscó la forma de suavizar la fricción y ambas partes se pusieron de acuerdo en la boda de Lucrecia con Alfonso de Aragón, hijo natural de Alfonso II y sobrino de Federico. Lucrecia recibiría como dote cuarenta mil ducados. El joven tenía diecisiete años y era hermano de Sancha, la casquivana esposa de Godofredo. Sancha tenía entonces 22 y su marido diecisiete.

Collison-Morley cuenta en su libro "Los Borgia" que Sancha, princesa de Esquilanche, "es una muchacha de veinte años, piel morena, nariz aguileña, valiente y desvergonzada, fue la única persona que se atrevió a enfrentarse a César, a quien trataba ásperamente, como una mujer suele tratar a quien concede sus favores". Y Bérénce añade, por su parte, que la jovencita es "de naturaleza voluptuosa. Al decir de las gentes, no le bastaba su marido, de quince años. La crónica callejera le atribuía muchos amantes entre príncipes y cardenales, sin hablar de César y, más tarde, del duque de Gandía". Otra versión señalaba que "compartía sus favores con los tres hermanos y con el cardenal Juan Borgia-Lansol, primo de aquellos, así como con el capitán del palacio apóstolico, Rodrigo Borgia, sobrino del Papa". Una vez, por su mala conducta, el Papa ordenó encerrarla en el castillo de Sant-Angelo.

A pesar de la mala reputación de su hermana, Alfonso es un buen muchacho. La boda se celebra el 21 de julio de 1498 en el palacio del obispo de Tusculum, donde vivía Lucrecia. La ceremonia fue muy discreta, pero la fiesta fue como todas, con música, representación de comedia, buena comida, mucho vino y una alegre actuación de César disfrazado de unicornio, que hizo a todos desternillarse de risa. No podía faltar la riña, ya ebrios, entre los familiares del novio y los de la novia, con espadazos, puñetazos y todo (y sin respeto a la presencia del santo padre, así como de varios cardenales y obispos, quienes también recibieron sus magullones).

En acatamiento a un acuerdo previo, Lucrecia debía quedarse en Roma y el marido se marcharía a su casa. Es decir: ella en el Vaticano y él con su familia.

El destino vuelve a jugar contra Lucrecia: muere Carlos VIII y le sucede Luis XII en el trono de Francia, que reclama el reino de Nápoles. El esposo de Lucrecia, Alfonso de Aragón, temeroso de César quien se ha casado con Carlota de Albret, hija del rey de Navarra, huye a Genazaro, buscando el amparo de los Colonna, sabedor de que el Papa busca un acuerdo con los franceses. Nuevo cambio de frente político.

Lucrecia sufre un golpe moral porque está enamorada de Alfonso, pero al Papa sólo le interesan los asuntos de estado y, pensando en distraer a su hija, le extiende un nombramiento como regente de Spoleto y de Foligno, ciudades pertenecientes a la

Santa Sede y gobernadas sólo por cardenales hasta ahora. 8 de agosto de 1499. Lucrecia se resiste a partir, pero su madre le explica que la grandeza de la casa de los Borgia exige todos los sacrificios y que el deber de las mujeres es aceptar su destino sin protestar.

La situación política se compone y Alfonso es nombrado duque de Bisceglia. A Lucrecia, el Papa le regala la ciudad de Nepi. El 14 de octubre de 1499 Lucrecia regresa a Roma con su esposo y su hermano, César. El 1 de noviembre ella dá a luz a un niño y es bautizado con el nombre de Rodrigo. Lucrecia preside las fiestas de año nuevo en la plaza de San Pedro, en el Vaticano.

Y, otra vez César.

El 15 de junio de 1500 sube Alfonso las escaleras del Vaticano para recoger a Lucrecia, cuando es atacado por una banda de espadachines. Queda mal herido, pero Sancha y su mujer lo cuidan y lo alimentan personalmente y logra sobrevivir. César se entera y tres días después va personalmente a rematarlo, en su propia recámara. ¡En el Vaticano!

¿Qué hace Rodrigo Borgia? Finge buscar al asesino y encierra en el castillo de Sant'Angelo a los médicos y al bufón de su yerno. No hay prueba contra ellos y tienen que liberarlos. Entre tanto, Lucrecia no oculta su profundo dolor y, en castigo, el Papa se aleja de ella. Le ordena pasar los meses de luto en la fortaleza de Nepi. Las cartas que escribe desde allí vienen firmadas por "La infelícísima".

César recibe dinero del Papa para financiar campañas guerreras y obtiene victorias importantes. Para reunir ese dinero, en la Santa Sede se vende todo y el escándalo es más grande que el del papado de Sixto IV, cuando Vattista Mantovano escribió su libro: "De las Calamidades de nuestro Tiempo". "El árabe vende el incienso, el turco la púrpura, el judío el marfil, pero entre nosotros se venden sacerdotes, santuarios, altares, oraciones, el cielo y el mismo Dios", decía.

Rodrigo Borgia, o sea, el Papa Alejandro VI, tiene ya setenta años, pero su ambición desmedida le multiplica las fuerzas. Sólo piensa en el poder y en el dinero, nombra a Lucrecia gobernadora de los Estados Pontificios.

Según Bérance, a quien seguimos en esta narración, Portigliotti escribe: Alejandro VI, llevado por ese afecto mórbido, pisoteaba todos los días toda discreción y todo pudor. No obstante, no debía tardar en superar los últimos límites de la decencia, confiando a su hija la gestión de los negocios internos de la Iglesia, cuando se alejaba de Roma. Jamás cortesana alguna había alcanzado tal grado de poder".

Lucrecia tiene ahora veintiún años. ¿Qué es lo que ella siente o piensa? Este parece ser un asunto que no le importa a nadie. La gente tiene sus ideas ya hechas, o hace suyas las que escriben los libelistas de la época:

''¿Te deseará siempre ¡Oh, Lucrecia, Alejandro Sexto?
Destino siniestro. ¡Es tu padre!''.

El dístico es de Pontano, pero hay otro, de San Nazaro, en forma de epitafio:

''Aquí yace una tal Lucrecia, de hecho, una Thais:
Hija, mujer y nuera de Alejandro''.

Gobineau, autor de una historia del Renacimiento, escribió el siguiente diálogo entre Lucrecia y su padre:

DOÑA LUCRECIA. Yo no pedí casarme con don Alfonso de Aragón. Con el pretexto de mi juventud no se me consultó. Como tampoco se había hecho antes para formar y romper mi primer matrimonio. Por parte de mi marido, soy duquesa de Bisceglia, pero mañana el rey de Nápoles puede retirarme ese feudo. Sermoneta la habéis tomado a los Gaetani y me la habéis dado. Otro me lo arrebatará para entregarlo a nuevos señores. Soy gobernadora de Espoleto, pero Espoleto pertenece a la Iglesia. . . No, Santo Padre, yo no soy más que una pobre mujer, juguete de su familia''.

Cualesquiera otra mujer sabe que si el diálogo no es verídico, bien pudo serlo. En la respuesta, Alejandro habla a Lucrecia de la gloria de la casa Borgia, de los llamados del destino; de que los conceptos del bien y el mal son distintos para los grandes seres y las grandes empresas, etcétera.

Sobre la base de esa escala de valores, César y Alejandro concertan un tercer matrimonio para Lucrecia, esta vez con Alfonso de Este, hijo del duque Hércules I de Ferrara, primo del segundo marido de Lucrecia y viudo de Ana Sforza. Había muchas cuestiones en contra de este matrimonio, que el mismo novio rechazaba con asco y con miedo, pero se impusieron las razones de estado.

El mismo Papa pidió al duque de Ferrara el envío de observadores, para que atestiguaran la buena conducta de Lucrecia. Les ofrecía fiestas, reuniones y veladas y, como algunas veces se les pasaba la mano, una inocente reunión terminaba en animado sarao, con la destacada participación de la misma Lucrecia. Entonces, como si estuviera vendiendo a su hija, el Papa pedía a los embajadores de Ferrara:

—Por lo menos podréis decir a Su Alteza que mi hija no es coja.

De ella escribió Zamboto: "Tiene un hermoso rostro, con ojos adorables. Posee mucho tacto y es discreta, inteligente, viva, complaciente y muy amable".

Cagnolo de Parma describióla como "una mujer de talla media, aspecto delicado, rostro un poco alargado, así como también su nariz, de encantador perfil; sus cabellos rubios, sus ojos grisáceos y su boca más bien grande; con dientes de rutilante blancura; el cuello liso y blanco, pero convenientemente grueso. Todo su ser respira buen humor y una alegría sonriente".

El compromiso de boda fue sellado con una fiesta el 26 agosto de 1501. Lucrecia entregaría una dote de doscientos mil ducados y la Iglesia rebajaría el tributo que Ferrara le pagaba, a sólo mil ducados oro, al año. En la fiesta, "Lucrecia bailó toda la noche con tanto entusiasmo que al día siguiente tuvo que quedarse en la cama". Ya hemos dicho que sólo tenía veintiún años.

El duque de Gravina había pedido su mano por mediación de su tío, el cardenal Orsini. Ignoraba que los Borgia tenían planes distintos.

Al cabo de muchos preparativos y de que el Papa nombra al pequeño Rodrigo duque de Sermoneta y al Infante Romano, duque de Nepi, Lucrecia parte hacia Ferrara el 6 de enero de 1502. Su constitución es delicada, siente el frío y la fatiga y sufre frecuentes dolores de cabeza. En una crónica de Ferrara, Bernardino Zamboto dice de ella que es de talla regular y delgada, rostro ovalado, fina nariz, cabellos rubios y "ojos claros de un azul lechoso". Llega a su destino, acompañada de numeroso séquito y un pesadísimo equipaje, el 2 de febrero siguiente. Entre sus compañeros va Adriana de Mila, prima y confidente del Papa y a quien éste confió la educación de Lucrecia desde pequeña.

Alfonso de Este, viudo de Ana Sforza, tiene 27 años. Cuida de Lucrecia como si fuera un encargo, pero dedica la mayor parte de su tiempo a fundir cañones, a la caza, a la cría de caballos y perros, a nadar y organizar torneos. Isabel de Este había escrito una carta a su marido, quien no asistió a la ceremonia, que "para decirlo claramente, fue una boda fría".

Un sombrío castillo de gruesos muros, rodeado de fosos cuyas aguas estancadas se hallaban infestadas de mosquitos, era el hogar de Lucrecia, quien aprovechó las ausencias del marido para reorganizarlo todo. Inclusive, organizó su corte, que no había; y protegió las artes para distraerse, tratando de imitar el ambiente en que vivió

sus primeros años en Roma. El 5 de septiembre del mismo año en que llegó, Lucrecia dio a luz a una niña muerta, dentro de los fríos y húmedos muros de Castello-Vecchio. Queda muy agotada y el 8 de octubre pide ser llevada al convento del Corpus Domini, acompañada de sus damas de confianza, en busca de restablecimiento

A principios de agosto de 1503, en Roma, el Papa y César fueron invitados a una comida por el rico cardenal Adrián Corneto. Algunos dicen que, con el fin de apoderarse de los bienes del cardenal, César envió a un criado con un vino envenenado y con instrucciones de no servirlo a nadie antes que él mismo lo ordenara. El cardenal ofreció diez mil ducados al sirviente para que diera de ese vino a Alejandro VI y a César. El Papa murió en la noche del día 18. Dicen sus detractores que en muchas ciudades, al enterarse de la muerte de Alejandro Sexto, las señoras de la nobleza y muchachas del pueblo se mezclaban bailando y cantando en las calles y ataviadas con vistosos vestidos multicolores.

En el título expedido por la Universidad de Bolonia, y donde se hace constar que Rodrigo Borgia es doctor en derecho canónico, con sólo dieciséis meses de estudio, hay tres anotaciones escritas a mano, en distintas épocas y con caracteres diferentes; la primera dice: "sobrino del Papa Calixto, fue nombrado cardenal este año (1456, cuando el título fue expedido) y en el mes de septiembre". En la segunda se lee: "En el año 1492 fue elegido Sumo Pontífice con el nombre de Alejandro VI". La tercera es más expresiva: "Murió en agosto de 1503 y se le enterró en el infierno".

El historiador Guicciardini, escribió: "El Papa Alejandro murió en plena gloria y en plena felicidad. . . Pero estuvo provisto abundantemente de todos los vicios de cuerpo y alma, y fue extremadamente lujurioso con uno y otro sexos. Su ambición era infinita y aumentaba a medida que superaba lo que tenía y era más poderoso".

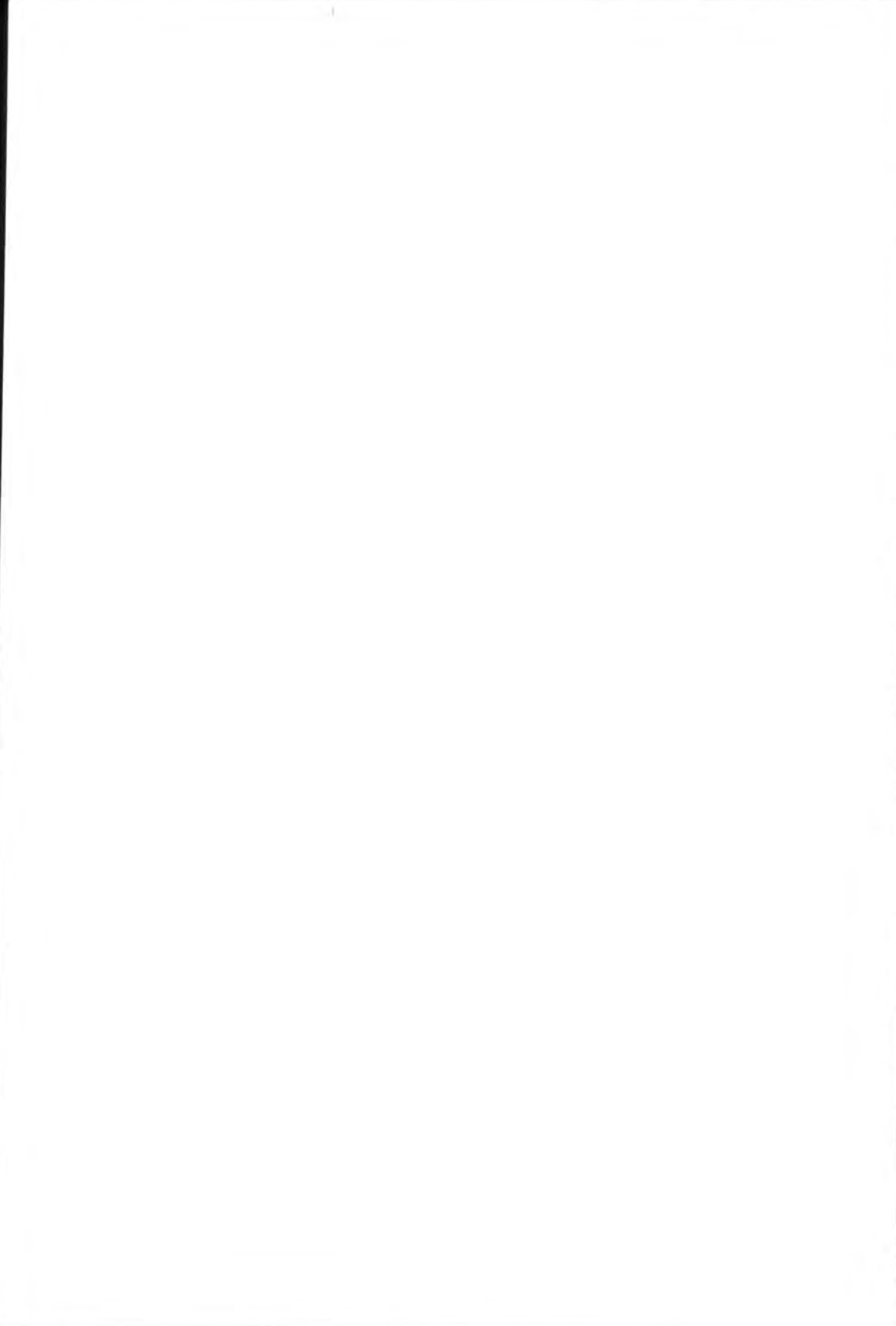
¿Pudo Lucrecia oponerse con sus débiles fuerzas a un hombre así, dotado por la naturaleza de todos los vicios y todas las pasiones? Su propio padre destruyó su alma de niña y prostituyó su cuerpo cuando era apenas un frágil y delicado capullo. ¿No estuvo él en el mismo cuarto la noche de su boda con Juan Sforza? ¿No permitió Alejandro que César y Juan y Godofredo mancillaran su pudor? ¿no hizo que Bernadino Betti reprodujera su bello rostro como el de Catalina de Alejandría en las paredes de los departamentos Borgia? ¿No era ésta una morbosa manifestación erótica? ¿No la casó tres veces cuando quiso y con quien quiso, como lo hizo con la misma Giovanna, sólo para satisfacer necesidades políticas o encubrir pecados personales? De aquellos que la conocieron y la describen, no hay uno solo que hable de sensualidad o se refiera a ella como una vampiresa. Betti, quien había sido ayudante de El Perugino, la pintó con el rostro "Armoniosamente ovalado, los ojos azul pálido, la expresión ingenua y dulce.

la nariz bella y recta, el mentón corto y el talle esbelto y elegante. Emanaba de su persona una gracia tranquila y suave, realzada por los aureos cabellos que caían sobre sus espaldas...

No cabe duda de que Lucrecia Borgia fue una víctima más de la ambición, la codicia, la maldad y los vicios de su propia familia; y que su vida tiene más, mucho más de sufrimiento y dolor, que la de la aparente y precaria felicidad que proporcionan el poder, la gloria y la pompa de circunstancias.

Lucrecia tuvo once embarazos, la mayoría con su último esposo, Alfonso de Este. No se pasaba un día sin que le trajera su cuota de penas y alegrías, más de aquellas que de éstas. En 1516 daba a luz a su quinto hijo, pero en ese mismo año se le murió un varoncito de dos años. Se hallaba sola el 26 de noviembre de 1518 cuando murió su madre en Roma. El duque de Ferrara estaba en París, procurando la protección del rey de Francia para sus posesiones. Lucrecia tenía el vientre ocupado por última vez. Fre-cuenta el convento de San Bernardino y hace años que es miembro de la Tercera Orden de San Francisco. A ruego de Lucrecia, su cuñada Isabel de Este ingresa en la Orden.

Cuando regresa Alfonso, de París, en la primavera de 1519, Lucrecia está irreconocible. Tiene profundas ojeras, el semblante plumizo y los rasgos estirados. El parto se anuncia muy difícil. En efecto, el 14 de junio Lucrecia dá a luz a una niña muerta. Diez días después fallece también ella. Y es enterrada en el convento de las Hermanas del Santo Sacramento. Al paso de los años, su tumba ha desaparecido, y lo mismo sucedió con la de su madre, La Vanozza, pero Juan Gonzaga, tío del marqués de Mantua y quien asistió al sepelio con la representación de la familia, escribió en su informe: "Ha sido enterrada en el convento de las Hermanas del Santo Sacramento, en la misma tumba donde se hallan los restos de la madre del duque, Eleonora de Aragón. Su muerte ha causado un profundo sentimiento en toda la ciudad, y el duque en particular ha mostrado la más profunda tristeza. Aquí se cuentan maravillas de su vida. Lucrecia usaba un cilicio desde hace diez años. En los dos últimos años se confesaba diariamente y comulgaba tres o cuatro veces por mes".



XXIII
El Amor Sufrimiento



En la historia de los amores humanos, no existe un ejemplo más claro de castidad, pureza, sacrificio y renunciación, como el de la Princesa de Cleves.

María Magdalena de la Vergne, casada con el conde De La Fayette, escribió la historia de la Princesa de Cleves cuando aquella rondaba el medio siglo.

Perteneciente a la corte de Enrique II de Francia, mademoiselle de Chartres contrae matrimonio con el príncipe de Cleves. Ella es "perfecta, desde todo punto de vista"; conoce y observa todas las reglas de una vida honesta y habiendo sido el suyo un matrimonio de conveniencia, respeta y estima a su marido como corresponde a una persona bien educada.

La autora no lo dice, pero cuando habla de la sabiduría y la experiencia del príncipe de Cleves pone de relieve, sin proponérselo, la diferencia de edades. Se adivina también que el único lazo fuerte en el matrimonio es la afinidad en su educación, pues ambos se rigen con un apego estricto a los buenos modales.

Dice André Maurois que monsieur de Cleves es un hombre digno de ser amado. "Pero él mismo tiene demasiada experiencia como para no darse cuenta de que ella no lo ama". La autora nos lo cuenta a su modo.

"Después de su boda, M. de Cleves se sentía feliz sin por eso estar enteramente contento. Veía con mucha pena que los sentimientos de mademoiselle de Chartres no pasaban de ser de estimación y reconocimiento, y que no podía enorgullecerse de que ella ocultara los más obsequiosos, ya que el estado en que se encontraban le permitía hacerlos parecer sin chocar su extremada modestia. Casi no pasaba día sin que él no le expresara sus quejas.

"—¿Es posible —le decía— que yo pueda no ser feliz al casarme con vos? Sin

embargo, la verdad es que no lo soy. Vos no sentís por mí si no una especie de bondad que no puede satisfacerme. Vos no tenéis ni impaciencia, ni inquietud, ni desazón, vos no os conmovéis más por mi pasión de lo que os conmovierais de un apego que sólo se fundara en las ventajas de vuestra fortuna y no en los encantos de vuestra persona''

''—Cometéis injusticia en quejaros. —le respondía ella—. No sé qué podéis anhelar más allá de cuanto hago, y me parece que el decoro no permite que yo haga más ...''

(Para una mujer, el matrimonio es su negocio. ''La que no enseña no vende'', dice el refrán, pero ella es incapaz de poner en juego la imaginación; es más: carece de imaginación. Ella cree que el matrimonio ¡la vida, toda! está hecho de deberes, y se limita a cumplir con su deber. Ama por nota. Y no toca ninguna que no esté en la partitura. Es cierto que la suya fue una boda de conveniencia, pero si pusiera algo más de su parte se adueñaría por completo de la voluntad del marido, más que dispuesta ya, por cierto. La princesita no sabe ni quiere hacer más de aquello que le ha enseñado mamá. Ella le explicaba, a su modo, lo que el amor tiene de agradable, pero también de lo peligroso que puede resultar)

Escribe la autora que madame de Chartres enseñaba a su hija que los hombres son falsos, infieles y engañadores. Pero una esposa puede asegurar su tranquilidad si es honesta y virtuosa, atributos ''que dan brillo y elevación a una persona que posea belleza y distinción de cuna''

Por obediencia a las reglas morales de que está imbuída, ella se limita a cumplir. Mal negocio, porque pronto el diablo mete la cola.

En un baile de palacio, la princesa de Cleves se fija un día en monsieur de Nemours ''que es el gentilhomme más seductor de la corte y flor de la caballería francesa. Ella siente celos al verlo rodeado de otras mujeres, pero todavía no se dá cuenta de que su sentimiento es amor. Sin embargo, es ahora cuando siente impaciencia, inquietud, desazón ... y vergüenza''. La madre, para quien el matrimonio de su hija es su negocio y, por lo mismo, ejerce sobre ella una estrecha vigilancia, descubre el peligro. En el regaño envuelve las amenazas:

''—Vos sentís inclinación por monsieur de Nemours —la acusa—. Yo no os pido que lo confeséis, ya no estoy en condiciones de servirme de vuestra sinceridad para dirigiros. Hâce ya mucho tiempo que descubrí esa inclinación, pero no quise hablaros antes por temor a hacer que vos misma lo notaráis. Ahora lo sabéis demasiado: estáis

al borde del precipicio; habréis menester de grandes violencias y grandes esfuerzos para conteneros. Pensad en lo que debéis a vuestro marido; pensad en lo que os debéis a vos misma, y pensad que váis a perder esa reputación que habéis adquirido y que yo tanto anhelé para vos. Tened fuerza y valor, hija mía; retiráos de la corte; obligad a vuestro marido a que os lleve; no temáis tomar decisiones demasiado rudas y demasiado difíciles; por muy espantosas que os parezcan al principio, luego serán mucho más dulces que las desdichas de una galantería... (y el chantaje moral) Si esa desgracia hubiera de ocurrirnos, recibiré con gusto la muerte para no ser testigo de ella''.

A todas las riendas, a todos los frenos, a todos los diques que la buena señora ha puesto en la vida de su hija, añade esta vez el que equivale a una maldición: si faltas a tus deberes serás la causa de mi muerte.

No habla de cristianismo, no menciona preceptos religiosos. Para ella la etiqueta, las reglas de sociedad y los buenos modales son más fuertes que los Mandamientos.

Casi al mismo tiempo, "el gentilhomme más seductor de la corte y flor de la caballería francesa" consigue hablar con la princesita y decirle lo siguiente: "Por regla general, las mujeres juzgan como pasión nuestro deseo de gustarles y buscarlas; pero no es cosa difícil, por poco que ellas sean amables; lo difícil es no abandonarse al placer de seguir las; lo difícil es evitarlas por temor de mostrar al público y a ellas mismas los sentimientos que uno experimenta por ellas y lo que señala todavía mejor un verdadero apego es volverse completamente opuesto a lo que uno era, y no tener más ambición ni placer después de haberse ocupado de una y otro durante toda la vida..."

Por más que se le busque, no hay en esas palabras absolutamente nada comprometedor, pero la princesa se sabe culpable y les dá todo el significado que en ellas encuentra oculto. Bien dice Maurois: "Las palabras más oscuras de un hombre que gusta dan más agitación que las declaraciones abiertas de un hombre que no gusta"

Cada día crece el amor en el corazón de Madame de Cleves, pero su espíritu se resiste. Por encima de todo está el deber.

Pero el destino la traiciona.

Un día, monsieur de Nemours sufre un accidente cuando cabalgaba con el rey y resulta herido. Incapaz de contenerse, la princesa palidece al enterarse y le salen al rostro los colores del amor y la angustia. El pequeño incidente le oprime la conciencia.

y seguramente la madre pone su granito de arena, porque madame de Cleves acaba pidiendo al marido que la lleve al campo, se siente mal y necesita aire puro. Monsieur de Cleves no le cree. Ella insiste. El marido se burla: "Nunca has tenido mejor aspecto". Desesperada, la mujer añade:

"—No me obliguéis a confesaros una cosa que no tengo fuerzas para reconocer, aunque varias veces haya tenido el propósito de hacerlo. Pensad solamente que la prudencia exige que una mujer de mi edad no esté expuesta en medio de la corte.

"—¿Qué me hacéis encarar, señora? —exclamó M. de Cleves— Yo no osaría decíroslo por temor a ofenderos.

"—Pues bien, señor —le respondió ella, postrándose de rodillas—, voy a hacer os una confesión que nunca ha sido hecha a un marido; pero la inocencia de mi conducta y de mis intenciones me dá fuerzas para hacerla. Es verdad que tengo motivos para alejarme de la corte y que quiero evitar los peligros en que a veces se encuentran las personas de mi edad. Jamás he dado ninguna muestra de debilidad y yo no temería que así pareciera si vos me otorgarais la libertad para retirarme de la corte. . . . Por muy peligrosa que sea la decisión que tomo, la tomo con gozo por conservarme digna de ser vuestra. Os pido mil perdones si tengo sentimientos que os disgustan; por lo menos no os disgustaré jamás por mis acciones. Pensad que para hacer lo que hago es menester tener más amistad y estimación por un marido que cuanto se haya tenido alguna vez. Llevadme, tened piedad de mí y seguidme amando, si podeis."

La princesa ha desnudado su alma. El lector se la imagina de rodillas, agarrada a las ropas del príncipe y con el rostro bañado en lágrimas. Es tan pura, tan casta, tan pudorosa, que se antoja pensar que su alma es lo único que ha desnudado en su matrimonio; y esta sospecha toma cuerpo al escuchar la respuesta del príncipe, quien todavía no se ha acomedido a pedirle que se levante.

"—Jamás os he podido brindar amor —expresa— y veo que teméis sentirlo por otro. ¿Y quién es, señora, ese hombre feliz que os causa ese temor? Siento a un mismo tiempo los celos de un marido y de un enamorado; pero es imposible tener los de un marido después de un proceder como el vuestro".

Es en este momento cuando ella se dá cuenta de que ha cometido un gran error confesando una culpa de imaginaria, pero es demasiado tarde. En el semblante del marido ofendido se adivinan todos los malos pensamientos que pasan por su mente. El infeliz repasa todos los encuentros de su esposa con M. de Nemours y dá por buenas

todas sus sospechas de entonces y de ahora. No, antes no había pensado mal jamás, pero en este momento concede a los más pequeños e inocentes detalles toda la gravedad de una traición.

Ella no pronuncia ningún nombre. Ya ha ido demasiado lejos. El desdichado príncipe se marcha con el corazón destrozado, pero ya está advertido, por eso resulta fácil descubrir quién es su rival cuando la princesa se rehúsa a verlo. Le descubre sus bien fundadas sospechas y, como ella guarda silencio, la acorrala:

''—¿Os aríais negaros a verlo si no supierais bien que él distingue vuestros rigores de la descortesía? ¿Por qué habéis de tener rigores para él? De una persona como vos, señora, todo es favor, menos la indiferencia. . . Soy el más desdichado de los hombres. . . yo os amo como dueña mía y os veo amar a otro. Ese otro es el más amable de la corte y os vé todos los días; él sabe que lo amais''.

Para salvar su matrimonio, M. de Cleves envía a su mujer a una casa fuera de la ciudad. Allí la visita una amiga que luego platica en la corte cómo la ha encontrado. Inocentemente, revela que la princesa suele pasear todas las noches en un bosquecillo. El señor de Nemours decidió ir a verla pero tomando todas las precauciones para no ser visto por ella. El relato de esta aventura es sencillamente delicioso: el enamorado se introduce en el jardín de la casa y vé a la princesa con el cabello suelto y la garganta desnuda. Está sentada frente a su tocador y de una cajita saca unos listones con los colores de la familia Nemours. Luego contempla largo rato un retrato y el caballero de Nemours se acerca más a la ventana sin hacer ruido y puede ver que el retrato es de él. Leamos, por favor, el siguiente párrafo de la señora de La Fayette:

''—No es posible expresar lo que M. de Nemours sintió en ese momento. Ver a media noche, en el lugar más bello del mundo, a una persona a quien adoraba; verla sin que ella supiera que era observada, y verla ocupada en cosas relacionadas con él y con la pasión que ella le ocultaba, es algo que jamás ha sido gustado ni imaginado por ningún otro enamorado''.

Lo que ambos ignoran es que el marido ha enviado a uno de sus gentiles hombres a seguir los pasos de Nemours. El espía se ha regresado en cuanto lo vio entrar al jardín. Suficiente para declararlos culpables. Pero nadie ha pensado en un juicio. Al señor De Cleves le basta lo que sabe para caer en cama víctima de una fiebre que acaba por llevarlo a la tumba. No obstante, en su lecho de muerte tiene tiempo para reprochar a la ingrata:

''—Vertís muchas lágrimas, señora, por una muerte que vos provocáis y que no

puede causaros el dolor que fingís. ... ¡Adiós, señora! Algún día echareis de menos a un hombre que os amaba con pasión verdadera y legítima''.

Presa de dolor y llena de remordimientos, madame De Cleves se encierra en los muros de su casa en tanto que el señor de Nemours la asedia con sus requerimientos. El asunto es de mera lógica: si ella lo ama, ya no hay obstáculo para unir sus vidas. Por lo tanto, se pasa la vida rondando los muros.

Un día, por fin, consigue verla y arrojarse a sus pies, ofreciéndole matrimonio. Ella confiesa que lo ama, que siempre lo ha amado, pero lo rechaza porque, según ella, debe respetar las leyes que su deber le impone.

Y la princesa de Cleves muere, ya vieja, en la austeridad y el recogimiento.

Era indispensable ser, por lo menos, marquesa, y tocar el arpa, el clavicordio o el piano. A los caballeros, en cambio, les estaba permitido ser poetas o héroes, pero de preferencia, nobles.

El mundo acababa de salir del oscurantismo medieval y Europa se reponía de los desórdenes reformistas y de las guerras entre monarquías. Con lo que quedaba del feudalismo se formaron naciones cuya estabilidad llevaba décadas de vigencia y hacía cien años que las riquezas del llamado nuevo mundo fluían incesantemente en beneficio de una sociedad que, a falta de mejor ocupación, entretenía sus ocios en lances amorosos que, por lo menos en Francia, se prolongaron por espacio de un siglo.

Aquellos amores de principios del Siglo XVI eran como de merengue: dulces, etéreos, intangibles. Amores manifestados siempre por los rubores o palideces de las mejillas, los suspiros y los desmayos. Amores enmarcados en paisajes de ensueño como si hubieran sido hechos para complementar los sentimientos de los enamorados: el bosque, el arroyo, el jardín, el estanque poblado de cisnes o la fuente habitada por tritones, sirenas, cupidos y ninfas esculpidos en piedra.

Hasta los vestidos remedaban una forma de irrealidad: las mujeres usaban sedas y encajes, velos y brocados, abanicos y miriñaques, polizones y crinolinas; medias de colores y pantaloncillos escarolados; zapatillas de seda, de piel o de raso; costosos perfumes exóticos traídos del Oriente, de donde venían también las perlas, los zafiros y rubíes. Se completaba el atuendo con un bello cabello largo delicado y minuciosamente peinado, que terminaba en coquetos bucles perfumados.

Los caballeros vestían de terciopelo y seda, con escarolas en los puños y en el cuello; hebillas de plata en los zapatos y el pelo largo y ondulado.

Era una sociedad de lujos y cortinajes, y de un conservadurismo llevado hasta sus límites extremos. Los franceses aprendían el arte de vivir y las francesas llenaban su imaginación con la poesía de Rabelais y de Montaigne, de Dante y Petrarca, de Virgilio y Horacio. Seguramente que Ovidio les estaba prohibido o, simplemente, no podía ser leído en francés. Sin embargo, dominaba a las damas de la corte el gusto por los ambientes pastoriles y les atraía sobremanera la vida del campo. Con el pretexto de escapar de los rigores del frío se pasaban el invierno encerradas y parecían renacer con la primavera. Por eso los relatos de amores están siempre rodeados de perspectivas salpicadas de anémonas, redodendros, asfodelos, peonías, violetas, margaritas y las imprescindibles rosas.

Se buscaba la felicidad por los caminos del amor, bordeados de escenarios pastoriles semejantes a aquellos que nos describen los poetas de la Grecia antigua y nos repiten después, trasladados a su tiempo y su espacio, los latinos Virgilio y Ovidio. De ellos toman también los franceses el concepto de la belleza y esa emoción estética del amor, aunque envuelta en el incipiente sentimiento individualista de la civilización europea de ese siglo.

Tratábase de una generación que comenzaba a vivir por sí misma y para sí misma. Por lo tanto, empezaba también a desentenderse un poco de las ataduras de la religión. Si bien, se hablaba de una moral cristiana, se pasaba por ella como sobre ascuas para atender más a lo mundano, a lo personal e inmediato. Para esa generación lo espiritual es la generosidad del pensamiento y no la elevación hacia Dios, como lo había impuesto el misticismo de las generaciones inmediatamente anteriores.

A partir de las nuevas ideas, lo más importante es el ser humano; y esta posición es asumida con todas sus consecuencias. Por eso el amor de ese siglo no razona, sólo ama. Por eso la mujer olvidase del pudor y de la alegría de vivir para entregarse por entero a los tormentos de la pasión, de la incertidumbre, la ansiedad y los celos. Muchas mujeres, dejándose llevar por los arrebatos de la fiebre, no ocultaban ni reprimían el deseo de entregarse totalmente, sin condiciones y sin reflexión. El amor llenaba su cuerpo, su mente y su alma. De ahí los desmayos y el volver en sí; de ahí los delirios y los estremecimientos que son un componente inevitable de los dulces suplicios del amor. De por sí, el amor en la mujer es todo ilusión, pura imaginación, porque por medio del amor ella suelta la rienda a sus más vivas emociones y a su más honda ternura. Y ese amor tan puro no puede menos que despertar en el hombre bien educado una noble pureza en sus intenciones. Tal me ofreces, tal te doy, parecen decirse las almas

del siglo XVI. La virtud y el sentimiento eran los motores de la relación humana entre los espíritus sencillos de esa bella época del renacimiento francés. Poder besar la mano de lirio de una mujer hermosa era un favor impagable para un hombre enamorado, y un juramento de amor era desde siempre, por siempre y para siempre. Los ruegos de un amante, pronunciados con frases entrecortadas, con las rodillas en el suelo y derramando lágrimas ardientes en las blancas y delicadas manos de la amada, eran correspondidos por la turbación, los suspiros, el temblor y las lágrimas de la solicitada. Con frecuencia, los ruegos desembocaban en una amenaza de suicidio si el amor no era justamente correspondido. La mujer, por su parte, llevaba hasta el sacrificio su defensa de la virtud y la castidad. Todo, en el amor, era de una sinceridad prodigiosa y de una prístina inocencia. ¿Por qué? Porque las almas estaban acostumbradas a manifestarse en toda su sencillez.

A las generaciones actuales nos parece cursi porque tenemos atrofiado el buen gusto y porque ¡ay! ya no ponemos en juego nuestros sentimientos en las relaciones con los demás. ¡Peor para nosotros!

Edmundo Goncourt, André Maurois y Carlos de Sainte-Beuve nos han legado muy bellos ensayos sobre el amor en los tiempos de madame de Sevigné, de Madame de Lenclos, de madame de La Fayette y de Madame Bovary. Gracias a ellos sabemos cuántas dulces saetas podía soportar un corazón profundamente enamorado. Gracias a ellos sabemos que las generaciones del Siglo XVI sabían relacionar las emociones humanas con la naturaleza. Aquellos hombres y mujeres no concebían el amor sin estar circundado por un paisaje pastoril de bosques, flores, fuentes y vericuetos, acompañados de "el canto de los ruiseñores y el murmullo de los arroyos". Una generación que amaba las sensaciones y de ellas se alimentaba. Se vivía para el placer y el ensueño. Hombres y mujeres pasaban por el purgatorio del sufrimiento para alcanzar la dulce serenidad del amor cumplido, que tiene la virtud de entibiar los rayos de la luna, y de cubrir con su manto de plátano el follaje de los bosques y las aguas tranquilas del estanque.

Pero nada dura tanto. La ingenuidad y los buenos sentimientos en el amor se quebraron durante la Regencia, y cayeron en la frivolidad y el libertinaje durante el reinado de Luis XIV, cuyos cortesanos podían vivir como quisieran y con quien quisieran, con la única condición de mantener la apariencia de la dignidad, la cortesía y la elegancia.

XXIV

María Estuardo



María Estuardo, la reina de Escocia cuya cabeza rodó bajo el hacha del verdugo el 8 de febrero de 1587 como si se hubiera tratado de una vulgar delincuente, pudo haber enriquecido generosamente los veneros de amor de la Historia, pero la vida misma le negó todos sus derechos.

Sólo vivió cuarenta y cinco años, y de ellos, más de la mitad como prisionera; primero, de su propia madre, por razones de seguridad, y ya adulta, desde los 27 años hasta su muerte, prisionera del odio y la maldad de su prima Isabel, la reina de Inglaterra.

Alta, esbelta, pelirroja, muy blanca, de nariz recta y labios bien dibujados, María fue reina desde el primer año de su vida como heredera de su padre, Jacobo V, quien murió seis días después del nacimiento de la niña. Enrique VIII la reclamó para su hijo por razones de estado y exigió le fuera entregada desde luego para garantizar su custodia y su educación.

Pero Enrique era protestante, mientras que Jacobo y María de Guisa eran católicos. En consecuencia, la niña debería unirse a un príncipe católico, en España o en Francia. Además, Enrique VIII no sólo era un hereje, sino que su vida sentimental tenía escandalizada a toda Europa y lugares circunvecinos. Ciertamente que Jacobo no se quedaba atrás, pues antes de subir al trono había tenido seis hijos con otra señora, cinco mujercitas y un varón. ¡Era la costumbre!

A nosotros nos cuesta mucho trabajo ubicarnos en el tiempo y el espacio adecuados cuando nos referimos a acontecimientos registrados varios siglos atrás, cuando las leyes y las costumbres y las tablas de valores morales y materiales, eran diferentes a las que rigen nuestro pensamiento y nuestros actos en el presente.

Las entonces llamadas "razones de estado" eran poderosas razones para decla-

rar la guerra a un estado que estorbara o se opusiera a los intereses políticos de una nación más poderosa, Enrique VIII planeaba unir los reinos de Inglaterra y Escocia en la corona de Eduardo, su hijo menor, casándolo con María Estuardo. La nobleza de Escocia accedió a conceder la mano de la niña y los padres cedieron aparentemente a la presión de los nobles, pero la religión estaba por encima de sus intereses políticos. El rey de Inglaterra insistía en la entrega de la niña y los reyes de Escocia daban largas al asunto. El tironeo se puso muy tenso y fue necesario esconder a la niña en el castillo de Stirling. Los espías de Enrique descubren el paradero de la niña y el rey de Inglaterra envía tropas a apoderarse de ella, que es llevada subrepticamente a un convento. Interviene Francia y María atraviesa el mar como prometida del delfín Francisco II, dos años menor que ella, quien tiene cinco años y ocho meses. Por esos días muere Enrique VIII.

La pequeña crece en la corte francesa y recién ha cumplido quince años cuando es desposada en una suntuosa ceremonia que tiene como escenario el altar mayor de la catedral de nuestra Señora de París, el 24 de abril de 1558. Catalina de Médicis y Enrique II, los reyes de Francia, no caben en sí de gozo. María es bellísima y hace años que fue ungida reina de Escocia. Podrán unir los dos reinos en sus juveniles y reales cabezas. Aunque, la verdad, la prisa de Catalina por casar a Francisco se debe a la precaria salud del muchacho, demasiado endeble desde la cuna. En este mismo año fallece María Tudor, la reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón. A pesar de alguna oposición de carácter jurídico y moral, entre las cortes europeas, sube al trono Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Entre los opositores se hallan los reyes de Francia: siendo María Estuardo nieta de Enrique VII en línea directa, a ella corresponde el trono de Inglaterra. También Isabel es nieta de Enrique VII en línea directa, argumentan los nobles de Inglaterra protestante. Pero ella no es hija legítima, porque Enrique VIII pidió al Papa la anulación de su matrimonio, tercia la Iglesia, los ingleses no reconocen al Papa ninguna autoridad. Los franceses pierden la disputa, pero Enrique II ordena a los delfines poner en sus escudos de armas los emblemas del trono de Inglaterra. Grave ofensa a los ojos de Isabel, ofensa que jamás olvidará, y mucho menos las pretensiones de María al trono de Inglaterra.

A consecuencia de la herida recibida en un torneo, Enrique II muere el 10 de julio de 1559. Uno de los testigos es Diana de Poitiers, la célebre amante del rey. A los diecisiete años, María Estuardo es reina de Escocia y de Francia. Vive entonces, a plenitud, el esplendor de la corte francesa: una corte de ensueño envuelta en la creatividad humanista y sensual de los poetas, los músicos y los escritores, que abrieron camino a las impresionantes generaciones que tanto lustre dieron para la Historia a la Francia inmortal. Pero vive y sufre también la rebelión de los hugonotes y el tumulto de Amboise. Y no obstante, era más lo hermoso y lo bueno.

Dicen los fatalistas que lo bueno y lo bello nunca suelen durar. Por lo menos en el caso de María tuvieron razón: el 6 de diciembre de 1560 muere el joven rey, Francisco II, a dieciocho meses de haberse ceñido la corona y a sólo seis meses del fallecimiento de María de Guisa, quien regía el trono de Escocia a nombre de su hija, María Estuardo.

A los dieciocho años, María deberá enfrentarse sola a los juegos y los intereses de la política. Isabel ha hecho secreta alianza con los lores de Escocia y con Jacobo, su medio hermano, todos protestantes. Se rumora que Isabel envía subsidios para los lores de su confianza. Téngase en cuenta que Escocia es un país pobre, agrícola y pastoril, que la nobleza no paga impuestos y que la actividad pesquera es muy rudimentaria. La fortuna de Jacobo V, el padre de María, consistía en la posesión de diez mil borregos. Eso era todo.

Otra cosa: María no ha tenido tiempo de enamorarse, como no lo ha tenido para aprender a gobernar. Para ella Francisco II fue un compañerito de juegos durante diez años, y los dos años de matrimonio él estaba tan escuálido que apenas podría cumplir con sus deberes conyugales. Sin embargo, es de suponerse que por lo menos le inspiró un amor juvenil, pues ella sabe hacer versos gracias a las enseñanzas de su maestro Pierre de Ronsard, y a la muerte de su esposo escribe:

''Sin cesar mi corazón siente
la nostalgia de un ausente.
Si a veces hacia los cielos
llego a alzar mi mirada,
el dulce rasgo de sus ojos
véolo en una nube;
de pronto lo veo en el agua,
como en una tumba.
Si estoy en reposo,
adormecida en mi lecho,
siento que me toca;
en el trabajo, en el reposo,
siempre está cerca de mí''

El gobierno, en cambio, es diferente, porque la obliga al enfrentamiento brutal con la realidad. Primero, Isabel se niega a permitirle pisar territorio inglés a su paso para Escocia. Luego, el embajador de Inglaterra le reclama por haber usado en su escudo las armas inglesas. Jacobo Estuardo, su hermanastro, hijo de Jacobo V y de Margaret Erskine, se encarga de los asuntos de estado, pero sirve más a los intereses

de Isabel que a los de Escocia. Por supuesto, es mucho más rico que la reina, su hermana, y se entiende cien veces mejor con los lores, para quienes la patria no tiene un significado inquietante. María rema contra la corriente y contra un enemigo descarado y fanático, el calvinista John Knox, quien desde el púlpito la fustiga sin misericordia todos los domingos. Nadie la defiende, porque el país es protestante. Y a pesar de todo, María actúa siempre como una gran reina, como una dama refinada. Para aliviarse de las presiones y los sinsabores de la política, hace traer de Francia a músicos y poetas, e invita también a algunos amigos de la nobleza. Uno de ellos es monsieur Dainville, quien no sabe ocultar su admiración por la bella reina y se ve en la obligación de regresar a París con su esposa. Un capitán escocés de apellido Hepburn, arrastrado por la belleza y el trato afable de la reina, cae en alguna grosera inconveniencia y si no huye a tiempo le habrían castigado severamente.

Pero hay un poeta: Chastelard, traído por Dainville para cantar, por boca de ganso, las gracias de la reina. Este se ha quedado y continúa, ya por su cuenta, componiendo sentidos versos para la soberana, cuyo corazón, aparentemente vacío, la induce a responder con sus propios versos a las elegías de Chastelard. El juego poético entre ambos es muy conocido, pero en una noche aciaga el enamorado galán es descubierto en los aposentos reales, escondido tras de unos cortinajes. Se arma un escándalo pero la reina califica el asunto como una mera travesura y el poeta es perdonado... sólo para repetir la travesura. Esta vez María no puede interceder por él y Chastelard es decapitado en la plaza del mercado. El escándalo invade las cortes de Europa y los nobles se fijan entonces en un pequeño detalle: María ha soportado una viudez de tres años y ella sólo tiene veintidos años. Le llueven propuestas de matrimonio por todos lados, incluyendo a Felipe II, a Carlos IX y a Fernando de Austria. Se opone Isabel y le exige un matrimonio con miembros de las casas reales de Escocia y de Inglaterra. Se sucede un prolongado intercambio de cartas entre las mujeres más odiadas entre sí de todo el mundo. Cartas en las que se llaman mutuamente "querida hermana" y en una de las cuales Isabel cae en el extremo de ofrecer a María, como candidato, a su propio amante: Robert Dudley, según nos cuenta Stefan Zweig en su concienzuda biografía de la Estuardo. Ante la insistencia de Isabel en el sentido de que el elegido debería pertenecer a una de las casas reinantes, María hablase fijado en un muchachito de dieciocho años con cara de niña: Henry Darnley, biznieto de Enrique VII, e hijo de Margaret Lennox. Sabedor del secreto, el diplomático Melville, servidor de María, expresó despectivamente del jovencito en una ceremonia oficial, en respuesta a una observación maliciosa de Isabel. Y tal parece que Isabel pensó para sí: "¿No les gusta? Pues a éste les mando". Y con él se casó María Estuardo el 29 de julio de 1565.

Gran berrinche de Isabel, quien tiene que soportar el insufrible dolor de la envidia

al ver a su prima dos veces casada, mientras que ella sigue siendo, oficialmente, "la Reina virgen". Pero el muchachito es sólo un muchachito, y pasada la luna de miel María se halla más sola que nunca, pues por el amor ha rechazado a sus colaboradores más cercanos y ha descuidado los asuntos del gobierno. Hace a un lado a Darnley y se refugia en su círculo íntimo de música y poesía. Y otra vez se le presenta el diablo. En el coro figura un cantante y arreglista venido del piamonte italiano, de veintiocho años y piel muy morena. Canta bien y escribe sonetos aceptables. Habla latín, francés e italiano. Y como si atendiera a un llamado del destino, David Rizzio sin darse cuenta es el depositario de toda la confianza de María, pues en poco tiempo es nombrado secretario privado de la reina y despacha sus asuntos inclusive sin tener que consultarla. Ella le hace ricos presentes, lo viste como un príncipe y lo sienta a su mesa. A veces dan las dos de la mañana y ellos continúan despachando los asuntos de estado en los aposentos de ella. El marido, el rey consorte, anda muy ocupado con los caballos que le envió Isabel como obsequio. Las cortes europeas no ocultan su indignación y llueven las reconvenciones sobre María. El escándalo alcanza proporciones mundiales pero la mujer enamorada sigue en sus trece. Por fin se arma una conjura a cargo de la nobleza y, por lo menos, de un embajador importante, aunque hacen aparecer como cabeza al marido ofendido. El 9 de marzo de 1566 David Rizzio es sacrificado ante los ojos azorados de la reina, en su antecámara, y ella queda como prisionera de sus súbditos en el mismo castillo de Holyrood. En una hora, la reina de Escocia ha acumulado el aprendizaje que al común de los mortales les lleva toda una vida. Con la ayuda de Darnley, quien traiciona a sus compañeros de conspiración, y de Lord Bothwell, gran almirante y jefe de las guardias fronterizas, escapa dos días después y galopa en la oscuridad de la madrugada a lo largo de cuarenta kilómetros, sin parar y con un embarazo de más de cinco meses, hasta su castillo de Dumbar. El maestro Schiller hace un relato magistral de este bello episodio. Reestablecida la situación con la ayuda del ejército, María muda su residencia al castillo de Edimburgo y es allí donde, el 9 de junio de 1566, nace Jacobo VI. Ha habido muchas habladurías, por eso María Estuardo llama a Darnley a su cuarto de parturienta y, tomando al niño en sus brazos, lo alza y declara ante Dios, como si ya estuviera en el juicio final, que Jacobo es hijo suyo y de nadie más. Pero con este alumbramiento, María prende una costura más en el saco de odio de su prima Isabel, quien al enterarse déjase caer en una silla y solloza: "La reina de Escocia ha dado a luz un hijo, pero yo no soy más que un tronco muerto".

Y otra vez el destino. Y otra vez el Amor. ¿Por qué, María, que sabe dominar muchas cosas, no domina al Amor? Por el contrario, sólo es un juguete en sus redes. Con Bothwell se repite la historia de Rizzio, pero esta vez la posesión es brutal, precisamente al estilo de Bothwell, un Don Juan celta con mucho de vikingo y quien lleva algunas muescas de mujeres seducidas en el puño de su espada. Algunas de sus

víctimas pertenecen al círculo de María, en la corte escocesa; y se sabe que una danesa dejó esposo y bienes para seguirlo. La misma María ha sido testigo de su boda reciente con Jane Gordon. Pues bien, este Jacobo Hepburn, conde de Bothwell, alto, moreno, feo, ancho de hombros y dueño de una gran fuerza muscular: el hombre que acudió a defender a la reina al escuchar el barullo de gente armada cuando Rizzio era asesinado, y hubo de saltar por una ventana para salvar su propia vida y ayudar luego a la soberana en su fuga, este escocés de treinta años que no toma en serio a las mujeres, y quien una vez dijo que ni juntas Isabel y María harían una mujer completa, ha poseído a la reina aprovechándose de su puesto de consejero de confianza y de que podía, como Rizzio, permanecer hasta muy altas horas de la noche en la antecámara de María. El instante crucial puede haber sido provocado involuntariamente, pero el hecho es que sobrevino la posesión brutal y ella llora

''Por él también derramé lágrimas,
primero cuando se hizo poseedor
de este cuerpo,
del cual entonces no tenía el corazón''.

escribe en francés la hermosa reina blanca. Por eso la posteridad sabe que ha sido un ataque repentino, que desde lo más primitivo del instinto ha emergido el Don Juan nórdico y que ¡horrible abominación! ha perdido a María.

A partir de ese funesto momento María Estuardo se transforma de reina en esclava. Sólo vive por Bothwell y para Bothwell. Actúa como una autómatas y llora a todas horas exclamando entre sollozos: ''¡Me quiero morir!'' . Víctima de su alocada pasión, María ha perdido el honor, la dignidad, el respeto a sí misma y el sentido de la realidad. De reina de Escocia se ha convertido en un ente sin voluntad y sin destino. Todo esto en presencia del amado, pues en el despacho de los asuntos públicos despliega una energía y una serenidad que no se le conocían. Es fría y fuerte en las decisiones, que dicta con seguridad y lucidez. La gente observa que viaja a caballo de castillo en castillo, acompañada de Bothwell, y sabe que andan en asuntos del gobierno. ¿No hacía lo mismo con Rizzio? ¿No también trabajaban hasta la madrugada del día siguiente? Pero la tensión nerviosa y la pasión consumen sus fuerzas. Además, impulsada por el amor se dá tiempo para escribir cartas y poemas:

''Para él quiero buscar la grandeza,
y tanto haré que, en verdad, conocerá
que no tengo bien, ni dicha, ni contento
más que en obedecerle y servirle lealmente.

Para él espero toda buena fortuna,
para él quiero guardar salud y vida,
por él tengo deseos de practicar toda virtud,
para que, sin cambiar, me encuentre siempre
[la misma.

Pascal dijo alguna vez que "cuando no se ama demasiado, no se ama lo suficiente". Es cierto, pero María Estuardo está enamorada hasta la perdición, hasta el espanto. Por eso exige a su amado que no crea en los juramentos de amor de su esposa, cuyas cartas están acicaladas con astucia, sus palabras son afectadas, sus lágrimas y sus quejas están llenas de ficciones y, sin embargo, él la ama y le cree más que a ella. Para María, enamorada hasta la locura, la situación es insostenible. Quiere a Bothwell para ella sola y esta idea ocupa toda su mente y todo su ser

"Entre sus manos y en su pleno poder
pongo a mi hijo, mi honor y mi vida,
mi país, mis súbditos; mi alma esclavizada
es toda suya y no tengo otra voluntad
como objeto de mi querer que, sin engañarlo
quiera yo seguir, a pesar de todo el daño
que pueda resultar de ello".

Con todo, algo se interpone entre la reina de Escocia y su completa felicidad: Henry Darnley, su marido, quien desde poco después del nacimiento de su hijo vive separado de María y en estos días se halla enfermo de viruelas en el castillo de su padre, en Glasgow. María sabe que los lores y los principales dignatarios de Escocia lo odian desde la traición de los conjurados, varios de los cuales han vivido en el exilio hasta hace poco. Algunos, inclusive, desean su muerte. Los amantes se ponen de acuerdo con los nobles y la propia María lleva un coche especial a Glasgow para traer a su marido a Edimburgo con el pretexto de que desea cuidarlo personalmente. El desdichado es muerto en el camino. Es la noche del 9 al 10 de febrero de 1567. La reina anuncia al mundo que, según los informes de la policía, su esposo ha sido asesinado por unos desconocidos. El cuerpo de Darnley es sepultado de prisa y sin las grandes ceremonias debidas a su realeza. Al día siguiente aparecen pasquines denunciando a los autores del asesinato. Señalan abiertamente a los principales, encabezados por James Bothwell y James Balfour. El padre de Darnley pide la intervención de Isabel para conseguir el esclarecimiento del crimen y el castigo de los culpables. Isabel accede gustosa y, con ella, las cortes de Europa, que ya han sido informadas por sus representantes. Completamente embotada por su amor, María convoca a los jueces a un juicio de mentrillas que declara inocente a Bothwell y éste, con el pergamino de absolución

en la mano, invita a los parlamentarios a una borrachera de taberna y, ya ebrios, los hace firmar un permiso para casarse con la reina. En efecto, James Bothwell se divorcia de su esposa y luego finge raptar a María a fin de que el matrimonio sea "obligatorio". De nueva cuenta, en el curso de la historia, la realidad supera a la fantasía. Contra la ley y las costumbres, contra el sentido común y la razón, se casan en la semioscuridad de una capilla, a las cuatro de la mañana. Casi no hay testigos de que María Estuardo ha puesto el anillo en la mano que asesinó a su esposo. El mundo les hace el vacío. Tres semanas después de la boda los lores arman un ejército para enfrentarse a Bothwell. La reina se le une pero, antes de la batalla, accede a evitar el derramamiento de sangre a cambio de que Bothwell abandone con vida el país, en ese mismo instante. María es puesta bajo custodia. El pueblo pide que la quemen, hasta donde se halla recluida van los lores y le muestran las cartas y los poemas. Prometen no publicar nada a cambio de que firme un escrito de abdicación. Se quiebra la última resistencia de la reina y firma el documento. Luego todos sus papeles son dados a la publicidad para ludibrio de los malvados.

Casi un año después consigue escapar pero ya nadie duda de que la persigue la fatalidad. Ya en las costas de Inglaterra escribe a su prima Isabel, la reina, pidiendo refugio. Esta se lo ofrece pero, a base de subterfugios, la mantiene durante diecinueve años como su prisionera. Cien veces pide su libertad y cien veces elude Isabel una respuesta clara. Ante Isabel, María Estuardo no es responsable de ningún delito. Los que cometió por amor se los debe a la justicia escocesa. Y ni eso, porque hasta antes de María Estuardo ningún soberano podía ser reo de la justicia común. Ha buscado a Isabel no como juez, sino como amiga y hermana, según lo señala atinadamente Sweig. María, como reina, sólo es responsable ante Dios.

Pero al cabo de diecinueve años de prisión, Isabel firma su sentencia de muerte y comete así la última crueldad innecesaria del medioevo. Han transcurrido siglos y nada podrá borrar esa tremenda culpa en la vida de Isabel, lo que demuestra, una vez más, que a través de la Historia, la vergüenza y la deshonra persiguen ignominiosa e ineluctablemente a quienes abusan del poder y a sus descendientes.

En contrapartida, la figura de María Estuardo se agiganta hasta tocar el cielo. La nieta de Enrique VII, reina viuda de Francia y reina ungida de Escocia; la mujer que cometió un crimen y perdió un reino por amor; la que cayó hasta la sima más profunda de la ignominia, ha redimido en la prisión sus pecados de juventud y ya sólo piensa en la salvación de su alma. Al cabo de veinte años de sufrir el encarcelamiento y la refinada tortura mental de su prima, María Estuardo muere nimbada con la regia corona del martirio.

XXV

El Amor Realidad



Con demasiada frecuencia el amor va a desembocar en el más amargo desamor. Y es que, tarde o temprano, todos los fuegos se apagan. Lo que sigue fue escrito hace cuatrocientos años por un cristiano sin tacha, como lo fue don Miguel de Cervantes Saavedra. Son ejemplos claros de desamor.

Llama la atención el sabio consejo de que los matrimonios debían ser contratos de tres años, de modo que aquellas parejas que desearan continuar unidas, pudieran refrendar su compromiso, y las que quisieran dar por terminado el experimento, pudieran separarse sin reñir y sin guardarse rencor.

Se cuentan por millones aquellos que están convencidos de que el matrimonio es la tumba del amor, aunque siguen siendo mayoría los que hallan la felicidad en la vida de pareja.

Reproducimos un Entremés titulado: "El Juez de los Divorcios".

"Sale el Juez y otros dos con él, que son Escribano y Procurador y siéntase en una silla; salen el Vejete y Mariana, su mujer.

MARIANA.—Aún bien que está el señor Juez de los Divorcios sentado en la silla de su audiencia. Desta vez tengo de quedar dentro o fuera; desta vegada tengo de quedar libre de pedido y alcabala, como el gavilán.

VEJETE.—Por amor de Dios, Mariana, no cacarees tanto tu negocio; habla quedo por la pasión que Dios pasó; mira que tienes atronada a toda la vecindad con tus gritos; y, pues tienes delante al señor Juez, con menos voces le puedes informar de tu justicia.

JUEZ.—¿Qué pendencia traéis, buena gente?

MARIANA.—Señor ¡divorcio, divorcio y más divorcio, y otras mil veces divorcio!

JUEZ.—¿De quién, o por qué, señora?

MARIANA.—¿De quién? Deste viejo que está presente.

JUEZ.—¿Por qué?

MARIANA.—Porque no puedo sufrir sus impertinencias, ni estar continuo atenta a curar todas sus enfermedades, que son sin número; y no me criaron a mí mis padres para ser hospitalera ni enfermera. Muy buen dote llevé al poder desta espuerta de huesos, que me tiene consumidos los días de la vida; cuando entré en su poder, me relumbraba la cara como un espejo, y agora la tengo con una vara de frisa encima. Vuesa merced, señor Juez, me descase, si no quiere que me ahorque; mire; mire los surcos que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada día por verme casada con esta anatomía.

JUEZ.—No lloréis, señora; bajad la voz y enjugad las lágrimas, que yo os haré justicia.

MARIANA.—Déjeme vuesa merced llorar, que con esto descanso. En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas, había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer, o confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento, y no que hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de entrambas partes.

JUEZ.—Si ese arbitrio se pudiera o debiera poner en práctica, y por dineros, ya se hubiera hecho; pero especificad más, señora, las ocasiones que os mueven a pedir divorcio.

MARIANA.—El invierno de mi marido y la primavera de mi edad, el quitarme el sueño por levantarme a media noche a calentar paños y saquillos de salvado para ponerle en la ijada; el ponerle, ora aquesto, ora aquella ligadura, que ligado lo vea yo a un palo por justicia; el cuidado que tengo de ponerle de noche alta la cabecera de la cama, jarabes lenitivos porque no se ahogue del pecho; y el estar obligada a sufrirme el mal olor de la boca, que le gúele mal a tres tiros de arcabús.

ESCRIBANO.—Debe ser alguna muela podrida.

VEJETE.—No puede ser, porque lleve el diablo la muela ni diente que tengo en toda ella.

PROCURADOR.—Pues ley hay que dice (según he oído decir) que por sólo el mal olor de la boca se puede descasar la mujer del marido, y el marido de la mujer.

VEJETE.—En verdad, señores, que el mal aliento que ella dice que tengo no se engendra de mis podridas muelas, pues no las tengo, ni menos procede de mi estómago, que está sanísimo, sino desá mala intención de su pecho. Mal conocen vuestras mercedes a esta señora; pues a fe que, si la conociesen, que le ayhunarían o la santiguarían. Veintidós años ha que vivo con ella mártir, sin haber sido jamás confesor de sus insolencias, de sus voces y de sus fantasías, y ya va para dos años que cada día me va dando vaivenes y empujones hacia la sepultura, a cuyas voces me tiene medio sordo y, a puro reñir, sin juicio. Si me cura, como ella dice, cúrame a regañadientes; habiendo de ser suave la mano y la condición del médico. En resolución, señores, yo soy el que muero en su poder, y ella es la que vive en el mío, porque es señora, con plena jurisdicción, de la hacienda que tengo.

MARIANA.—¿Hacienda vuestra? Y ¿qué hacienda tenéis vos, que no la hayáis ganado con la que llevasteis en mi dote? Y son míos la mitad de los bienes gananciales, mal que os pese; y dellos y de la dote, si me muriese agora, no os dejaría ni un maravedí, para que veáis el amor que os tengo.

JUEZ.—Decid, señor, cuando entrasteis en poder de vuestra mujer ¿no entrasteis gallardo, sano y bien acondicionado?

VEJETE.—Ya he dicho que ha veintidos años que entré en su poder, como quien entra en el de un capataz calabrés a remar en galeras de por fuerza, y entré tan sano, que podía decir y hacer como quien juega a las pintas.

MARIANA.—Cedacico nuevo, tres días en estaca.

JUEZ.—Callad, callad, nora en tal, mujer de bien, y andad ambos con Dios; que yo no hallo causa para descasaros; y, pues comisteis las maduras, gustad de las duras; que no está obligado ningún marido a tener la misma velocidad y corrida todo el tiempo; y descontad los malos que ahora os dá, de los buenos que os dió cuando pudo; y no repliquéis más palabra.

VEJETE.—Si fuese posible, recibiría gran merced si vuesa merced quisiera despenarme abriéndome la puerta desta cárcel; porque, dejándome así, habiendo ya llegado a este rompimiento, será de nuevo entregarme al verdugo que me martirice; y si no, hagamos una cosa: enciérrese ella en un monasterio, y yo en otro; partamos la hacienda, y desta suerte podremos vivir en paz y en servicio de Dios lo que nos queda de la vida.

MARIANA — ¡Malos años! ¡Bonita soy yo para estar encerrada! No sino llegáos a la niña, que es amiga de redes, de tornos, rejas y escuchas; encerráos vos, que lo podréis llevar y sufrir, que ni tenéis ojos con qué ver, ni oídos con qué oír, ni pies con qué andar, ni mano con qué tocar; que yo, que estoy sana y con todos mis cinco sentidos cabales y vivos, quiero usar dellos a la descubierta y no por brújula, como quiniela dudosa.

ESCRIBANO. — Libre es la mujer.

PROCURADOR. — Y prudente el marido; pero no puede más.

JUEZ. — Pues yo no puedo hacer este divorcio. No encuentro culpa alguna.

Entra uno vestido de médico, y es CIRUJANO; y Aldonza de Minjaca, su mujer.

CIRUJANO. — Por cuatro causas bien bastantes, vengo a pedir a vuesa merced, señor juez, haga divorcio entre mí y la señora Aldonza de Minjaca, mi mujer, que está presente.

JUEZ. — Resuelto venis; decid las cuatro causas.

CIRUJANO. — La primera, porque no la puedo ver más que a todos los diablos; la segunda, por lo que ella se sabe; la tercera, por lo que yo me callo; la cuarta, porque no me lleven los demonios cuando desta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.

PROCURADOR. — Bastantísimamente ha probado su intención.

MINJACA. — Señor Juez, vuesa merced me oiga y advierta que, si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo le pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fui engañada cuando con él me casé; porque él dijo que era médico de pulso, y resultó cirujano y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades; que va a decir desto a médico, la mitad del justo precio; la tercera, porque tiene celos del sol que me toca; la cuarta, que, como no le puedo ver, querría estar apartada del dos millones de leguas.

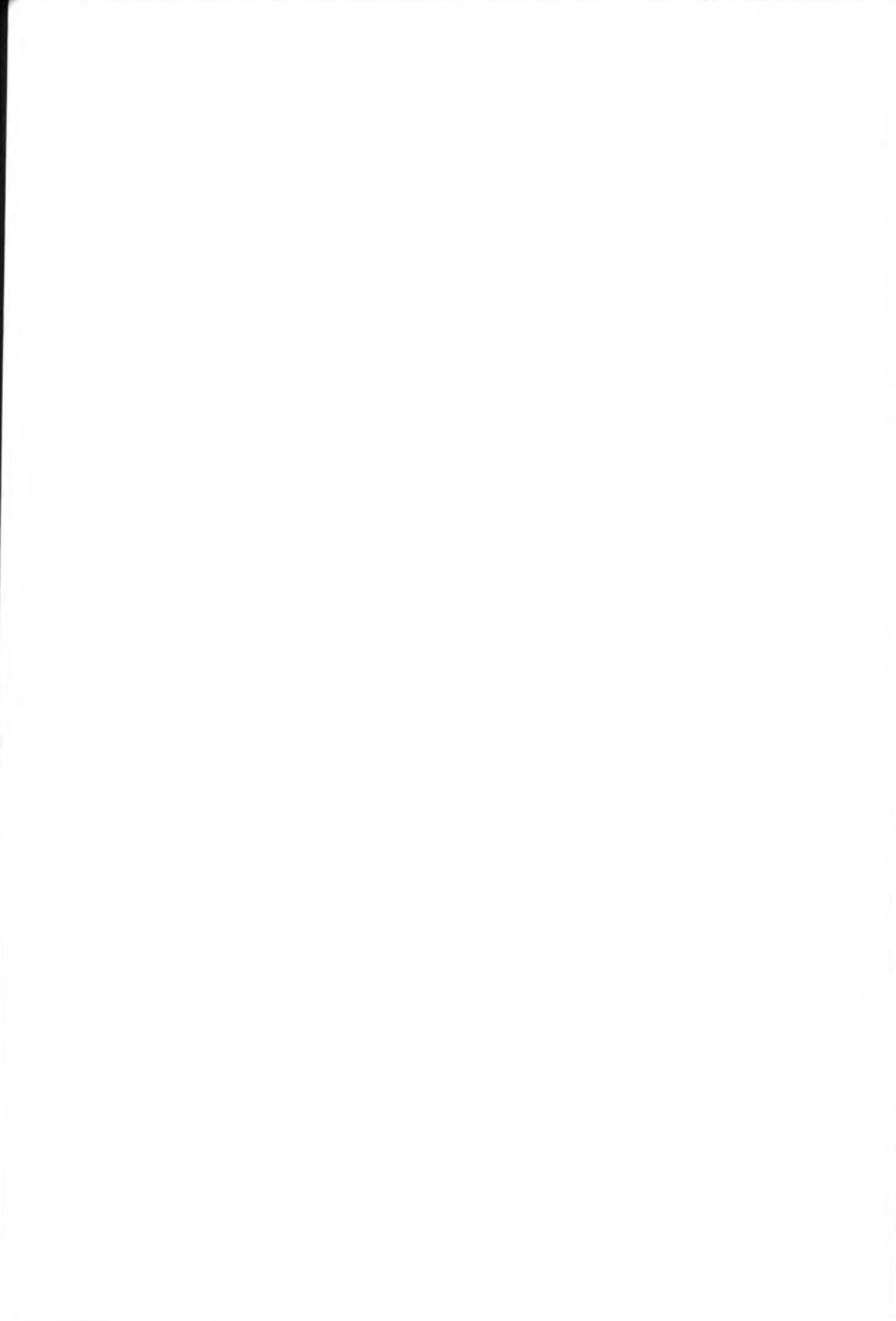
ESCRIBANO. — ¿Quién diablos acertará a concertar estos relojes, estando las ruedas tan desconcertadas?

MINJACA. — La quinta.

JUEZ.—Señora, señora, si pensáis decir aquí todas las cuatrocientas causas, yo no estoy para escucharlas, ni hay lugar para ello; vuestro negocio se recibe a prueba, y andad con Dios; que hay otros negocios que despachar.

CIRUJANO.—¿Qué más pruebas, sino que yo no quiero morir con ella, ni ella gusta de vivir conmigo?

JUEZ.—Si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio.



XXVI
El Amor Fantasía



Conocíala bien don Alonso Quijada, pues era su vecina. Vivía allí mismo, en La Mancha, al pie de la Sierra Morena. Criaba cabras, cosechaba trigo y fabricaba quesos. Era alta y fornida y sana. "De muy buen ver", según la opinión de los varones.

Don Alonso era cincuentón, seco de carnes y magro de entendederas, aunque de brazo fuerte y más terco que una mula. Labriego, como ella, vendió parte de su escasa hacienda para comprar libros que leyó en febriles e interminables jornadas, sin hacer diferencia entre el día y la noche. Esas lecturas, todas de caballerías, que enaltecían a los más famosos héroes de las batallas contra los moros, mezclábalas don Alonso con gigantes, encantadores, alquimistas y magos. En la imaginación del ensimismado lector las acciones tenían siempre como principal motivación honrar a su rey y a su dama.

Doce años hacía que el señor Quijada había puesto sus ojos en la ruda campesina de su vecindad, lo cual nos hace suponer que la mujer de sus sueños era, por lo menos, treintañera. Pero ¿hay edad para el amor? ¿Hay límites o cauces definidos para los sentimientos del corazón? ¿Los hay para la imaginación de un enamorado?

Hélo aquí, pues, cambiando el nombre de Aldonza Lorenzo, hija de los campesinos Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales, por el de Dulcinea del Toboso, alta y principálsima señora que por los millones de gracias de su alma y su peregrina hermosura "merece ser la reina del universo".

Don Alonso mismo cambia su nombre para estar a la altura de su nueva condición de caballero andante. Ahora se llama Don Quijote.

¿No es, pues, el amor, el mejor alquimista de todos los tiempos?

En adelante, para ella vive y por ella enfrenta todos los peligros y vence en todas

las batallas. Está convencido de que "Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser".

Don Quijote ama por necesidad: "digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y a buen seguro que no se ha visto historia donde se halle caballero andante sin amores". Es decir, dar la cara a la vida e ir por esos caminos polvorientos en busca de aventuras, sin tener a una dama como principio y fin de la existencia, como inspiradora y escudo en los más duros combates, es como entrar "en la fortaleza de la caballería no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón".

El problema era dar con alguien que mereciera ser la dueña de sus pensamientos y de sus hazañas.

"Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo estuvo enamorado (aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea de Toboso; nombre a su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto".

Pero una mentira engendra otra mentira, aún en la imaginación, y es necesario dar forma a lo que primero fue sólo idea. Así, cuando le preguntan por el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, don Quijote responde: "sólo sé decir (respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide), que su nombre es Dulcinea, su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas".

Ahora tendrá qué amar esa imagen. Y lo hace con mucho gusto, como corresponde a un hombre de honor: "Oh, mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el

mundo! ¿y qué hará agora la tu merced? ¿si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero que a tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse?"

Hélo ahí: si inventa un amor, tiene qué inventar todas sus consecuencias; y es bien sabido que en el amor, la ausencia todos los males teme. También es sabido que no hay en el mundo un enamorado que no confíe sus cuitas a la luna. Acerquémonos al Caballero de la Triste Figura para escuchar mejor: "Dame tú nuevas della joh, luminaria de las tres caras! quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, o paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre algún balcón, está considerando cómo, poniendo a salvo su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella éste mi cuitado corazón padece; qué gloria ha de dar a mis penas, qué sosiego a mi cuidado y, finalmente, qué vida a mi muerte y qué premio a mis servicios".

Sabedor de que la aldeana vive trajinando entre el corral y la cocina

("Esta que véis de rostro amondongado,
alta de pechos y ademán brioso,
es Dulcinea, reina del Toboso,
de quien fue el gran Quijote enamorado").

don Quijote quiere imaginarla paseando soñadora en los corredores de un suntuoso palacio, o asomada al balcón y alumbrada por la luz de una luna celosa de su peregrina belleza. Y como los cuidados de un enamorado celoso no tienen límite, en el mismo lugar y a la misma hora que interpela a la luna, extiende sus sospechas al sol:

"Y tú, Sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir a ver a mi señora, así como la veas suplicote que de mi parte la saludes, pero guárdate que al verla y saludarla no le des en el rostro, que tendré más celos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo correr y sudar por los llanos de Tesalia, o por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces celoso y enamorado".

El hombre que anda con el corazón traspasado no se conforma con su propio desvarío, sino que desea fervientemente que todo el mundo sepa de su locura: "Todo el mundo se tenga —grita en medio del camino a unos mercaderes toledanos, y si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo toda doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso".

Uno de los aludidos, en nombre de la razón y la verdad, pide al valiente caballero enamorado, que les muestre un retrato de su dama para atender al mandato sin hacer violencia a sus buenas conciencias. Muy ofendido, el valeroso hidalgo arguye: "Si os la mostrara ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde nó, conmigo sóis en batalla, gente descomunal y soberbia". De las palabras pasan a los hechos y nuestro héroe acaba esta aventura como casi todas: magullado y con el rostro cubierto de sangre y de lodo.

No pudiendo moverse con los huesos dolidos, acuérdate el caballero andante de un colega suyo, el marqués de Mantua, cuando Carloto lo dejó herido en el monte, y sin quererlo, recuerda también los doloridos versos que escribió a su amada:

''¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal''.

A veces, don Quijote tiene tiempo de encomendarse a su dueña antes de entrar en batalla:

''¡Oh, señora de la hermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo!''.

En otra ocasión exclama: "Oh, señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto lo he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que si tú me favoreces, no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe".

Y encuentra oportunidad de llamar la atención de Sancho cuando éste, imprudentemente, pone en entredicho la belleza de Dulcinea por alcanzar más pronto la insula o reino que su amo le tiene prometido. Para el escudero, el reino estaba allí, a la mano, si don Quijote aceptaba casarse con la hermosa Dorotea, quien fingía ser la princesa Micomicona con la complicidad del cura y del barbero. El caballero de la Triste Figura advierte que no se casaría ni con el ave Fénix y su sirviente estalla: "¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? no, por cierto, ni aún con la mitad; y aún estoy por

decir que no llega a su zapato de la que tiene delante''. No acaba de decir tales blasfemias cuando don Quijote lo puso en tierra con dos furibundos golpes de su lanzón. Y peor la hubiera pasado Sancho si no interviene Dorotea en favor suyo.

Un tanto sosegado, el defensor de viudas y de honras dice a su ayudante: ''¿Y no sabéis vos, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, no le tendría yo para matar una pulga?''

Porque los enamorados ven sólo aquello que quieren ver y oyen sólo lo que quieren oír. Por eso don Quijote se olvida de que Sancho, que no está enamorado, puede muy bien hacer comparaciones. Sobre todo porque conoce muy bien a Aldonza Lorenzo, tanto, que ya se la había descrito a su amo: ''Bien la conozco —dijo Sancho—, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo; ¡vive el dador! que es moza de chapa hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviera por señora. ¡Oh, hideputa, y qué rejo tiene! ¡y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario de la aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaba de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla y de todo hace mueca y donaire''.

Esto es, que la ''soberana y alta señora'' no es sino una campesina robusta y trabajadora, que no sabe leer ni escribir, y que cuando pega un grito hace volar, asustadas, a todas las palomas del campanario, pero su enamorado caballero imagínala ''reina de la hermosura'' y ensartando perlas o bordando alguna prenda con oro de canutillo, que acompaña su grandeza y la adorna con los mil millones de gracias de su alma.

Lo que prueba una vez más, sin lugar a dudas, que el amor es ciego, y tonto, y loco.

Pero aún la locura tiene relámpagos de lucidez, y es durante uno de estos remansos de juicio que don Quijote confiesa a su escudero, cuando éste le pide que firme la carta que ha de llevar a su dueña: ''Y hará poco al caso que vaya firmada de mano ajena, porque a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía, ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que un honesto mirar, y aún esto tan de cuándo en cuándo, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos que se han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aún

podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una le mirase, tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales la han criado''.

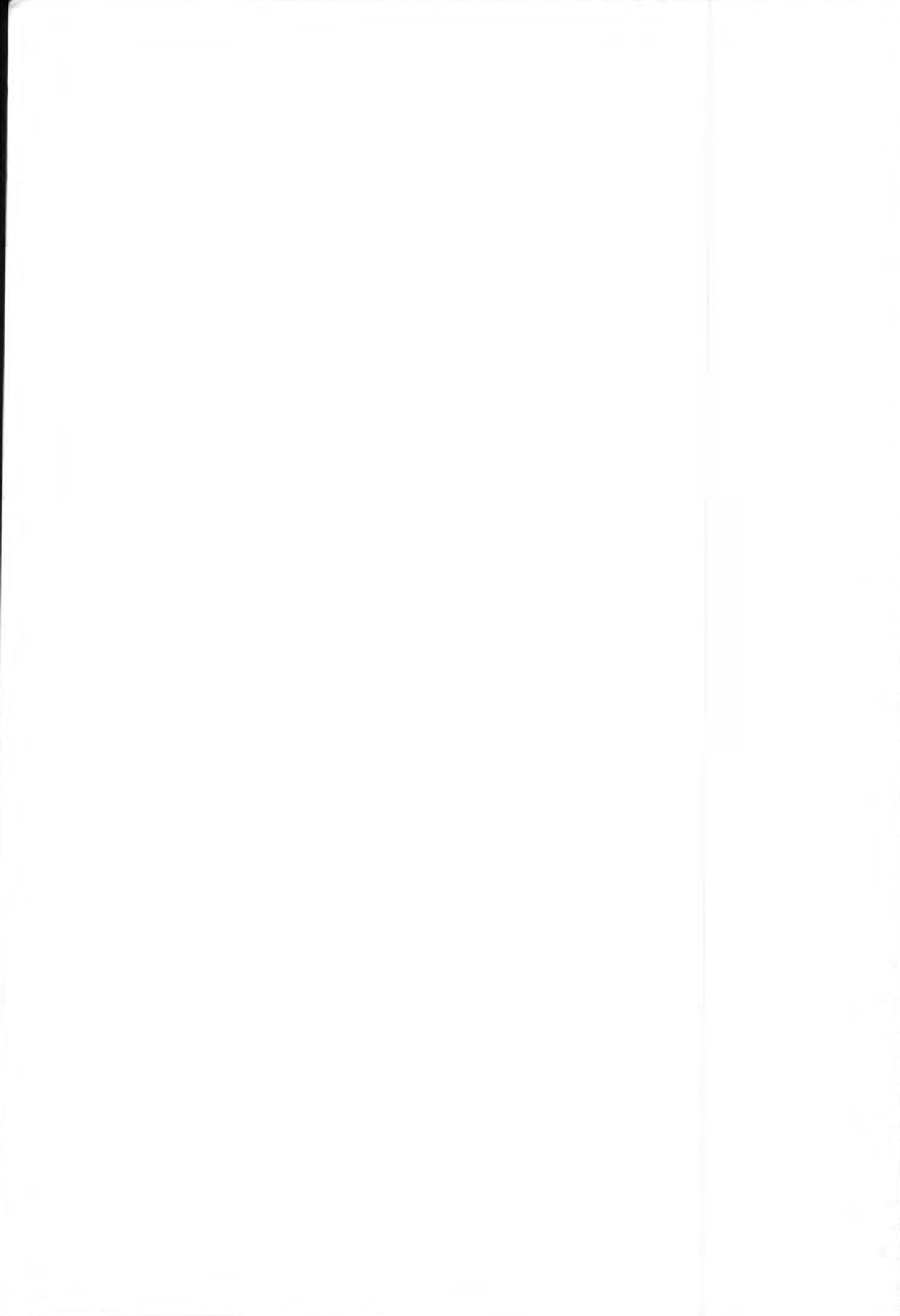
Ya había flaqueado una vez el ánimo de don Quijote, cuando declaró: ''Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo''. Pero en seguida lo vence el amor y, por encima de éste, su inagotable galantería: ''pues para lo que yo quiero a Dulcinea, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles, y tanto vale como la más alta princesa de la tierra. . . y así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco. . . y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, que dos cosas solas incitan a amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea. . .''. Y vuelve a mentirse: ''porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan. . . y pinta en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Helena, ni la alcanza Lucrecia. . .''.

¿Exagera? ¡Sí!, por eso es la Flor de la Caballería. . . y de la caballerosidad. Por eso es un loco enamorado, o al revés, que no se puede ser lo uno sin estar lo otro, ya sea por obra de encantador o de encantadora.

Ahora bien ¿que hizo Dulcinea para alcanzar la inmortalidad? ¡Nada! Las heroínas como ella nacen y mueren en la imaginación del artista.

XXVII

Don Juan Tenorio



A los mexicanos Don Juan Tenorio nos causa risa. Esa gracia para conquistar y seducir, nosotros la tenemos de nacimiento. Además, el pobre Don Juan no sabe amar, en tanto que nosotros somos querendones a morir. El mexicano que no ama a lo bestia, no es mexicano; o bien pertenece a esa clase social en la que la conducta es toda simulación y convencionalismos. Para Don Juan, la conquista es un mero deporte que nosotros, los mexicanos, practicamos todos los días y con todas las mujeres, especialmente con aquellas a quienes acabamos de conocer. Podría decirse que en México habemos cuarenta millones de Don Juanes.

Los mexicanos que no pertenecen a la sagrada orden son los "lilos" y los de temperamento inclinado a la castidad. Otros que se excluyen voluntariamente del juego son los timoratos. No ocurre lo mismo con los mandilones que, siendo hombrecitos, se las ingenian para desquitarse de los jalones de rienda de sus viejas en cuanto se presenta la oportunidad. Desde luego, éstos no pueden mantener una relación como la llamada "segundo frente", por la estrecha vigilancia de sus egoístas e inseguras esposas, pero bien que disfrutan de una regocijante cana al aire en cada descuido de la señora, o cuando ésta se larga con su madre.

Los eruditos se devanan los sesos analizando el carácter y las conquistas de don Juan, dando por hecho lo que el mismo héroe cuenta de las hazañas realizadas a lo largo de un año en el extranjero. Según sus cuentas del gran capitán, por "quitame allá estas pajas" dio muerte a treinta y dos individuos y conquistó a setenta y dos mujeres sin importarle si éstas eran princesas o pescadoras. Para eso se fue a Nápoles, donde "tiene el placer un palacio". Estuvo en el ejército (imagináos, un soldado enredado con princesas y duquesas ¡así serían las tales!) pero lo dejó "tras cinco o seis desafíos". A la puerta de su casa colgó un cartel que decía: "Aquí está don Juan Tenorio y no hay hombre para él. Desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca, no hay hembra a quien no suscriba, y cualquier empresa abarca si en oro o valor estriba". Así es que era muy macho el soldadito carga de oro ¿ladrónde? Trasladado a la

imaginación fantasiosa de un autor inglés, don Juan Tenorio es el James Bond de nuestro tiempo. Y muy superior a nuestro pobre Juan Charrasqueado que "era borracho, parrandero y burlador", pero sus conquistas limitábanse a campesinas de los ranchos circunvecinos, y sólo tomaba tequila. En cuanto al juego, es muy probable que jamás haya apostado más de cien pesos a la baraja. Sin embargo, Juan Charrasqueado fue mucho más auténtico que el Tenorio y se ubica claramente en su espacio y tiempo, mientras que el sevillano se jacta de haber andado en las chozas de las campesinas, en los palacios de las princesas, y en los conventos de las doncellas, encerradas allí precisamente para ponerse a salvo de tentaciones mundanas. "¡Ni será aceite, chorreado!"

Aquello de los treinta y dos muertos por el filo de su espada mejor lo dejamos sin menearlo, porque tal cifra sólo puede ser igualada por los escuadrones profesionales del FBI en su lucha contra los delincuentes, o por la mafia siciliana del otro lado del campo. Don Juan comería un homicidio por semana, casi.

Como don Juan era conquistador de tiempo completo y no había kriptonita que le bajara los humos, ni "cruda" capaz de disminuir su tremenda energía sexual, invertía metódicamente cinco días en cada mujer: "Uno para enamorarlas, otro para conseguirías, otro para abandonarlas, dos para sustituirlas y una hora para olvidarlas". ¿No será hablador el viejo?

Para probar que en su informe ha dicho la verdad, Don Juan propone una apuesta sobre la anterior, que ya ha ganado. Hará suya a una novicia que esté a punto de tomar los votos, como lo exige don Luis Mejía pero, de ribete, seducirá a la prometida de don Luis, quien deberá casarse al día siguiente. Es decir: esa mismo noche raptará a doña Inés y luego entrará a la alcoba de doña Ana de Pantoja. Don Luis trata de proteger a su novia pero es secuestrado.

Con increíble audacia temeraria y con la ayuda de su oro, que compra la complicidad de las damas guardianas de sus víctimas, don Juan cumple sus dos objetivos. Bien mirado, lo único creíble de tales hazañas es el ingenio y la vehemencia que pone el conquistador en sus palabras y sus actos, para convencer a las mujeres de que su amor es el más grande y más puro del mundo y de que, por supuesto, durará toda la vida. Mucho menos difícil es jurar que la dama pretendida es la flor de la belleza y la virtud, la mujer más hermosa del universo; la dueña de todos nuestros pensamientos; la de los pies más pequeños y las manos más cuidadas; la de mejillas de rosa y la boquita de fresa; la que tiene las gracias de la virgen y los ojos como luceros del cielo. Antes de escucharlo de labios del pretendiente, ellas desean creerlo, por eso no resulta difícil convencerlas.

Escuchad lo que don Juan dice a su dama, en una carta que es entregada por Brígida, la dueña de doña Inés, una tonta novicia de diecisiete años: "Doña Inés del alma mía; luz de donde el sol la toma, hermosísima paloma privada de libertad; si os dignáis por estas letras pasar vuestros lindos ojos, no los tornéis con enojos sin concluir, acabad". La joven se siente desfallecer, pero su criada la anima a seguir leyendo. He aquí otro párrafo: "Inés, alma de mi alma, perpetuo imán de mi vida, perla sin concha escondida entre las algas del mar. . . Acuérdate de quien llora al pie de tu celosía, y allí le sorprende el día y le halla la noche allí; acuérdate de quien vive sólo por tí ¡vida mía! y que a tus pies volaría si me llamaras a tí. . . Adiós, ¡oh luz de mis ojos! adiós, Inés de mi alma; medita, por Dios, en calma las palabras que aquí van; y si odias esa clausura que ser tu sepulcro debe, manda, que a todo se atreve, por tu hermosura, don Juan".

Hace más de trescientos sesenta años que el fraile Gabriel Téllez escribió la primera versión para el teatro de "El Burlador de Sevilla". Ahora, a esa distancia de tiempo, hasta se escriben estudios psicológicos de la personalidad del sevillano. ¡Ganas de perder el tiempo!

Partiendo de los dos únicos casos que conocemos: el de doña Inés y el de doña Ana de Pantoja, lo demás debe ser puesto en tela de duda, si no en el de la incredulidad, porque se halla escrito en un informe del propio interesado, resulta que la novicia ha sido embaucada más por su propia guardiana que por el desconocido. La joven se desmaya al ver a don Juan en su celda y así es llevada por los criados de don Juan y la propia aya, hasta la casa que el seductor posee a orillas del Guadalquivir. Por lo que respecta a doña Ana, ella había convenido en recibir subrepticamente a don Luis en su casa, para que se quedase allí en previsión de un posible atentado del aventurero. Don Juan tiene a su favor todos los elementos disponibles para engañar a la Pantoja: la complicidad de la criada Lucía, la oscuridad, el embozo y el conocimiento de la hora en que don Luis debía de acudir a la cita. ¡Un vil engaño! Y así lo reconoce don Juan cuando Mejía le reclama después del hecho: ". . . Me habéis maniatado y habéis la casa asaltado usurpándome mi puesto; y pues el mío tomastéis para triunfar de doña Ana, no sois vos, don Juan, quien gana, porque por otro jugasteis". El ofensor contesta cínicamente: "Ardides del juego son".

¡No tanto! se ha dicho que en la guerra y en el amor todo se vale, pero es ilícito recurrir a engaños extremosos. ¿Qué pensará el lector —o la lectora— de un hombre casado que oculta a una doncella su estado civil para seducirla? ¿Y del otro, jurando falsamente que va a divorciarse para pertenecer solamente a la nueva pretensa? ¿Y del que oculta una enfermedad incurable, o vergonzosa, en tanto que alcanza su objetivo? ¿Y del que finge poseer una fortuna y al cabo resulta que es un pobre diablo? ¿Y del

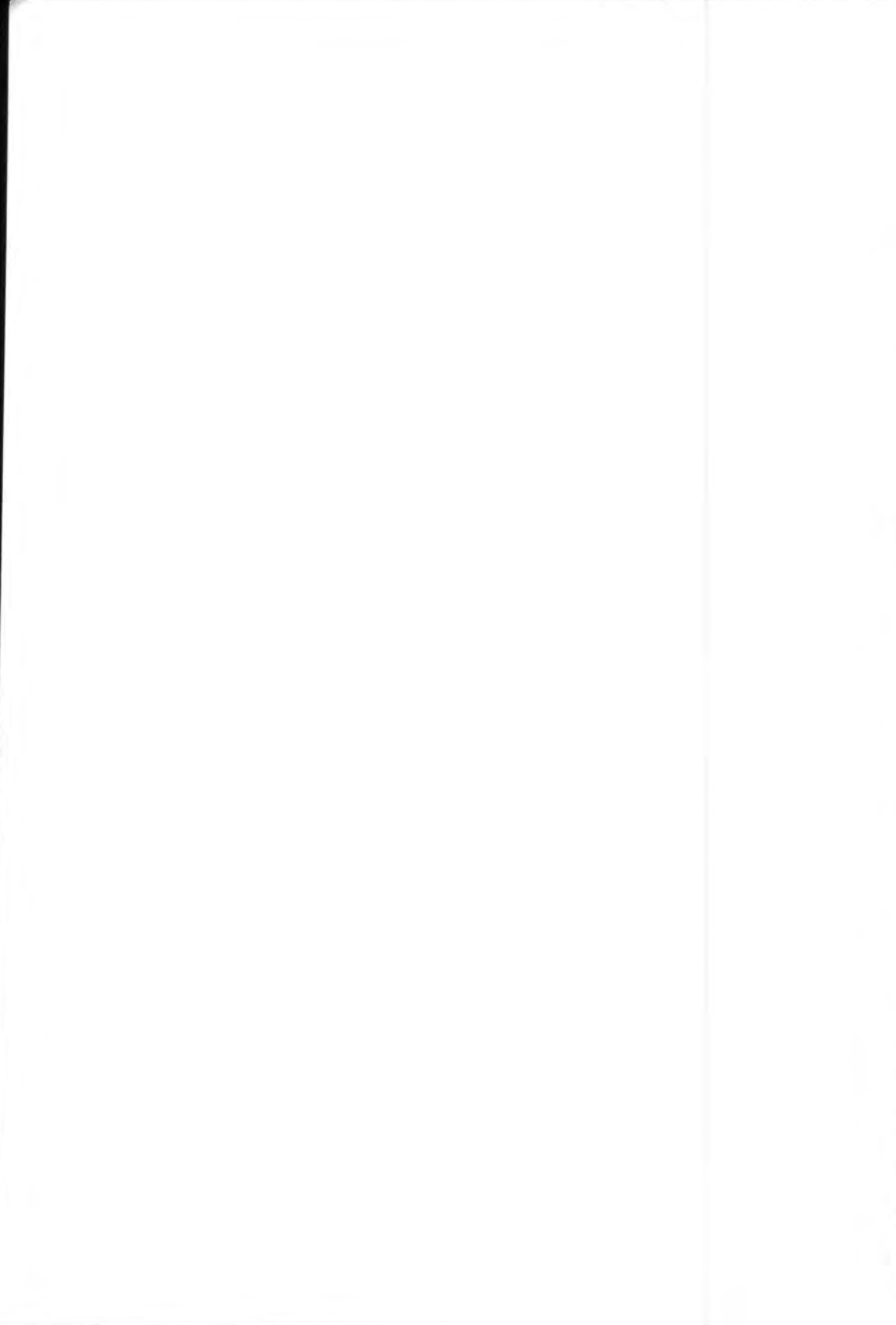
que pide un adelanto a sabiendas de que no piensa cumplir con el contrato? Todo jugador debe sujetarse a un mínimo de reglas. Debe dar lugar, por lo menos, a que la parte contraria disfrute del juego y que, de ser posible, haga algunos puntos.

André Maurois dice que "lo de don Juan es mera sensualidad". ¡Ni eso! La sensualidad requiere de la sensibilidad personal, de la parte sensitiva del ser humano, del sentimiento, pues. Y ya vimos, con doña Ana de Pantoja y con la respuesta que don Juan dá a Mejía, que para él el acto de la conquista es pura animalidad; la consecuencia de una apuesta, y nada más. Maurois es más atinado cuando añade que lo del sevillano es "sobre todo vanidad. El de don Juan se parece al gusto por la caza. Es una necesidad de actividad que ha menester ser despertada por objetos diversos". Lo dicho; es un burlador que se deja arrastrar por el instinto. Hasta podemos pensar que las frases bellas dirigidas a doña Inés son las mismas que recitaba a otras mujeres. Recurso válido, por cierto, pero un seductor que se respeta debe poner en juego toda su capacidad de maniobra, a su vez, producto directo de su inteligencia, de su experiencia y su sensibilidad, cuidando de no asustar a la presa por un desliz en el decir o el hacer. Debe infundirle confianza haciéndola partícipe de su propia seguridad y, por encima de todo, debe demostrarle que realmente la ama. El amor, como deporte, permite practicar jugadas diferentes en cada partido, acomodadas al estilo y la personalidad de la parte contraria. Hay que poner vigor y entusiasmo en el desempeño. Es indispensable demostrar que se le tiene amor a la camiseta. ¡Y la camiseta es cada uno!

Don Juan no daba nada, con excepción de sus frases bonitas. Hasta podría pensarse que, en el fondo, el personaje se amaba a sí mismo a través de las mujeres. Y no es el caso: recuérdese el pensamiento del duque de La Rochefoucauld; "El placer del amor es amar, y se es más feliz por la pasión que se tiene, que por la que se inspira".

Por eso, porque sabemos dar amor y darlo apasionadamente, los mexicanos somos mejores amantes que don Juan. Se entiende que para ello contamos con la respuesta adecuada de nuestras mujeres, que saben amar en la misma medida en que son amadas y, a veces, más todavía. Por eso a nosotros, los mexicanos, el famoso Don Juan nos hace los mandados.

XXVIII
Amor Perplejo



Cuando la conoció, ella le contó que era conducida al convento contra su voluntad, "evidentemente para evitar una incipiente y natural inclinación al placer, que ya se había manifestado en ella".

El contaba con diecisiete años y terminaba sus estudios de filosofía. En cuanto a ella "Era más joven que yo, pero parecióme recibía mis galanterías sin turbarse en demasía". El supuesto guardián (quien pudo muy bien haber sido un amante de ocasión), los sorprendió platicando, pero el jovencito no tuvo tiempo de asustarse, porque la avispada niña lo presentó como un primo y hasta consiguió el permiso para ir a cenar con él. Mientras cenaban y "tras infinitas y hondas reflexiones", decidieron huir. Se hallaban en Amiens e iban a París para casarse. Sin embargo, durante el viaje "éramos tan poco reservados en nuestras caricias y ternuras, que ni paciencia teníamos para esperar a estar solos". Por lo tanto "Nuestros buenos deseos de matrimonio se esfumaron como el humo tan pronto llegamos a Saint-Denis; quebrantamos los derechos de la iglesia y, sin saber cómo, nos hallamos casados". ¡Recórcholis! hace apenas unas horas ninguno de los dos sabía de la existencia del otro y, como ya hemos visto, era el primer "amor" del hondamente irreflexivo caballero.

Sí, hablamos del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut, protagonistas de una de las historias de amor más célebres de todos los tiempos. El autor, Antoine François Prévost d'Exiles, nacido en 1697 y muerto en 1763, escribió la novela en Inglaterra, en 1733, después de abandonar la Orden Benedictina. El abate Prévost pone el relato en los labios del desdichado jovencito, y por eso es que nosotros entrecomillamos las citas textuales, como hacemos a continuación.

"En París cuidé de alquilar un pisito amueblado, situado en la calle de V. y, por desgracia mía, muy cerca de un caballero de B., famoso granjero general. Los días sucedieron en el vértigo de la pasión (el niño llama pasión a su apetito sexual y a su natu-

ral atolondramiento) y de este modo llegó la tercera semana, y durante todo este tiempo ni acordarme pude y quise de mi familia". ¡Alma mía de Dios! Y sigue:

"A pesar de que nuestro dinero menguaba, me chocó el hecho de que nuestra mesa estaba cada vez mejor servida y que Manon vestía y lucía adornos de precio" . . . "Una tarde había yo salido, advirtiéndole a ella que pasaría fuera más tiempo que de costumbre; pero regresé mucho antes y chocóme mucho que me hiciera esperar dos o tres minutos antes de abrirme la puerta . . .". Regañada la sirvienta, confiesa llorando que no abrió antes porque la señora la ordenó esperar a que el señor de B saliese por la puerta de atrás. Tremendo shock emocional. El muchacho no tiene fuerzas para entrar y baja las escaleras "derramando copiosas lágrimas" para dirigirse a un café, en donde otra vez se hunde en profundas reflexiones y repara en que la buena ropa, los caros adornos y la buena comida podían deberse a "liberalidades de un nuevo amante". Pero, no, no puede ser, si él no ha perdido de vista a Manon desde el mismo día de la llegada a París.

Es el caso que la muchacha no sólo lo engaña, sino que lo ha entregado a su familia; pues apenas llegado de regreso, tocan a la puerta y va él mismo a abrir. Unos criados de su padre lo arrastran hasta un carruaje, en donde está su hermano mayor y de ahí lo conduce derecho a casa. Hacía once días que su padre recibió la carta delatora, firmada por el honorable señor de B.

Seis meses permanece preso en su propia casa, al cabo de los cuales parece recuperarse y se inscribe en el Seminario de San Sulpicio. Un año después debe presentar un examen público en la escuela de Teología. El joven lo ignora, pero allí está la muchacha. Apenas regresa al seminario "cargado de honores y enhorabuenas", cuando le avisan que una dama desea verlo. Acude al locutorio y "¡Oh, Dios santo, qué sublime aparición!". Era la ingrata y pérfida Manon. Platican y lloran juntos durante mucho rato. A petición del público, ella cuenta en detalle cómo fue seducida por los regalos y atenciones del señor de B. . . . tras de lo cual, él la perdona y en seguida resuelven unir nuevamente sus vidas. Ella recoge su ropa y unos centavos que tenía ahorrados en casa del señor de B. y luego se van a vivir a un pueblo pequeño cerca de París, llamado Chaillet.

La chica, acostumbrada al bullicio y la buena vida, se aburre de lo lindo. Lo obliga a alquilar casa en París. Sufren dos contratiempos: Uno: estando en París se incendia la casa de Chaillet; dos: los sirvientes vacían la casa cuando apenas acababan de rehacerse. Menos mal que un hermano de la hermosa muchacha, quien ya se ha hecho amigo del caballero Des Greux, la pone en contacto con un rico libertino dispuesto a ponerle departamento y asignarle una renta. De todos modos, cuando Des

Greux ha llevado dinero al hogar ha sido porque lo ha ganado haciendo trampas en el juego, trampas que le enseñó su cuñado Lescaut.

No obstante, cuando ella se marcha con su nuevo amor, tiene la delicadeza de escribirle una carta que es ejemplo de sentido práctico y espíritu de sacrificio - por el más puro amor:

“Te juro, amado caballero mío, que sólo tú eres el ídolo de mi corazón, y que nadie existe en este mundo a quien yo pueda amar como te amo a tí. Pero ¿no comprendes, pobre corazón de mi vida, que la fidelidad es una virtud de necios, en el estado en que nos hallamos? ¿Crees acaso que sin pan puede florecer la ternura? El hambre acabaría causándome un fatal error y, seguramente, lanzaría el último suspiro creyendo que era de amor. Te adoro, y puedes creerme; pero te ruego que permitas que, durante una temporada, cuide yo de nuestra fortuna. ¡Desdichado aquel que caiga en mis redes! Haré cuanto pueda para conseguir que mi caballero sea rico y dichoso. Mi hermano cuidará de tenerte al corriente de mi estado y situación, y te dirá seguramente lo mucho que he llorado ante mi necesidad de abandonarte”

¿Quién, no siendo un hombre de las cavernas, podrá contener las lágrimas ante tantas y tan sinceras manifestaciones de amor y sacrificio? Claro está que, por algunas de sus frases, la dulce Manon pudiera parecer una mujer interesada, pero... ¿habría qué ponerse en su lugar!

No bien acabada de leer la carta, apareció el señor Lescaut en la puerta, y poco faltó para que el señor Des Greux le arrancara las entrañas con su espada, a no ser porque el cuñado le explicó a grandes rasgos que él mismo la llevó con el señor G. de M. atendiendo a una súplica de Manon misma. Además, todos saldrían ganando, porque el plan general incluía casa y comida para todos.

Presa de dolor y al cabo de profundas reflexiones, el caballero Des Greux dice en esta parte de su relato:

“—Lescaut —exclamé, cerrando los ojos como si quisiera con ello alejar mis propias reflexiones—, si ciertamente habéis venido hasta aquí para servirme, os doy las gracias, pero creo que habéis podido tomar un camino más decoroso y digno. Es cosa hecha ¿no es cierto? No nos queda sino aprovecharnos de vuestros cuidados y cumplir cada uno de su promesa”.

De común acuerdo, acuden a cenar con el señor G. de M. y Des Greux es presentado como el hermano menor. En un momento dado escapan los pillos en un carruaje

preparado ex profeso, con las joyas y vestidos que el viejo libertino había dado a Manon, pero los localizan y van a dar con sus huesos a la cárcel.

Al cabo de varios meses, Des Greux escapa traicionando la confianza de su guardián. Luego ayuda a Manon a escapar también y el hermano de ella es muerto de un tiro, poco después de la fuga, por un jugador resentido.

Se van a vivir los tórtolos a Chaillot, donde reciben frecuentes visitas del señor T. uno de los que ayudaron en la fuga de Manon. Este hombre, con el transcurso de los días, sirve de enlace para concertar una cita entre la bella muchacha y el señor G. de M., hijo del rico vejete libertino y de quien hereda el vicio por las mujeres.

No irían al fondo del asunto. Sólo se aprovecharían del caballero, escapando con dinero y joyas, pero ella deja plantado a Des Greux frente al teatro y, muerto de celos, decide ir a buscarla después de recibir una carta de Manon en la cual le informa "Que no pudo convencer de ninguna manera a G. de M. para que la llevara aquella noche al teatro, y aplazaba por consiguiente para otro día el placer de verme". Firmaba: "Tu fiel amante, Manon Lescaut".

"Entré en la alcoba sin hallar la menor dificultad. Todo iba bien, hasta aquel momento. Manon estaba leyendo. En aquel instante, tuve ocasión de admirar el temperamento de aquella extraña mujer. Porque lejos de asustarse y confundirse al verme allí, no hizo sino exteriorizar esas pequeñas muestras de sorpresa que uno hace siempre que ve a alguien que cree muy lejos y a quien no esperaba.

"—¡Ah!— exclamó, levantando los ojos—. ¿Eres tú, amor mío? —Al decir esto corrió hacia mis brazos con la mayor naturalidad—. ¡Dios mío, qué atrevido eres! ¿Quién podía esperarte hoy en este lugar?

"Me solté bruscamente de sus brazos y la rechacé con profundo desprecio, retrocediendo algunos pasos como para alejarme de ella. Este comienzo pareció desconcertarla un poco y, permaneciendo en la misma actitud en que se hallaba al entrar yo, cambió de color, al observarme.

"A pesar de todos los motivos de justa indignación que en mi pecho se albergaban, me sentía tan infinitamente dichoso al verla de nuevo, que mi lengua se negaba a decir reproches y recriminaciones. Sin embargo, mi corazón se hallaba dolorosamente lacerado por el cruel ultraje de su vil ofensa. Mentalmente, traté de recordar todas sus traiciones e ingratitudes para excitar mi desprecio, y me esforcé para que en mis ojos brillara un fuego distinto del que provoca la llama del amor. Creí verla temblar de

miedo, y aquello no pude soportarlo. Permanecí callado durante algunos minutos, y todo mi ser se agitaba en medio de extrañas y misteriosas convulsiones.

—¡Ah, ingrata Manon! —exclamé al fin, con más ternura que cólera—. ¿Por dónde he de empezar mis lamentos? Estás pálida y tiembles, y todavía me siento tan sensible a tus sufrimientos, que tengo miedo de aumentarlos si te digo lo que pienso de tí. Pero es ya tarde para llorar, porque tú misma me has mataóo. Estás fingiendo una pena que no sientes y sin duda alguna, el mayor de tus males en estos instantes es mi propia presencia, que vino siempre a interrumpir el curso de tu felicidad. ¡Tengo el corazón atravesado por el estilete de tu traición más vil! Ya es la tercera vez, Manon. ¡Cómo no he de saberlo, si apenas me concedes una tregua para que lo olvide! Eres tú la llamada a considerar ahora mismo qué partido quieres tomar, ya que yo me siento incapaz de soportar por más tiempo tanta crueldad. No puedo más —añadí, mientras me dejaba caer en una silla—; no me quedan ni fuerzas para hablar.”

La dulce señora, no pudiendo resistir el ver tanto sufrimiento en el corazón de su amado, corrió a ocultar su hermoso rostro entre las rodillas del abatido joven que había cargado ya con la cruz de Malta y ahora, por tercera vez, en los libros de contabilidad que le permitían ver, debía soportar la cruz del martirio cornamental.

Arrodillada en el piso, la bella casquivana lloraba a lágrima viva y besaba amorosa las manos de su tierno amante, como pidiendo perdón.

Pero el caballero Des Greux todavía tenía mucho qué decir, así es que la increpó de este modo:

—“Inconstante Manon —añadí todavía—, mujer ingrata y sin fe, ¿Dónde están tus promesas de amor y fidelidad? Amante voluble y cruel ¿qué has hecho de todo aquel amor que hoy mismo me has jurado?” (En efecto, apenas en la mañana de ese mismo día habían convenido en que ella se limitaría a recoger el dinero y los regalos que en una carta de amor le ofrecía el señor G. de M. . . . Un criado de la pareja acompañaría a la señora para hacerse cargo de los presentes, presumiblemente joyas y ropa; en tanto que ella pondría el dinero en su seno, llevaría al pretendiente al teatro y, en un momento oportuno, pediría permiso para ir al baño y sólo sería un pretexto para salir a la calle, donde ya la estaría esperando en un coche alquilado el caballero de las cruces, a punto para emprender la fuga con el botín. Por supuesto, ella no le habría dado nada a cambio al zoquete enamorado. Bueno, quizá un besito travieso y prometedor, nada más. Pero, héla aquí, instalada en la alcoba del palacio de soltero del calavera señor G. de M. . . . dispuesta a pasar la noche y después de haber recibido diez mil libras “además de varias joyas de extraordinario valor”, según nos cuenta el pro-

pio caballero Des Greux, tres páginas más adelante del doloroso episodio que estamos relatando. Volvamos al lugar de la escena.

—“ ¡Cielo santo! ¿puede burlarse de tí una ingrata, después de haberte invocado tan piadosamente? ¿Acaso es el perjuro quien obtiene un galardón a cambio de su villanía? ¿Es que la fidelidad y la constancia, el amor y el desvelo, se pagan con la desesperación y el abandono?

“Muy a mi pesar, lloré yo también al pronunciar aquellas palabras producto de todas mis reflexiones. Ella se dio cuenta de mi llanto por el tono de mi voz, desgarrada y doliente, y respondió tristemente:”

En este punto, ella vuelve a invocar al cielo, pidiendo la castigue si desde antes hubiérase percatado que le causaría tan grande dolor y, quizá, la muerte. El muchacho encuentra “vacías y convencionales” las palabras de su adorada y se lo echa en cara, lo mismo que su “carácter miserable e indigno”. Luego se levanta para marcharse.

“—Adiós, ruin y cobarde criatura —añadí—. Mil veces deseo la muerte a volver a tener contigo el menor trato, y que el cielo me mande el más terrible de sus castigos si vuelvo a dirigirte una sola palabra, una sola de mis miradas. ¡Puedes quedarte con tu nuevo amado!”...

Se dirigió hacia la puerta pero, como la mujer de Lot, volvió la cabeza un instante y, no pudiendo “ser indiferente a tantos atractivos”, se arrojó a sus pies y le pidió perdón por haber sido “tan violento y grosero”, le dio mil besos y suplicó perdón otra vez. Ella le echó los brazos al cuello y se culpó de las desdichas que le causaba. A continuación, Manon le explica cómo le fue imposible sustraerse al atractivo del dinero, las joyas y los regalos, aparte de que la presentó a la servidumbre como su señora y su dueña. Siendo la muchacha “de cuna vulgar”, es comprensible que haya sucumbido. ¿No la sedujo con las mismas sucias tretas el caballero de B? ¿No, con las mismas malas artes, la hizo caer el padre de su actual seductor, el caballero G. de M.? ¿Supone, acaso, el caballero Des Greux, que una mujer es de palo? ¿No lleva puestos, ahora mismo, el brazaletes, los aretes y el collar de perlas que ya se le habían escapado?

“Manon tuvo la sinceridad de confesarme que todo aquello la había impresionado”, relata el impresionado jovencito.

Conviene, pues, en que ella continué desdramatizando su trabajo, pero como son estúpidos al cuadrado, deciden quedarse en el lugar del crimen, argumentando

dos poderosas razones; en realidad, es una sola; tienen mucha hambre. Hambre de venganza, en contra de aquel que pretendió comprar los encantos de Manon, y hambre de la otra. Se quedarán a cenar, aprovechando que ya todo estaba preparado para Manon y el señor G. de M., hijo, quien previamente ha sido secuestrado por orden del caballero Des Greux, a fin de que éste pudiera contar con el tiempo suficiente para exigir explicaciones a Manon de su mala conducta, agravada al modificar por su cuenta el plan inicialmente trazado.

A ninguno de los dos se le ocurrió sospechar que un lacayo del secuestrado, que iba detrás de su amo, huyó al ver a los malhechores y fue directamente a casa de G. de M., padre, a dar aviso de lo ocurrido. Tras de algunas pesquisas, el señor entró a la alcoba sin anunciarse, cuando la pareja de estafadores se disponía a ir a la cama.

—¡Dios mío, el viejo G. de M. . . ! —grité a Manon.

—Intenté desenvainar mi espada, pero fue en vano, porque se me enganchó en el cinturón y los arqueros, al advertir mi intención, me la arrebataron inmediatamente—. Les quitan las joyas y el dinero, y allá van otra vez los dos a prisión.

Ahora sí no quedaba más remedio que acudir a papá, quien consigue el perdón del señor G. de M. para Des Greux, pero cuando habla con su amigo, el jefe de policía, exige al mismo tiempo el destierro de Manon hacia América.

El gran bruto Des Greux desoye los consejos de su padre, y como un loco alcanza las galeras en donde van Manon Lescaut y otras mujeres de mala vida rumbo al puerto. Se engancha como voluntario en el barco y viven luego muy modestamente en Nueva Orleáns, haciéndose pasar como esposos.

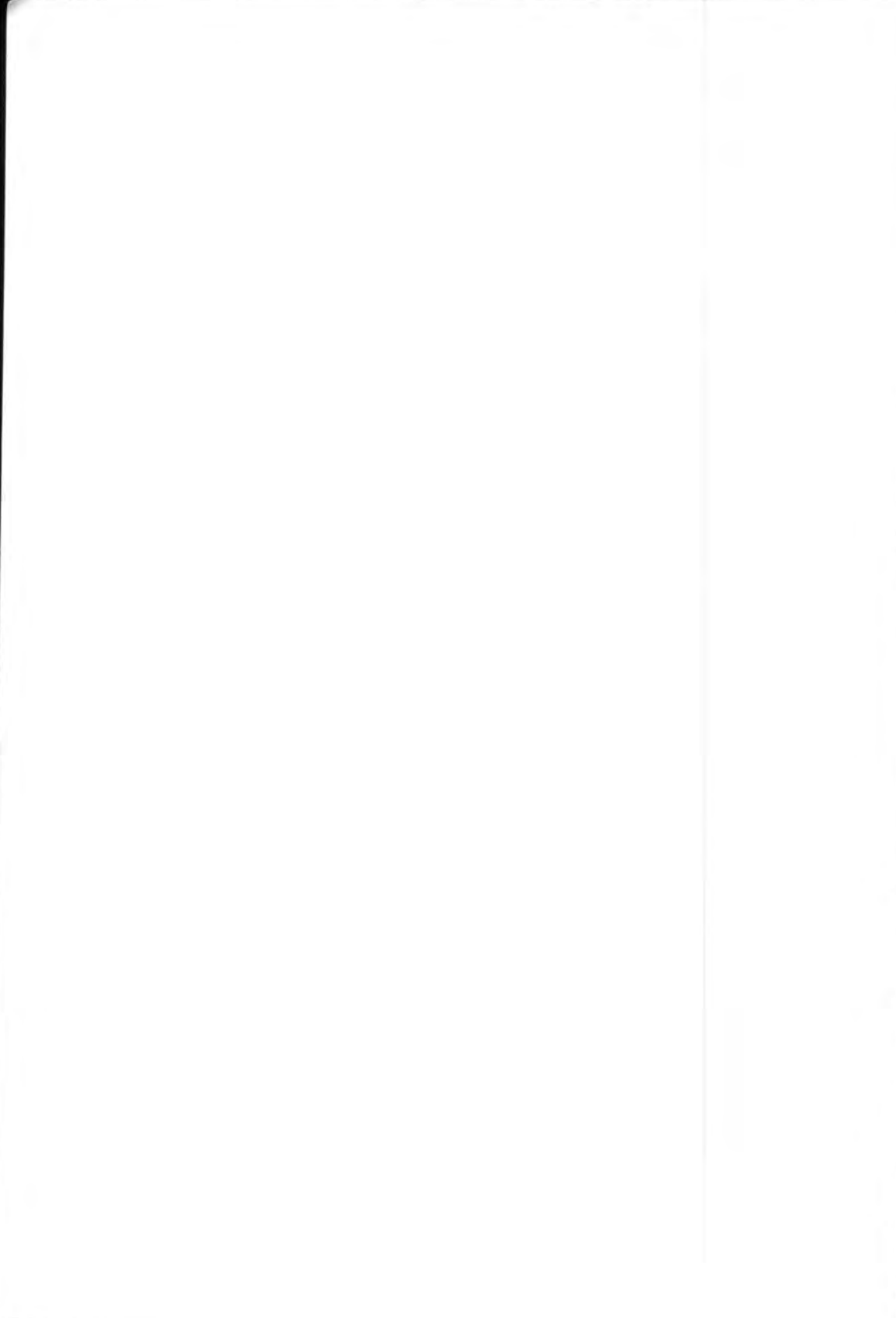
Pero como él es imbécil al cuadrado, un día acude ante el gobernador, a pedir permiso para casarse, tras de confesar que sólo están amancebados. Un sobrino del gobernante, enamorado de la muchacha y quien se hallaba con su tío cuando Des Greux, solicitaba licencia para el matrimonio, desbarató los planes de la pareja al pedir a Manon para sí, a lo cual accede gustoso el gobernador. Siendo ella una presidiaria en la colonia, sólo él puede disponer de su destino, y así se lo hace saber a la pareja por conducto del capellán.

Des Greux va y ruega, inútilmente. Al regreso, se topa con el rival y cruzan sus espadas. Des Greux cree dejarlo muerto y, herido, a su vez, en un brazo, corre a contar a Manon lo sucedido. Desmayos y llantos; pero cuando se reponen resuelven huir. Corren a campo traviesa rumbo a territorio inglés. Avanzada la noche se detienen a

dormir pero, cuando él se despierta al siguiente día, ella está agonizando y exhala en sus brazos el último suspiro.

Desgarradora historia de amor; el de ella, sexual y perverso. El de él, simplemente Amor Perplejo.

XXIX
El Amor Vicio



Nació el 21 de abril de 1729 en Stettin, en la Pomerania, territorio de la antigua Germania próximo al mar Báltico. Fue hija del duque de Anhalt-Zerbst, mayor general del ejército prusiano y 27 años mayor que su esposa Johanna, a su vez, miembro de una familia aspirante al trono de Suecia.

Fue bautizada Sofía Federica Augusta Holstein-Gottorp, dentro de la religión protestante, pero la familia prefiere llamarla por su apodo: "Figchen", quizá porque es flaca, de piel blanca, nariz larga y mentón afilado. Tiene el cabello negro y los ojos "de un color indefinido, con matices azules".

Sofía no es demasiado sentimental. En una ocasión expresó: "Con muy pocas excepciones, la música me parece solamente ruido". Ignoraba que muy pronto iba a recibir una llamada del destino: en Rusia necesitaban una novia para el heredero al trono y ella figuraba entre las candidatas. Ella no muestra gran interés, pero Johanna sabe que es una oportunidad para aliviar la estrechez económica que agobia a la familia. Sofía tiene 14 años cuando, después de atravesar por muchas peripecias por escasez de dinero para la ropa y el viaje, llega a San Petersburgo acompañada de su madre. Allí es bautizada en la religión ortodoxa griega con el nombre de Catalina Alexeievna y es obligada a aprender el idioma ruso, requisitos indispensables para contraer nupcias con el heredero al trono de todas las Rusias, Pedro Ulrico de Holstein, nieto de Pedro el Grande.

El novio es también alemán y protestante, feo y tonto. Desprecia la religión ortodoxa lo mismo que al pueblo y las costumbres rusas. Sofía, ahora llamada Catalina, se casa con Pedro conforme al rito de la iglesia ortodoxa el 21 de agosto de 1745. Y mientras que ella se dedica con ahínco a asimilar los usos y costumbres de su nueva patria, y cumple con devoción sus deberes religiosos, Pedrito está más interesado en jugar a los soldaditos, viste el uniforme del ejército prusiano, se emborracha con sus criados y se entusiasma hasta la exageración con los incendios y los titeres.

Transcurren ocho años y no se ha consumado el matrimonio. La emperatriz y Catalina ignoran que Pedro sufre de una limitación congénita. A estas alturas a Catalina ha dejado de importarle. Además, ella ya conoce el amor gracias a Sergio Soltikov, chambelán de la corte, muchacho fuerte, ágil y muy moreno. No importa que esté casado con Matryona Pavlovna, dama de la corte, desde hace dos años.

Para acudir a sus citas clandestinas, la gran duquesa se disfraza de hombre.

La emperatriz ordena a la pareja heredera cumplir con su obligación de traer al mundo un sucesor para el trono. Dispone investigar las causas del retraso y se descubre la fimosis de Pedro, pero éste se niega a dejarse operar. Sus amigos lo emborrachan y luego abren la puerta al médico. La gran duquesa recibe al esposo en su lecho, pero ninguno de los dos siente amor. Además, Pedro es torpe y no oculta que está cumpliendo con una obligación. Para ella, lo importante es que ahora podrá cubrir las apariencias.

Catalina tiene un aborto el 14 de diciembre de 1752, y otro en mayo siguiente, ambos, producto de sus amores ilícitos. Finalmente logra llegar al término de otro embarazo y el 20 de septiembre de 1754 da a luz a su primer hijo. Toda la corte sabe quién es el padre y el propio Pedro comenta con sus amigos: "¡Sólo Dios sabe quien embaraza a mi mujer!".

Por otra parte, es bien sabido que Su Majestad, Isabel Petrovna, se refocila con el conde Alexis Razumovski, a quien poco después cambiará por Iván Chuválov ¡dieciocho años menor que ella!

Por orden de Isabel, el bastardo de Catalina se llamará Pablo Petrovich, y ella misma se encargará de criarlo.

El amor de Catalina por Soltikov dura unos meses más, en tanto que Pedro hace ostentación ante ella de sus propias conquistas y anda por todo el palacio con Isabel Borontzov, quien a los ojos de Catalina "es bizca y cojea".

La gran duquesa cambia de amante: ahora es el conde polaco Stanislavs Augusto Poniatowski, de bello rostro y presencia distinguida, quien forma parte del séquito del embajador inglés Sir Charles Hansbury Williams. Tiene tres años menos que Catalina y, para poder entrar al palacio se disfraza con una peluca rubia y una capa amplia. En una ocasión lo descubre la guardia y, aunque grita que es músico de la corte, es llevado a la presencia de Pedro. Este se halla de muy buen humor, acompañado de la Borontzov; lo recibe sonriente y le dice que de haber acudido antes a él habríase ahorra-

do muchas molestias. Manda llamar a Catalina y cenan juntos los cuatro. Juegan luego un buen rato en un ambiente de gran camaradería y al fin de la velada cada pareja se marcha por su lado.

Catalina da a luz a una hija de Poniatowski el 9 de diciembre de 1758. Propone a la emperatriz imponerle el nombre de Isabel, para halagarla, pero ella prefiere el de Ana. El polaco es llamado a su país en abril siguiente y unas semanas después fallece la niña.

Transcurren meses de infinita tristeza en el corazón de la gran duquesa. Un día está disputando con Pedro y siente la necesidad de aspirar aire puro. Abre las ventanas del balcón y ve a un apuesto teniente que la saluda reverentemente. Es Gregorio Orlov, de veinticinco años, según le informa su amiga y cómplice, Prascovia, quien por encargo de la gran duquesa concierta una entrevista y después les arregla un nido no lejos del palacio.

La gran duquesa tiene cinco meses de embarazo cuando fallece la zarina. Pedro es proclamado emperador y ella no puede evitar penosas humillaciones. Por ejemplo, la señora Borontzov es designada gran maestra de la corte; después, la propia Catalina es obligada a imponerle la Orden de Santa Catalina. El nuevo emperador ordena preparar una guerra contra Dinamarca sólo para arrebatarle la pequeña provincia donde él nació. Durante los preparativos, una epidemia causa la muerte de muchos soldados y otros más yacen postrados en cama. Pedro firma un ukase ordenando a los soldados "que se alivien pronto". Entre otras torpezas dicta medidas que ofenden a la iglesia y firma un pacto con Prusia, que es muy mal visto por el pueblo... y por el ejército.

Entre tanto, un embarazo secreto de Catalina llega a su fin y es ayudada únicamente por su fiel criado Chkurin, y una sirvienta. Para facilitar las cosas en tan duro trance, Chkurin le prende fuego a su propia casa, situada a corta distancia del palacio, siguiendo un plan trazado de antemano con Catalina. Tal como lo previeron, la Borontzov y Pedro se visten de prisa para ir a ver las llamas mientras que en el cuarto de la parturienta nace Alexis, conde Bobrinski. El mismo fiel criado lo envuelve y se lo lleva a la casa de una parienta. Es el 11 de abril de 1762.

Catalina se cura de su "torcedura de tobillo" y puede salir de sus habitaciones pero, como ella misma confiesa en sus "Memorias": "Mi desgracia es que mi corazón no puede contentarse ni siquiera una hora sin amor". Ella le llama "corazón" a su aparato sexual.

El 29 de junio de 1762, seis meses después de haber sido proclamado emperador

en el lecho de muerte de su tía Isabel, y sin que le hayan coronado, Pedro III es derrocado por un golpe de estado encabezado por los cinco hermanos Orlov y hecho prisionero en una casa de descanso en Ropcha, con centinela de vista. El día 6 de julio es asesinado allí mismo y Alexis Orlov se culpa de negligencia porque es el responsable directo de la integridad física del prisionero; pero la nueva soberana anuncia al pueblo que Pedro falleció de un "violento cólico" producto de una "crisis hemorroidal".

En medio de los asuntos de estado ella se da tiempo para amar a Wiszenski, un joven y apuesto oficial que se disfrazaba de médico para entrar al palacio. Sus consultas son tan satisfactorias que acaba teniendo una habitación allí dentro. El señor Orlov se entera y manda al falso médico lo más lejos que puede, dentro del vasto imperio. La mujer se desquita enredándose con Alejandro Vasilchikov, corneta de un regimiento de la guardia imperial. El muchacho tiene 28 años y ella 43. Está tan contenta que, para evitar nuevas intromisiones de Orlov, lo manda en misión oficial al extranjero.

Su nuevo amor le dura dos años. De repente se acuerda del joven y vigoroso oficial que la mañana del golpe de estado le ofreció su propia dragona para adornar su espada, y lo manda traer. Despide a Vasilchikov pero antes lo indemniza como lo ha hecho con otros: un promedio de cien mil rublos; unos miles de campesinos esclavos y suficientes tierras, sumadas a una renta vitalicia. Casi en seguida mete a su alcoba al nuevo amante: Gregorio Alexandrovich Potemkin, diez años menor que ella.

Gregorio Orlov, mientras tanto, anda en campaña cerca de la frontera turca y se ha casado con una prima suya de quince años, Catalina Zinoviev. Gregorio es poseedor del título de príncipe que le fue conferido por la soberana. Es dueño también de palacios, de tierras y de esclavos. Por su parte, Catalina es dueña del famoso diamante Orlov, obsequio de Gregorio, y hace tiempo que se mantiene en estrecho contacto con la vida de Occidente y se siente impregnada de su cultura. Presume de ser discípula de Voltaire, de D'Alembert, de Rousseau, Diderot y todos los enciclopedistas. Construye edificios para las ciencias y las artes, y funda bibliotecas y abre teatros; erige un monumento colosal a Pedro el Grande y protege e impulsa el desarrollo de la ciencia y el arte. Por ello es llamada en Europa y América "La Semíramis del Norte", al mismo tiempo que por sus costumbres licenciosas sus enemigos la apodan "La Mesalina del Norte".

Potemkin no es el bello suboficial que Catalina conoció doce años atrás. Ahora regresa del frente con la piel bronceada, corpulento y macizo, pesado y deforme. Tiene los cabellos negros y no usa parche sobre el ojo que le reventó uno de los hermanos Orlov con un taco de billar, en una borrachera de cantina. A Catalina no le importa. Su amante no sólo cumple adecuadamente con sus obligaciones sino que, además, le pro-

cura bellos mancebos para calentar su lecho imperial. El primer amante que le consigue es un pope ucraniano, Pedro Zavadovski, quien al terminar su contrato recibe la consabida paga de cien mil rublos y todo lo demás. Le sigue Iván Nikolaievich Rimski-Korsakov, de 24 años, quien según la emperatriz "toca el violín y canta tan maravillosamente que los mismos pájaros vienen a escucharlo". Este delicado artista se dio el gusto de azotar a la zarina y a su dama de honor, la condesa Bruce, delante de la servidumbre, según se dice, cuando las sorprendió desnudas en el mismo lecho.

Potemkin se da tiempo también para atender los asuntos de la diplomacia internacional, de política interior y de la guerra con otras naciones. Ya hace rato que vive con su sobrina de dieciséis años, en Engelhardt. Entre tanto, la zarina repara en un jovencito a quien ella ha educado desde que tenía catorce años. Ahora tiene 25 y se llama Alejandro Lanskoi. Ha sido compañero y amigo de su nieto Alejandro. A sus 54 años la zarina se enamora locamente y el muchacho hace hasta lo imposible por quedar bien en la cama. Cuando ella escribe a Potemkin o algún otro amigo de confianza, se refiere a Lanskoi llamándolo "mi niño", o bien "nuestro niño". El joven muere al año siguiente y el diagnóstico médico revela que ha sucumbido por abusar de los afrodisíacos. Es decir, ha muerto porque puso demasiado celo en el cumplimiento del deber.

Catalina le erige un bello y costoso monumento y jura ante su tumba que no amará a nadie más.

Pero la carne es débil. Un año después de la desaparición de Lanskoi, Potemkin le presenta al joven oficial Alejandro Hermolov, quien deslumbrado por el fausto de la corte y la exagerada lambisconería de los solicitantes de favores, pretende desbancar a su protector. La experimentada y orgullosa zarina pone a los dos en su lugar y corta por lo sano, aceptando en su lecho al capitán Alejandro Mamonov, miembro de la guardia imperial y quien, tal como lo han hecho algunos de sus antecesores, se enreda pronto con una princesa de la corte. La zarina vuelve a sus locuras de amor con este joven de veintiseis años a quien apoda "El Traje Rojo", porque él viste de ese color que tan bien le sienta y tanto seduce a la emperatriz.

No cabe duda que la señora es de fuertes pasiones. Sus cartas amorosas son bastante expresivas. En una de ellas, dirigida a Potemkin, escribe: "Te agradezco tu regalo de ayer, mi pequeño Gricha; me alimenté y calmé mi sed, pero no con vino . . .". En otra misiva, para otro amante: "Seré para ti 'una mujer de fuego', como tú mismo lo dices tan a menudo. Pero trataré de disimular mis llamas". Una más: "Siento la cabeza como si fuera la de una gata en celo . . .". Y en otra carta: "Querido: haré como tú mandes . . .".

Fue bajo el imperio dictatorial, autocrático y esclavista de Catalina la Grande, que la alta sociedad de San Petersburgo fundó un "Club Físico", al que sólo eran admitidas las mujeres jóvenes y bellas, mientras que los hombres debían dar una prueba de su virilidad para tener el derecho a recibir el carnet de socio. En sus reuniones, el banquete era silencioso. Al final hacían una rifa, y aquellos que sacaban el mismo número formaban pareja y pasaban juntos el resto de la noche. Uno de los pisos era ocupado exclusivamente por mujeres de otras nacionalidades, según cuenta Eugen Relgis, quien agrega: "Es posible que haya contribuido a la ya deformada moral de Catalina, la presencia en San Petersburgo del famoso Caballero D'Eón, enviado por Luis XV a Rusia como su agente secreto, y quien se identificaba a sí mismo como "la señorita Eón". Este personaje se presentó ante las damas de la corte diciendo: "Mujeres, admitidme entre vosotras; soy digno de vosotras. Atribúyense al mismo "caballero-señorita" los estatutos de una logia erótica fundada en San Petesburgo, similar a las que ya existían en Francia y que en Rusia llamábase "La Amistad Amorosa"

Hay un dato en el cual coinciden la mayoría de los biógrafos de Catalina II y es que después de los años cincuenta adquirió un rostro muy masculinizado. Inclusive, la corte pensó que había cambiado francamente de bando cuando, según los chismorreos de palacio, la zarina sostuvo relaciones con las lesbianas Protasov y Branica, así como con la princesa Dáshkov, presidenta de la Academia de Ciencias y cómplice suya en la conjura para destronar a Pablo I. Lo que parece evidente es que la zarina era sexualmente insaciable y que la nobleza rusa había adoptado la inmoralidad y el libertinaje prevalecientes en Francia desde principios del Siglo. Los escritores y filósofos rusos, y gran parte de la sociedad, acusaban a Catalina de abrir demasiado las puertas del imperio a la cultura y las costumbres occidentales, que consideraban claramente decadentes. Pero Catalina estaba loca por la cultura y las costumbres francesas.

El último favorito fue Platón Alejandrovich Zubov, de 22 años y teniente de un regimiento de la guardia imperial. Este joven militar ejerció una influencia increíble sobre la zarina hasta el día de su fallecimiento, ocurrido el 6 de noviembre de 1796, cuando al fin sube al trono Pablo, su hijo, a la edad de 42 años; pero cuatro años y medio después de un gobierno de terror y extravagancias, muere asesinado.

Entre los conjurados destaca el tártaro Platón Alejandrovich, a quien sus enemigos apodan "La du Barry del régimen".

XXX
Los Celos

¿Hay nada más funesto que los celos de una mujer? Ciertamente, no.

En una mujer celosa se juntan y entrelazan las pasiones más sórdidas y las emociones más reprobables. Mientras que en el hombre los celos pueden provocar una furia ciega o la más completa desesperación, en el ánimo de la mujer convergen: la ira, la desconfianza, el odio, la crueldad, la insidia, la maldad, la cólera, la astucia y un deseo incontrolable de venganza.

Por celos, una mujer indignada es capaz de entregarse a otro hombre porque piensa que así se estará vengando.

Una mujer celosa es enemiga de todos y, para ella, todos son sus enemigos. No escuchará la voz de la razón porque ella misma no razona. El demonio de los celos puede convertir a una mujer en instrumento ciego de venganza. En ese caso ella dejará de actuar como un ser humano porque su demonio la ha anulado como persona.

La mujer tiene muy arraigada en su naturaleza la idea de que el hombre, una vez sometido, es algo de su propiedad, personal, intransferible, irrenunciable y para toda la vida. La mujer dice: "Mi marido" como decir: "mis zapatos, mi bolso, mi pulsera, mi perro, mi "ñero", mi "mi"; es decir: mío, "de mí", y como es de natural entrometida y autoritaria, comienza metiendo el pie en la puerta y al rato se mete hasta la cocina. Luego, fingiendo mansedumbre, se echa a los pies del hombre y cuando éste se dá cuenta es porque ya trae a la mujer en el pescuezo.

El hombre sobrelleva la situación por amor y por prudencia; y porque ya enfrenta muchos problemas en la vida cotidiana como para amargarse la existencia con disputas domésticas evitables. De por sí el matrimonio no es más que una guerra solapada desde que Dios amanece, hasta que anochece. Y la mujer tiene como aliadas a sus hermanas y a sus amigas; en tanto que el hombre lucha solo y con sus propios recur-

sos. No se le ocurra echarse encima a la suegra porque estará cavando su propia tumba. Lo peor es que las mujeres no se conforman jamás con lo que han logrado, por el contrario, siempre desean más riquezas, más comodidades, más seguridad y más mansedumbre. Lo dijo una griega hace tres mil años: "Si congenia con nosotras y sufre sin repugnancia el yugo, es envidiable la vida."

Pero si rompe la cadena, la mujer desea que se caiga el cielo sobre su compañero traidor. "¿Cómo se atreve a pretender la libertad? ¿En dónde hallará mejores y más sabrosas caricias que las que yo le prodigaba? ¿Así me agradece el amor que le tengo? ¿Paga así mis desvelos y mi fidelidad?"

(¿Fieles? ¡los Difuntos! Por si las moscas, la mujer jurará siempre que ha sido fiel).

Ninguna mujer es casta, a menos que sea muy fea, como dijo Séneca, pero la infidelidad es más común en el hombre, desde Zeus hasta el más humilde mortal. En contrapartida, los celos son más peligrosos cuando han invadido un corazón femenino. El poeta Imbert escribió: "Nunca hubo demonio más peligroso ni terrible que una mujer celosa. Su cólera no reconoce límites; insulta a Dios, al diablo, a los santos y a cuanto se le venga a la mente. Odia a todos y no respira más que venganza. Si por desgracia, en los momentos de crisis el marido tuviera la ocurrencia de estar presente, ella lo apuñalará sin compasión".

Más que eso: cuando Medea se entera de que Jasón se ha casado con la hija del rey de Corinto, quien le ha dado asilo, hace restallar públicamente el látigo de su ira, exige al cielo castigo para el mancornador y anuncia que dará muerte a Jasón, a su rival y a sus hijos.

Por supuesto, agarra parejo y, como dice Imbert, ni el rey ni los dioses escapan a sus insultos. Mucho menos los varones. La señora, ofuscada, asegura que "los hombres, todos, son unos malvados". Es tanta la ira de Medea que los vecinos corren asustados a informar al rey. Viene Creonte y expulsa a Medea ¡pero ya! A doña Medea ya no le funciona la razón, pero su sistema femenino de malignidad está girando a siete mil revoluciones por minuto. Al principio se niega a obedecer, pero luego pide un día de plazo.

En seguida manda llamar a Jasón, pero advierte a la esclava que no revele nada de sus planes "si es cierto que me amas y que eres mujer".

Acude Jasón y Medea le finge docilidad y razonamiento. Finalmente hasta le pide

que la choquen. Luego, con sus propios hijos envía a su rival una corona de oro y un regio vestido, ambos envenenados. Además, cuando la princesa se pone la ropa, ésta arde y se incendia el palacio, pereciendo todos sus ocupantes. Sí, los niños también.

¿En qué estaría pensando Medea cuando, antes de chocarla, le dijo a Jasón: "Somos mujeres, somos como somos, y no diré más" . . .

"¿HABÉIS SIDO ACASO MUJER, PARA PRETENDER
CONCERNOS DE ESE MODO, SEÑOR?" . C. DE
SAINTE-BEUVE.

Una mujer nunca es más feliz —ni más mujer— que cuando provoca los celos de su amante. En esos momentos se producen, entretejidas en su ánimo, todas las pasiones y todas las emociones de que es capaz un ser humano: la lujuria, la venganza, el egoísmo, la perfidia, la maldad, la soberbia, la simulación y su hermana gemela: la mentira.

El hombre se disminuye en la misma medida en que ella se agiganta y, para aumentar su goce, ella maneja la mentira como verdad y la verdad como mentira, según se le antoje y según se deforme la realidad en la imaginación del amante celoso, quien ya hace rato que ha perdido el sentido de las proporciones arrastrado por el torbellino de su pasión. En su ceguera, es incapaz de percatarse de que está a merced de la malignidad femenina.

Si ella siente que la mentira le favorece para aumentar los celos del torturado, maneja la mentira; y si por momentos siente que la verdad está de su parte, esgrime la verdad. Sabe que mientras más lo confunda, mejor podrá manejar la situación, y cuanto más él se altera, más grande es el gozo de ella.

Al fin y al cabo, la mujer sabe que si hay peligro ella puede recurrir a sus hechizos, sus caricias y sus arrumacos cuando lo considere pertinente. Llegado ese momento, unas pocas lágrimas, —o las más abundantes, según la "gravedad" del asunto—; una impresionante actitud de dignidad ofendida, una mirada de reproche; unos tiernos suspiros y un sollozo entrecortado, provocando el beso de la reconciliación, conseguirán que el celoso enamorado se convierta en un dócil amante.

No lo aprendió de nadie, es uno de los dones ordenados por Zeus a los dioses del Olimpo para la bella Pandora. Ella sabe cómo y en qué preciso momento ha de enseñar la asomada turgencia de un seno palpitante y, como ya está excitada por lo que para

ella fue un juego y para él una tortura indecible, no pondrá ningún reparo a la posesión.

El ingenuo amante ha caído en la trampa, y si había culpa ya la ha perdonado —o por lo menos, olvidado—; y si no la había, ella ha aprendido que podrá salir airosa de otra prueba parecida.

—Ah, qué rico es hacer el amor sintiendo al mismo tiempo el acicate de los celos, el reconcomio de la disputa y la dulzura de las caricias lavadoras de culpas, imaginarias o ciertas!

XXXI

El Amor en las Cortes
de Europa



Bien mirado, el amor ha sido el mismo desde siempre. Sólo si nos lo proponemos podríamos encontrar una pequeña diferencia y ésta sería de forma, de estilo, y no de fondo. Podría decirse que existe una cierta diferencia entre el amor "civilizado" y el amor primitivo, el de los salvajes. (Ustedes saben como es eso: los indios salvajes de Norteamérica fueron exterminados a fuego y espada por los civilizados colonizadores que necesitaban urgentemente sus tierras. Como eran muchos, pues había tierra suficiente, no pudieron eliminarlos a todos, de modo que quienes salvaron la vida fueron acorralados en las "reservas de indios", sin perjuicio de utilizar a las indias bonitas para mejorar la raza. Lo mismo hicieron los civilizados con los indios del Caribe, como les sobraron ánimos, se siguieron con los indios de México y después con los de Centro y Sudamérica. Cuando era necesario, los mataban a cañonazos, con sus arcabuces o sus espadas. Pero si podían prescindir de la crueldad extrema, se contentaban con freírles los pies en aceite a los indios salvajes que se resistían a decir en dónde estaba el oro escondido. En fin, si nos empeñamos en establecer una diferencia en el amor, ésta sería solamente entre las personas que aman la civilización, y los que, por no conocer las ventajas de la misma, aman a lo bestia, a lo salvaje).

Claro que la civilización no llegó de golpe y porrazo, ni fue pareja en todo el globo. De ahí que nos sintamos inclinados a juzgar con un criterio muy amplio los baldones que algunas personas atolondradas han dejado sobre la honra colectiva. Nada del otro mundo, sobre todo si tenemos en cuenta, como debe de ser, que se trata de seres humanos sujetos a todas las tentaciones y debilidades que nos ofrece el demonio a cada vuelta de esquina y, muchas veces, sin siquiera salir de casa, quiero decir, del palacio, porque resulta que la mayor parte de los ejemplos adulterinos que nos dejaron nuestros antepasados, ocurrieron entre reyes y cortesanos. Y para que no se diga que somos unos chismosos, les advertimos que los datos están copiados textual, o casi textualmente, de libros tan serios como las enciclopedias, o de diccionarios enciclopédicos como esos disponibles en cualquier biblioteca, en el gabinete de lectura, en la oficina del director o en el cajón del escritorio. Los lectores gazmoños o puritanos

pueden saltarse varias hojas, pero aquellos que carezcan de esas ataduras encontrarán sabrosos elementos de ilustración.

LANCELOTE hijo del rey Ban, de Bretaña, más francés que celta. Siendo niño fue robado por Viviana, Hada del Lago, quien lo llevó a la corte del rey Arturo a fines del Siglo V y principios del VI de nuestra Era. El muchacho y la reina, Guinevere, se enamoraron locamente el uno de la otra, y viceversa, según nos cuenta Mallory en su obra "La Muerte de Arturo". El chismoso de Agravain va y le cuenta todo al soberano, quien junta a setenta y dos caballeros y ataca a Lancelot, quien ya vive con la reina. El enamorado es más fiero que un león y mata a todos, excepto al rey y a Modred. Luego escapa a su castillo con Guinevere. Arturo y Gawain, hermano del chismoso, le ponen sitio y como ella sufre incomodidades y privaciones, Lancelot decide devolverla, pero Arturo está picado y lo persigue hasta Bretaña, mientras que Modred aprovecha la ausencia del soberano y, dueño del poder, trata de echar mano de Guinevere. Arturo regresa y le echa a perder la maniobra. En castigo, lo manda de regreso al oeste de Inglaterra. En la batalla final, después de varios encuentros en favor de uno y otro bandos, Modred cae muerto y Arturo queda mortalmente herido. Se entera Lancelot y llega a matabalho sólo para enterarse de que Guinevere ha entrado en un convento, como novicia. Hay una elegía galesa, escrita por el año 600, en la que se habla del rey Arturo y de los caballeros de la Mesa Redonda, famosos por su triunfo sobre los sajones en la batalla de Mount Badon, situado en algún lugar al sur de Inglaterra. En el año 800, el presbítero Nennio, de Gales, escribió una crónica en latín; y Chretien de Troyes, romancero del Siglo XII, es el autor del romance titulado "Lancelot". Lo más notable es que se haya esculpido la historia en el arco de la catedral de Módena, en Italia, "en los primeros diez años del Siglo XII". Entre otras figuras destaca el rapto de Guinevere.

ENRIQUE DE BORGONA (1057-1112), fundador de la primera dinastía portuguesa, nieto de Roberto I de Borgoña y padre de Alfonso I Enriquez, primer rey de Portugal. Casó con Teresa, hija bastarda de Alfonso VI de León y de Castilla. Los borgoñones, o burgundios, eran una tribu germánica que se estableció en la región de Worms a principios del Siglo V.

MARIA DE MOLINA (c. 1281 - 1321). Fue reina de Castilla por su casamiento, en el año de 1282, con su sobrino Sancho IV. El papa desaprobó el matrimonio y excomulgó a los cónyuges, pero Sancho no hizo caso. Murió en 1295 y María asumió la regencia hasta la mayoría de edad de su hijo Fernando.

CARLOMAGNO (743-814) Rey franco y emperador romano de occidente pertene-

ciente a la dinastía carolingia, la cual comienza al ser elegido Pipino el Breve, su padre, rey de los francos en 751. Este, al morir, repartió el reino entre sus hijos, recibiendo Carlomagno, cuyo nombre de pila era Carlos, la porción septentrional, y Carlomán, su hermano, la meridional. Reinaron del 768 al 771, año en el que, fallecido el segundo, es proclamado Carlos rey de todos los francos. La vida y la obra de Carlomagno llena toda una época, pues con él comienza la historia de Europa occidental. Se desconoce el lugar de su nacimiento. Tuvo cinco esposas y varias concubinas que le dieron numerosos hijos. Otra enciclopedia que cita a Eginardo como su fuente, dice que este era hijo de Pipino y de Bertrada, era alto y fuerte, pero tenía la voz atiplada. "No permitió a sus hijas que se casaran porque, según decía, no quería compartirlas, pero si les daba chance para tener amantes mientras no abandonaran el hogar paterno". En un viejo romance se cita a Galiana, hija del rey moro de Toledo, como una de las amantes de Carlos el Grande. El mismo la llama "mujer de nobles prendas".

FERNANDO I El Grande, rey de Castilla, de León y de Navarra (1035-1065). Hijo segundo de Sancho III. Luchó contra Bermudo III de León, que fue vencido y muerto en Támara en 1037. En el Romance del Cerco de Zamora se lee:

Romance del Rey don Fernando I

Doliente estaba, doliente
ese buen rey Don Fernando;
los pies tiene cara a oriente
y la candela en la mano.
A la cabecera tiene
los sus hijos, todos cuatro,
los tres eran de la reina,
y el uno era bastardo.
Ese que bastardo era
quedaba mejor librado,
Arzobispo es de Toledo
y en las Españas prelado.

ALFONSO VIII de Castilla, hijo de Sancho III. Sucedió a su padre a los tres años de edad y a los catorce hizose proclamar rey por las cortes de Burgos. Según cuenta Lion Feuchtwanger, abandonó a su esposa, Leonor de Inglaterra, para vivir con Raquel, una judía a quien apodaban "la Ferosa". Al cabo de siete años los grandes no sólo le manifestaron su gran enojo, sino que mataron a la bella judía. "El rey sufre y

llora, pero luego, por consejo de un ángel, va y mata mil moros en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, ocurrida en 1212". Este rey vivió de 1156 a 1214.

RODRIGO DIAZ DE VIVAR (1043-1099) No se trata de los amores de don Rodrigo, apodado el Cid y cuya vida sentimental es un ejemplo de rectitud. De quienes vamos a hablar es de sus hijas, doña Elvira y doña Sol.

Las jovencitas se vieron obligadas a vivir en el monasterio de San Pedro de Cardeña, junto con su madre, doña Jimena Gómez, cuando el rey Alfonso mandó al destierro a su padre por haberlo obligado al severo juramento de Gadea. El Cid vence a los moros en Valencia y el rey lo perdona al cabo de los años. Luego, el mismo soberano propone al conde de Carrión que acceda a la boda de sus hijos con las herederas de don Rodrigo.

Así, Diego y Fernando González contraen matrimonio con las hermanas Elvira y Sol y las fiestas duran ocho días. Los infantes no dan la menor muestra de valor y el Cid reprueba esa conducta, porque para él nada hay más importante que el valor. ¿No abofeteó a un caballero del Papa frente al pontífice y en su propio palacio? ¿No obligó al Papa a levantarle la excomunión que acababa de imponerle? ¿No ha matado a mil moros en batalla? ¿No dio muerte al propio padre de Jimena, antes de conocerla?

Para probar el valor de sus yernos suelta a un león en los aposentos que ambos ocupan. Uno se mete debajo de la cama y el otro corre a ocultarse en el retrete, a pesar de tener sus armas a la mano. Los muchachos ignoraban que era un león domado y son la burla de todos los invitados.

Al siguiente día piden permiso para regresar a sus casas pero ya han urdido un plan. A medio camino atraviesan un robledal; desnudan a las mujeres y, amarradas a sendos árboles, ambas reciben una azotaina con las mismas riendas de sus cabalgaduras. Son abandonadas allí hasta que un leñador pasa por casualidad y las libera.

El Cid es informado de lo ocurrido y acude con su esposa a pedir justicia al rey. Don Alfonso, informado del escaso valor de los infantes, les impone el peor de los castigos: deberán batirse con otros jóvenes de su alcurnia. Los muchachos Carrión son vencidos en los torneos y luego enviados al destierro.

Y en pago de las muchas hazañas del Cid en favor del reino, así como para desagraviar a las mujeres azotadas, el soberano dispone nuevos matrimonios en las mismas cortes de Toledo: doña Elvira casa con el infante de Aragón y doña Sol con el conde de Barcelona.

Tal vez el problema surgió porque los muchachos se casaron por orden del rey, y no por amor.

PEDRO I rey de Castilla apodado El Cruel, hijo de Alfonso XI y de María de Portugal. Apenas subió al trono en 1350 hizo encarcelar a Leonor de Guzmán, quien fue la amante de su padre, y persiguió a sus hermanos bastardos. La reina Blanca de Borbón, su esposa, apenas llegada a Castilla, también fue encarcelada en Arévalo y luego en Toledo, mientras que él vivía con María de Padilla, hija de don Diego García de Padilla y doña María González de Hínestrosa. Los historiadores dicen que era chaparrita, pero dotada de gracia y de una cierta belleza. El rey la conoció en Sahagún en 1352, en casa del ministro Juan Alfonso de Alburquerque, del séquito de cuya esposa formaba parte. Desde entonces la llevó el rey siempre consigo. Poco después de nacer en Córdoba la primera hija de ambos, Beatriz, el rey se vio precisado a contraer nupcias con Blanca, de Francia, pero la abandonó muy pronto para seguir con su favorita, de la cual tuvo dos hijas más, Constanza e Isabel, y un varoncito a quien bautizaron Alfonso. Doña María falleció en el alcázar de Sevilla, donde residía, en el año de 1361, y don Pedro declaró que había sido su esposa legítima y pidió el reconocimiento oficial de sus hijos como descendientes al trono de Castilla. Cuando era rey Felipe II hizo trasladar los restos de doña María al panteón de las reinas de España. Pedro mantuvo relaciones amorosas también con Juana de Castro. Las hijas de María casaron con los duques de York y de Lancaster.

PEDRO I (1320-1367) rey de Portugal, llamado el Justiciero, hijo de Alfonso IV y de Beatriz, estaba casado con Constanza de Castilla, hija de don Manuel, nieto del rey Fernando III, apodado "el santo". Al casarse, Constanza llevó a Inés de Castro entre sus damas de honor. No lo hubiera hecho. Su marido se enamoró locamente de la chica y olvidóse de su mujer, quien murió en 1345 sin conseguir que su marido se corrigiera, a pesar de que era nieto de Santa Isabel, la madre de Alfonso IV. Pedro y doña Inés tuvieron cuatro hijos: Alfonso, quien murió siendo niño, Juan, Dionis y Beatriz. Los representantes del ala conservadora de la corte consiguieron exasperar los ánimos de un grupo de verdugos y tres de ellos apuñalaron a doña Inés delante de sus hijos, en su propia casa de Coimbra. Al subir Pedro al trono, a la muerte de su padre, lo primero que hizo fue vengar el asesinato. Luego ordenó exhumar los restos de su amada y trasladarlos a Alcobaza, distante diecisiete leguas. Hay quienes aseguran que la hizo coronar reina.

MARIA DE PORTUGAL madre de Pedro el Cruel (1313-1356) reina de Castilla, ca-

sada con Alfonso XI, de quien sufrió grandes humillaciones por la vida licenciosa que llevaba con su amante Leonor de Guzmán, a la que no abandonó ni ante la intervención amistosa de su suegro Alfonso IV de Portugal.

LEONOR DE CASTILLA (¿ - 1359) Reina de Aragón, hija de Fernando IV. Casó con el infante Jaime de Aragón, pero como éste decidió meterse a un convento, ella se casó luego con Alfonso, hermano del monje. Metió demasiado su cuchara en la disputa entre Castilla y Aragón y murió asesinada.

MARGARITA DE BORGÑO (1290-1315) Reina de Navarra y de Francia por su matrimonio con Luis X, hija del duque de Borgoña, Roberto II. En 1312 dio a luz a Juana II de Navarra. "Por su vida alegre, y disoluta fue acusada de adulterio y encerrada en el castillo de Gaillard". Los murmuradores dicen que desde la torre del castillo llamaba a los transeúntes por sí o por medio de sirvientes. Allí mismo estuvieron Juana de Poitiers y Blanca de la Marcha. Margarita fue asesinada al cabo de unos meses de prisión. Los maliciosos dijeron entonces que el rey, a quien apodaban El Testarudo, mandó que la eliminaran para poder casarse con Clemencia de Hungría.

CATALINA DE SANDOVAL dama del rey Enrique; admitió los galanteos de Alfonso de Córdoba, El fue degollado en Medina del Campo y a ella la recluyeron en el convento de San Pedro de Dueñas.

ALVARO DE LUNA señor de Cañete, fue hijo de Alvaro de Luna y una mujer común, María de Cañete, harto desenvuelta, pues tuvo cuatro hijos de padres diferentes, según cuenta Cristóbal Lozano. Lo conoció el Papa Benedicto en 1408 y lo envió a Castilla con su sobrino, Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, para ser paje del rey don Juan el Segundo, quien era también un niño. En 1421 destituyen a Enrique del ducado de Villena. El poder tras el trono era don Alvaro de Luna, quien se concitó muchas malas voluntades por su soberbia y su carácter abusivo. Casó en segundas nupcias con Juana, hija del conde de Benavente, en 1430. Murió el 5 de julio de 1453.

MANUEL I rey de Portugal. Casó tres veces: primero con Isabel, hija de los reyes católicos, que murió muy joven y sin haber tenido hijos; luego con Beatriz de Saboya, madre de Juan y de otros siete hijos; finalmente, con Leonor, hermana de Carlos V, quien le dio dos hijos.

Capítulo aparte merece don Enrique VIII (1491-1547), hijo de Enrique VII. Subió al trono a los dieciocho años y, con el propósito de alcanzar una alianza con España, casó con Catalina de Aragón, viuda de su hermano mayor, Arturo, e hija de Fernando e Isabel. Encomendó a su primer ministro, Tomás Wolsey, hacer cuantas gestiones fuesen necesarias para que lo eligieran papa. Fracaso total. No obstante, Wolsey continuó manejando los asuntos de la iglesia y del Estado doce años, desde 1515, cuando habían terminado las guerras de Enrique contra Francia y Escocia.

Aunque Enrique no descuidaba los asuntos del reino, prefería la caza, los torneos, los juegos, los bailes, las mujeres y la música, según nos cuenta G. R. Elton. El matrimonio con su cuñada tuvo lugar apenas dos meses después de su coronación, en 1509. Al ser víctima de la "comezón del séptimo año" enamoróse perdidamente de Ana Bolena, una de las damas de la corte. Preocupábale también el hecho de que sólo tenía una hija, la futura reina María y un cierto remordimiento de conciencia por hacer vida marital con la que fue esposa de su hermano. Incluso, pensaba tener derecho a la anulación del matrimonio y hacia allá se encaminaron las gestiones del cardenal y primer ministro Wolsey. Ni anulación, ni divorcio. Las gestiones fracasaron y Wolsey fue destituido. En su lugar es nombrado Thomas Cromwell nuevo primer ministro en 1529, pero fracasa también y dos años después aconseja al rey el desconocimiento de la autoridad papal. El soberano funda la Iglesia Anglicana, de la cual se declara jefe absoluto, y nombra arzobispo a Tomás Cranmer, quien autoriza el divorcio. Ana Bolena dá al rey una hija en 1533: la futura reina Isabel I.

Pero en 1536 es encarcelada, bajo la acusación de adulterio, y en ese mismo año muere Catalina de Aragón. El rey no pierde el tiempo y al comenzar el año siguiente contrae matrimonio con Juana Seymour, quien fallece en ese mismo año pero deja el ansiado heredero, el futuro rey Eduardo VI. Como resultado de la política protestante de Cromwell se procedió a la clausura de los monasterios y se vendieron las propiedades del clero católico, en beneficio de las arcas reales. También por consejo suyo, Enrique se casa en 1540 con Ana de Cleves, quien tenía entonces veinticinco años. El matrimonio se efectuó contra la voluntad del rey y duró apenas unos meses, porque en agosto de ese mismo año Enrique se casa con Catalina Howard y Cromwell es ejecutado. El nuevo matrimonio fracasa por la liviandad de la Howard, quien es ejecutada también en 1542 tras de comprobarse su conducta adulterina.

De nueva cuenta Enrique, en cuanto se sabe libre, tropieza con la misma piedra. En 1543 se casa con Catalina Parr, pero él tiene ya cincuenta y cuatro años y su vigor ha disminuido considerablemente. Ha envejecido y tiene una pierna ulcerada. Muere el 28 de enero de 1547 y, a pesar de la tiranía y de algunas crueldades, el pueblo siente que ha perdido a un gran rey.

Un rey con mala pata para las mujeres, porque las dos bonitas le pusieron los cuernos. Ana, nacida en 1507 y bastante impopular por su arrogancia, fue hallada culpable de incesto y adulterio y ejecutada el 19 de mayo de 1536. Catalina, nacida en 1521, había estado casada con Francisco Dereham, quien la acusó de bigamia cuando se casó con el rey. Luego, ya reina, a ella se le fueron los pies con Tomás Cuípeper, ayuda de cámara de Enrique VIII. ¿Principal responsable? ¡El Amor!

PRINCIPE y Princesa de Eboli (1516-1573; 1540-1592). Ruy Gómez de Silva, nacido en Portugal, siendo muy joven se trasladó a España, en donde fue consejero de Felipe II, cargo que compartió con el duque de Alba durante un tiempo. Luego llegó a ser el poder tras el trono. Casó con doña Ana de Mendoza y la Cerda, veinticuatro años más joven que él y, aunque tuerta, dueña de un temperamento ardiente. La corte se vio obligada a desterrarla por sus relaciones escandalosas con Antonio Pérez.

MARGARITA DE PARMA (1522-1586) hija natural del emperador Carlos V, nació y se educó en los Países Bajos, aunque vivió en Italia la mayor parte de su vida. Contrajo nupcias con el duque de Florencia, Alejandro de Médicis y, a la muerte de éste, ocurrida en 1537, casó con Octavio Farnesio, quien más tarde fue duque de Parma y Plascencia. En 1545 dio a luz a Alejandro Farnesio. Felipe II la designó gobernadora de los Países Bajos, y se desempeñó con el consejo del cardenal Granvela. Tras de varios disturbios dimitió en 1561.

MARGARITA DE VALOIS (1553-1615) hija de Enrique II de Francia y de Catalina de Médicis. Fue reina de Navarra y de Francia por su matrimonio con Enrique III de Navarra y IV de Francia. El subió al trono en 1572 y luego se casó. Ella se caracterizó por su vivacidad e inteligencia y por su hermosura. Fue amante del duque de Guisa, entre muchos otros. Sus escándalos llegaron a tal punto que el rey se vio obligado a repudiarla. Finalmente él murió asesinado y le sucedió en el trono Luis XIII. El novelista Alejandro Dumas se inspiró en la vida licenciosa de Margarita de Valois para escribir su obra "La Reina Margot".

GERMANA DE FOIX (1488-1538) reina de Aragón y de Nápoles, hija del conde de Etampes, Juan de Foix. Casó con el rey Fernando V, tío abuelo suyo y de cincuenta y cuatro años en la fecha de la boda, efectuada en 1506. Isabel, primera esposa de Fernando, había fallecido dos años atrás. A la muerte de Fernando, ocurrida en 1516, dejó como heredera suya a Juana la Loca, y a Germana una pensión de treinta mil ducados.

dos. En 1519 ella reincidió en el matrimonio con Juan, margrave de Brandenburgo, quien falleció en 1526. Finalmente, Germana contrajo nupcias con Fernando de Aragón, duque de Calabria.

MARIANA DE AUSTRIA (1634-1606) Reina de España por su matrimonio con Felipe IV; hija de Fernando III y de María Ana, de Austria. A punto de morir, Felipe le confió la tutela de su hijo, quien fue proclamado rey de España siendo muy niño, con el nombre de Carlos II. Ella ejerció la regencia siguiendo los consejos del sacerdote jesuita Juan Everardo Nithard, e hizo cuanto estuvo a su alcance para alejar del gobierno a don Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV su esposo, pero Juan José realizó hábiles maniobras políticas y consiguió obligar a Mariana a desprenderse del padre Nithard, aunque lo sustituyó por otro favorito, Fernando de Valenzuela, a quien Mariana otorgó el título nobiliario de "grande de España". Al llegar Carlos II a la mayoría de edad y asumir el trono, alejó del gobierno a la mujer y desterró a Valenzuela.

ENRIQUE IV (1553-1610) conocido como Enrique de Navarra. Combatió en la guerra religiosa al lado de los hugonotes. Hijo de Antonio de Borbón y de Juana de Albret, reina de Navarra. En agosto de 1572 contrajo matrimonio con Margarita de Valois, hermana de Carlos IX. Por motivos políticos se convirtió al catolicismo y luego expresó: "París bien vale una misa". Los chismosos de la corte decían que tuvo varias amantes, entre quienes destacan Enriqueta de Entraigues y Gabriela de Estrées. También amó locamente, dicen, a Carlota Margarita de Montmorency. Escritores de aquel tiempo lo ligan en el terreno amoroso con la famosa madame de Verneuil. El 14 de mayo de 1610, Enrique murió asesinado por Francisco de Ravailiac, un fanático religioso.

Luis XII (1462-1515) rey de Francia, nació el 27 de junio, hijo de Carlos duque de Orléans. Estuvo tres años en prisión por haberse rebelado durante la regencia de Carlos VIII. Al morir Carlos en 1498 sin dejar sucesor, Luis lo sucedió y lo primero que hizo fue divorciarse de su primera esposa y casarse con la viuda de Carlos, Ana de Bretaña. Al fallecer Ana, el rey se casa con María, hermana de Enrique VIII, en 1514. El soberano muere al año siguiente y lo sucede su hijo, el conde de Angulema, con el nombre de Francisco I.

LUIS XIII (1601-1643) rey de Francia, hijo de Enrique IV y María de Médicis. En 1615 casó con Ana de Austria, hija de Felipe III de España. En 1621 María de Médicis obtiene un nombramiento de cardenal para su favorito, Armando Juan de Plesis de

Richelieu y después lo designa miembro del Consejo de la Corona. A partir de entonces y hasta su muerte, Richelieu fue el verdadero amo de Francia, que cayó en un libertinaje en lo que concierne a la sociedad y las costumbres, según afirma Eugene Relgis, quien llama la atención de los curiosos sobre el hecho de que Luis XIV nació veinticuatro años después del matrimonio de Luis XIII con Ana de Austria. Habla de cortesanas favoritas como Luisa Labé y Marión de Lorme, y asegura que Ninón de Lenclos fue protegida de Richelieu. Una versión señala que esta mujer, a los ochenta años, tenía un amante de veintinueve.

LUIS XIV (1638-1715) rey de Francia, cuyo reino, el más largo en la historia de Francia, fue superficialmente espléndido pero básicamente desastroso para el país. En San Germán, cerca de París, el 5 de septiembre, fue coronado en 1654. Durante su niñez las intrigas palaciegas y los asesinatos entre gente de la nobleza eran el pan de todos los días. Su madre, Ana de Austria, desempeñó la regencia durante doce años, aunque el verdadero amo era el Cardenal Mazarino, quien arregló el matrimonio de Luis con María Teresa, la hija mayor de Felipe IV de España. En 1660 el rey destituyó a Mazarino, anunciando que a partir de ese momento él sería su propio primer ministro. Su gran pasión fue la grandeza, dice David Ogg, quizás por esta razón emprendió muchas guerras contra varias naciones de Europa, que no terminaron hasta la firma del tratado de Utrecht, en abril de 1713 y por el cual Francia reconoce a la casa Hannover el derecho de sucesión al trono de Inglaterra y renuncia a una parte de sus posesiones en Canadá. El mismo Ogg nos dice que la vida en la corte fue dominada por una sucesión de amantes reales, siendo las más famosas mademoiselle Luisa de La Vallière y madame de Montespan. Ana de Austria falleció en 1683 y Luis se casó en secreto con su gobernanta del servicio real "nieta de un célebre hugonote, poeta severo, historiador ardiente que era el alma del partido protestante, Agrippa d'Aubigné, e hija de Constant d'Aubigné, un cínico aventurero desheredado por su abuelo", de acuerdo con la versión de Relgis, quien llega al extremo de decir que ella nació en una prisión y vivió en las Antillas. Se casó con el escritor Scarron, cuyo salón era frecuentado por la señorita de Scúder y la señora de Sevigné, por Marie Madeleine de La Fayette y por Ninón de Lenclos. A la muerte de Scarron, la viuda fue llevada a la corte y tras de desplazar a la marquesa de Montespan, que le había dado ocho hijos al rey, consiguió de éste el título de Madame de Maintenon. Cuando se casaron, ella tenía 48 años y el monarca 45. Pero ella nunca llegó a ser reina.

Volvamos con David Ogg, quien señala que hasta 1690, el palacio de Versalles era frecuentado por Moliere, Racine, La Fontaine, Boileau, madame de Savigny y artistas, escultores y músicos famosos. Muchos nobles quedaron en la ruina a causa del juego y la disipación. El duque de San Simón describe con detalle la vida de Francia en

aquella época, cuando Catalina Deshayes practicaba el aborto clandestino con verdadero entusiasmo.

Luis XIV murió en Versalles el 20 de agosto de 1715. El delfín había muerto, por lo que ascendió al trono su biznieto con el nombre de Luis XVI, a quien los cortesanos apoderaron El Bien Amado, digno sucesor de El Rey Sol.

PEDRO II (1648-1706) rey de Portugal, tercer hijo de Juan IV y de Luisa de Guzmán. En 1667 hizo deponer del trono a su hermano Alfonso VI y se casó con la esposa de éste, María Francisca Isabel de Nemours.

JUAN BAUTISTA POQUELIN "Moliere" (1622-1673) nació en París, su padre era tapicero de la corte de Luis XIV. Educado por los jesuitas, desde muy joven mostró gran afición al teatro. Formó una compañía cuyo éxito fue tan grande que el rey le otorgó el reconocimiento oficial y su protección. Con ese apoyo, su sátira es implacable. Su primera amante fue Magdalena Béjar, notable actriz y mujer seductora, con quien vivió siete años. Le sucedió la Duparc, del "Teatro Ilustre" de Lyon, de quien se dice que tenía la gracia y los dones de una diosa. Vivió luego con la actriz De Brie durante ocho años y después se casó con Armanda Béjar, hermosa mujer que, sin embargo, no lo hizo feliz, pues regresó con la De Brie.

DUQUE DE LAUZUN favorito de Luis XIV (lo copiamos nada más como chisme, de Eugene Relgis) detrás de quien iban todas las damas de la corte. Este coronel de dragones atrajo también a sus redes a una prima del rey apodada la Grande Mademoiselle, quien le fue extraordinariamente constante. Lo esperó diez años, mientras estuvo preso en la fortaleza Pignerol, bajo la instigación de la señora Francisca Athénais de Rochechouart, marquesa de Montespan, y de otros nobles cuyas hijas fueron seducidas por el irresistible Lauzun, en cuyos cofrecitos fueron halladas un millar de cartas de amor y una colección de rizos. Esto acrecentó el ardor de la Gran Señorita, quien hizo todos los sacrificios, inclusive deshacerse de algunas de sus propiedades para obtener el indulto de Lauzun. Pero este feroz egoísta, una vez libre, accedió a casarse en secreto con su fiel enamorada para poder continuar su oficio de conquistador, ahora como duque de Montpensier. La vida de la infeliz mujer fue un infierno al lado de este insaciable seductor, de tal modo que ella murió al cabo de quince años de matrimonio, "víctima de los celos". El duque tuvo arrestos para casarse otra vez, a los 62 años, con una muchacha quinceañera que lo soportó hasta su muerte, veintiséis años después.

LUIS XV rey de Francia, hijo de Luis, duque de Borgoña, nació en Versalles el 15 de febrero de 1710. Durante su minoría de edad la regencia estuvo a cargo de Felipe II duque de Orléans. Se dice que este regente murió de una congestión cuando Luis tenía trece años, por lo que no tuvo más remedio que comenzar a gobernar. Dos años después lo casaron con María Lecszinka, hija de Estanislao I, rey de Polonia. El primer ministro era Luis Enrique, duque de Borbón, quien fue desplazado por el cardenal Andrés de Fleury en 1725. El cardenal falleció en 1743 y Luis asumió las riendas del gobierno pero, tal como sucedió con su antecesor, quienes manejaban en realidad los asuntos públicos eran las amantes reales. En el caso de Luis XV, según nos cuenta Caleb W. Davis, las más influyentes eran María Ana de Maillynesle, duquesa de Chateauroux, Juana Antonieta Poison, marquesa de Pompadour y Marie Jeanne Bécu, condesa du Barry. El multicitado Relgis escribe que tras la muerte del Rey Sol "se inició una época de libertinaje", que el regente Felipe de Orléans "inteligente, espiritual, despilfarrador, llegó rápidamente a ser popular; solía elegir sus mancebas también entre las bailarinas de la ópera. Rodeado de una banda de duques y marqueses presidía orgías imitadas más bien de los griegos que de los romanos, donde podía verse no sólo a las bailarinas, sino a las grandes duquesas y a las propias hijas del regente... la duquesa de Orléans mantenía relaciones con Law, el banquero inflacionista. Según la señorita de Mailly (seguimos copiando), tres hermanas suyas estuvieron alternativamente en el lecho real. La expulsión de los jesuitas de Francia es más bien obra de la Pompadour que de d'Alembert, el enciclopedista". De Juana Bécu el mismo autor dice: "... parecía haber salido de una casa de prostitución. Antes de ser la amante del rey pasó por las manos de algunos condes y duques, casándose finalmente con el conde Guillermo du Barry. Algo más refinada por sus relaciones con literatos y académicos, parecía elegante y aún cándida. Era frívola, pero no mala". En el parque de los Ciervos, el rey tenía a mademoiselle Lincourt y a la irlandesa Murphy, según nos informa el mismo autor. El caso es que por las acostumbradas guerras y por los excesos de la corte, Francia perdió en 1763 sus posesiones en América y la India, y la supremacía en Europa. Al mismo tiempo se ahondó el desprestigio de la monarquía. Luis XV falleció el 10 de mayo de 1774.

CARLOS IV (1748-1819) rey de España, hijo y sucesor de Carlos III. De poco carácter (no olviden que copiamos de la enciclopedia), su reinado señala una época de decadencia para la monarquía hispana, que sufre las consecuencias de la revolución francesa y, veinte años después, de la invasión napoleónica. Carlos estaba casado con María Luisa de Parma, "cuyas liviandades desprovistas de todo recato" hicieron posible la descarada ingerencia en el gobierno de uno de sus amantes, Manuel Godoy Álvarez de Faria, nacido en Castuera, Badajoz, en 1767. Godoy ingresó al servicio de la corona en 1784 y al poco tiempo María Luisa lo hizo ascender a general y luego a ma-

riscal de campo, para después designarlo consejero de estado. En 1792, cuando Manuel tenía 25 años, la reina lo nombró duque de Alcudía y luego "Príncipe de la Paz". Todo eso en nombre del amor y cuando María Luisa, a quien apodaban "La Italiana", tenía 38 años de edad. Ella, por su parte, era solamente María Luisa de Parma y de Borbón, por la gracia de Dios Reina de las Indias (de las islas y de la tierra firme al otro lado del océano), archiduquesa de Austria, duquesa de Borgoña, condesa de Habsburgo, Flandes y el Tirol. Todo lo ponía a los pies de Godoy y de sus otros amantes, entre los cuales se mencionaba al conde de Teba, a don Agustín Lancaster, al conde de Fuentes y al duque de Trastámara. Por su lado, Manuel Godoy a los 27 años le ponía los cuernos a la reina con la bella peruana Josefa Tudó, viuda del oficial de marina Felipe Tudó y quien había sido amante del almirante Federico Mazarredo, ante quien ella acudió a solicitar un aumento en su pensión de viuda, a los 23 años de edad, según nos cuenta Lion Feuchtwanger, quien dice que Josefa era blanca, bien formada, de frente ancha y los ojos verdes, muy separados. El almirante ordenó a Goya un retrato de la muchacha después de ponerle un coqueto departamento en Madrid. El pintor y la viudita se enredaron y luego el artista se la cedió a don Manuel cuando éste la conoció en el estudio de don Francisco. No hubo problema para desplazar a Mazarredo porque de repente se hizo imprescindible su presencia en un mar lejano, donde la flota española hacía una guerra. Otra amiga íntima de Godoy era la delgaducha y sensitiva Genoveva de Havré, de 16 años, hija del embajador del destronado rey de Francia, Luis XVI. Los historiadores coinciden en decir que Godoy hacía arreglos secretos con Napoleón, en 1808, contando con el apoyo de María Luisa, lo que provocó el motín de Aranjuez que obligó a Carlos IV a firmar la abdicación en favor de su hijo Fernando, a raíz de lo cual Carlos y su gorda se exiliaron en Roma, donde fallecieron ambos en 1819. Don Manuel murió en París. Ella había tenido ocho hijos.

CAYETANA DE ALBA. Uno de los amores más tormentosos que registra la historia es el del famoso pintor español, Francisco de Goya y Lucientes (1746-1818) y doña María del Pilar, Teresa, Cayetana, Felicia, Luisa, Catalina, Antonia, Isabel, Susana y así, hasta completar treinta y un nombres, de la mujer cuyo retrato figura en millones de hogares de todo el mundo con el título de "La Maja Desnuda". Ella era blanca, de pelo largo y negro, de cuerpo menudo pero gracioso. Nadie menciona a la madre, pero su padre fue el décimosegundo duque de Alba, quien falleció cuando ella era todavía una niña y ya estaba prometida a José, el undécimo marqués de Villatranca, por arreglos que hizo doña María Antonia, su madre. La duquesa conoció a Goya cuando éste contaba cuarenta y cinco años y era regordete, robusto y moreno, con los ojos y los labios gruesos, especialmente el labio inferior, que se le abultaba. Don José no llegaba a los treinta años, era de complexión delicada, pálido y enfermizo. Amaba la música por encima de todo. Su esposa jamás le fingió amor "pero le había demostrado

camaradería y simpatía". El pintor, por su parte, estaba casado con Josefa Bayeu, zaragozana como él y una mujer que le daba un hijo por año. Tuvieron veinte. Francisco ya era pintor de la corte cuando conoció a Cayetana, educada en el liberalismo de Rousseau, entonces de moda, por órdenes de su abuelo. En la corte de Carlos IV y María Luisa de Parma, Cayetana era la tercera, de los ciento diecinueve grandes del reino, y su esposo, don José Álvarez de Toledo, el décimo tercer duque de Berwick y de Alba (esto último por su matrimonio con Cayetana), un décimo marqués de Villafranca, era por sus propios méritos Grande de España. De carácter independiente, buena crianza y muy orgullosa, doña Cayetana y el pintor, a quien ella llamaba cariñosamente "Franchó", vivieron un tórrido romance que fue el escándalo de Madrid por mucho tiempo, pues ella exhibíase con él en el teatro, en la calle, en la plaza de toros y en su casa de campo de Piedrahita, donde ofrecía funciones privadas para los amigos. Ambos se atormentaban terriblemente en medio de una de sus muchas disputas cuando murió José, y la maledicencia culpaba del repentino deceso lo mismo a Goya que a Cayetana y al médico de cabecera de la duquesa, Joaquín Peral, quien vivía con ella y por cuya causa Goya moría de celos. Aunque reñidos, él acudió a dar el pésame y a los pocos días ella le pagó la visita y le informa que seguirán teniendo molestias, pero podrán seguirse viendo, aunque ella deberá ser, en adelante, "doblemente precavida". Y Goya, quien no conoce a las mujeres, piensa: "No tiene pudor". ¡Como si fuera un caso único! la relación entre ambos duró diez años del siglo XVIII y otros diez del XIX. Todo hace suponer que ella murió de un aborto. En una ocasión él enfermó de sordera pero no le contó a nadie que a veces escuchaba. Así, oyó cuando Cayetana le dijo al oído: "Eres tan tonto, Franchó, y nada sabes. Yo te amé siempre, te amé a tí solo, viejo y tonto y gordinflón y majo, y no lo has notado y crees que quiero ir al infierno con otros. ¡Ay, ser horrible y único, qué tonto eres! Sólo te quiero a tí, pintor atrevido. Siempre y sólo a tí". Pero en otra ocasión ella coquetea perversamente, diabólicamente con Juan Antonio, marqués de San Adrián, estando Goya presente, y descubre sus miradas, y luego la pintó volando por los aires como en una ascensión y, debajo de ella, como nubes que la impulsan y la sostienen, al torero Costillares, al marqués de San Adrián y a Manuel Godoy. Hay quiénes piensan que faltó el doctor Peral

MARIA JOSEFINA ROSA TASCHER DE LA PAGERIE nació en 1763 en la isla de La Martinica. A los 16 años se casó con el vizconde Alejandro de Beauharnais, quien murió guillotinado en junio de 1794. Ella abrió al año siguiente un elegante salón en París, donde conoció a Napoleón Bonaparte y éste se casó con ella en 1796, precisamente dos días antes de emprender la campaña de Italia. Al ser coronado Napoleón como emperador en 1804, ella se convirtió en la emperatriz de Francia, pero se divorciaron en 1809 porque Josefina no le dio hijos al corzo, quien deseaba un heredero para el trono.

En cambio, su hija Hortensia fue la madre de Napoleón III y su hijo Eugenio, ambos de Beauharnais, éste llegó a ser virrey de Italia. Murió en Malmaison el 29 de mayo de 1814, según nos dice Wolf Franck.

MARIA LUISA (1791-1847) nació en Viena, hija del emperador Francisco I de Austria. Napoleón deseaba un heredero que Josefina no le daba, por lo que buscó el apoyo del conde de Metternich, embajador de Austria en París, para casarse con María Luisa. Se hicieron los arreglos y la boda se efectuó, por poder, el 11 de marzo de 1810. Al año siguiente ella le dio un hijo a quien llamaron Francisco Carlos José. Napoleón fue exiliado a la isla de Elba y María Luisa partió de regreso a Viena y casi en seguida estableció una tórrida relación amorosa con el conde Adán Alberto de Neipperg. El congreso de Viena ofreció a María Luisa el ducado de Parma y Plascencia y Guatala, con la condición de que diera al hijo de Napoleón. María Luisa marchó a Parma con Neipperg. Cuando el corzo regresó a Francia después de los Cien Días, ella se acogió a la protección de Austria y sus aliados, y se rehusó a volver al lado de Napoleón y un año antes del fallecimiento de éste ella contrajo matrimonio morganático con Neipperg, precisamente antes de dar a luz a un hijo del conde, quien murió en 1829. En 1833 Metternich designó al conde Charles de Bombelas como contralor del ducado. María Luisa tenía entonces 42 años y él era algo mayor. A los seis meses se casaron en secreto. Napoleón había dispuesto en su testamento que, al morir, pusieran su corazón en espíritu de vino y lo enviaran a María Luisa, pero fue desobedecido. Ella murió en 1847.

GIOVANNI GIACOMO CASANOVA (1725-1798) Aventurero genovés que hace remontar sus orígenes hasta una cierta nobleza debida a un tal Jacobo Casanova quien, siendo secretario del rey Alfonso e hijo de don Francisco, raptó del convento a doña Ana Palafox en 1428, al día siguiente de haber ella pronunciado sus votos de novicia. La pareja huyó a Roma donde él purgó un año de cárcel y luego fue absuelto por el Papa, quien se dignó casarlos. De esa unión nacieron varios hijos pero solamente sobrevivió don Juan, quien casó en 1475 con Leonor Albini y de este matrimonio nació Marco Antonio, casado a su debido tiempo con Abondia Rezzonico. Tres meses después de la muerte de éste nació Jacobo Casanova, quien murió muy viejo en Francia, siendo coronel, pero dejó un hijo que se casó con Teresa Conti y de ella nació otro Jacobo que en 1680 contrajo nupcias con Ana Boli, Tuvieron dos hijos, el mayor de los cuales desapareció, en tanto que el menor, Cayetano José Jacobo, abandonó el hogar en 1715, a los 19 años de edad. Enamorado de una tiple llamada Fragoleta, se hizo bailarín y actor. En Venecia dejó a la tiple y raptó a Zanetta, la hija de un zapatero que vivía frente al teatro donde representaban. Ella dió a luz a Jacobo y después se hizo comediente. Tenía

ya seis hijos cuando enviudó y la penuria la obligó a internar a Jacobo en una pensión en donde él tuvo su primer amor con una niña de trece años llamada Betina. Era costumbre en esos países y en aquel tiempo que los jóvenes encaminaran sus vidas por las carreras de la milicia o del clero. A Jacobo le tocó la Iglesia y un día, al cabo de cuatro meses de estudios, un protector le impuso las órdenes menores y lo mandó a la parroquia del cura Joselo y el muchacho no tardó en enredarse con Angela, la sobrina de aquel. En unas vacaciones lo mandan a casa de la condesa de Mont-Real y se enamora de Lucía, de 14 años e hija del conserje. De regreso en el curato Angélica falta a una cita pero Jacobo se acuesta con Marton y Naneta, hermanas entre sí y amigas de la joven que facilitaban su cuarto para los encuentros de la pareja. En sus siguientes vacaciones Jacobo seduce a una campesina recién casada con un granjero del lugar, pero un día deja la capa y sale corriendo para no dejar la vida, pues el senador Malipiero lo sorprende en amoroso lance con Teresa Imer y sólo alcanza a propinarle un bastonazo. El padre Joselo lo manda al seminario pero los buenos frailes lo expulsan un mes después de su llegada, por mala conducta. Va a dar a la cárcel y conoce allí a una griega que le transmite por primera vez una enfermedad venérea. El cura Joselo ya es obispo, lo saca de la prisión y se lo lleva a Roma. Lo abandona y se enrola en el ejército. Tampoco es su vocación. Se dedica al juego y no tiene suerte. Consigue empleo como violinista ganando un escudo diario. Lo adopta el senador Bragadín y con la vida fácil vuelve al juego. Cargado de deudas huye a Treviso y empeña un diamante que tenía prestado. Topa con un cura que había ido a Venecia buscando un marido para su sobrina Cristina. Jacobo la seduce y después, de común acuerdo, la casa con un asistente de abogado. Vive un largo romance con Henriqueta d'Arci, una francesa a la que conoce con las faldas al aire porque corre a socorrerla cuando el coché de ella ha volcado al tropezar los caballos. Casanova se oculta en París y en una ocasión representa "Los Hermanos Enemigos", de Racine, ante Luis XV, quien queda tan satisfecho que le regala una generosa propina. Regresa a Venecia y conoce en un carnaval a una pareja cuya parte femenina le coquetea abiertamente. El hombre es un granuja dispuesto a formar un triángulo pero Jacobo conoce por casualidad a la hermana de éste, una rubia de quince años de quien se enamora a primera vista. La seduce bajo promesa de matrimonio pero al cabo de unos meses el padre de ella la obliga a tomar el velo de novicia. La chica envía y recibe cartas con la ayuda de Laura. Otra monja, una francesa a quien Jacobo identifica sólo como "M.M.", se entera de la existencia del aventurero y como está acostumbrada a salir secretamente de noche para entrevistarse con el embajador De Bernis, se las arregla para enriquecer con Jacobo su relación amorosa. Inclusive, en una ocasión ella lleva a la novicia quinceañera y pasan una divertida velada en cuarteto, pues al señor De Bernis le gusta la señorita "C.C." Los amorsos con la francesa no impiden a Casanova meterse con Tonina, la hija de la mensajera Laura, en una noche de lluvia. Las "Memorias" de Casanova incluyen un emocionante relato de su fuga de la cárcel de Los Plomos, ocurrida en 1757.

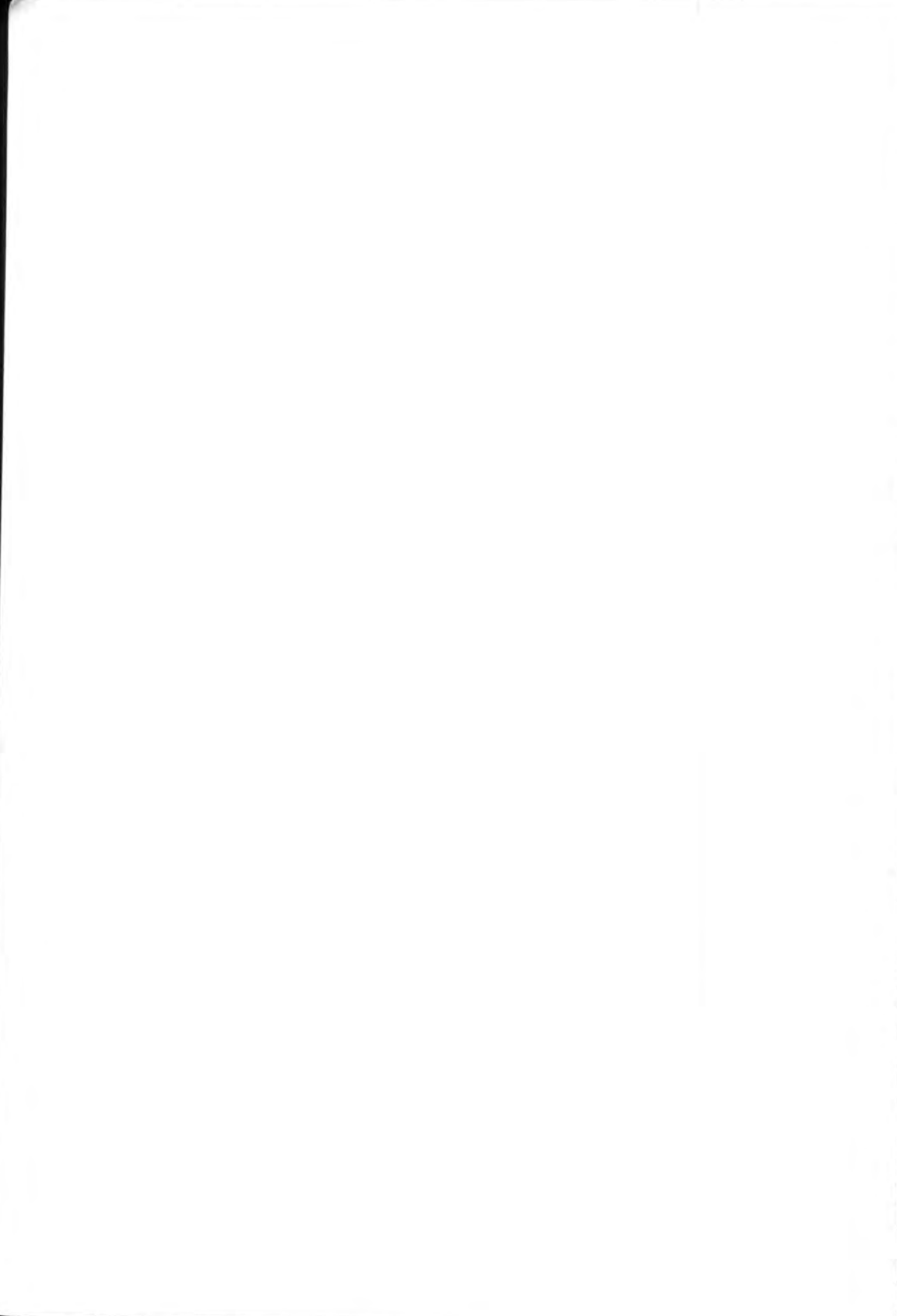
JOHANN WOLFGANG GOETHE (1749-1832) Poeta, novelista y dramaturgo. Nació en Frankfurt, Alemania. Hijo de padres ricos, vivió en un ambiente culto. A los 16 años comenzó sus estudios de leyes en la Universidad de Leipzig y en ese tiempo escribió sus primeras poesías líricas. En 1770 se traslada a Estrasburgo y hace amistad con el poeta alemán Herder, quien lo familiariza con Shakespeare y con las canciones populares de Alemania. De este tiempo data su primer amor: Federica Brion, hija de un pastor protestante de Alsacia. Después tuvo amores con Carlota Buff y luego con Lili Schönmann. En 1775 se traslada a Weimar para desempeñar un cargo público y pronto conoce a un nuevo amor, Carlota von Stein, mujer de una gran personalidad y dueña de una amplia cultura. Había Goethe escrito sus mejores obras cuando, a los 56 años de edad, se casó con Cristina Vulpius, quien fue su amiga a lo largo de varios lustros, pero sólo vivió diez años más. El poeta, en cambio, le sobrevivió a ella dieciséis años. Fue Goethe quien escribió en sus "Epigramas Venecianos" que odiaba cuatro cosas sobre todas las demás: "el olor del tabaco, las chinches, el ajo y la cruz". También escribió: "Sólo a los que aman guía a lo alto el amor".

LEOPOLDO SACHER MASOCH (1836-1895) novelista austriaco. No fumaba, ni bebía. Huyó a Florencia con una princesa rusa que se convirtió en su sirvienta. Cuando se casó pidió a su mujer que lo azotara diariamente para estimular su trabajo literario, actitud que fue considerada como la antítesis del sadismo. Del nombre de ese autor y del contenido de su obra deriva la palabra "masoquismo".

GEORGE SAND (1804-1876) Varias novelas fueron escritas bajo este seudónimo por Amandina Aurora Lucía Dupin, quien siendo muy joven contrajo matrimonio con Casimiro Dudevant, hijo del Barón de Dudevant. Al cabo de unos años de vida conyugal se divorció cuando tenía dos hijos y comenzó a colaborar en *Le Figaro*. En 1831 publicó su primera novela "Prima Donna", escrita en colaboración con Julio Sandeau. Al año siguiente, ya bajo el seudónimo de George Sand, publica "Indiana", novela en la que "recoge su propia experiencia conyugal y expone con franqueza su teoría sobre las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer". Tuvo varios amores, pero los más célebres fueron los que vivió con Alfredo de Musset y con quien viajó por muchos lugares de Italia. Este romance le inspiró la novela "Ella y Luis", publicada en 1859, y con Federico Chopin, con quien recorrió el sur de Francia y las islas Baleares. Fue la hada bienhechora de Chopin, con quien vivió a lo largo de once años. Tuvo también relaciones amorosas con Miguel de Bourges, con Sandeau, con Liszt, con Merimée y con Leroux. Hay quienes la ligan sentimentalmente inclusive con Flaubert y con el revolucionario Bakunin. Fue una amante atormentada, víctima de su propio idealismo, su bondad, su misticismo y su apasionada entrega.

JULIANA WIETINGHOF (citada por Reigis) baronesa de Krudener, rubia livoniana que supo conservar por mucho tiempo el encanto de su juventud. Conoció a Cagliostro, a Saint-Germain y a Mesmer. Casada a los 19 años con un diplomático, lo abandonó para unirse al periodista y crítico J. B. Suard, de 50 años. Relación tempestuosa destruida por los celos con escenas públicas. En Venecia se unió al dramaturgo Juan Francisco Ducis. Insaciable y celosa, empujó al suicidio al agregado de la embajada Alejandro de Stakief. En París frecuentó a las señoras Tallien, Beauharnais y Recamier, acompañada del cantante Garat. Bajo el consulado, la señora Krudener tuvo un salón literario donde recibía a literatos y místicos. Entre sus novelas destaca "Valeria", de la que envió dos ejemplares lujosamente encuadernados al general Napoleón, quien arrojó un volumen al fuego y el otro al suelo. Ella tuvo una entrevista con Alejandro I de Rusia en Potsdam, y otra en París. Después, ella recorrió Europa predicando la caridad, la fraternidad, la pobreza obligatoria y el misticismo, y anunciando el fin del mundo. Finalmente se retiró a Crimea, donde murió en 1824.

XXXII
Rasputín



Un niño ruso de mirada dulce, nacido en la aldea Prokovskoie, en Siberia, en 1871, solía retozar y hacer travesuras con sus compañeritos de juegos mientras su padre, Ifim Andreievitch, atendía los caballos o llevaba mercancías y viajeros a otras aldeas siberianas. Sin embargo, ese mismo niño, llamado Grigori Efimovitch (Rasputin), sentíase sobrecogido y profundamente reverente cuando entraba al establo en busca de su padre o llevando recado para alguno de los peones, porque el establo recordábale el lugar del nacimiento de Cristo, desde que su padre le leyó la historia del nazareno en una Biblia ilustrada con bellas imágenes de la Virgen y el niño.

Cuando aprendió a leer, Grigori trepaba en una silla y bajaba de la repisa el gran libro para repasar la lectura y extasiarse remirando las coloreadas láminas, mientras el corazón latía con fuerza y su alma infantil llenábase de infinita ternura hacia el niño y la madre.

Un día, cuando Grischa tenía doce años, jugaba con su hermano Mischa a orillas del Tura y accidentalmente Mischa cayó de espaldas a las aguas. El pequeño Grischa, sin reflexionar, se arrojó tras él y ambos hubieran perecido ahogados a no ser por la oportuna intervención de un campesino que logró salvarlos. Sin embargo, Mijail pescó una pulmonía y murió poco después. Su hermanito cayó víctima de una fiebre que cedía y volvía a afectarlo una y otra vez, ante la pesadumbre y el desconsuelo de su pobre madre, Ana Igorovna.

En uno de esos accesos de fiebre estaba encamado en la parte tibia de la cocina. La víspera habían robado su caballo a uno de los vecinos, delito tan grave en aquella aldea como un asesinato porque los caballos eran el único medio de vida de esa gente. El asunto eran tan preocupante que había asamblea en el cuarto principal de la casa para tratar de descubrir al culpable. Repentinamente Grischa saltó de su catre y fue a treparse en el cuello de uno de los asistentes, carretero como su padre, pero de buena posición económica. Sobre la espalda del recio campesino el niño comenzó a gritar:

“¡Arre, Piotr Alejandrovitch, tú robaste el caballo!”. Hubo gran escándalo porque nadie entre los presentes creía que el rico carretero fuera capaz de haber cometido el delito. Obligaron a Grigori a meterse a la cama y se deshicieron en disculpas con el huésped.

Pero los exaltados campesinos relataron el suceso a otros, y en la noche siguiente algunos de ellos arrastráronse en medio de las sombras hasta las caballerizas del sospechoso y vieron cuando éste sacaba el animal robado para ocultarlo en otro sitio. A partir de entonces los aldeanos estaban convencidos de que Dios había hablado por boca del niño.

Grigori Efimovitch llegó a la edad adulta y vivía como todos los mozos del lugar: en el día realizaba las duras faenas agrícolas y en la noche se embriagaba como cosaco y frecuentaba las casas de mujerzuelas. Durante alguna temporada llevó una vida desenfrenada, como la de la mayoría de los hombres de las aldeas siberianas. Pero en una fiesta del pueblo conoció a la hermosa rubia Prascovia Feodorovna, esbelta y de bellos ojos oscuros, con quien contrajo nupcias.

Por ese tiempo Grigori tuvo una experiencia extraordinaria: trabajaba en el campo abriendo surcos y, al terminar uno, daba la vuelta al caballo cuando escuchó un canto maravilloso formado por muchas voces, como en el coro de la iglesia pero infinitamente más dulce y más bello. Giró sobre sus talones y quedó estupefacto al ver a la Madre de Dios meciéndose en un rayo del sol de mediodía. La inefable visión duró un instante y cuando desapareció, Grigori se dio cuenta de que había soltado el arado y las manos le temblaban. No pudo continuar trabajando y se dedicó a cavilar. Por la noche adivinó que estaba llamado por Dios para cumplir un gran destino, pero antes debía abandonar sus caballos, la taberna, a sus padres, a su esposa y sus hijos y, por supuesto, a las mujerzuelas. A nadie le contó lo ocurrido, excepto a su amigo Mijail Petcherkin.

A los treinta y tres años le tocó llevar en su carreta hasta el viejo monasterio de Werkoturie al novicio Miletj Saborowski. En el trayecto sólo hablaron de la religión y de Dios, y ya antes de llegar Grigori había tomado una trascendental determinación: se quedó en el monasterio. Lo que Rasputin ignoraba es que por lo menos la mitad de los monjes reclusos allí cumplían una especie de castigo como reos de apostasia, pues pertenecían a la hermandad de los hombres de Dios conocida como “Clist”, fundada más de dos siglos atrás por Danila Filipich. Los Clistos constituían una secta de flagelantes que creían en la metempsicosis y en la redención por medio del pecado. Al cabo de años de estudio, el padre Macario aconsejó a Grigori Efimovitch dedicar su vida a Dios convirtiéndose en un predicador peregrino. El padre Macario era un ermitaño que vivía muy pobremente, cerca del monasterio de Werkoturie, en una oscura choza con

el piso de tierra. Después de rezar ante los restos de San Simón y de hablar con el ermitaño, Rasputin tomó un saco, una limosnera y un cayado y se perdió en la estepa siberiana en busca de la perfección de sí mismo para merecer el nombre de "hijo de Dios".

Al tercer año de su partida, los aldeanos supieron que Rasputin había vivido y predicado entre los pescadores del Tura; que vivió también entre labriegos, predicando y ayudando en la recolección de las cosechas; que curaba mediante la imposición de manos, por invocaciones o simplemente haciendo la señal de la cruz. Le llamaban "el santo mujic", esto es, campesino.

Por otro lado, corrían versiones en el sentido de que el extraño caminante oficiaba ciertas ceremonias en la espesura de los bosques y ante cruces de ramas, ante señoras y doncellas a quienes luego acariciaba y cubría de besos para después danzar y cantar salmos "para alegrar y diestraer al Señor". Muchas de estas mujeres abandonaban a sus familias o esposos para seguir al santo por la inhóspita estepa y los tupidos bosques siberianos, con la convicción de que sólo él podía salvar sus almas. Inclusive, algunos padres y esposos ofendidos atentaron una vez contra él y entonces Rasputin, alzando un brazo amenazador y con voz estentórea maldijo la aldea: "¡Durante tres meses no lloverá!", les dijo. Y el sol abrasó la tierra y secó los sembrados.

Una noche, sin previo aviso, Grigori regresó a su casa. Al verlo Praskovia, barbudo, viejo, los ojos pequeños y hundidos, de un color azul acuoso y la melena larga y enmarañada, al principio no lo reconoció. Cuando al fin supo que era su esposo quiso demostrar su alegría y lo mismo sucedió con los tres hijos, pero el gozo de él no tenía nada de la dicha mundana. Con el continente severo y con ademanes suaves y bondadosos eludió las caricias de los suyos, luego pidió ser alojado en el sótano, en el sitio destinado a los peregrinos y allí, sobre un petate extendido en el pavimento, rezó y se flageló, cantó salmos y dirigió doloridas invocaciones a Dios durante veinte días. Muchos aldeanos fueron a verlo, incluidos algunos incrédulos y excompañeros de parranda. Todos salieron transfigurados. El obispo del lugar acudió también con intenciones de someterlo. Iba acompañado de un gendarme pero éste, quien entró resueltamente por delante decidido a todo, cayó de rodillas ante Rasputin y besó fervorosamente sus manos llamándole "padre". Al vigésimo primer día Rasputin emergió de su cueva, caminó solemnemente entre el populacho que se arremolinaba a su alrededor y, llegado a la orilla del Tura, se volvió hacia la multitud con gran dignidad sacerdotal, recitó una oración y después impartió su bendición a la muchedumbre y se despidió de todos. Rasputin caminó lentamente y se perdió en el bosque junto con una bandada de discípulos que le seguían.

En una ocasión, el obispo Hermógenes y el archimandrita Teófano, confesor de la zarina, invitaron a Rasputín a conocer a Heliodoro, prior del monasterio de Zarizin, conocido como "el regañador" y enemigo jurado de todas las herejías. La situación política había ido de mal en peor. El pueblo no sentía afecto por Nicolás II, y la zarina alemana, Alejandra Hessen, fue recibida con desprecio desde su ascensión al poder. Los zares atendían por encima de todo a sus propias personas y estaban obsesionados en la búsqueda de un heredero. Ya habían nacido Olga y Anastasia y los zares gobernaban con egoísmo y torpeza. De algún modo cayeron en el misticismo, en el espiritismo y, finalmente, en el fanatismo. Los asuntos públicos se decidían conforme al consejo de curanderos y magos, o de espiritistas como los grandes duques Nicolás y Pedro Nicolaievich y sus esposas Militza y Anastasia. Unos monjes habían enviado a los zares al idiota lisiado Mitia Koliaba, de quien se decía que tenía poderes sobrenaturales. El doctor Gerard Encausse (Papus) había estado en San Petersburgo en el año de 1900, acompañando al mago Philippe, y regresó en 1905 para ayudar con su magia esta vez a la curación del pequeño Alejo, nacido el 30 de julio de 1904 pero portador de una enfermedad incurable: hemofilia. Philippe tiene que partir, cargado de regalos, contra la voluntad de la zarina, quien le tiene fe; pero al despedirse, el francés regala a la afligida Alex una imagen de santo y le anuncia que pronto vendrá un nuevo amigo, enviado por Dios, para asistirle lealmente en todas sus dificultades.

Y una noche, cuando la zarina lleva muchos días sin dormir y sumida en la tristeza y el llanto porque el pequeño Alejo ha sufrido un derrame interno y le atormenta el dolor, entra por una puerta trasera y un largo y oscuro pasadizo el enigmático y poderoso Grigori Efimovitch (Rasputín), quien después de tutear y besuquear al zar y la zarina se arrodilla frente a los iconos colocados en un rincón de la habitación del niño enfermo, quien tiene una pierna pegada al pecho, presa del dolor, y no responde a la pregunta de la zarina sobre su estado. En cambio, reacciona animoso y sonriente después de que el visitante ha hecho la señal de la cruz sobre su cuerpo y le ha dicho con su voz agradable y bondadosa: "No tengas miedo, Alejo, ya todo está bien". En seguida comienza a contarle historias para niños y el pequeño se incorpora fortalecido para escuchar mejor, provocando la intervención ansiosa de la madre que le grita, asustada: "Ten cuidado, hijito, ya sabes que no debes hacer movimientos bruscos". Y Grigori, confiado y sereno se dirige al enfermo: "Ya no te duele nada. Dile a tu mamá que no sea miedosa. Yo estoy aquí y nada te pasará". Y le platica de la vida de las flores y de los árboles del bosque, y de lo que se dicen los caballos cuando hablan entre sí. Y tiene que marcharse porque ya es de madrugada pero el niño le pide que regrese al siguiente día, porque no podrá dormirse sin haberlo visto.

En poco tiempo, Rasputin habíase convertido en el zar de los zares y, en consecuencia, habíase echado encima la animadversión de los cortesanos intrigantes y envi-

diosos. Tuteaba a los soberanos y a la nobleza y lo mismo iba a la iglesia que a las tabernas y a las carpas de los gitanos. Bebía los vinos más finos y frecuentaba el trato de mujeres hermosas, lo mismo ricas que pobres, igual cortesanas que criadas, a quienes acariciaba descaradamente los senos sin que a ellas les pareciera escandaloso. Visitaba a la baronesa de Rosen, pero iba con más asiduidad a la casa de la hermosa princesa Dolgoruki y hasta allá lo seguían quienes buscaban favores y negocios del gobierno. Al final escogió el salón de la condesa Ignatief para saborear sus vasitos de Madeira y hablar de las cosas del cielo y de la tierra, según dice René Fulop Miller. Y, para las entrevistas con los zares, escogió la casa de la dama de la corte y amiga íntima de la zarina, Ania Virubova, a doscientos metros del palacio real. Rasputín era ya el confesor de Alejandra.

Las orgías y los escándalos llegaron a su climax en 1911 y el propio Rasputín agravó su situación al influir en el nombramiento de un obispo no adicto al clero. Cuando vio venir un golpe mortal tomó su limosnera y su cayado y partió como peregrino a Kiev, Constantinopla y Jerusalén, lo que acrecentó en su favor la estimación de la emperatriz, quien tomaba los informes sobre la vida licenciosa del padrecito como chismes inventados por sus malquerientes. A pesar de todo, unos años después los cortesanos consiguieron alejar a Grigori quien, al despedirse de Alejandra le dijo: "Hay gente empeñada en robarme vuestro cariño. No los escuchéis. Si nos separamos, dentro de medio año perderéis a vuestro hijo y a la corona". La zarina arrodillóse y le pidió su bendición, llorando. En el otoño, Alejo sufrió un accidente mientras andaba de cacería y al cabo de muchos esfuerzos los médicos se declararon impotentes para curarlo. La zarina llamó a Rasputín y éste limitóse a enviar un telegrama que decía: "Dios ha prestado oídos a tus lágrimas y a tus ruegos. No estés triste, tu hijo vivirá. Que los médicos dejen de torturarlo". Al día siguiente el muchacho sanó. Como resultado, la emperatriz exigió que Rasputín regresara a la corte.

Vivía en el departamento número 20 de la calle Nevsky, en el barrio inglés. Una parienta lejana de edad madura, Dunia, era su mucama. Su hija Matriona ayudaba en algunas tareas oficiales, aunque Simonovich desempeñaba el empleo de secretario. Otra leal servidora de Rasputín era la monja Akulina Nokitchina, mujer robusta de facciones rústicas y modales simples. Parecía tan pura que la gente la apodaba "la santa". Usaba uniforme de enfermera. Haber sacado al demonio del cuerpo de Akulina en el convento de Ojtoi, situado en los Urales, fue el primer milagro conocido de Rasputín.

El poder del monje ensanchábase cada día más en toda Rusia. A su casa iban a buscarlo para pedirle favores que iban desde una carta eximiendo del servicio militar a un joven ruso, hasta una recomendación infalible para un ministerio. Su poder alcanzó

tales dimensiones que en 1914 Rasputín comentó que él hubiera podido evitar la primera guerra mundial. No ocurrió así porque cuando el zar Nicolás decidió entrar en el conflicto Rasputín se hallaba en el hospital, curándose de una puñalada que le propinó una mujer.

Junto con su poder crecían sus vicios y sus desenfrenos. Muchos favores le eran solicitados por doncellas que carecían de dinero para pagarlo; y a Rasputín le tenía sin cuidado que otros vieran cómo se cobraba. A principios de 1916 Rasputín tiene frente a su departamento y aún en las escaleras del edificio, a soplones y detectives que informan a sus jefes de todas las visitas y todos los movimientos. En los archivos de la policía de San Petersburgo se conservan reportes pormenorizados de cuanto los agentes veían día tras día, y de aquello que lograban atisbar por la puerta entreabierta al entrar o salir los visitantes. La servidumbre aportaba datos interesantes a cambio de alguna propina. Varios embajadores tenían sus propios espías entre los vigilantes, pues ya era bien sabido que en la casa del padrecito se decidían importantes asuntos de estado. Todo el mundo estaba enterado, por ejemplo, de que todos los días, a las diez en punto, se recibía en la casa de Rasputín una llamada telefónica de Ania Virubova, quien ejercía las funciones de secretaria privada de la emperatriz y, según se rumoraba, una de las amantes del monje. Ella fue la encargada de introducirlo secretamente a los aposentos imperiales por el largo pasadizo en tinieblas, diez años atrás. Por obra de los enemigos de Rasputín, buena parte del expediente circulaba entre la nobleza, encuadrado, publicando las escandalosas orgías del padrecito con los gitanos, en las que Rasputín danzaba ebrio y desnudo con las mujeres de la tribu.

La nobleza conocía los desenfrenos y las depravaciones de Rasputín, lo mismo que los nombres de muchas de sus concubinas. Ellas mismas contaban sus experiencias amorosas con el monje; unas porque consideraban un gran honor haberse acostado con el hombre más poderoso de Rusia y, las otras, porque estaban convencidas de la santidad de Rasputín. "Lo que el santo toca, se santifica", decían a quienes las escuchaban. El monje, por su parte, les explicaba: "Vosotras creéis que os mancillo; no os mancillo, por el contrario, os purifico". A Vera Zhukovskaya le dijo: "Comete pecado quien busca el pecado. Pero quien sólo pasa por él, no participa del pecado". Esto, porque algunas se le resistían y el padrecito se veía obligado a la argumentación para seducirlas. En alguna ocasión expresó: "Aquellas mujeres que pecaron conmigo son, ante Dios, más agradables que aquellas que se resistieron y conservaron su virtud. . . ¿Qué otra cosa podrá doblegar más la soberbia que el rebajamiento a través del pecado?"

En su fiesta de cumpleaños, en 1916, Rasputín recibió muchísimos y costosos regalos pero, también y como un presente especial, la entrega incondicional y amorosa

de sus discípulas y de algunas aspirantes. La policía apuntó cuidadosamente los nombres de todos los visitantes y, en lo posible, una lista de los obsequios. En los archivos policíacos figuran, entre otros, los nombres de la princesa Zhakovskaja, de Alejandra de Pistoljors; de la condesa Kreuz; de una de sus más notables adeptas: Maria Eugenia Golovina y de la campesina Laptinskaya. En otro reporte se asienta que cuando Rasputin llegaba ebrio, o que simplemente se aburría de las duquesas, princezas y condesas, tocaba a la puerta de sus vecinas, la modista Katia o la masajista Odilia, para que le hicieran compañía durante la noche. Algunos funcionarios o cortesanos lograron comunicar a la emperatriz, aunque delicadamente suavizados, parte de estos informes, pero Alejandra rechazábalos siempre alegando que los hombres santos suelen ser perseguidos y calumniados. Los zares amaban a Rasputin y no lo ocultaban pero, quizás, en el fondo del alma de Alejandra pesaba también el oscuro vaticinio de Rasputin: "Cuando yo muera, los zares perderán la corona".

Pero Rasputin había traspasado los linderos de la desvergüenza; había llevado al extremo los abusos del poder; había caído en el fango de la depravación y el vicio; y se había ganado el desprecio y la animosidad de centenares de padres, esposos y hermanos ofendidos; se había concitado la animadversión de los nobles y el odio de la burocracia; había trastornado todo el orden social y político de Rusia y, de paso, había exacerbado el descontento popular en contra de los zares y contra él mismo. En una palabra: había disgustado a Dios.

Al cabo de varios planes y atentados frustrados, en uno de los cuales participó el propio Primer Ministro A. N. Chvostof, la noche del 16 de diciembre de 1916 el príncipe Félix Yussupof consiguió llevarlo al sótano de su palacio con el señuelo de que allí conocería a la princesa Irene, su esposa, afamada como la mujer más hermosa de Rusia. Los otros conjurados: el duque Dimitri Pavlovich, teniente del tercer regimiento de caballería de la Guardia Imperial, el diputado Purichkevich, fogoso orador y autor de vehementes discursos contra Rasputin en la cámara, un médico polaco de apellido Lazovert, el oficial de caballería Zukotin y el ayuda de cámara de Yussupof, de apellido Nefedof, deberían hacer ruido en el piso de arriba del sótano, para sofocar los que pudieran venir de abajo en caso de violencia.

Mientras Rasputin bebía, uno tras otro, vasos de vino de Crimea y pastelillos previamente envenenados con cianuro de potasio por el médico polaco, el monje reparó en los ruidos de arriba y, en respuesta a su pregunta, el príncipe Yussupof le explicó que un tío de su mujer había llegado de improviso y ella se sintió obligada a servirle la cena. Pronto se marcharía. El monje aceptó las excusas y continuó bebiendo y comiendo. El príncipe esperaba que cayera muerto desde la primera copa pero ningún veneno parecía producir efecto en el organismo de Rasputin, cuya mirada se tornaba de amo-

rosa a inocente, de inocente a diabólica y, a ratos, era sencillamente la mirada de un hombre alegre ante la expectativa de poner pronto a prueba sus poderes de curación en el hermoso cuerpo de la princesa, quien, según Yussupof, se quejaba de un dolor en el estómago. Entre tanto, Yussupof le cantaba canciones gitanas.

Los pastelillos de fresa no estaban envenenados, sólo los de chocolate. Rasputín había comido de ambos y ya se había vaciado una ponchera del vino con cianuro sin que el hombre diera muestras de una alteración en sus signos vitales. El príncipe Yussupof desesperaba por eso y porque no tenía ya argumentos para disimular la tardanza de su mujer quien, por cierto, se hallaba en Crimea, a cientos de kilómetros de distancia, y no sabía una palabra de cuanto estaba ocurriendo en su casa. Los del piso de arriba también desesperaban y en un momento dado hicieron un gran ruido, lo que fue aprovechado por el príncipe para pedir permiso a Rasputín de ausentarse, con el pretexto de que iba a callarlos. En realidad, fue por un revólver y en cuanto bajó las escaleras comenzó a disparar sobre el monje visiblemente ebrio, hasta que el revólver quedó vacío. Rasputín cayó al suelo.

Yussupof, también ebrio porque había tenido qué beber para animar a su invitado, se quedó quieto durante unos instantes. Luego se aproximó y palpó el cuerpo inmóvil y tibio. Iba a incorporarse satisfecho y, de repente, Rasputín abrió primero un ojo, luego el otro, y se le quedó mirando con una terrible y penetrante mirada de odio al mismo tiempo que pronunciaba con una voz ronca el nombre del asesino. El rostro, surcado de arrugas, se deformaba en grotescas contorsiones, y ante un horrorizado Yussupof su víctima se incorporó y, lanzando un rugido salvaje se abalanzó sobre el príncipe y le clavó los dedos como garfios en la garganta. De la boca del monje brotaban espumarajos y su garganta emitía sordos rugidos de odio y de venganza, en tanto que Yussupof, paralizado por el terror, era incapaz de pedir auxilio. Repentinamente, Rasputín bizqueó de una manera horrible y se desplomó sin vida. Al escuchar los disparos, los cómplices de Yussupof acudieron al sótano pero ninguno se atrevió a intervenir. Ya muerto Rasputín, sacaron el cadáver siguiendo el plan trazado y lo enterraron bajo la nieve.

Al siguiente día el complot fue descubierto tras la llamada habitual de Ania Virubova, pero nadie fue detenido por la debilidad de Nicolás, por la presión de los nobles y porque la burocracia vio con buenos ojos la desaparición del "zar de los zares". El castigo de los nobles involucrados en el asesinato se redujo al destierro. La pena de la zarina es indescriptible porque, para ella, Rasputín reencarnaba al divino redentor. Los pérfidos y los maliciosos murmuraban, por su parte, que la emperatriz tuvo amores con el padrecito, quien la llamaba mamá.

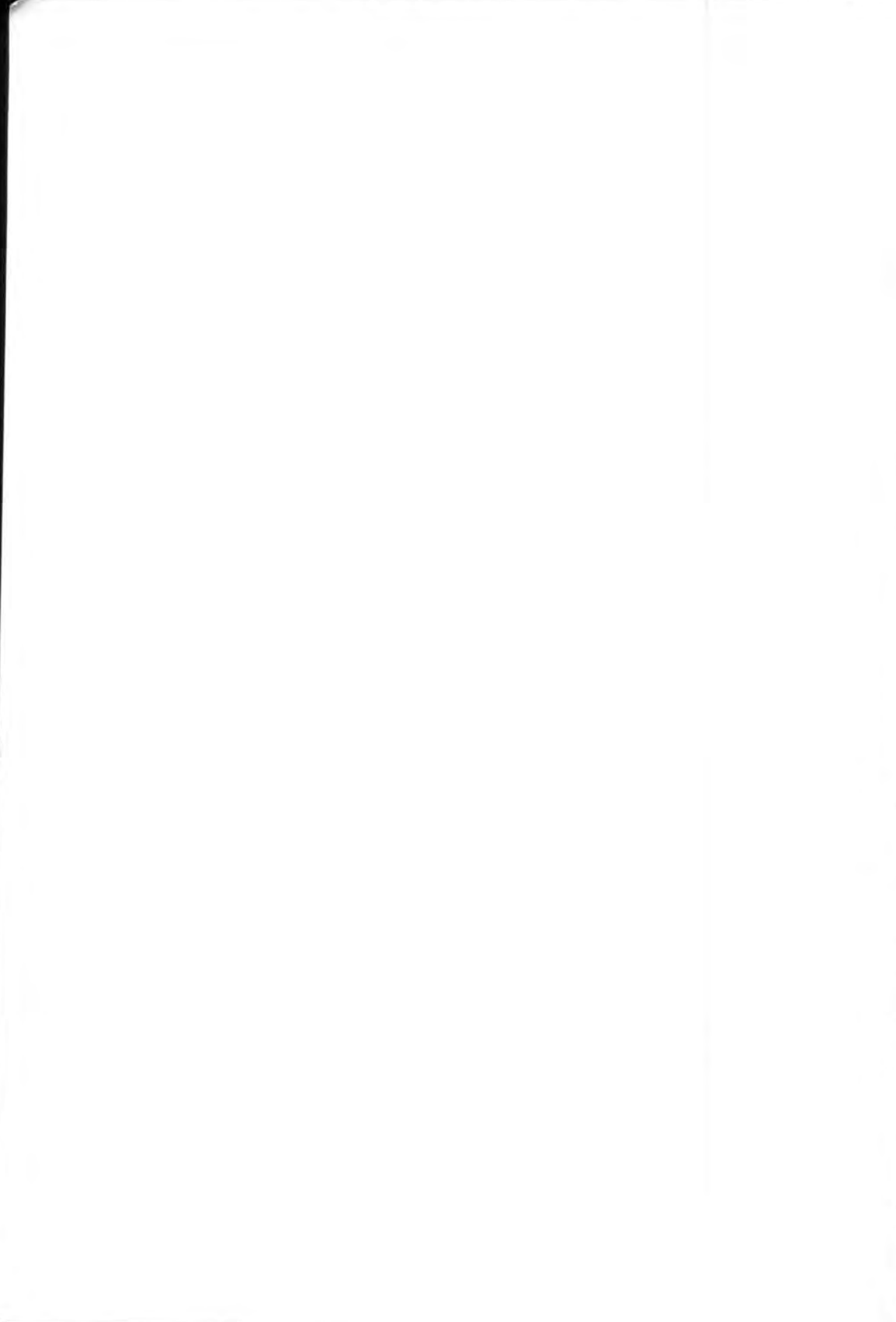
Un hecho incontrovertible es que se cumplió la profecía de Rasputín porque, a su

muerte, se desmoronó el imperio ruso. Y otro, que la zarina mandó colocar sobre el cadáver del monje, en su ataúd, una carta que decía: "Mi querido mártir, impárteme tu bendición para que ella me acompañe en el doloroso camino que deberé recorrer de aquí en adelante. Acuérdate de nosotros cuando eleves en el cielo tus santas oraciones. Alejandra".



XXXIII

Amor Amor Amor



EL AMOR NO SE DESCRIBE, SE SIENTE'

AGUSTIN LARA AGUIRRE hijo del doctor Joaquín M. Lara y doña María Aguirre del Pino. A los 13 años obtuvo el segundo lugar en un concurso de poesía. Entre los miembros del jurado estuvieron Luis G. Urbina y Rubén M. Campos. Se casó con Yolanda Gasca seis semanas después de que ella abandonó la maternidad con el producto de un amor fallido. (Muchos años después habría de repetir el gesto, registrando con su nombre al hijo de Vianey Lárraga y de un burócrata). Otra de sus esposas legales fue Clarita Martínez, segunda tiple; y también Hilda Cruz, sucesora de Vianey. Una mujer de nombre Carmen se suicidó por él. Se llamaba María de Jesús la cabaretera que lo hirió en el rostro con una botella rota. Fue en 1927 y el establecimiento se hallaba en Santa María la Redonda. Dice June Kay que una mujer llamada Dolores fue la sucesora de Carmen, la suicida. Lola es la madre de un ingeniero titulado en los Estados Unidos. También estuvo casado con Angelina Brusqueta, de ascendencia italiana y, según se dice, con Rocío Durán. Su más célebre amor fue con María Félix, quien llegó a la Ciudad de México luego de divorciarse de su primer marido, el doctor Enrique Alvarez. Ella conoció a Agustín después de divorciarse de Raúl Prado, uno de los integrantes del Trío Calaveras, y tras de un breve romance con Rafael Baledón, según los datos de la misma autora.

"Yo conocí el amor, / es muy hermoso", dejó dicho el mexicano Agustín Lara, quien a continuación confiesa: "Fuiste mi cruz, mi religión". ¡Si! Porque así como existen mujeres insaciables, hay también hombres que nacieron enfermos incurables de Amor.

Algunos autores pretenden acomodar al amor en uno de sus casilleros mentales, siguiendo la tendencia de los sabios a medir y clasificar todas las ramas del conocimiento humano, como si el amor fuera una ciencia. No, amigos míos, cuando se trata de amor, esas clasificaciones no funcionan.

Uno de esos autores, Henry Marie Bayle Gagnon, quien firmaba sus trabajos con

el nombre de Stendhal, consiguió aislar en las plaquetas de su laboratorio cinco clases de amor. ¡Imagináos! Sólo cinco, siendo que cualquiera que haya amado sabe que hay docenas de amores; tantos como matices tienen los sentimientos humanos, porque en el amor se juntan todas las pasiones y todas las emociones: desde la más pura atracción platónica y el más tierno afecto, hasta el odio más obstinado y el rencor más acerbo.

Amores hay que comenzaron en la flor de la inocencia y al transcurso del tiempo han caído en la sordidez más aprobiosa, después de haber pasado por etapas de gratificación mutua y de dulces placeres que mucho se parecían a la felicidad. cuando ese amor atravesaba por los senderos luminosos del florido jardín de las delicias, los amantes dichosos no podían imaginar siquiera que existe la ciénega pestilente de las pasiones enfermizas, como son los celos, la desconfianza, el egoísmo, la maldad y el odio.

Pero si el hombre es el mismo desde que el mundo es mundo, es natural y explicable que el amor siga siendo la misma mezcla de pasiones y emociones de que se ha formado siempre. Si en la antigüedad existieron Ródope y Safo y Medea y Clitemnestra, o Flora, Helena, Mesalina y Lucrecia, nuestro tiempo es testigo de que vivieron después muchas célebres cortesanas como la Pompadour, la du Barry, Ninón de Lenclos, Tullia D'Aragón, Nelly Gwinne, Julie D'espínasse, Margarita de Borgoña, Diana de Poitiers, la princesa de Eboli, Julia Farnesio, Luisa Labé, Margarita de Valois, Marión de Lórme y muchas otras. Y, más recientemente, la mundialmente famosa Christine Keller, o Fanny Hill y Candy, sin olvidar a Javiera Hollander y Emannuelle. La ex esposa de Julio Iglesias lleva tres hombres en su vida, y últimamente la inglesa Lady Di anda en boca de todos.

Tal como lo hemos hecho a lo largo de este modesto trabajo, hablamos ahora de personajes muy conocidos, como es el caso de Zsa Zsa Gabor y el llamado "rey del Estadio", Antenor Patiño; o el de Jacqueline Kennedy y el naviero Aristóteles Onnasis; o el de Kim Novak y el hijo del dictador de la República Dominicana, Rafael Trujillo. Y si volvemos los ojos hacia la realeza, ahí tenemos un bello ejemplo de amor en la pareja formada por Wally Simpson y el Duque de Windsor, quien renunció por ella al trono de Inglaterra.

Queremos decir con esto que el amor sigue siendo el mismo y, si es más notorio en la nobleza y entre personajes distinguidos, es precisamente por su destacada condición en la vida mundial. Dicho lo anterior, reiteramos nuestra convicción de que se ama en otras capas sociales con igual, mayor o menor intensidad, pero se ama, y no sólo en blanco y en negro, sino en rojo y azul, o en gris o marrón y, a veces, con todos los colores revueltos o combinados.

¿En qué lugar, clasificación, estilo o color, colocaríais el amor de Amado Nervo por Ana Cecilia Luisa Dailliez cuando escribió uno de los poemas más bellos y delicados de la literatura universal?

“ Más que muchas princesas, princesa parecía,
era llena de gracia, como el Ave María.
Quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar”

Y el amor atormentado de Gutierre de Cetina:

“Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados
¿por qué, si me miráis, miráis airados”?

O el de un autor mexicano:

“Yo vivo enamorado de tí
porque tienes el perfume
de una flor;
yo vivo enamorado de tí
porque tienes de una virgen
el candor”.

Un amor casto es como el de Penélope y Ulises (porque la castidad no significa abstinencia, sino moderación y control de los sentidos). Castos fueron los amores de Romeo y Julieta, y los de Dafnis y Cloe, y los de Pablo y Virginia. La castidad presidió los amores de Hero y Leandro. A propósito, repasemos la historia de este dulce y desdichado idilio:

En las costas del Helesponto, llamado hoy Estrecho de los Dardanelos, había en la antigüedad dos poblaciones, una frente a la otra: Sestos, en el lado europeo, y Abidos, en el asiático. Una vez, Hero, doncella de Sestos, estaba en el templo de Venus. Vio junto a ella a un joven de Abidos llamado Leandro. Ambos se enamoraron a primera vista. La doncella lo invitó a visitarla en su torre, cerca de la costa, donde ella cuidaba los cisnes y gorriones sagrados de Venus. Una noche, al no encontrar barquilla, Leandro cruzó a nado el canal para verla. Desde entonces, Hero mantuvo siempre una antorcha encendida en su ventana para guiarlo, y Leandro cruzaba a nado el estrecho cada vez que no encontraba una barca. Pero una noche oscura el enamorado se ahogó en las embravecidas olas. A la mañana siguiente Hero encontró el cuerpo exánime de su amado en la playa, y fue tanta su desesperación que se quitó la vida arrojándose al mar.

El amor ideal sólo vive la etapa intrascendente de la imaginación. Así fueron los de Dante y Beatriz, de Petrarca y Laura, de don Quijote y Dulcinea. Así fue el de Rubén Bonifaz Nuño cuando escribió su bellísima "Saudade":

"Por el ya siempre vivo,
casi de amor, instante que me diste,
a solas hoy escribo.
Por lo que no dijiste
sino en la flor de tu silencio triste.

Yo te hallé solamente
para un adiós decirte sin ventura"

Por un amor así, Gonzalo Curiel escribió:

" Fue como viajera
que lleva prendido mi mal.
Fue como promesa
que ya nunca volverá.
Fue como una ola perdida en el mar"

Porque el amor ideal debe ser breve, o francamente imaginario, como el que hizo decir a Agustín Lara:

" Fue un romance de amor
vivido aprisa
Fue una blonda mujer
de rosa y nieve;
una mujer
de boca fresca y breve
que salpicó mi vida
de amargura"

Si, porque los amores breves dejan una sensación de hambre y sed, de abandono y nostalgia, de deseo y desesperanza:

"Es tan corto el amor
y tan largo el olvido"

se queja el chileno Pablo Neruda.

Puede también ser un amor no confesado, como se descubre en esta canción mexicana:

"Un eterno secreto hay en mi vida
de amor ardiente . . .
Pero mis labios callan
nunca en la vida diré el secreto!"

Y de otro autor mexicano:

"Tu nombre
lo llevo aquí en mi pecho
junto al corazón.
Tu nombre
nadie, nadie lo sabrá,
es un secreto de amor!"

Y este otro:

" . . . senti que tu boca linda
me murmuró: "Abrazame, por tu madre
que siento frío" . . .
el resto de este romance
lo sabe Dios!"

Pero hay confesiones de amor que son como una explosión del alma, que al fin se decide a abrir las compuertas a esa pasión incontenible que le agobia:

"Estoy convicto, amor, estoy confeso:
vivo en tus mallas y en tus redes preso!"

grita, por fin, el poeta Miguel Hernández, cuando no puede acallar por más tiempo los latidos de su corazón.

Lo mismo sucede a nuestro rebelde Antonio Plaza:

"Aquí me tienes a tus pies rendido,
y mi rodilla nunca tocó el suelo
porque, nunca, señora, le he pedido
amor al mundo, ni piedad al cielo!"

No se queda atrás el potosino Manuel José Othón:

¿Que vienes del infierno? ¡Bienvenida!"

Por su parte, el yucateco Antonio Médez Bolio explota:

"No importa que, iracunda, me maltrates,
he de lograr, mujer, que me retrates
con la cámara glauca de tus ojos!"

Es la galantería lo que proporciona al amor sexual el impulso superior que lo eleva del fatalismo animal hasta lo más sensitivo y puro del espíritu; y una mujer puede ser galante y al mismo tiempo delicada y graciosa, cuando está verdaderamente enamorada. Una mujer que era prostituta desde los doce años por necesidad, se enamora por primera vez a los dieciocho años y ofrece a su amado lo que no ha dado nunca y que ha mantenido inmaculado: "Te entregaré mi alma, que es virgen", le dice.

Prueba también que el verdadero amor no necesita ser amado. Le basta con encontrar a alguien que se deje amar.

Lo confirma la letra de un viejo tango que canta Gardel y se titula: "Cuesta abajo":

"Si aquella boca mentía
el amor que me ofrecía;
por aquellos ojos brujos
yo habría dado siempre más"

El amor de los filósofos, en cambio, tiene tanto sentido práctico que toca los límites del cinismo. En la Grecia de Platón, arrojar una manzana a otro equivalía a una declaración de amor, pero nuestro amigo no deseaba perder el tiempo y junto con la manzana envió los versos que siguen:

"Yo te tiro esta manzana, si me amas
recógela, y dame tu virginidad.
Si me rehúsas recógela también,
para que veas cuán fugaz es su lozania"

Hay amores tiranos, como el que siente Brunilda por Sigfrido, a quien manda matar porque no es correspondida. El héroe muere a manos de Hagen, pero luego Krímil-

da se venga cortando la cabeza al homicida, cuando lo llevan herido tras de un sangriento combate. También son tiranos los amores que soportan en sus casas muchos maridos mandilones.

¿Les parece bien si calificamos como "amor-ferquedad", a ese que no podemos (ni queremos) borrar de nuestra piel ni sacudir de la mente?

"Porque mi amor
se enamoró de amarte"

trata de explicar Javier Villaurrutia; en tanto que el cubano Víctor Casaús, a diez años de la separación se niega a olvidar a Bárbara y le escribe:

"Dios bendiga tus pechos
donde quiera que andes"

Podríamos llamarlo, también, "amor-añoranza", si reparamos en los versos de Jorge Cuesta:

"Se me borra su voz y no interpreta
sus ecos póstumos la fantasía"

y si recordamos aquella vieja canción mexicana:

"Que lejos ha quedado aquella cita
que nos juntara por primera vez;
parece una violeta ya marchita
en el libro de recuerdos del ayer"

El amor-vanidad, por otra parte, es como el de madame d'Esparbès, cuando decía al seductor Lauzún: "Créeme, mi pequeño primo, que ya no se logran buenos éxitos con ser novelesco. Eso lo hace a uno ridículo y nada más. Tú me gustas, criatura. No es culpa mía si lo has tomado por una gran pasión y si te has persuadido que no terminará nunca. Puesto que ese gusto ha pasado, poco te importe que yo haya tomado a otro o que me quede sin amante". Esto ocurrió hace doscientos años.

¿Amor-libre? ¡Huy, se ha practicado siempre! Eugene Relgis informa: "En el Siglo XII el amor era discutido con mayor inteligencia que hoy, cuando la esclavitud conyugal comienza a ser combatida por los adeptos del amor libre. Un Decreto del año 1174 transcribe la respuesta de la condesa de Champagne a la pregunta de si el verda-

dero amor puede existir entre el esposo y la esposa: "Decimos y reafirmamos, con el testimonio de los presentes, que el amor no puede extender sus derechos sobre dos personas casadas. En verdad, los amantes se acuerdan todo en modo reciproco y gratuito, sin estar obligados por ley alguna, mientras que los esposos son forzados, mediante sus obligaciones, a soportar reciprocamente sus voluntades, sin negarse mutuamente nada".

El amor-placer, como lo establece su propia definición, es aquel cuya función se circunscribe al contentamiento de los sentidos, como fue en su tiempo el de Luis XV con la rubia flamenca de 14 años, de apellido O'Murphy; o como los de la bella Imperia, la cortesana romana que dicen que recibió en su salón a Julio II y a León X, entre otros personajes de su tiempo, y quien ordenó poner en su tumba el siguiente epitafio: "Como niña, amé esperanzada; ya adulta, amé con frenesí; anciana, amé con recuerdos". Más práctica y afortunada fue Ninón de Lenclos, de quien se asegura que a los ochenta años tuvo un amante de veintinueve. Amor-placer fueron los de Friné, los de Thais, los de Acca Laurentia, los de Dalila y los de Judith, lo mismo que los de Safo y sus discípulas: Erina, Telesila y Mytis; los de Lamia y los de Clicera; todos los que describe Bocaccio en El Decamerón; los de la "Güera" Rodríguez y los de Solimán El Magnífico, cuyos biógrafos dicen que exigía una muchacha virgen cada noche.

Un argumento irrefutable: en cualquiera de sus formas, el Amor es el motor del mundo, trátase de la bellísima leyenda de Euridice y Orfeo, o de hechos tan reales e inmediatos como los ejemplos que citamos a continuación:

Comenzaron jugando.

Al principio se comunicaban con miradas furtivas y tímidas sonrisas.

Luego hallaron la forma de encontrarse a solas por breves momentos. Entonces hablaban un poco, sin decirse nada, como suele suceder en casos así.

Con el tiempo llegaron a platicar de cosas triviales a las que daban vueltas y más vueltas como si no encontrarán el camino de la salida; pero sentíanse felices de mirarse a la cara y escucharse mutuamente. Era una dicha que no parecía dicha, por lo simple. Es decir que el mundo se hacía tan pequeñito que sólo cabían los dos; ellos dos.

Parecía como si hubieran nacido el uno para el otro: tenían los mismos gustos, las mismas ilusiones, iguales esperanzas y una misma inquietud. Sus corazones nuevos

latían al mismo ritmo y sus miradas inocentes y la risa de ambos coincidían en el tiempo y el espacio. Esto es, que estaban enamorados uno del otro, aunque ella amaba más, porque es condición de la mujer el enamorarse más pronto y más vivamente.

Una vez salieron juntos y sucedió que sólo tenían ojos y oídos el uno para el otro. Respiraban el mismo aire y escuchaban unas como dulces campanitas tintinando en su cerebro y en su corazón. Sí, amábanse tanto que ya sólo tenían una mente y un corazón para los dos. Parecía como si ese amor fuera a durar una eternidad.

Pero un aciago día él se vio repentinamente enfrentado a la realidad, su propia realidad.

Arrastrado por el vertiginoso remolino de una increíble felicidad habiase olvidado de su mujer y su hijo, con quienes vivía en una ciudad cercana que abandonó temporalmente varias semanas atrás para cumplir con una encomienda de sus superiores. Una misiva de casa le despertó de su hermoso sueño y, al mismo tiempo, le produjo un doloroso remordimiento.

¿Qué hacer? Amaba a su mujer y a su hijo, pero amaba también a esta criatura angelical que inocentemente le entregaba un amor de novia. El también la amaba tiernamente. La frescura de su risa, la gracia de sus gestos y su hablar melodioso lo envolvieron a tal punto que volvió a ser un adolescente sin malos pensamientos. No podía, no quería hacerle daño voluntariamente. En el fondo, él supo siempre que estaba viviendo una hermosa fantasía, pero jamás pensó que acabaría tan pronto. Siempre es pronto para un amor así. Y ahora tenía que renunciar a ella en nombre del Amor.

"Nosotros, que nos queremos tanto, / debemos separarnos, no me preguntes más. / No es falta de cariño, / te quiero con el alma; / te juro que te adoro; / en nombre de este amor y por tu bien / te digo adiós"

"Me alejaré de tí / con un dolor dentro de mí, / Te juro, corazón, / que no es falta de amor, / pero es mejor así. / Un día comprenderás / que lo hice por tu amor; / que sólo fue por tí. . ."

" . . . Dí, dí por qué nos dijimos adiós,
tú me dijiste adiós a mí
y yo te dije adiós
queriéndonos así . . ."

¿Quién no ha tenido la pena de enterarse de un amor desgraciado, como el de Otelo y Desdémona? ¿O como el de El Preso Número 9?

“Iba la noche del duelo
muy contento a su jacal;
pero al mirar a su amor
en brazos de su rival,
ardió en su pecho el rencor
y no se pudo aguantar.
... “Los maté, sí, señor,
y si vuelvo a nacer
yo los vuelvo a matar”.

El drama se repite en el viejo tango titulado: “Noche de Reyes”:

“Pero una Noche de Reyes,
cuando a mi hogar regresaba,
comprobé que me engañaba
con el amigo más fiel.
... quise vengar el ultraje;
sin compasión, los maté”.

Y, en otro tango:

“Cuando trabajaba de noche
en la imprenta,
para que tuvieses el pan
que te di,
vos, hasta olvidando
que tienes un hijo,
su nombre y el mío
manchabas así”.

Hablando de amores colectivos, ¿hasta qué punto pecaría de malicioso el que sostiene que tenemos, como prueba de este aserto, a La Hija del Regimiento?

El Amor-sensualidad hace a Timón pensar: “¡Ataraxia! indiferencia, quietud, ¡oh, serenidad voluptuosa! ¿Quién de los hombres os apreciará? Nos agitamos, luchamos, esperamos... cuando sólo hay una cosa preciosa: sacar del instante fugitivo todos los goces que pueda proporcionar, y salir lo menos posible de nuestro lecho”.

Y ¿quién sería capaz de negar que existe el Amor-de-la-Tía, cargado de recriminaciones, ejemplos y consejos dirigidos como afiladas flechas hasta lo más profundo de nuestras conciencias? Ese es, siempre, un amor cristiano, sentencioso, opresor y premonitorio. Pero es Amor.

Giovani Papini menciona en una de sus obras la hechicera atracción que ejerce sobre nuestros deseos una mujer ajena, y con ejemplar delicadeza explica que él mismo gusta de pasarse a la otra orilla del río para disfrutar del paisaje y mirar embelesado el paso de la corriente. ¿Por qué al otro lado? Por eso: porque no es su propia orilla. El compositor Gonzalo Curiel canta:

"Fue la dicha en otra mujer . . ."

El miedo a perder la felicidad que disfrutamos y que queremos eterna, con frecuencia convierte un amor correspondido en un tormento insoportable, alimentado por los celos, la angustia, la inseguridad y el desasosiego. Es cuando deseamos con todas nuestras fuerzas no separarnos ni un minuto del ser amado. Quien mucho ama, sufre mucho. Por otra parte, es indispensable ser muy necio para tomar a pecho un juramento de amor. Ovidio dice que los dioses se ríen cuando una pareja disputa por una promesa incumplida.

¿Amor Insaciable? Bueno, hay quiénes dicen que muchas mujeres, cuando conocen los placeres sexuales piensan en ello más que en otras cosas. Ya lo dice la canción de la Martina:

"En tu cama nadie duerme
cuando tú no estás aquí;
sí me tienes desconfianza
no te separes de mí". . .

De ese modo, la picara Martina se asegura de tener semental a su lado las veinticuatro horas del día.

El amor-deseo es también muy frecuente, sobre todo entre las personas adultas y aquellas que han tenido varias experiencias. Es fácil imaginar el panorama que tenía Agustín Lara frente a sus ojos cuando escribió:

"Señora Tentación,
de frívolo mirar,
de boca deliciosa,
ansiosa de besar.

Mujer hecha de miel
y rosas en botón,
mujer encantadora,
Señora Tentación''

Fue el deseo lo que unió a Cleopatra con César, pero más con Marco Antonio. Ella conocía todos los secretos de la lujuria y supo usarlos para poner a sus pies a los hombres más poderosos de su tiempo.

El deseo y la pasión unieron las vidas del almirante Horacio Nelson y la bellísima Emma Hamilton. Por el deseo David echó mano de sucias estratagemas para tener en su lecho a Betsabé. Y por deseo estuvo a punto de caer en el pecado la mujer de Putifar. El deseo, en una palabra, es la imagen de Eva ofreciendo a Adán el fruto prohibido con palabras melosas y mirada sensual. Con poco esfuerzo, imagináos a Eva moviéndose desnuda delante de su compañero cuando lavaba su ropita y la ponía a secar, con el pretexto de que era lo único que tenía.

El amor-frivolidad es como el de ''La Panchita'':

'' Me cita para la noche
y me tira la plancha.
¡Malhaya! si así se burla
de mí la tal Pancha.

Platica con los rancheros
la prieta maldita,
y entre ellos parece pila
del agua bendita
Y cuando me vé enojado
se ríe y se carcajea ''

Por frivolidad Helena se largó con Alejandro y provocó la Guerra de Troya. Por frivolidad Enrique VIII cambió a Catalina por Ana Bolena, de quien se dice que ya no era virgen. Por frivolidad Margarita Gautier atrapó en sus redes a Armando Duval y después ya les andaba a los dos. Por frivolidad comenzó la relación entre Manuel Godoy y Josefa Tudó, y al cabo de los años se plantaron ante el padre Celestino de Badajoz para casarse a escondidas de los reyes. Fueron testigos Miguel Bermúdez y Conchita, la sirvienta de Pepa. Por frivolidad Lupita D'Alessio se encuentra otro amor y cuando ya tiene los dos pies en la otra barca decide contárselo a éste (según la letra de la canción, por supuesto), a quien llama siempre ''mi amor''.

''Lo siento, mi amor,
ya no puedo seguir por más tiempo
esta farsa.
Lo siento, mi amor,
hace tiempo que no siento nada
al hacerlo contigo;
que mi cuerpo no tiembla de ganas
al verte encendido.

Y es que tengo otro amor
que lo tengo callado, callado;
y no puedo ocultarlo
no puedo callarlo, no puedo;
y prefiero decirlo y gritarlo
a seguirte fingiendo.
Lo siento, mi amor, . . .''

Porque algunas mujeres dicen ''mi amor'' como los hombres decimos ''güey'', o ''caón''. No significa nada; simplemente va en lugar del nombre.

Hay, también, amores que nos hacen gemir, como los de Pierrot y Colombina, como los de Hamlet y Ofelia; como los de Tristán e Isolda, o como los que impulsan a estos autores españoles a decir, en el colmo de la desesperación y el desasosiego:

''Con cuanta fuerza, oh Amor, arrojas las invisibles flechas . . . ¿Quién hay que no siga tu estandarte? . . . Escudriñando los más escondidos senos del mar, en su profundo abismo a los mudos peces enciendes, a las aves en la región del aire no perdonas; ni menos a los brutos animales, a quien traes en continua guerra. ¿Qué braveza muestran los feroces leones, los crueles tigres, los fuertes toros y los ligeros ciervos, cuando se sienten heridos de tu flecha? . . . Serían los hombres peores que las fieras si tú no fueses el cebo y alimento de sus corazones.''' (Orígenes de la novela) ''La Lena'', de Alfonso Velázquez de Velasco

''Está la ave en el aire con sosiego,
en la agua el pez, la salamandra en fuego,
y el hombre, en cuyo ser todo se encierra,
está en sola la tierra.
Yo sólo que nací para tormentos,
estoy en todos estos elementos;
la boca tengo en aire suspirando,

el cuerpo en tierra está peregrinando,
los ojos tengo en agua noche y día,
y en fuego el corazón y la alma mía''

De Quevedo, sobre los tormentos del amor y su relación con los elementos naturales.

Y qué decir del amor que renuncia a todo y se reduce voluntariamente a ser, cuando mucho, una sombra de la persona amada:

''Déjame quererte
que yo te aseguro
que este amor tan puro
logrará que llegues
a quererme un día''

En uno de los reclamos más bellos como expresión del sentimiento humano, Agustín Lara ruega:

''Ven acá,
que aunque tú fueras
de todo el mundo,
yo soy de ti''

Pero hay renunciaciones que traspasan los límites de la individualidad y de la noción del ser:

''No, por Dios,
no te me vayas, te lo ruego,
que la vida como un perro pasaré
sin hablarte, sin llorar,
sin un reproche,
siempre tirado a tus pies,
de día y de noche''

El de Mesalina, por otro lado, es amor-lujuria, lo mismo que el de Catalina la Grande, el de Ninón de Lenclos, el de Servilia, el de Lady Chaterly, el de Fanny Hill y el de todos los frailes de varios siglos atrás, que cayeron en el pecado porque carecían de una vocación verdadera para el servicio divino.

El amor-felicidad existe, pero siempre es pasajero por su propia definición. En realidad, es una etapa por la cual atraviesan casi todos los amores pasados, presentes y por venir. Ocurre cuando hay una aceptable correspondencia en el amor de una pareja. Aunque una felicidad plena y más o menos duradera, la ha habido en todos aquellos amores sin complicaciones; los amores inocentes y los que han sabido mantener la pasión, todas las pasiones, en sus justos límites; es decir, los que se conforman con dar y recibir amor:

''Porque amor como el tuyo y el mío
no existe en la vida;
en el mundo ya no quedan seres
que quieran así''.

Lo dice María Greever, pero también es muy afortunada la definición del músico-poeta, Agustín Lara:

''Y cuando ese milagro realiza
el prodigio de amarse,
hay campanas de fiesta
que cantan en el corazón''

Lo dice también Lorenzo Barcelata:

''Mi alma renació
con la ilusión de un nuevo sol
que tu imagen le dio
con su carita de arbol
Dulcísima mujer
tus ojos son una canción,
rosal en floración
que perfumó mi corazón.
Ven a mis brazos
que te esperan sólo a tí
Por tí, mujer ideal,
sólo por tí yo soy feliz''

El cubano Mario Fernández Porta nos muestra otra cara de la felicidad en el amor:

''Qué me importa
que la lluvia caiga

despiadadamente;
que me importa
que el mar en la noche
no quiera cantar.
Qué me importa
que el cielo no tenga
ni estrellas, ni luna,
si yo tengo en tus ojos
el cielo, la luna y el mar''.

¿Amor-capricho? ¡Pues, claro! el de todas las chicas que se empeñan en atraer a sus redes a un galán que se resiste; y aquellas que afianzan una relación amorosa sólo por llevarle la contraria a sus padres, a sus hermanos o a una amiga. Se les aplicaba un refrán que rezaba: "En este macho me monto, y aunque me tumbe''. Suele desembocar esa relación en un amor-desgraciado, pero "a lo hecho, pecho''.

Existen muchísimos ejemplos de amor-imposible, pero uno de los más bellos es el del zacatecano Manuel M. Ponce:

''Estrellita de lejano cielo,
que sabes mi sufrir,
que miras mi penar,
baja y dile que me quiera un poco
porque ya no puedo
sin su amor vivir''.

En la misma clasificación cabe el amor de Manuel Acuña por la saltillense Rosario Peña.

Pero también hay amores que conducen a la locura, como queda demostrado con el siguiente ejemplo:

BODAS NEGRAS

Oíd la historia que contóme un día
el viejo enterrador de la comarca:

era un amante que, por suerte impía
su dulce bien le arrebató la Parca.

Todas las tardes iba al cementerio
a visitar la tumba de la hermosa.
La gente murmuraba con misterio:
"Es un muerto escapado de la fosa".

En una noche horrenda hizo pedazos
el mármol de la tumba abandonada,
cavó la tierra y se llevó en los brazos
el rígido esqueleto de su amada.

Y allí, en su triste habitación sombría,
ató con cintas los desnudos huesos,
el yerto cráneo coronó de flores,
la horrible boca la cubrió de besos
y le contó, sonriendo, sus amores.

Llevó la novia al tálamo mullido:
se acostó junto a ella, enamorado
y, para siempre, se quedó dormido
al rígido esqueleto abrazado.

No menos loco estaba Vincent Van Gogh cuando se cortó una oreja para demostrar su amor por una mujer. Ni Rolando Furioso por el amor de Angélica, según el relato de Ludovico Ariosto.

Si habláramos del amor-egoísmo tendríamos que incluir a casi todos, supuesto que no hay ningún amor que no haya pasado por esa etapa, lo mismo que por la pasión, los celos, la idealización, la felicidad, el placer y el desengaño.

Incontables parejas en todo el mundo han vivido un período de sensualidad y perversión, por el cual han podido alcanzar lo que confunden con madurez emocional. Dice Lion Fetchwanger que "los españoles alababan en las majas las cualidades que más apreciaban en la mujer: "inaccesiblemente orgullosas en la calle, angelicales en la iglesia, diabólicas en la casa... ninguna mujer sobre la tierra podía prometer y dar tanto como una verdadera maja". Tiene razón; cuando éramos niños se nos grabaron en la memoria las pláticas de los hombres maduros que no se cuidaban de nuestra presencia: "La mujer ideal", decían, "es aquella que se comporta en la sala como una dama, en la cocina como una cocinera y en la cama como una prostituta".

Por supuesto que hay amores inocentes, como el de Dafnis y Cloe, o como el de Pablo y Virginia. Nosotros no recordamos un amor más inocente y más bello que el de Tom Sawyer y Vicky, su dulce compañera de aventuras; ni un amor colectivo más entusiasta que el de los argentinos hacia Evita Perón.

¿Amor senil? La historia está llena de ejemplos, pero quizás el más bello, porque es romántico y limpio, es el de Gary Grant y Audrey Hepburn en "Amor en la Tarde".

¿Amor-agradecimiento? Bueno, el de Sonia y Raskolnikof, el de Mercedes y el Conde de Montecristo, y el de Quasimodo y la gitana de la Plaza de la Greve.

No hablemos del amor-de-lejos que es, tan triste. Reparemos, en cambio, en el amor-doméstico, que es el de todos los matrimonios bien o mal avenidos y que cae en la rutina más desesperanzada. Ya se dijo que por lo que tiene de obligatorio y reglamentario, el matrimonio es la tumba del amor, excepto cuando se sobrelleva como lo hacían doña Vascañana y don Alvar, según el ejemplo del conde Lucanor aunque, si os fijáis bien, aquello no era una relación amorosa, sino un asunto de interés común. Por comodidad y conveniencia, doña Vascañana apoyaba cuanto hacía y decía su marido, y don Alvar estaba satisfecho con los oficios de ama y mayoral que ella desempeñaba con atingencia.

El amor entre artistas, poetas, escritores, pintores, escultores, cantantes y actores es más expresivo y más bello que el amor común, por la sencilla razón de que todos ellos son, en términos generales, más sensitivos que el resto de la gente. No mencionamos a los toreros porque ellos pertenecen a otro mundo, igual que los periodistas y las azafatas. Aquellos que poseen un alto grado de sensibilidad y un considerable caudal de conocimientos y experiencias, pueden expresar mejor sus emociones y disfrutar en mayor medida de lo que perciben sus sentidos.

Por último, entre los seres humanos es tan raro y tan breve, que pudiera decirse que no existe.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Collier's. The Crowell-Collier Publishing Company. William D. Halsey, Director Editorial. Manufactured in the United States of America. 1963.

Enciclopedia Barso. Encyclopaedia Britannica, Inc. Robert P. Gwinn, presidente de la junta de directores; Charles E. Swanson, presidente, Charles Van Doren, vicepresidente editorial. Buenos Aires-Chicago-México, 1976.

Mundos en Colisión. Imanuel Velikovsky. Editorial Diana. Traducción de Carlos Barrera. 1964.

La Edad de Oro. M. Gompertz-H. J. Massingham. Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina, S. A.

Colección de la Naturaleza de Life **Evolución.** Time Life International de México, S. A. de C. V. Versión en español. Director: Agustín Bárcena. Traducción: José Martínez. Segunda edición 1981.

El Sistema Solar y el Universo de las Estrellas, Sir Harold Spencer Jones. Enciclopedia "Lo que tú Debes Saber". Traducción de Francisco Biosca, 1960.

Lo que tú Debes Saber. Breve enciclopedia de cultura general. Editorial Labor, S. A. Cuarta edición. "Esquema General de la Cultura". Hyman Levy. Traducción de José María Vélez Cantarell.

Coahuila y Texas en la Epoca Colonial. Vito Alessio Robles. Editorial Cultura. México. 1938.

La Doctrina Secreta. Cosmogénesis. Helena P. Blavatsky. Librería Teocalli. México.

Historia Sexual de la Humanidad. Eugene Relgis. Libro-Mex Editores. Traducción del rumano por T.L.B. 2a. Edición. 1961.

Obras de Hesíodo. Ediciones Ateneo-México. Versión española según la traducción de Leconte de Lisle. México 1968.

Viajes. Marco Polo. Editorial Barcelona. Traducción de Ismael Antich Sariol. Copyright Editorial Fama. España. 1955.

Diccionario Enciclopédico de la Masonería. Edición corregida y aumentada por Luis Almeida (Villalar). Editorial del Valle de México, S. A. 1976.

Lo que tú debes Saber, capítulo: "Las Grandes Corrientes de la Historia Universal". James Mainwairing. Traducción de Francisco Payarols. 1951.

San Luis Potosí. Octaviano Cabrera Ipiña. Talleres Linotipográficos Atlas. Edición del autor. Sin fecha.

Poema Heroico. Diego José Abad. Nueva Biblioteca Mexicana. Universidad Nacional Autónoma de México. Introducción, versión y aparato crítico de Benjamín Fernández Valenzuela. México. Primera edición. 1974.

Historia de las Doctrinas Esotéricas. Jean Riviere. Editorial Dédalo. Buenos Aires. Traducción de Estela Canto. 1976.

Pasión y Muerte de Michael Servet. Pompeyo Gener. Colección Pandora. Editorial Poseidón. Buenos Aires. 1943.

El Origen de las Especies. Charles Darwin. Bruguera. Libro Blanco. Barcelona, España. Primera Edición. 1980.

Efestos. Fournier D'Albe. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Colección Austral. Traducción de José Novo Cerra. Buenos Aires. 1947.

Los Orígenes de la Civilización. V. Gordon Childe. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México. Título original: "Man Makes Himself". Traducción de Eli de Gortari. México. 1954.

Santo Biblia. Editorial Evangélica. San Antonio, Texas. Versión Reina-Valera. 1979.

Biblia de Jerusalén. Nueva edición totalmente revisada y aumentada. Editorial Española Desclee de Brouwer. Bilbao. 1975.

La Verdad Sobre la Isla de Pascua. Maurice y Paulette Deribere. Ediciones Roca. Barcelona, España. Impreso en México. 1977.

Historias de Herodoto. Nuestros Clásicos; No. 56. Colección dirigida por Rubén Bonifaz Nuño y Augusto Monterroso. Prólogo y versión de Demetrio Frangos. UNAM. 1982.

Tragedias Griegas. Esquilo-Eurípides. Editora "Latino América", S. A. Traducción, adaptación y notas de R. Ballester E. 1956.

Poetas Latinos: Horacio, Virgilio, Ovidio. E.D.A.F. Madrid. Traducción de Eugenio de Ochoa. 1962.

Los Clásicos: Platón. Obras. E.D.A.F. Madrid-Buenos Aires. Versión de Patricio Azcárate.

Afrodita. Pierre Louis. Libros de Bolsillo. Colección Económica. Volumen Extra. México.

Vidas Paralelas. Plutarco. Alejandro-Julio César. Espasa-Calpe Argentina. S. A. Colección Austral. Traducción de A. Ranz Romancillos. Tercera edición. 1945.

Pastorales de Dafnis y Cloe. Longo. Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. Versión de Lourdes Rojas Álvarez. Instituto de Investigaciones Filológicas. UNAM. 1981.

El Toro de Minos. Leonard Cottrell. Fondo de Cultura Económica. Traducción de Margarita Villegas de Robles. 2a. Ed. 1970.

Los Doce Césares. Cayo Suetonio Tranquilo. Editora Nacional. Traducción de F. Norberto Castilla. México. 1967.

Cleopatra. Emil Ludwig. Populibros "La Prensa", México. 1960.

Relatos de los Tiempos Merovingios. Augustín Thierry. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Colección Austral. Buenos Aires-México. Primera edición popular. Argentina. 1946.

Historia del Emperador Carlomagno. Ediciones Cicerón. Traducción de Nicolás de Piamonte. México. 1954.

La Divina Comedia. Dante Alighieri, Editorial Mateu. Barcelona. Co-edición única con Lito-Ediciones Olimpia, S. A. México. 1973.

Florilegio. Las mejores poesías líricas griegas, latinas, italianas, portuguesas, francesas, inglesas y alemanas. Traducidas directamente en verso por Fernando Maristany. Editorial Cervantes. Barcelona, España. 1920.

Libro de Patronio y por otro nombre "El Conde Lucanor". Infante don Juan Manuel. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Colección Austral. Sexta edición, 1964.

Cuatro Místicos Españoles. Colección Literaria Servet. Selección y Prólogo de María Josefa Canellada. El Mundo renacentista. Ediciones Oasis. Primera edición. México. 1967.

San Juan de la Cruz. Poesías Completas. Bruguera. Libro Clásico. Edición Cristóbal Cuevas. 1981.

Las Cien Mejores Poesías Líricas de la Lengua Castellana. Marcelino Menéndez y Pelayo. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Colección Austral. Buenos Aires. Sexta edición. 1972.

Deleites del más Allá. Ricardo Pérez Hernández. Edición del Autor. 1976.

Flor Nueva de Romances Viejos. Ramón Menéndez Pidal. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Colección Austral. 17a. edición. Madrid.

Romances y Corridos. Promotora de Ediciones y Publicaciones, S. A. Talleres de rotograbado de Excélsior. Gloria Lagunes de Segui. México. 1974.

Nuestra Señora de París. Víctor Hugo. Editorial Porrúa. Colección "Sepan Cuántos". Primera edición. México. 1975.

Lucrecia Borgia. Fred Berence. Editorial Diana. Traducción del francés por Francisco Madrid. Segunda Edición. 1953.

Historia de los Papas. Leopold von Ranke. Fondo de Cultura Económica. Colección de Obras Históricas. Traducción de Eugenio Imaz. Tercera edición en español. 1974.

Cinco Rostros del Amor. André Maurois. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Colección Austral. Buenos Aires-México, Argentina, 1951.

Maria Estuardo. Stefan Zweig. Editorial Juventud, S. A. Barcelona, España. Cuarta edición. 1984.

Cervantes. Entremeses. Mundo renacentista. Colección literaria Servet. Ediciones Oasis, S. A., México. 1968.

Don Quijote de la Mancha. Miguel de Cervantes Saavedra. Ediciones Zeus. Barcelona España. 1968.

Aproximación al Quijote. Martín de Riquer. Editorial Teide, S. A. Salvat Editores. Navarra, España. 1971

Filosofía del Quijote. Agustín Basave Fernández del Valle. Espasa-Calpe Mexicana, S. A. Colección Austral. 2a edición. 1968.

Libro de Buen Amor. Arcipreste de Hita. Editorial Iztaccihuátl, S. A., Colección Grandes Maestros. México, 1969.

Pablo y Virginia. Bernardin de Saint Pierre. Editorial Porrúa. Colección "Sepan Cuántos. . .". México. Primera edición, 1977.

Manon Lescaut. Antoine Francois Prevost d'Exiles. Editorial Bruguera, S. A., Barcelona, España. Primera edición, 1968.

Catalina la Grande. Henry Troyat. Emecé Editores. Traducción de Anibal Leal. Buenos Aires. 1979.

Goya. Lion Feuchtwanger. Editorial Jackson de Ediciones Selectas. W.M. Jackson Inc. México. Traducción de Aristides Gregori.

Rasputín y las Mujeres. René Fullop-Miller. Editorial de Ediciones Selectas, S.R.L. Buenos Aires. Traducción del alemán de Willy Kemp. 1961.

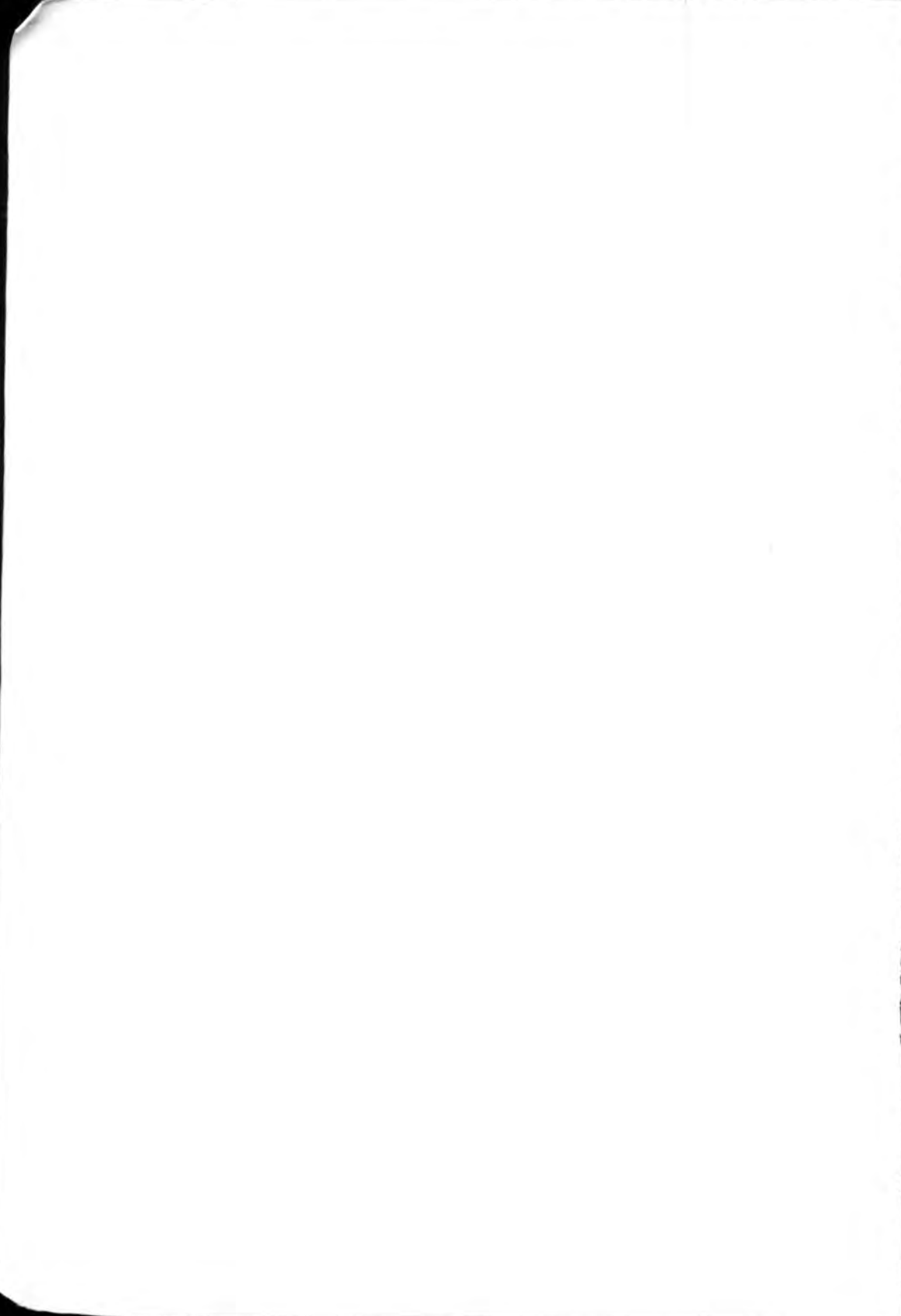
Don Juan Tenorio. José Zorrilla. Editorial Porrúa. Colección "Sepan Cuántos. . .". México. 1976.

Amores y Picardías". Artemio de Valle Arizpe. Editorial Patria, S. A. México, 1951.

La Canción Mexicana. Vicente T. Mendoza. Tezontle. Segunda edición. Fondo de Cultura Económica. México. 1982.

Canciones de Siempre. Jorge Muñoz Bolaños. Editorial Progreso, S. A. Cuarta edición. 1975.





EL SEÑOR LIC. ALFONSO LASTRAS RAMÍ-
REZ, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓ-
NOMA DE SAN LUIS POTOSÍ, ORDENÓ LA
IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO A LA EDITORIAL
UNIVERSITARIA POTOSINA. LA EDICIÓN
FUE CONCLUIDA EL 6 DE AGOSTO DE 1993 Y
CONSTA DE 500 EJEMPLARES.





SAD8028



*Editorial
Universitaria
Potosina*

GREGORIO MARIN RODRIGUEZ



EL AMOR
en Todos los Tiempos

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S. L. P. 1993